

EL LUGAR AL QUE PERTENEZCO

Fátima Embark



EL LUGAR AL QUE PERTENEZCO

FÁTIMA EMBARK



Todos los personajes de esta historia son ficticios y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es mera coincidencia.
Este libro contiene escenas de sexo explícito, una gata que te robará el corazón y unos personajes muy pero que muy tiernos.

Copyright © Fátima Embark, 2026

Título: El lugar al que pertenezco

Editorial: Independently published

Todos los derechos reservados. No se permite la distribución, comercialización, reproducción ni el uso en obras derivadas sin permiso expreso de la autora.

Queda expresamente prohibido el uso o reproducción total o parcial de este libro con el propósito de alimentar o entrenar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Cubierta e ilustraciones interiores: Adela Aragón

© Corrección del texto: María Luisa Crespo

ISBN: 9798189131561

Nota: Las citas de *Cyrano de Bergerac* han sido extraídas de la edición de Reino de Cordelia, publicada en 2019

INTRODUCCIÓN

Este libro es una razón para no rendirse con la literatura romántica.

Porque todo trans se ha sentido como una pieza de un rompecabezas que, aunque sabes que va ahí, no termina de encajar.

Porque siempre se nos etiqueta como niños o niñas y a veces estamos ahí en medio, en una especie de limbo en el que no existimos, en el que no somos.

Porque nos imponen estándares de belleza que nunca llegaremos a alcanzar físicamente.

Porque merecemos representación romántica en libros sin tratarnos como si tuviéramos una enfermedad, como si fuéramos... una anomalía.

Porque cuando leí el libro lloré pensando que no era tan difícil hacer una historia romántica sin ser morbosa en la que ambas partes acabaran bien y fueran felices.

Y porque todos merecemos vernos reflejados en personajes. Merecemos ser protagonistas.

Álex, lector de sensibilidad.

NOTA DE LA AUTORA

La voz de Riley llegó a mí como un susurro y se abrió paso como un grito. Quería dar voz a esas personas que son silenciadas por la sociedad, contar la historia de un chico que tuvo que esconderse hasta casi desaparecer por pura supervivencia, abrirse camino a golpes, dejarse ver. Porque vivir a oscuras te mata por dentro y yo necesitaba que Riley viviera. Necesitaba que lo vieran.

Las personas somos un mundo, eso hay que tenerlo presente, y las experiencias de cada uno no siempre tienen por qué coincidir. La historia de Riley puede parecerse a la de cualquiera de vosotros, o puede no parecerse a ninguna.

He dado vida a un personaje ficticio que me ha robado el corazón, y lo he hecho desde el absoluto respeto. He leído mucho y escuchado mucho más. Leer te da conocimiento, escuchar te da vida.

Gracias a mis lectores de sensibilidad por eso. Gracias a Eva y a C, gracias a Álex.

Riley ha tomado la forma que la historia me ha pedido. Sobre todo, la que él ha necesitado.

Ojalá os llegue su voz.

Ojalá lo veáis.

ÍNDICE

[Antes](#)

1. [Declan](#)
2. [Declan](#)
3. [Riley](#)
4. [Declan](#)
5. [Antes](#)
6. [Riley](#)
7. [Antes](#)
8. [Declan](#)
9. [Riley](#)
10. [Declan](#)
11. [Riley](#)
12. [Riley](#)
13. [Declan](#)
14. [Declan](#)
15. [Riley](#)
16. [Antes](#)
17. [Riley](#)
18. [Riley](#)
19. [Declan](#)
20. [Declan](#)
21. [Declan](#)
22. [Riley](#)
23. [Declan](#)
24. [Riley](#)
25. [Riley](#)
26. [Declan](#)
27. [Declan](#)
28. [Declan](#)
29. [Riley](#)

- 30. [Antes](#)
- 31. [Declan](#)
- 32. [Declan](#)
- 33. [Declan](#)
- 34. [Declan](#)
- 35. [Riley](#)
- 36. [Declan](#)
- 37. [Carta de Riley](#)
- 38. [Riley](#)
- 39. [Antes](#)
- 40. [Declan](#)
- 41. [Riley](#)
- 42. [Riley](#)

[Epílogo](#)

[Después](#)

[Fátima Embark](#)

[Otras obras de la autora](#)

[Otras obras de la autora](#)

[Otras obras de la autora](#)

[Otras obras de la autora](#)

[Otras obras de la autora](#)

[Otras obras de la autora](#)

*Para Eva, y para todas las madres que se abren el pecho en dos
cada día para mantener a salvo a sus hijos.*

ANTES



RILEY Y DECLAN

¿Cuándo dejas de ser un niño? Si le preguntas a Declan, te dirá que fue una tarde de verano, poco después del mejor día de su vida. Tenía catorce años y estaba enamorado. Los quince estaban llamando a su puerta. Cualquiera que lo viera diría que ya era todo un hombre, con ese estirarse casi a la altura de su padre, esa pelusilla en el bigote y ese encerrarse en su habitación con la cortina echada para calmar un cuerpo que no dejaba de arder. Pero él se negaba a dejar su niñez. Su infancia era asomarse a la ventana y ver un destello al otro lado. Luz, todo luz. Y luego la ternura, tan visceral, tan viva, apretándole el pecho.

Para Riley fue distinto. Todo es distinto para quien nace encerrado en un cuerpo donde no se siente cómodo, donde no encaja. Todo es distinto cuando no te ven.

Riley aprendió que la infancia la pierdes el día en que dejas de sentirte a salvo. Cuando se vio obligado a crearse un caparazón en el que esconderse porque el suyo se lo habían arrancado a golpes y los pedazos estaban por ahí, perdidos. Riley se había roto y tuvo que aprender a lamerse las heridas antes de dejar que otros se acercaran a él. Tuvo que protegerse. Pero... ¿cuándo empezó?

No lo sabía. Quizá con cuatro años, quizá con doce. Qué más da. Había sido por él, por Declan. Un día lo miró y vio lo que él nunca tendría. Había más chicos con los que compararse, claro, pero Riley solo veía a Declan. El resto del mundo le daba miedo. Era un lugar

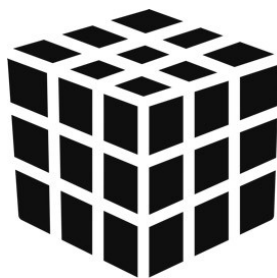
con demasiado ruido, de caminos enredados y llenos de obstáculos, un lugar que dolía y dejaba heridas.

Riley no solo quería ser Declan, también lo quería como dos chicos no podían quererse, según había oído que decían por ahí. Y resultó que Declan lo quería a él con la misma intensidad. Dos amores que eran iguales pero distintos, porque ningún amor se parece a otro. Hay colores, matices.

Y la infancia se fue, y con ella el verano.

Y Declan y Riley se separaron, pero el amor se les quedó dentro, fragmentado, como esa canción cuya melodía te lleva a lugares y momentos, un cubo de Rubik que ninguno de los dos se atrevía a resolver.

UNO



DECLAN

—Creo que tu vecino nos está espiando —me dice Carl, Marc o como quiera que se llame cuando le meto la mano dentro de los calzoncillos y comienzo a acariciarlo. Joder, qué grande. Nunca he tenido una así en la boca y ahora me veo en la necesidad de probar, solo para saber cuánto de ella puedo abarcar.

Como se llame lanza un sonoro gemido cuando deslizo el pulgar por la punta. Uf, ¿me estoy empalmando? Creo que sí. Tener una así de grande en la mano pone cachondo incluso a alguien como yo. No es que tenga un problemilla ahí abajo ni nada de eso. Es que..., bueno. No me pongo duro con cualquiera. Me excito, claro, pero es algo muy leve, como un calorcillo agradable después de tres semanas de lluvia incesante, algo típico de Spellwood, y de Irlanda, en general.

—¿Me estás escuchando? —me dice como se llame cuando deslizo los dedos hacia sus huevos y aprieto. La hostia, qué duros los tiene. Me plantearía la posibilidad de dejar que me follara si no fuera tan... raro. Lo de que no se me levante, quiero decir. Casi siempre se indignan y al final acabo solo y con una erección que aparece de la nada cuando no tengo a un ser humano a metros de distancia.

Sí, soy un tío raro que no entiende ni su propio cuerpo, qué le vamos a hacer.

—Mmm —digo, solo por decir algo.

Enseguida me arrimo más a él y dejo que deslice las manos por mi torso desnudo, que me apriete los pezones, que me los chupe de esa manera tan sexi. Me gusta que me hagan eso. Mucho. De verdad que lo disfruto, aunque no...

De pronto, el tipo se sube el bóxer y adiós al rabo más grande que he tenido entre los dedos.

—¿Qué pasa? —pregunto, un poco demasiado aturdido.

La habitación está en penumbra, pero lo bastante iluminada para ver cómo le brillan los ojos y esa mueca de rabia que le afea toda la cara. Qué mal, con lo guapo que es...

—Tío, ¿es que no lo ves? —Como se llame se arrastra de rodillas para salir de la cama, se pone los pantalones y me tapa la vista de la mejor polla de la historia de las pollas. También se pone la camiseta. Demasiado rápido para fijarme en su torso desnudo. No me dio tiempo de hacerlo cuando subimos a mi habitación. Estaba tan ocupado despegando la camiseta de todos esos músculos y lamiéndole el ombligo que me acordé de la luz cuando ya estaba encima de mí en la cama, sin camiseta, y nos frotábamos como dos adolescentes salidos.

Me levanto para seguirlo hasta la ventana y tengo que agarrarme a la columna para no caerme. Mi habitación da vueltas. Y no sé por qué no hemos encendido la luz todavía. Como si me hubiera leído el pensamiento, como se llame le da al interruptor y yo me mareo un poco más. Mierda. Ahora además de mareos tengo ganas de potar. Sí, puede que esté un poquito demasiado borracho. Y no, no es esa la razón por la que no se me pone dura. Para nada.

—¿Qué cojones miras? —le ladra como se llame a la ventana.

Me acercaría, pero ya sé lo que hay porque no es la primera vez que pasa algo así y estoy demasiado aturdido para moverme. Y porque mirarlo a él no haría más que enfatizar mi estado de aturdimiento.

El vecino dice algo como «leer en mi puta ventana» o similar, y yo me descojono a lo bestia. Me río tanto que acabo apoyado con la espalda en la columna y la cara llena de lágrimas mientras como se llame nos grita de manera alternativa. A él por mirón y a mí porque soy el dueño de la casa y se supone que debería hacer algo como...,

no sé, lanzarle bolas de papel húmedo al vecino. De crío lo hacía, aunque no siempre llegaba a esa ventana. La puntería y yo nunca hemos sido grandes amigos. A Rory se le daba mejor.

Rory.

El impacto de su recuerdo me provoca una sensación de ahogo y tengo que detenerme a respirar, respirar, respirar. Es... como si los recuerdos se hubiesen diluido en una capa de polvo y, de pronto, alguien soplara y la imagen me diera un puñetazo. Su pelo recogido en esas trenzas que siempre llevaba a los lados, los ojos verde oliva, su piel clara salpicada de rubor en los mofletes, su sonrisa blanca, su corazón aún más blanco. Joder, sí que estoy borracho para dejar que entre en mis pensamientos de esta manera.

—¿No vas a decir nada?

—¿Quieres que te la chupe? —pregunto, porque necesito dejar de pensar y porque de verdad me muero de ganas por saber hasta dónde soy capaz de llegar.

Como se llame me mira como si hubiera insultado a su madre, o a sus gatitos. Me río con más ganas y él se pone superserio y se acerca. No sé en qué momento se ha colocado toda la ropa, pero sigue siendo guapo. Qué digo, guapísimo. Y esa es la razón por la que me lo he traído a esta habitación, a la cama de mi infancia, al epicentro de mi dolor. A nadie le amarga un dulce y este tiene buen sabor, aunque algo me dice que es de los que dan ardor de estómago.

Me evalúa de arriba abajo, con una intensidad que me parecería sexi si no levantara el labio superior de esa manera que lo hace parecer de todo menos sexi, hasta detenerse en mi inexistente erección.

—¿Te estás riendo de mí? —inquieta con un tono que deja claro que se le ha agotado la escasísima paciencia—. ¿Te pongo, al menos? Ni siquiera se te ha levantado un poquito.

—Me pones mucho —contesto, ignorando esa última parte porque ni lo va a entender ni tengo ganas de explicárselo—. Tienes una polla tremenda.

—Estoy hablando en serio.

—Yo también.

Él se acerca más. Baja las manos a mi bragueta medio desabrochada, me tira del bolsillo del vaquero e intenta meterme la mano bajo los calzoncillos. Lo detengo con un empujón demasiado brusco. También me pongo rojísimo y en alerta. No quiero que me toque. Por nada del mundo.

—¿Qué haces?

—He oído lo que dicen de ti, pero no quería creerlo. —Menea la cabeza y chasquea la lengua en un gesto de burla que le quiero arrancar de un puñetazo—. Es que estás buenísimo.

Lo que dicen de mí. Inspiro, exhalo. No puede ser. Pero... ¿quién? Vale, la pregunta no es quién, sino cuántos. Que vivo en un pueblo de mierda, joder. Spellwood es un pueblo enano del condado de Wexford donde no puedes tirarte un pedo sin que te llamen a la puerta para avisar de que deberías echar un poco de ambientador. Aquí todo el mundo me conoce y me he enrollado con una parte nada desdeñable de los jóvenes de mi edad, sobre todo en mis años de instituto. Hace cuatro años que lo acabé, por cierto, y mis ligues se han ampliado a la universidad de Wexford, donde acabo de terminar el grado de Diseño y Marketing Digital. Por supuesto que hay rumores. Demasiados. Y me cago un poco en la puta.

—Mi polla no tiene ningún problema —digo con gravedad, pero temblando de rabia por dentro.

—Y tu afirmación solo me confirma que sí lo tiene. —Los labios se le curvan en una sonrisa que no me gusta nada. Hay desprecio, superioridad y cosas de las que llevo huyendo toda la vida.

Me enderezo y consigo alejarme de la columna, y andar recto; creo. A unos pocos centímetros de él, soy más alto, más fuerte, más. Nuestras pollas no están al mismo nivel en tamaño, para mi absoluta desgracia, pero tampoco me quejo de la mía.

—Pues nada, te quedas sin mamada. Si has escuchado bien los rumores, seguro que sabes que las hago de lujo.

Como se llame va a replicar, pero no lo dejo. Tenerlo así de cerca me hace fijarme en los detalles. Eso que interpreté como una mueca de burla es en realidad un tic nervioso. También tiene un grano en el bigote afeitado al que espero no haberme acercado con los labios. Qué asco, por Dios. Ahora entiendo toda esa mierda que dicen de

que la belleza está en el interior. Por muy guapo que sea, ahora mismo solo veo a un tipo chiquitito que ha intentado humillarme. ¿Y todo por qué? No te ríes de alguien que te ha acariciado así, no te ríes de alguien que te atrae. Antes, no sé, le preguntas, intentas conectar. Las conexiones son importantes, y yo me pregunto si alguna vez podré volver hacerlo con alguien. Conectar. Sí, volver. Porque conectar, lo que se dice conectar, lo hice hace tiempo. Demasiado. Lo hice cuando aún era un niño y no entendía de amores ni de conexiones; lo hice y el sentimiento se quedó ahí, echando raíces en mi pecho.

—Lárgate o te arranco esa polla preciosa que tienes. —Me acerco tanto que noto el olor agrio de la cerveza en su aliento; nuestras narices se rozan, pero no hay excitación, solo furia. Tengo el rostro colorado y el cuerpo en tensión, listo para saltar sobre él si hace falta—. Ahora.

Como se llame retrocede, baja la mirada por su cuerpo, como si se estuviera cerciorando de que sigue entero, que no le he arrancado el alma. Barre la habitación con rapidez y en nada tiene la chaqueta en un hombro y la cartera en el bolsillo, los huevos encogidos. En fin, una pena. Los golpes de sus pisadas sobre la madera de las escaleras resuenan y me alegra que mis padres se hayan ido a pasar unas semanas románticas en Escocia para ver a mi tía y a mi abuelo, que vive con ella desde que la abuela murió. Y que no oigan el portazo, ni los insultos que se advierten desde aquí.

Me revuelvo el pelo y cojo la botella de agua que tengo en la mesita, una de esas de acero inoxidable que mantienen la temperatura, con una ilustración exterior de múltiples cubos de Rubik. Me la regaló mi hermano Liam por mi cumpleaños antes de irse de casa, hace ya dos años. Bebo mientras me sitúo delante de la ventana, con el culo en el alféizar dispuesto tal y como lo tiene el vecino. Claro que el vecino se dedica a escribir en su libreta o a mirar el cielo y yo solo..., yo solo...

Me quedo embobado con su imagen. Poderosa. Sus hombros son anchos, el pelo del color de la cerveza tostada le cae en cascada a los lados de la cara y le llega a la altura de las clavículas, y tiene unos labios gruesos que me encantaría lamer despacio y morder con

ganas. También tiene unos brazos que parecen cincelados, de músculos elegantes y llenos de tatuajes. Flores, frases y mariposas que sobrevuelan las palabras, de colores y formas que no reconozco porque los bichos no son lo mío y no consigo distinguirlos desde aquí.

Me recoloco en el alféizar y acomodo la espalda en la pared.

—¿Cuántos rollos me has estropeado ya?

Él entrecierra los ojos, o eso creo. Los tiene verdes, o eso creo también. Nuestras casas están bien juntas, pero no tanto como para verlo con nitidez en la noche, como es el caso. Y como son todos los casos, en realidad. Y es que siempre lo veo cuando el cielo está salpicado de oscuridad. La de veces que me habré enrollado con alguien desde que mis padres se fueron de vacaciones y él ha estado ahí, leyendo en el alféizar y viendo a mis ligues deshacerse entre mis manos.

No hace mucho que se mudó; tres semanas, a lo sumo, a finales de mayo. Recuerdo la primera vez que lo vi ahí, en esa misma ventana, observándome como si quisiera atravesar cada parte de mí. Era de noche, pero, a diferencia de las otras veces, yo estaba solo y haciendo lo mismo que él: pasar el rato; resolver de manera distraída el cubo Axis que me había empeñado en dominar, mirar el cielo, respirar. El corazón se me puso del revés. Pensé en ella. «Rory». Mi mejor amiga, mi todo. Aquella chica de quince años que se había ido de mi vida un día de verano y a la que no había vuelto a ver, ni a ella ni a su familia.

Pero no era ella quien estaba ahí, solo su recuerdo; y luego ese chico que era su primo cercano o lejano o a saber, ya que no fue muy preciso cuando le pregunté. Tampoco es que indagara tanto. Sigo dolido, por lo que el paradero de Rory me trae sin cuidado.

Mi vecino sonrío. Aún no me ha dicho su nombre, pero se lo sacaré. Esta misma noche a ser posible. Suelta el cuaderno de cuero y se incorpora. Abre del todo el cristal y saca esa cabeza de media melena castaña, casi rubia, por la ventana.

—¿Estropeado? No sé, pero desde aquí no parecías muy entusiasmado.

Me ruborizo. Muchísimo. Mierda.

—¿Has estado escuchando?

—¿Yo? —pregunta con inocencia fingida—. Para nada.

—Mi polla no tiene problemas, ¿vale? —suelto, molesto—. Y la de ese tío era la caña y me lo has estropeado.

La sonrisa que se le forma me parece preciosa, y eso que la veo distorsionada por la falta de luz y la nube de alcohol que me inunda el cerebro.

Él apoya los codos en la ventana, se inclina más hacia fuera, se echa el pelo hacia atrás. Se le tensan los músculos de los brazos y, bajo la luz del cielo y la de las farolas dispersas por la acera, las palabras impresas parecen vibrar por su piel.

—¿Cuál es tu tipo? —pregunta y, al reparar en mi expresión, añade—: Me refiero a las chicas y a los chicos. He intentado hacerme una especie de media en base a la apariencia física de los que has traído, pero es que no tienen nada que ver.

—No tengo un tipo.

—Venga ya, todo el mundo tiene un tipo —replica.

—Pues yo no. Me gustan las personas, sin más.

—¿Lo saben tus padres?

—Pues claro. Salí del armario hace años, cuando aún iba al instituto. —Sonrío al recordar la naturalidad con que mi madre asimiló que me había echado novio.

—Por tu sonrisita supongo que te fue bien.

—Me lo tomé más a la tremenda yo que ellos, supongo.

—Pero tienes que tener un tipo. Algo tiene que atraerte de las chicas o los chicos con los que te enrollas.

No le digo que no, que solo tienen que querer hacerlo conmigo. Porque sé cómo sonaría, sé cómo se lo tomaría, lo sé. Así que niego y me acomodo sobre un cojín.

—¿Tú tienes un tipo?

—Por supuesto —contesta, y los ojos le brillan todavía más—. Y no, no te lo voy a decir.

Sonrío. Y puede que sea el alcohol, pero paso de dejar que se vaya por la tangente.

—Vale, no me lo digas. —Giro el cuerpo con demasiada brusquedad para poder mirarlo de frente y agradezco la brisa que

me azota la cara y me despierta un poco, aunque no tanto los primeros envites de las gotas de lluvia—. Te gustan empollonas, de esas que van recitando poemas intensos y se pasan las tardes en la biblioteca. Adictas a las flores y a Thomas Hardy.

—¿Thomas Hardy? —Sonríe de oreja a oreja.

Aparto la mirada al notar esa punzada de dolor en el pecho. Casi puedo escuchar su voz, suave y profunda, mientras me narraba pasajes que consideraba los mejores escenarios del mundo. Ella, siempre ella. Y lo hacía por mí, porque era a mí a quien le gustaban Thomas Hardy, Dickens, Victor Hugo y otras intensidades como Tolstoi o Dostoievski. ¿Cuándo dejará de doler? Quizá nunca, ojalá ahora, en este momento, para siempre. Dios.

—Ya sabes. Una yonqui del drama y la narración existencial. — Nada más decirlo, el vecino suelta una risa que le nace desde la garganta, ronca, verdadera, espontánea—. ¿Qué? No me digas que no sabes quién es Hardy.

—Lo que me sorprende es que tú lo sepas, la verdad.

Se me escapa una sonrisa. Alargo el brazo y lo señalo con la botella de acero inoxidable. No calculo que no estoy en mis plenas facultades y mi preciosa botella, con todos esos cubos dibujados a mano por un artista que le gusta a Liam, acaba entre los arbustos del jardín del que hace tiempo que nadie se ocupa.

—He acertado —digo a media voz.

—Pues sí, creo que te has cargado un nido lleno de bebés de mirlo.

Abro los ojos de par en par y me inclino demasiado hacia delante. ¿Lo dice de verdad? Solo de pensar en cargarme un ser vivo del tipo que sea... Que yo sería vegano si no me gustara tanto el queso, o los huevos, o el beicon. Vale, lo del beicon es que es superior a mí. Hablo de esas tiras crujientes que mi madre o mi hermano, cuando viene a casa y le da por hacer de cocinillas, me ponen delante y por las que pierdo el culo. Así que cuando hacemos la compra y voy con ella tiendo a sacar el paquete del carro y pedirle perdón al pobre charcutero; y a pagárselo, claro, solo para evitar tentaciones.

—Eh, que es broma. No había ningún nido. —La alarma en la voz del vecino me hace mucha gracia. Tiene un timbre rasgado que me resulta embriagador y me provoca un cosquilleo raro entre las piernas; aunque a lo mejor solo tengo ganas de mear—. Ten cuidado, tío.

Le dedico una mirada asesina que espero que vea.

—No tiene gracia.

Observo cómo intenta ponerse serio, pero la sonrisa se le escapa del borde de los labios y no puedo evitar sonreír con él. Qué guapo es. Me pregunto cómo será mirarlo a plena luz del día y me digo que mañana lo haré. Sí, mañana.

—Entonces..., ¿he acertado? ¿Te gustan así?

—Sí, pero no —contesta y, al distinguir la forma en que lo miro, agrega—: No has acertado en lo importante.

Enarco las cejas y noto una sensación desagradable en la barriga, la boca se me hace agua y comprendo que voy a potar. Trago saliva. No, no, no.

Lo miro, me mira.

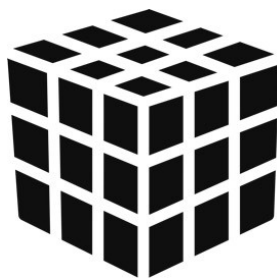
—¿Qué es lo importante? —quiero saber; vuelvo a tragar toda esa saliva que no deja de acumulármese en la boca.

Lo veo mover los labios, contestar, supongo, no lo tengo claro. No oigo más que el retumbar en los oídos y el pum, pum, pum exagerado de mi corazón. El cuerpo se me sacude y comprendo que no voy a llegar al baño. Ni tres pasos daría. Así que solo doy uno, me aferro a la ventana con fuerza y echo todo el alcohol y la poca comida que tengo dentro, tal cual, encima del puto árbol y del puto nido que espero que no exista y de mi maravillosa botella ilustrada.

El vecino pone cara de haberse comido un limón, o eso me parece tras la cortina de lágrimas que tengo en los ojos.

Mierda.

DOS



DECLAN

—¿Ves bien desde ahí o quieres que me coloque en alguna postura especial? —Lo dice así, y a mí se me encienden las mejillas porque... ¿en qué momento se ha dado cuenta de que lo estoy mirando? Pero es que no he podido evitarlo.

El dolor de cabeza y los remordimientos me han hecho levantarme en cuanto el sol ha asomado por la ventana, y he bajado raudo y veloz a limpiar el desastre del jardín y a recuperar mi preciosa botella de agua. Qué asco, de verdad.

No sé en qué momento ha aparecido él, pero cuando me quise dar cuenta me había peleado con dos árboles de ramas rebeldes y se me había ido la mano con la manguera. Literal que no hay ni un solo gramo de mi cuerpo que no chorree. ¿Todas esas pelis con gente sexi lavando coches mientras lucen modelitos? Mentiras. La realidad es bien distinta. Sentir las gotitas bajarte por la raja del culo y que se te peguen los huevos a los calzoncillos no es nada agradable. Nivel estaba a nada de quedarme en pelotas cuando lo he visto a él y me he pegado a la valla como un acosador al acecho. Pero es que de día es todavía más guapo. Y para colmo sabe arreglar el jardín. Lleva un peto vaquero, botas de agua y una camiseta sin mangas que deja a la vista la hilera de tatuajes en los brazos, y el pelo recogido en un moño, lo que realza una mandíbula marcada que me apetece recorrer con la lengua, y con los dientes, y probablemente con la polla, si estuviera por la labor, cosa que ahora

mismo parece, y eso que debe de estar congelada con los kilos de ropa húmeda que llevo encima.

Sonrío.

—Hombre, si te giras un poco puedo tener una mejor panorámica de tu culo, que los bíceps ya los tengo más que controlados.

El vecino se gira y a mí se me saltan un par de latidos. Esos ojos. Esos putos ojos. Desvío la vista hacia abajo porque de pronto siento que el corazón podría salirseme del pecho si me sigue mirando así.

—Deberías darte una ducha. Estás a nada de sufrir una hipotermia y creo que el pobre árbol no soportaría más manguerazos. —Su voz suena ronca y sexi y yo me pregunto cómo sonaría al arrancarle un gemido, lo que a su vez me hace preguntarme por qué cojones me pregunto eso cuando este tío es hetero.

—¿Qué significan los tatuajes? Las mariposas y las flores no, ni tampoco las patitas de gato. Me refiero a las palabras.

—Algunas son nombres de personas que me han... cambiado la vida. Otras son frases de libros o de películas o... —Frunce los labios, como si hubiese estado a punto de decir algo importante y se hubiese dado cuenta de que soy un completo desconocido.

—No me lo digas. Thomas Hardy.

Dios, esa sonrisa. Creo que el corazón se me detiene, pero enseguida se acelera sin mi permiso, y también creo que se me están durmiendo las pelotas, y los labios, y todo yo. Y creo que va a llover, teniendo en cuenta que los únicos rayos de sol son los que me lanza mi nuevo vecino amante de lo deprimente.

—¿Te gusta lo trágico o te gusta lo gótico? Porque son cosas distintas.

Él deja las tijeras de podar, se limpia las manos en el peto y se me acerca. Coloca una de ellas en la valla y me dedica una mirada de las que descongelan a tíos a punto de entrar en hipotermia. Quizá por eso me quedo ahí, contando los centímetros de distancia entre nuestros dedos. Los suyos tienen un callo pequeño cerca de la uña del dedo corazón, de escribir, y otros en la palma de trabajar la tierra, y me imagino cómo sería sentir su tacto en mi piel desnuda.

—Eh, deja de imaginarme sin ropa y ve dentro. Estás tiritando.

—Eres guapísimo —le suelto, porque lo de callarme la boca nunca se me ha dado bien—. ¿Y qué eres, el nuevo jardinero? ¿Puedo contratarte? Desde que mi hermano terminó la carrera y se fue a vivir a Cork, mi madre pasa de todo, y mi padre más. Es como si además de media habitación se hubiese llevado sus ganas. No sé, yo sigo viviendo aquí y a veces creo que se olvidan.

Al vecino se le suaviza la expresión, como si reconociera algo en mí.

—No te hagas el duro, que tú también lo echas de menos.

—No he dicho lo contrario, listillo. Pero...

—¿Por qué no arreglas tú el jardín? Seguro que a tus padres les haría ilusión que te implicaras. Y a tu hermano.

—Porque no soy el hermano bueno. —Me encojo de hombros y hago una mueca al distinguir su sonrisita—. No te rías.

—No me río. Es que ni tú te crees esa mierda. Venga ya, has salido con resaca a las seis de la mañana para limpiar el vómito porque no podías con la culpa. ¿Me equivoco?

Me inclino hacia él, tanto que la calidez de su aliento me acaricia la nariz y nuestros dedos se rozan cuando apoyo la mano cerca de la suya. Lo siento tensarse a mi contacto, pero no se aparta. Eleva la vista, yo la bajo. Soy más alto que él, al menos diez centímetros, diría yo, y mi cuerpo es más grande. Y aun así... su aura me rodea, me envuelve, me marea. Noto una punzada en el pecho, una alerta, un algo que no sé identificar. Los restos del alcohol en mi organismo, supongo, que aún me tienen fundido el cerebro.

—¿Tienes poderes? ¿Puedes leer mentes? —pregunto en un intento desesperado por armarme la cabeza como si se tratara de uno de esos cubos imposibles, ese que tiene pegatinas iridiscentes que muestran distintos colores dependiendo de la luz y el ángulo.

—Solo las de tipos tan perdidos como tú. —Va a decir algo más, pero un maullido lo interrumpe y él sonríe para tomar en brazos al gato que ya había visto alguna vez en la ventana y colocárselo sobre el hombro como si fuera un monito; un siberiano blanco atigrado con los ojos de un verde dorado que me miran como si no se fiara de mí.

—Creo que no le caigo muy bien —murmuro cuando lanza un maullido que llena el silencioso jardín.

—Créeme, si está aquí es porque le caes bastante bien.

—Bastante no es muy bien, pero me conformo. —Sonrío y él me devuelve una sonrisa que me hace estremecerme—. ¿Cómo se llama?

—Haruka, pero suelo llamarla Haru. Es... por Urano, de *Sailor Moon*. —Lo dice con las mejillas sonrojadas, como si me estuviese contando de más.

—La *Sailor queer*. Me gusta. Y tu *piercing*, también —agrego cuando meneas la cabeza y distingo la lágrima morada que le cuelga en la oreja izquierda.

La sonrisa que le curva los labios me hace cosquillas por debajo del ombligo, y es raro, e incómodo, y excitante; todo a la vez.

Estoy a nada de hacerle mil preguntas cuando la gata lanza otro maullido. Él desliza el pulgar por el espacio que hay entre la nariz y la cabecita, arriba y abajo, y la gata ronronea y apoya su cuerpecito en el hueco de su cuello. Me derrito. Dios. Necesito sacarles una foto. O veinte. Y creo que estoy babeando. Por si acaso, me rasco la barbilla, solo para comprobar que no estoy haciendo el ridículo.

—Anda, ve a darte una ducha o te pasarás una semana con fiebre, y qué sería de tus ligues entonces —dice con tonito.

Sonrío de oreja a oreja.

—Sobrevivirían, y tú podrías hacerme de médico. Hay una llave en la ventana de la entrada, debajo del ladrillo de la esquina, el que tiene la maceta encima. O puedes subir por la ventana a lo *Romeo y Julieta*.

—Sueña. —Se ríe.

—Cierto, que el chico intenso es más de Thomas Hardy. ¿Tienes algo en contra de los finales felices? —pregunto.

—¿Además de que no son reales?

—Uy, huelo a traumita. ¿Por eso estás aquí? Fijo que estás viviendo en una tragedia. Pues mira, te lo voy a resumir en pocas palabras: al final todo pasa. Hay más peces en el mar y todo eso. —Las palabras me saben amargas en la boca, y más cuando él deja de

prestarle toda su atención a la gata y me clava sus ojazos. Aceitunas antes de madurar. Rory. Mierda.

—¿Te crees esa porquería? ¿En serio? —Con cuidado, sujeta a la gata con una mano y vuelve a agarrarse a la valla con la otra para acercar su rostro al mío—. Apostaría a que tus traumas son peores que los míos.

El golpe duele, pero lo encajo sin mucho drama. No conozco a este chico y él no me conoce a mí. No sé qué traumas tendrá él, pero no soy de medir el dolor de nadie ni de comparar. La vida ya es bastante jodida y no todos estamos hechos a la misma medida.

—¿Tú crees? ¿Tienes alguna manera de medirlo? ¿Crees que se pueden medir los traumas de cada uno? Porque a mí ese pensamiento me parece una gilipollez. Un golpe que a mí me tumba al suelo puede que a ti te haga más fuerte y viceversa. —Me encojo de hombros—. En fin, ¿quieres un café? ¿Té?

Al vecino se le enciende toda la cara; la gata debe de notar su nerviosismo, porque lanza un maullido sonoro y salta hacia la casa.

—Lo siento, no quería decir eso. Sea lo que sea lo que pienses que quería decir, claro. No es mi problema. Vamos, que me da lo mismo.

Me muerdo los labios para contener las ganas de reír. Qué nervioso está.

—Ya. —Muevo la mano y nuestros nudillos se rozan. Él abre los labios y suspira, yo estoy demasiado concentrado en cómo le brillan por la saliva para intentar entender lo que me hace sentir.

—Ni siquiera te conozco, así que mi opinión no debería importarte.

—No sufras, me importa una mierda tu opinión. La tuya y la de casi todo el mundo, la verdad —admito con sinceridad; las únicas personas que me interesan son las que quiero, y ellas no tienen por costumbre hacerme sentir mal—. Oye, ¿de verdad eres jardinero?

—¿Y tú eres siempre tan preguntón?

Sonrío.

—Solo con chicos guapos y oscuros. —Me muerdo el labio inferior como hago a veces cuando voy muy pedo e intento ligar, aunque se me da de puta pena.

La carcajada resuena por todo el jardín. Luego menea la cabeza, se gira y vuelve a lo suyo. Y yo me giro también y empiezo a quitarme ropa porque es que así no se puede ni andar.

Lo último que veo antes de entrar en mi casa es al vecino, con todos esos músculos, y esas mariposas, y esos ojos de los que solo quiero huir.



Un rato después, estoy en mi *pub* favorito con una de mis personas favoritas del mundo: Shay. Diría que es mi mejor amigo, pero ese puesto siempre le pertenecerá a otra persona, por más que me pese. Shay es... Shay. Amigo, hermano, compañero de fatigas. Tiene la misma edad que yo y estudió la licenciatura de Diseño de Moda en Cork.

Fuimos al mismo instituto, pero no nos hicimos amigos hasta el penúltimo año, cuando salió del armario y un tipo empezó a meterse con él. Todavía lo recuerdo como si fuera ayer. Su mejor amigo, Sky, le dio un puñetazo. Yo, capitán del equipo de fútbol gaélico y uno de los chicos más populares del instituto gracias a este cuerpo y a esta cara que he heredado de mis padres, opté por algo más... radical. Agarré a Shay y le metí un morreo. Ahí, en el patio del instituto, le robé su primer beso a mi amigo, y luego me sentí fatal porque no es justo que te hagan algo así sin preguntar. Pero Shay no se lo tomó mal, todo lo contrario. Nos habríamos acostado de no ser porque no me ponía y todo eso.

El caso es que fue un beso épico y todo el mundo tuvo mucho de lo que hablar en el instituto. Y mucho más cuando a los pocos días me enrollé con la novia del acosador en cuestión, solo por el simple hecho de demostrar que podía. Sí, era un poco gilipollas. Aún no había cumplido los diecisiete y todavía tenía el corazón hecho papilla.

Ahí empezó mi promiscuidad, supongo, y los rumores, y el intentar encontrar algo que llenara el vacío que sentía cada vez más

pesado en mi pecho.

No suelo hablar de esto con Shay. No le gusta que me refiera a mí mismo en esos términos. Él prefiere pensar que fue ahí donde empecé a buscarme, que me encontraré, que solo necesito tiempo. Tiempo; incontrolable y aterrador. Tiempo.

—Tienes sonrisita. —Shay deja las bebidas sobre nuestra mesa favorita, la que está junto a la ventana que da a la calle. Zumo de frutas para él, chocolate caliente para mí. Su hermano Ryan es uno de los socios del Brennan & Ward Bar Restaurant, el *pub* más querido del pueblo y donde trabajo en verano con mi amigo para echar un cable y ganar algo de dinero, y siempre se encarga de servirnos él mismo cuando venimos a pasar el rato—. Espero que no sea por el tío de anoche.

Que me ponga rojo con él tiene gracia, pero es lo que hay.

—Joder, cómo corren los rumores.

Mi amigo se sienta a mi lado en el sillón de cuero, hombro con hombro conmigo, y se gira un poco para mirarme con toda esa preocupación pintada en el rostro. Siempre hace lo mismo. Le gusta estar cerca de la gente que le importa.

—¿Estás bien? En serio, Declan, ese tío es gilipollas.

—Tarde, pero ya lo sé. —No me habla de los rumores ni de los mensajitos que debe tener en los grupos de la gente del instituto con la que aún tiene contacto. Que yo no siga a nadie es un plus, y que mis amigos de verdad se hallen bien lejos de Spellwood es otro plus del tamaño de mi casa.

—¿Cuándo vas a dejar de hacer eso?

—¿Divertirme? Solo tengo veintidós. Puedo divertirme.

—Aún no los has cumplido, y sabes que no me refiero a eso.

Me tomo el chocolate con mucha lentitud y haciendo mucho ruido, solo para molestarlo. Un codazo seguido de una caricia en el pelo. Así es Shay, pura ternura cuando quiere a alguien, y a mí me adora. Qué suerte tengo.

—Vente esta noche. Hay concierto en Carlow. ¿Recuerdas al cantante de la cicatriz en la barbilla? —Se le forma una media sonrisa, la rompecorazones, la que consigue que lo sigas al fin del mundo si te lo pide—. Bueno, pues toca ese grupo, y sí, me pone

mucho ese tío, así que pienso ir. Y tú deberías venir conmigo. No me vale que me digas que pensabas ir a la fiesta de Cathy, porque ella es igual o peor que el gilipollas con el que te liaste anoche.

El silencio es un arma y yo hago uso de ella. La verdad es que sí pensaba ir a la fiesta. Y no porque Cathy me caiga bien; es que me cuesta decir que no, quedarme quieto, esperar a encontrarme. Hace mucho que siento mi vida como un esprint hacia ninguna parte, y lo peor de sentirte así no es el cansancio ni el agotamiento físico y mental; es darte cuenta de que por mucho que corras no vas a llegar a ninguna parte, que no hay meta ni salida ni destino. Que eres tú y la absoluta nada.

—Si no quieres alimentar más rumores, deberías liarte con gente de fuera de aquí. —Mi amigo se pasa la mano por el pelo rubio y se lo echa hacia atrás. Shay es una copia más brillante, risueña y bonita de su hermano, que tiene pintas de darte un puñetazo en la nariz si te acercas mucho. Incluso sus ojos se parecen, pero los de Shay son de un castaño un poco más claro.

Me río, qué tontería.

—Los rumores llegan igual, ya lo sabes. Son como las tormentas que arrastran la lluvia.

—Declan...

—No me regañes. Anoche fue una mierda.

—Es que no sé por qué lo haces. Son demasiados rollos hasta para ser tú.

Hasta para ser yo, ¿eh? Resoplo, frustrado y un poco dolido porque Shay no suele hablarme de esa manera, lo que demuestra lo preocupado que está por mí.

—Tú no lo entiendes. Yo... necesito sentir algo. Han pasado casi tres años desde que terminé con Brody y no he vuelto a sentirme así con nadie. Yo... echo de menos sentir que no estoy roto. ¿Tan difícil es de entender?

Brody, mi exnovio, el chico nuevo que llegó al pueblo a la mitad del último curso de instituto. Lo nuestro duró año y medio. Fue intenso, demoledor y con un final que tal vez no se parezca a los de Thomas Hardy (los dos seguimos vivos), pero casi. Con él fueron casi todas mis primeras veces, con él sentí que volvía a estar...

completo. O que no estaba roto del todo. O que podía volver a sentirme vivo. Yo qué sé. Brody no fue el amor de mi vida, ni el más intenso tampoco, pero sí el que cubrió de pasado ese otro amor que aún me dolía. Que aún me duele.

Shay me mira con una pena que me hace querer darle un abrazo, porque su pena y la mía se parecen, aunque no tengan nada que ver. Yo me lamento por dos amores perdidos, un chico que me dejó para seguir su vida lejos de mí, una chica que me borró como si los quince años que pasamos juntos no fueran nada. Shay lo hace por un chico que jamás lo dejará, pero que nunca será su amor. Historias distintas, mismo destino.

—No estás roto, Declan.

—Ya, eso díselo a mi pene.

La carcajada que suelta llega hasta la barra, donde su hermano, el rubio con pintas de malote que te deja con las rodillas temblando cada vez que sonrío, nos mira con un gesto de advertencia. La de veces que nos ha tenido que sacar del *pub* por escandalosos...

—Por Dios, no digas pene.

—¿Por qué no? No la puedo llamar polla cuando la pobre está en *stand-by* todo el rato. —Levanto los dedos para indicar el tamaño y achino los ojos en un gesto exagerado que le hace soltar otra carcajada.

—Mira que eres tonto. —Mi amigo me examina con demasiada intensidad—. ¿Alguna vez intentaste llamarlo? Tienes su número. A lo mejor, él...

—Rompió conmigo, ¿recuerdas? El mismo día que follamos, por cierto, y el mismo día de mi cumpleaños, que también fue el mismo día que le dije que lo quería. Fue un triple golpe mortal. Ni siquiera se despeinó. Estaba guapísimo y yo ahí con el corazón sangrando.

Otra risa, seguida de un empujón cariñoso.

—Eres un dramático...

—¿Cuántas veces te pueden romper el corazón? ¿Crees que es como los gatos, que tienen siete vidas? Tengo que preguntarle al vecino, tiene una de esas que parece que se han electrocutado, toda blanca con mechitas grises.

Shay me ignora, me conoce y sabe que estoy en modo «esquivar el tema».

—Mira, no lo conocí mucho, pero sé que le importabas. Se le notaba. Dejarte también fue duro para él.

—No tenía que hacerlo. El primer año nos fue bien. La distancia no mata las relaciones verdaderas. Y él... es el único chico al que le he permitido la entrada, en todos los sentidos de la palabra. —Nada más decirlo, me avergüenzo. Porque sí, ha sonado tonto, pero es la verdad. Puede que me haya enrollado con más chicos y chicas de los que recuerdo, pero llegar al final... solo con Brody. Y una única vez.

—Demasiada información —se queja, pero enseguida se gira y me sujeta la mano—. Declan...

—Dijo que no podía cargar conmigo.

—No. Lo que dijo fue que no podía llevar consigo una maleta tan pesada. Que dolía demasiado.

—Me llamó gordo, Shay.

Las carcajadas de mi amigo ahora sí que se escuchan por todo el local. Se agarra la barriga y hasta se tumba un rato en el sillón para no caerse al suelo. De soslayo, distingo los mechones rubios del hermano moviéndose a los lados antes de verlo huir al almacén, solo para no tener que echarnos; estoy seguro de que ganas no le faltan.

—Eres idiota. —Shay se limpia las lágrimas cuando consigue recuperarse.

—No quiero hablar de él, ¿vale? Intento olvidarlo.

—El problema es que lo intentas demasiado. A lo mejor si dejaras de hacerlo lo harías de verdad.

—¿Es un trabalenguas?

Shay me aprieta el muslo con suavidad.

—Dime quién te hacía sonreír como lo hacías hace... — comprueba el reloj de su móvil— dos minutos y cuarenta segundos, anda.

Pienso en la sonrisa de mi vecino, en su forma de mirarme, en el verde oliva penetrante de sus ojos, en el modo en que sus tatuajes hablan a través de la piel cuando se mueve. Y sonrío, joder, sonrío.

Y entonces Shay también lo hace y yo me pregunto si dejar de intentarlo es esto: sonreír sin nada más. Sonreír.

TRES



RILEY

—Se puede saber por qué estoy yo aquí y tú... ¿Dónde decías que estabas? —inquire Millie, mi mejor amiga, en cuanto conecto la cámara y su cara preciosa ocupa la pantalla. Lleva la melena rizada y pelirroja recogida en un moño y sus ojazos marrones me recorren como si quisieran averiguar si estoy entero.

Qué bonita es y cuánto la echo de menos. Solo hace tres semanas que me fui de Galway y vine a vivir aquí, pero aun así... Es como si me hubieran arrancado un trocito de mí y ahora solo sintiera el hueco, hondo e inmenso. Hay personas que hacen que la vida merezca la pena, y Millie es una de ellas. Tenerla en mi vida es... un puñetero milagro.

—¿Qué más da? Lo vas a olvidar a los tres segundos.

—Te diría que no, pero sí. —Sonríe de oreja a oreja; luego me señala los puestos de la feria de artesanía que hay a su alrededor—. En serio, Riley, ¿por qué cojones no estás aquí? Eres el puto amo, has sido el mejor alumno de la academia y lo sabes. Llevas preparándote para exhibir tu creaciones... ¿cuánto tiempo? Y lo dejas todo por un tío. Un tío que, además, te robó diseños para su proyecto final —me recuerda con una voz demasiado suave para lo cabreada que está.

Que sí, que debería haberlo denunciado, pero... ¿qué más da? Que me robe mi trabajo duele, pero me duele más haber creído que

sería lo suficientemente importante como para... aceptarme, quererme y respetarme. Soy tan imbécil...

—No puedo estar ahí, Millie, es que no puedo. Además, desde que empecé la academia tuve claro que ese mundillo no era para mí.

—Los dos sabemos que odio llamar la atención, el socializar; lo mío es trabajar tranquilo y a mi bola; y puede que ahora me toque trazar un largo recorrido hacia mi futuro, a lo que quiero lograr por mi cuenta, pero no tengo prisa. Solo tengo veintidós años—. Necesito algo más... mío. Ya me conoces.

Mi amiga resopla, pero el gesto se le suaviza porque me conoce y lo sabe. Claro que lo sabe.

—Dime que al menos vendrás al Fashion & Friends Festival. Dime que no perderás la oportunidad de que te vean por un tipo con la picha floja. Y vale que no quieras seguir en el mundo de la moda a la manera tradicional, pero todo reconocimiento es bueno. Que se fijen en ti es la hostia. El boca a boca es importante. —Se pega tanto a la cámara que tengo una panorámica excelente de su nariz, lo que me hace morderme los carrillos para no reír—. Eres el mejor de tu promoción, Riley, y probablemente de la historia de la puñetera academia.

Me río; si es que a exagerada no la gana nadie. También se me forma una bola en la garganta y noto la amenaza de las lágrimas en los párpados. Respiro y me echo el pelo hacia atrás. Me pongo a caminar de un lado a otro del jardín, solo por hacer algo. La tarde ha caído y apenas me queda trabajo que hacer en la casa, así que empiezo a mirar el jardín del vecino con mucho pero mucho interés. Y no es buena idea, en absoluto. Pasar tiempo con Declan Molony no entra en mis planes más inmediatos; ni en los futuros, ni en ninguno. Digamos que lo tengo vetadísimo.

—Riley, no merece que le dediques ni una lágrima, ni un pensamiento. Por Dios, es que no merece nada.

—Ya lo sé —digo, pero mi voz suena demasiado bajita y temblorosa.

—No me has contado lo que pasó. —Aprieta los labios como si le costara un mundo preguntar—: ¿Fue por...?

Asiento, nada más. Y ella lo entiende. *Me entiende*. No necesita que le explique mi situación, ni mis inseguridades, ni la realidad a la que tengo que enfrentarme cada día de mi vida por ser un chico trans. Que sí, que ya no soy aquel crío aterrorizado que se escondía bajo capas y capas de ropa. Mi transición me ha dado seguridad y confianza, pero por dentro queda algo del chiquillo que se encogía de miedo cuando lo miraban raro o se dirigían a él en femenino por no tener un físico acorde a los estereotipos masculinos. El miedo nunca se va del todo, las huellas se quedan ahí, bien adheridas, como los tatuajes que llevo en la piel, y seguirá presente cada vez que intente mantener una relación romántica o sexual con otra persona.

—Creía que era distinto. No es que lo quiera ni nada, pero fue un palo. Pensé que... —Suelto una risotada amarga—. Creí que era mi amigo.

—Es que es normal. ¿Cuánto tiempo estuvisteis tonteando antes de que pasara nada? ¿Dos años? Hasta para mí fue un palo —admite, y los mechones sueltos se le agitan al menear la cabeza—. Casi desde que él llegó a la academia y se sentó a nuestro lado. Riley..., ¿de verdad no lo quieres?

—No —contesto, y lo digo en serio. No estaba enamorado de Richard, pero fue mi primer novio de verdad, el primer chico al que dejé entrar en mi vida después de... él.

Richard fue el primero al que le permití desnudarme en todos los sentidos, al que le mostré quién era. El mismo que se apartó de mí, que puso distancia, que me rechazó con una sonrisa y un «vaya». Nada más. «Vaya». Luego vino el «¿cuándo pensabas decírmelo?» y otras preguntas que nunca deberían hacerle a alguien como yo, porque no está bien, porque duele, porque solo quiero ser... libre. Ser yo, sin más.

¿Tan difícil es que te quieran por ser quien eres?

Cuando sales al mundo y este te demuestra que esconderte siempre es la mejor opción, te lo crees. Punto. Y no. He pasado demasiado tiempo escondido. Solo quiero ser yo. Con todo lo que tengo, con todo lo que soy. Riley. Nada más.

—Dime que estás haciendo unos diseños increíbles y que vendrás y te sacarás esa polla preciosa que escondes en el bolsillo interno de los calzoncillos y le demostrarás que da igual que te copie, porque nunca estará a tu altura.

Se me escapa la risa.

—Se llama *packer*, idiota —le digo con una mueca, aunque los dos sabemos que me encanta que me diga las cosas así, con naturalidad; aparte de los chicos que me ha presentado mi amiga Cassandra o he conocido en foros, Millie es la única con la que puedo hablar de estas cosas sin que me mire como si fuera un extraterrestre—, y te recuerdo que soy más bajito que él.

—Y yo soy un tapón, y ya ves cómo sufro —replica, y yo me río porque es Millie y quiero comérmela a besos—. Dime que tienes algo para el festival.

—Soy Riley O'Brian. Siempre tengo algo —contesto con una media sonrisa.

—Eres el mejor. Y el chico más increíble del mundo, y me encantaría ser un hombre solo para demostrarte lo feliz que podría hacerte. —Sonríe, pero esta vez la alegría no le llega a los ojos—. Ojalá lo fuera, ojalá me vieras de esa manera. Yo... te haría muy feliz.

Se me forma un nudo en la garganta. Sí, Millie se me declaró a los pocos meses de conocernos, cuando empecé en la academia de diseño. Mi familia y yo nos habíamos instalado en Irlanda de manera definitiva y ya había empezado el tratamiento.

Mi relación con Millie fue... intensa. La quise desde que la conocí. Como una hermana, como un alma gemela, nada más. Pero ella... Ella vio mucho más de mí. Y no le importó quién era. Es más, me abrazó y me dijo que era perfecto y que me quería y meses más tarde... me besó. Y todo se fue a la mierda. Estuvimos casi un mes sin hablar. No quería atosigarla y ella necesitaba espacio. Hasta que un buen día volvió a mí y me dijo que daba igual que me gustaran los chicos y que nunca me fijara en ella mientras la quisiera. Y vaya si la quiero. La quiero tanto que a veces le rezo a ese dios en el que no creo para que encuentre a alguien que la merezca de verdad.

Y debe de verme la cara, porque enseguida sonrío y me dice que no pasa nada, que ya lo ha superado. Y hablamos de tonterías y me hace prometerle que iré al festival, que haré que Richard se quede con el culo torcido de lo increíble que soy, y que intentaré divertirme en ese pueblo diminuto en el que estoy perdido. No le digo que mi diversión se reduce a dibujar patrones nuevos, pensar en mi futuro, arreglar el jardín y ver cómo el vecino se enrolla con un millón de personas.

—Uy, ¿y esa sonrisa? ¿Hay algo que no me estás contando?

Mierda. ¿Por qué soy tan transparente cuando se trata de ella?

—Algo.

—Suéltalo, venga.

—¿No tienes nada mejor que hacer? —Le señalo la pantalla, a los puestos, a la gente que pasa por su lado, a todo eso a lo que he renunciado porque un tío me ha rechazado.

—Que lo sueltes. ¿Has... conocido a alguien?

Me muerdo el labio inferior.

—A ver..., conocer, lo que se dice conocer... —Se me escapa una sonrisa al recordar cómo me miró esta misma mañana, el modo en que sus ojos se perdían por mi rostro, por mis brazos, por mis muslos, por...—. Es mi vecino.

—Tu vecino. —Ella enarca las cejas, esperando más información.

—Mi vecino. *Ese* vecino, ya sabes.

Millie no necesita más. Le he hablado de Declan en más de una ocasión. He dibujado a Declan hasta el dolor. Está en las paredes de mi habitación de Ballybane, en mis anécdotas de la infancia, en mi puta vida. No hay ni un solo día en el que no haya pensado en Declan Molony.

—Oh, oh. ¿Es... él? ¿Tu primer amor?

Sonrío. ¿Cómo no hacerlo?

—Tienes que ver cómo se ha puesto. Está... —Me ruborizo y ella me dedica una de esas sonrisas tremendas cargadas de dientes blanquísimos.

—¿Está qué? Sigue contando, por Dios.

—No hay mucho más que contar.

—¿Cómo que no hay mucho más que contar? —Pega la nariz de nuevo a la pantalla y ahora solo veo dos agujeros y unos pelillos aquí y allá. Me río y ella chasquea la lengua con fastidio—. Tiene que haber más.

—Mi ventana da a la suya, se lía cada noche con una persona distinta. Tías, tíos, da lo mismo. —Suspiro hondo—. Le he visto la polla y todo. ¿Qué más quieres saber?

—Me tomas el pelo.

Me río.

—Para nada. Creo que es asexual o demi, porque no se empalma ni parece disfrutar demasiado. Hay rumores horribles sobre él, Millie, y eso que no llevo mucho aquí. Dicen que es impotente y mierdas por el estilo. La gente no se molesta en saber, y en pueblos tan pequeños como este es mucho peor.

Mi amiga abre la boca de par en par. Hasta le veo el hueco de la muela que le quitaron porque se le había partido mordiendo una nuez y no hubo manera de reconstruirla.

—No entiendo nada.

—Yo tampoco, la verdad. Apenas hemos hablado. No sabe que soy yo —confieso un poco avergonzado por mi cobardía.

—¿Por qué?

Me río sin ganas.

—Pues porque me odia.

—Venga ya, no puede odiarte.

—Pues lo hace. Tendrías que haber visto la cara que puso cuando me preguntó por ella. Ni siquiera supe qué responder a eso; cree que soy un familiar suyo o algo así. Imagínate decirle quién soy en realidad. Es que no sabría ni por dónde empezar, ¿entiendes? No es tan fácil. Nosotros... tenemos una historia.

—Pues por eso mismo tienes que contárselo.

—Me da pavor.

—Es normal, Riley, pero vuestra historia es bonita. Y él es un buen tío, ¿no? Mucho no habrá cambiado en todo este tiempo, digo yo.

No le digo que creo que no ha cambiado nada, que parece una versión mejorada del chico que recuerdo. Y no se lo digo porque no

me he acercado lo suficiente a este Declan como para saberlo con exactitud; solo son mis esperanzas, y mis expectativas, haciendo lo que les da la gana.

—Además, me pone —confieso, y noto cómo se me encienden las mejillas—. Esa es otra de las razones por las que no he podido decirle nada. Me pongo nervioso cuando lo tengo delante, y me da miedo mezclar los sentimientos del pasado con el presente. Me da miedo confundirme, ¿comprendes?

—No, la verdad. Pero si me lo explicas más lento a lo mejor lo capto mejor...

Sonríó. Dios, qué difícil es esto.

—Lo que pasó con Richard..., ya sabes. —Mi amiga asiente, de modo que continúo—: Me dolió, sí, pero nada que ver con lo que sentiría si Declan Molony me rechazara por ser trans. Yo... no sé si podría con ello, Millie. Fue mi primer amor. Una vez llegué a pensar que su recuerdo era lo único que me mantenía en pie.

—Ay, Riley. Todavía sientes algo por él.

Sonríó, nada más. ¿Cómo explicarle la vida? ¿Cómo decirle que cuando tienes un tesoro haces lo posible por guardarlo bajo tu piel, enterrado dentro, para que nada lo manche, ni siquiera tú? Eso ha sido él para mí: mi tesoro, mi amuleto, mi esperanza, mi todo. Y lo fue durante tanto tiempo que ahora me siento... raro. Han pasado siete años desde que nos separamos. Siete años. Es casi la mitad del tiempo que pasamos juntos. Media vida. Y no tengo ni idea de cómo confesarle la verdad cuando siento que él... me odia. Por mi silencio, por irme, por no contestarle a las cartas. Por ser un amigo de mierda.

—Es complicado. Era mi mejor amigo. Fue... el primer chico por el que sentí algo, y al que besé.

—¿Nunca le hablaste sobre cómo te sentías?

—Cuando me fui del pueblo estaba muy asustado, Millie. Mis padres se dieron cuenta y por eso aceptaron el puesto de cirujano que le ofrecieron a mi padre lejos de aquí. Creían que el cambio me vendría bien. Y lo hizo, supongo, pero yo seguía muerto de miedo. Solo quería encerrarme en una burbuja y no dejarme ver. —Suelto el aire como si llevara años conteniéndolo cuando noto que Haruka se

me enrosca a los pies, empujando su cuerpecito contra mis tobillos. Sonríe y me siento sobre la hierba con cuidado de no aplastarla. Luego me la subo al regazo y comienzo a acariciarla. Es... como si sintiera mi dolor y quisiera quitármelo a base de caricias—. Declan me escribió unas cartas preciosas que me mandó a través de nuestros padres. Nos mudamos varias veces, pero ellos mantuvieron el contacto durante bastante tiempo. Y yo le contesté, te lo juro —agrego al verle la cara de confusión—. Tengo las cartas en casa, pero nunca las envié. Mis padres ya me habían llevado a terapia e intentábamos lidiar con lo que me estaba pasando.

Vuelvo a coger aire. La vibración del ronroneo de Haruka entre los dedos me calma; también la sonrisa de Millie, que espera con paciencia a que le siga hablando de esa parte de mi vida que he mantenido encerrada, esa parte que tiene que ver con Declan Molony.

—Mi cuerpo empezó a cambiar muy rápido y estaba triste todo el tiempo. Solo quería crecer, que pasaran los años, poder empezar el tratamiento. Me sentía muy perdido. Intentaba entenderme y no sabía cómo hacerle entender a ese chico al que tanto quería lo que me estaba pasando. Cuando me quise dar cuenta había pasado un año, y luego dos, y luego él dejó de escribir, pero yo seguí haciéndolo. Las cartas se convirtieron en una especie de diario que no salió de mi habitación. Mi psicóloga me decía que era bueno que lo hiciera, que hablara, que lo sacara todo de dentro. Pero yo solo veía esa distancia que se abría entre nosotros y que ya no sabía cómo salvar. —Respiro hondo—. Ahora mismo, no tengo ni idea de cómo salvarla. Es que no sé ni cómo decírselo.

—Ay, Riley.

—Sí.

—Entonces... todavía te gusta —musita mi amiga.

Y no sé si debo contestar, si le dolerá, si querrá saber. Pero es Millie, y jamás podría mentirle. Yo no soy así y tampoco es lo que ella quiere.

—Mucho. Ya te lo dije, está tremendo.

—Me refiero a como persona. Si es el mismo chico del que te colgaste cuando eras un crío.

—Tenía quince años cuando me fui. No era tan crío.

—Sabes lo que te estoy preguntando.

Sí, lo sé, claro que lo sé. Y es cierto que su físico me atrae como nada, pero es lo demás lo que me aterra. Lo que lleva dentro, lo que sé que tiene ahí, escondido en esa verborrea estúpida y esa manera suya de hacerte creer que no le importa nada.

—No lo sé. Yo... ya no lo conozco.

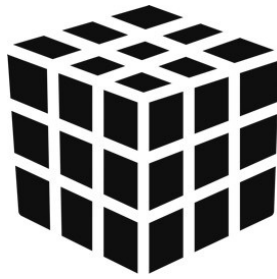
—¿Y a qué esperas para conocerlo?

La sonrisa de Millie me dice que está bien, que estamos bien, que quiere verme bien. Y yo sonrío, me dejo caer de espaldas en la hierba, con Haruka sobre la tripa, y respiro fuerte. Me encanta cómo huele Spellwood, la humedad, la naturaleza, la vida.

—Me ha pedido que le arregle el jardín y...

Y entonces empiezo a hablar. Y Millie se va a un lugar donde puede escucharme sin todo ese ruido de la feria de fondo. Y la vida parece perfecta, aunque no lo sea.

CUATRO



DECLAN

No le hice caso a Shay ni fui al concierto con él aquella noche. Cathy me escribió y yo solo pude pensar en olvidar durante un rato, por breve que fuera, esa cosa que me abría el pecho en dos y cada vez estaba más hueca.

Ese día fue Cathy, pero hubo más chicas. Y más chicos.

Cada noche, las prisas por llegar a alguna parte se me metían en la tripa hasta que estaba en la habitación de mi infancia, con las manos de alguien en mi cuerpo y con los gemidos de ese alguien en mis oídos. Y por raro que pueda parecer, me excitaba no por la persona que se restregaba sobre mí, sino porque sabía que él estaba ahí. Que me analizaba, que me observaba, que me escuchaba.

Estuve a punto de correrme una vez, hasta que la chica me agarró la erección y esta se encogió en el acto. Me reí, y le pedí perdón muchas veces. También intenté compensárselo, pero no me dejó. Así que me seguí riendo cuando se fue y lo hice más cuando el vecino y yo nos quedamos solos en la ventana y empezó su análisis. Lo hacía siempre; eso de analizarme, digo. Cada noche, en cuanto me quedaba solo y salía con mi cubo de Rubik y mi vergüenza a la ventana. Ahí me convertía en un charco de verdad que solo quería echar las cortinas y olvidarse de ese vecino que había llegado a su vida para desbaratarlo todo.

«Asexual». «Demisexual». Dos términos sobre los que ya había indagado, pero a los que no había querido dar importancia. Shay ya

me había propuesto ir a una psicóloga amiga suya, pero hablar de todo eso con alguien a quien no conocía de nada me resultaba muy incómodo, la verdad.

Y de pronto se me quitaron las ganas de los besos y los magreos y de intentar sentir algo que nunca lograba sentir y solo quería escucharlo a él. Que me hablara de su vida. De sus planes de futuro. Riley (así se llamaba mi vecino) me contó muchas cosas. Que sus padres eran algo excéntricos, pero que los quería mucho. Que a su madre le había dado por la escalada. Que su padre estudiaba las mariposas desde hacía unos años y que de ahí venía su amor por ellas. Que había estudiado Diseño de Moda en una academia de prestigio en Galway, pero que no había querido ir a la universidad porque ¿para qué? Que la jardinería solo era un *hobby* más, como lo era leer a los clásicos de la literatura. Y que no, que Thomas Hardy no era su escritor favorito en absoluto, que prefería el terror o la narrativa, pero que había leído alguno de sus libros y cuentos.

En algún momento de la quinta semana que pasaba en la casa, empezó a arreglar nuestro jardín. Así, sin avisar. Lo hacía a primera hora, cuando yo estaba ayudando a Shay en el *pub* ahora que su hermano se había ido de vacaciones con el novio, o cuando me iba al gimnasio por las mañanas. Llegaba a casa y me encontraba con que las ramas y hojas muertas iban desapareciendo, al igual que las enredaderas o las malas hierbas que ponían en peligro las rosas que aún preocupaban a mi madre. Riley lo hacía todo sin decirme nada.

El viernes por la noche, cuando vuelvo del *pub* tras una jornada de las duras y veo que tiene la luz encendida, me remango la camiseta y trepo como puedo por el amasijo de enredaderas, ramas del roble y salientes de madera de la casa hasta alcanzar su habitación. Es fácil. Hay todo un bosque en su ventana y él no parece querer domarlo.

—¿Por qué no has arreglado esta parte del jardín?

—¿Te molesta? —me pregunta desde la cama, donde se pone de lado para poder mirarme. Tiene la luz de la mesita encendida y un libro abierto entre los muslos.

Sonríó al ver el título.

—¿*Lejos del mundanal ruido*? ¿No se supone que no te gustaba Hardy?

—Y no me gusta. Lo estoy leyendo por tu culpa —confiesa con una timidez en la voz que me resulta adorable.

—¿Demasiado pesimista? —pruebo.

—Demasiado real. —Se incorpora y viene hasta mí. Lleva un pantalón cuya caída deja a la vista un abdomen liso y perfecto, sin nada de vello, el hueso pronunciado en la cadera, la piel dorada. Es... una fantasía. Y me está mirando con esos ojos que son profundos y me hacen sentir cosas que nunca he sentido, cosas que nada tienen que ver con las que me provocan esos cuerpos que me aplastan contra el colchón e intentan arrancarme jadeos que no me salen de manera natural—. ¿Qué haces aquí? —Se deja caer con las piernas flexionadas en al alféizar y yo afianzo los pies en la rama y me apoyo de modo que noto el calor de sus muslos en los antebrazos cruzados.

—Me has arreglado el jardín.

—Lo estoy arreglando —me corrige—. Todavía no he hecho nada destacable.

—Por Dios. Estaba hecho un desastre, por supuesto que has hecho mucho destacable. Ahora se puede caminar, y admirar el rosal. A mi madre le encanta el rosal, ¿sabes? Pero desde que mi hermano se fue... Lo echa de menos. Todos lo echamos de menos —confieso antes de que me vuelva a decir que yo también lo hago—. Era algo que hacían juntos. Estar ahí sin él... duele; supongo.

—¿Eso que huelo son celos?

—¿Qué? ¡No!

Me dedica una sonrisa diminuta.

—Puedes estar celoso, no pasa nada. Los celos, cuando son bonitos, no duelen tanto.

—No hay celos bonitos. Son la cosa más horrible del mundo.

Riley se escurre un poco para poder mirarme mejor y yo me fijo en los tatuajes, las mariposas de distintas formas, luminosas y preciosas, algunas en forma de orugas o polillas, otras en todo su esplendor. Las hay que incluso se posan en los pétalos de las flores: las hortensias que tiene por encima de ambos bíceps, las lavandas y

los claveles en los antebrazos, los nomeolvides y las rosas. Y luego el colibrí. Y las frases. Y los nombres. El suyo lo lleva tatuado en el pecho, justo en la caída del cuello de la camiseta, donde destacan las líneas de otro tatuaje que parece más grande y complejo. Se ve y no se ve, dependiendo de la inclinación de su cuerpo. «Riley». Es... como si no quisiera olvidarlo nunca.

—No cuando la persona te importa. Cuando lo hace, los celos se convierten en otra cosa. Posibilidades, quizá.

—Quiero pagarte.

Él se ríe.

—No voy a cobrarte, olvídalo.

—Ven a comer conmigo. Te invito. Mañana. En el *pub* donde trabajo. Y te dejo que me cuentes por qué te gusta tanto Hardy.

—Que no me gusta tanto Hardy, pesado.

Sonríó, nada más. Luego examino la habitación. Las paredes, antes llenas de dibujos y fotos, que ahora están desnudas. Los muebles nuevos, la cama doble donde la gata ronronea con la mirada clavada en mí. Los colores más vivos, más...

—¿Estás bien? —me pregunta él al verme la cara.

—Sí, es que... —No soy capaz de dejar de mirar la soledad que transmiten las paredes—. Es como contemplar un cadáver.

—¿La habitación, dices?

Me obligo a desviar la vista hacia él.

—¿Ella... —trago saliva; me arden los ojos, el corazón, la puñetera sangre— alguna vez te habló de mí?

La tristeza en su mirada escuece, muchísimo. Aparto los ojos y me recoloco para ajustar la posición y elevarme un poco más, pero calculo mal y las piernas se me enredan entre las ramas. De pronto me veo colgando con todo el peso en los brazos, las enredaderas arañándome la piel a través de la tela del pantalón, el cuerpo en tensión. Riley se apresura a sujetarme de los hombros hasta que por fin vuelvo a ocupar una posición segura.

Estamos tan cerca que nuestras narices se empujan, se rozan. Su aliento es una mezcla de menta y frambuesas. Su mirada es efervescente, su tacto me hace hervir la piel, su sonrisa me endurece las pelotas.

—¿Estás bien? —pregunta con voz ronca.

—¿Te he dicho ya que eres guapísimo?

Riley sonríe.

—¿Te he dicho ya que no pienso liarme contigo?

En realidad sí, me lo ha dicho un par de veces. O a lo mejor más de un par. Cada vez que le entro, para ser precisos. Es que no puedo evitarlo, aunque sé cuál será su respuesta. Lo sé por cómo me mira, con esa mezcla de curiosidad y desconfianza, como si no le gustara nada lo que ve aunque la apariencia sea agradable. Es un sí pero no, de los que molestan, de los que duelen. Quiero preguntarle muchas cosas, pero me decanto por lo importante: el motivo que me tiene así, nervioso y a la vez desolado.

—Dime una cosa: ¿lo harías si fuera un tío normal? Y si no fueras hetero y te gustaran los chicos, claro. —Mierda, ¿qué cojones estoy diciendo? Que deje de mirarme así, por favor. No debería haber bebido nada al terminar el turno, la mezcla de alcohol y el cansancio, unido a la falta de alimento, son una putada de las grandes—. Ya, lo sé, estoy suponiendo demasiado, pero... —Me muerdo los labios para no soltarle lo mucho que me atrae, porque no es habitual que me sienta así, conectar a este nivel, sentir que ardo por dentro y también por fuera.

Él meneaba la cabeza; no parece entender lo que le estoy preguntando. Y yo trago saliva y el nudo de amargura que se me acumula día sí y día también en la garganta.

—Ya sabes, todos esos rumores... Yo... —No termino la frase, no hace falta.

Riley enrojece, los hombros se le tensan, los ojos le brillan. Menea la cabeza y suelta una risotada amarga.

—Por Dios, Declan.

—¿Por Dios qué? Sé que los has escuchado. Sé que lo sabes. Además, me has visto. —Me encojo de hombros—. Me da igual lo que piensen de mí, la verdad, pero...

—No te da igual. Por mucho que intentes hacerte el fuerte, a nadie le da igual una cosa así, Declan.

—Solo quiero saber qué piensas. Sé que no me conoces mucho, pero... —Dejo escapar el aliento y él se agacha, me toma de la

barbilla, me la levanta, y nuestras narices vuelven a rozarse, y a mí se me forma esa bola de nervios en la tripa que aparece y desaparece cuando lo tengo cerca.

—No eres lo que tienes entre las piernas, ¿sabes? Eres todo lo demás. Y lo demás...

El corazón se me vuelve loco. Late y late y todo es «no eres lo que tienes entre las piernas» y «eres todo lo demás». Clavo los codos en la madera y elevo la vista.

—¿Lo demás qué? —pregunto en un susurro.

Lo veo tragar saliva, sonrojarse, pero no aparta la mirada de mí y mi corazón comienza un centrifugado a lo bestia.

—Lo demás me encanta —dice con voz ronca. Y yo pienso en que quiero besarlo, necesito besarlo, no puede irse del pueblo sin que lo haga y yo no puedo morir antes de hacerlo.

De pronto, mi vida se reduce a besar a Riley, a sentir a Riley, a hacerlo todo o no hacer nada, pero con Riley. Y es una mierda, porque es heterosexual y jamás podrá pasar nada con él. Y porque se irá y no volverá y yo me quedaré aquí, con el corazón hecho papilla y la vida del revés. No, no puedo pillarme de un imposible. Otra vez no, joder.

Me lo digo y me lo repito esa misma noche, cuando subo a mi habitación y me corro pensando en él. Y durante el día siguiente, y el siguiente, y el siguiente. Me lo digo mientras lo veo arreglar el jardín o jugar con su gata o dibujar en su libreta de cuero desde la ventana. Cada vez que lo veo salir a correr y volver con esos brazos llenos de dibujos que parecen hablarme. Me lo repito al meterme en la ducha por segunda o tercera vez en el día buscando aliviar un fuego que no había sentido en mucho tiempo. Mi cabeza es un cubo de Rubik de los jodidos y, por primera vez en mi vida, no tengo ni idea de cómo resolverlo. Esa es la razón por la que me dejo llevar el sábado por la noche, cuando Shay me invita a salir, y acabo borracho y en la cama de un tío que quiere hacerme de todo y a quien no quiero hacerle nada.

Por supuesto, no me espero el puñetazo. Quizá por eso no se lo devuelvo y esquivo a Shay cuando salgo de la habitación y de la

casa y me alejo de todo. Tal vez por eso lo primero que hago es subir a la ventana de mi vecino y preguntarle por ella. Por Rory.

CINCO



ANTES

RILEY Y DECLAN

La muerte para un niño es algo incomprensible, como un cubo de Rubik de un solo color. Por más que lo muevas, el color no varía, nada cambia. La muerte tampoco cambia; es inamovible, certera y duele.

Declan fue el primero en saberlo, con cuatro o cinco años. Fue en una conversación a la mesa con sus padres. Hablaban de la señora de los cuadros, que había dejado a dos hijos y a un marido y se había ido quién sabe dónde. Declan no lo comprendía, así que preguntó, y preguntó, y preguntó. Sus padres se miraron, muy serios, luego asintieron y empezaron a hablar. Y Declan entendió, y después se dijo que ojalá no lo hubiera hecho.

Lo de Riley llegó más tarde. Era verano; eso significaba que no hacía tanto frío y que no había que ir a clase, ni a excursiones, ni a cumpleaños, ni a nada de eso que tanto lo angustiaba. Aunque lloviera, el cielo no estaba siempre lleno de nubes y la oscuridad llegaba muy tarde. Y eso era bueno, porque él y Declan podían jugar. Y bañarse en el lago. Los dos habían aprendido a nadar y les gustaba mucho. Corrían en bañador y se lanzaban al agua de golpe, porque estaba fría y así era mejor, o se quitaban toda la ropa y corrían con el culo al aire, riéndose con la inocencia de la infancia. A veces se daban la mano o Riley, que para entonces todavía era más alto, se subía a Declan a caballito y se lanzaban juntos salpicando el

muelle. Y el agua helada les picaba la piel, pero dentro de sus corazones siempre era verano.

Riley no supo cuándo se dio cuenta de la ausencia de su gato. En un momento estaba y luego ya no. Horas, quizá, o tal vez un día entero. O dos. El tiempo en verano era esa cosa que pasaba entre risas y murmullos e intentar atrapar momentos en botes de cristal. Además, el gato solía escaparse casi todos los días durante horas, aunque siempre volvía. Pero esa vez no.

Riley lo buscó por su casa, en el jardín, en el lago, y Declan fue con él, pero el gato no apareció. Cuando Riley les preguntaba a sus padres, ellos se miraban y decían algo como «ya sabes cómo es», y él lo sabía, claro, y por eso sentía ese nudo de nervios en la barriga, esa angustia, esa tristeza.

—Se ha perdido, Declan. No sabe volver. Es tan pequeño...

Y sí, como todos los gatos, era pequeño, pero por dentro era un anciano que ya no podía seguirle el ritmo a ese niño que se subía a los árboles y volaba por las aguas del lago.

Declan, que se había enterado de la verdad el día anterior por sus padres, lo miró e intentó que Riley no lo descubriera en su cara. Que pensara que se había perdido era mejor que la verdad, ¿no?

—Vamos a buscarlo, venga —le dijo y le tendió la mano.

—Pero es que no está en el jardín, ni en la casa. No está, Declan.

—Pues lo buscaremos fuera, por el pueblo. Lo buscaremos hasta encontrarlo. Vamos con la bici.

—No puedo, sabes que no sé montar.

—Pero yo sí. Yo te llevaré.

Riley lo miró. Declan le devolvió la mirada.

Pasaron muchas cosas entonces, además de los segundos. El cielo parecía escupir nubes negras aquí y allá, el corazón de Riley latía y latía al ritmo del miedo de un niño que en el fondo imaginaba lo que pasaba pero no lo podía aceptar, las manos de Declan apretaban las de Riley y le apartaban las lágrimas de la cara con esa ternura ciega tan propia de los niños. Y luego la sonrisa de Riley, un reflejo de la de Declan.

No hubo palabras.

Subieron a la habitación de Declan y se vistieron todo de negro, con sus gorritas y sus *walkies*, solo por si se perdían y necesitaban llamarse. Llenaron una mochila con agua, chocolatinas y comida de gato, y salieron de la casa sin que nadie se enterara. Declan se subió a la bici de su hermano, que era más grande que la suya. Riley dudó, de vértigo, de miedo a caerse, un miedo que solo duró hasta que Declan lo miró y le prometió que nunca dejaría que se cayera, que jamás le haría daño, y él lo creyó. Claro que sí.

Y volaron por un lado de la carretera, siempre bien alejados de los coches, y Riley se agarró fuerte a Declan, y los dos llamaron al gato a gritos, pero este no apareció. Y la lluvia comenzó a caer con fuerza, y cada vez costaba más pedalear con todo ese barro y todo ese ruido.

Riley no dejaba de recordar a su gato dormido que no quería comer, ni levantarse, que maullaba para que lo subiera a la cama porque él solo ya no podía, las veces que se había hecho daño porque las patitas le fallaban al saltar, la respiración fuerte cuando dormía junto a él. Y pensó en él ahí, entre la tierra y el barro, y la verdad se abrió paso en él como el sol que intentaba empujar las nubes allá arriba.

Entendió el silencio de sus padres, las ojeras de su madre cuando le puso el desayuno esa misma mañana, la carita de pena de Declan, que lo había cogido de la mano solo para que huyeran juntos de esa verdad que tanto dolía. Y lloró. Y con mucho cuidado de no caerse, tragándose el miedo y la pena, se puso de pie sobre los laterales de la bici y alzó los brazos.

Y mientras la lluvia se mezclaba con sus lágrimas pensó en su gato, en sus días en familia, en las excursiones, en el calor de su cuerpecito contra el suyo, en lo felices que habían sido juntos. Y sintió que el pecho le pesaba menos, y que el recuerdo de su gato se le acomodaba dentro y ahí se quedaría, un recuerdo eterno y precioso.

Luego se bajó y le pidió a Declan que diera la vuelta. No quería que sus padres se preocuparan más.

—Fue feliz, ¿verdad? —le preguntó a su amigo, los brazos en su cintura, la barbilla en su hombro, el aliento en su cuello mezclándose

con las lágrimas y la lluvia que no dejaba de caer.

—Pues claro, si te tuvo a ti.

Y Riley lo abrazó fuerte fuerte, y fueron más despacio, y sus padres los castigaron por salir así, en pleno temporal. Y a ellos no les importó nada, porque Declan siguió subiendo a la habitación de Riley, y juntos los castigos eran una cosa tremenda. Lo mejor del mundo.

SEIS



RILEY

Pasan las doce de la noche y no puedo dormir. Que sí, que es sábado y sé lo que Millie me diría si supiera que estoy en la cama tan temprano un sábado por la noche, con mi gata encima, nada menos. Incluso ella está inquieta. Supongo que debe notarme el pulso y por eso se mueve y me clava las uñas para que deje de latir tan deprisa.

¿Dónde se habrá metido? A estas horas debería estar con A o con B intentando alcanzar un lugar al que no puede llegar. Sí, estoy así por Declan. Me preocupa y no tengo claro cuándo empezó a hacerlo otra vez. Pero es... como verme a mí mismo en otro momento, escarbando en mi interior, buscando, perdido en la absoluta nada. Hace tiempo que no me siento así, pero el recuerdo del abismo nunca podrá irse del todo. Está atado a quien soy, a quien fui y a quien seré mañana.

Cuando te hablan de la transición suelen hablar de transformación, de muerte y reencarnación. Para algunos es eso, para mí fue... distinto. Sí, una parte de mí se quedó atrás. Esa niña asustada que nunca llegó a tener forma, esa niña que me hicieron construir a base de mentiras, esa niña que nunca fui pero a la que tuve que aprender a querer porque no tenía la culpa. No fue bonito dejarla atrás. El mundo te dice quién y cómo eres, y tienes que creerlo porque ¿qué otra cosa puedes hacer si no seguir las normas que te marcan? Me costó olvidar su voz, ese grito que siempre tenía

en la garganta y no podía emitir porque no tenía sonido. Me costó verme al espejo y advertir la transformación. Ella estaba desapareciendo, su voz ya no era un grito sino un suspiro prolongado. Alivio.

Han pasado años. Ahora sé quién soy. Pero el miedo nunca se irá. El miedo va ligado a la violencia a la que somos sometidos por ser... distintos. Por no tener explicación. El miedo va ligado al rechazo, a las ganas de huir. El miedo es tu segunda piel y no hay hormonas ni cirugías que te lo quiten.

El miedo está aquí, a mi lado, y ahora tiene la forma de mi vecino. Me veo en él, me siento en él. Está tan perdido... Tanto... Y yo no puedo evitar querer acercarme, darle esa mano que me dieron mis padres al entender lo que me estaba pasando cuando ni yo mismo lo entendía del todo. La que me dio Millie. La que me dieron aquellos chicos en los foros que me hicieron sentir a salvo, en casa.

Y no debería meterme en su vida, ni acercarme tanto a él cuando no soy capaz de decirle la verdad. Pero es Declan Molony, y yo... todavía lo quiero. Y creo que él me quiere de la misma manera, aunque le duela el silencio, aunque su amor por mí se haya vestido con el peso del odio que el tiempo ha instalado en su corazón.

Y si me quedan dudas de lo que siente, se van en cuanto lo oigo trepar por mi ventana, subir hasta apoyar los brazos en el borde, meter la cabeza y clavarme los ojos del color de las castañas asadas.

Haruka salta y se esconde y yo estoy buscando entre mi repertorio de comentarios sarcásticos cuando le veo el labio, hinchado y partido, la sangre en la barbilla y la ropa. Mi corazón es una motosierra y solo puedo pensar en esas otras veces en las que he visto la violencia en rostros ajenos, en personas como nosotros, distintos, anomalías. Nunca he estado ahí, por suerte, pero duele como si fuera mi propia carne. Duele muchísimo. Y puede que Declan y yo seamos distintos, pero en la carne siempre seremos iguales.

Me levanto con miedo, con un nudo en la garganta, con los latidos que llenan la habitación y hacen que Haruka maúlle desde algún rincón de la estancia.

—¿Quién te ha hecho eso? —le pregunto.

—¿Ella está bien? —me pregunta a su vez, pero es su voz la que se eleva por encima de la mía y de todo, es su dolor quien manda. *Ella*. Mi niña liberada, mi grito calmado, mi miedo bullendo dentro de mí—. Solo quiero saber que está bien. ¿Puedes decirme eso, al menos?

Cojo la banqueta que suelo usar para dibujar y la coloco bajo la ventana. Luego me pongo de rodillas y apoyo los codos en el alféizar de modo que nuestros rostros quedan unidos. Me mira, lo miro. Acerco la mano para tocarlo, pero él niega en un ruego silencioso que me duele en el alma y me hace retirarla en un puño.

—Por favor... —susurra.

Quiero decirle la verdad. Que esa niña nunca existió, pero que su esencia sigue aquí, dentro de mí. Que está, pero no de la forma que él cree. Porque no es un *ella* sino un *él*. Que solo soy yo y que nunca lo he olvidado. Que él siempre fue lo más real que tuve, que aún tengo miedo, pero que intento ser feliz. Que ojalá él también lo intentara.

Pero como soy un cobarde y el miedo es un tirano cabrón, le contesto una verdad a medias con lo que necesita escuchar:

—Ella está... lejos del mundanal ruido.

Veo cómo su expresión muta, sus ojos enrojecidos por el alcohol y el dolor de un amor perdido se llenan de rabia. Y yo me alegro, porque la rabia siempre es mejor que la tristeza. La tristeza te hunde, la rabia te da oportunidades.

—¿Eso fui para ella? ¿Ruido?

No le contesto, por supuesto. Me quedo mudo. Y él se ríe y sisea porque le duele la boca. Enseguida comienza a descender y no vuelve a mirarme.

Y comprendo que se acabó. Todo. Si se va, si lo dejo, jamás volverá a mirarme. Seré como ese puñado de cartas que aún escondo en el último cajón de la cómoda para olvidar que soy un cobarde.

—¡Declan, espera! —le grito con una desesperación que hacía mucho que no sentía—. Deja que te cure eso.

Pero él ya está en el jardín y se dirige a la valla. Ni siquiera lo pienso. Cojo el botiquín del baño y bajo las escaleras de dos en dos.

Y no sé muy bien cómo, aún no entiendo cómo funciona el miedo y quizá nunca lo haga, pero llego a la puerta de su casa en el mismo momento en que él se dispone a entrar.

Declan se gira en cuanto le pongo una mano en el brazo y me aparta con brusquedad. Baja la mirada, yo la subo. Y me ruborizo porque me está mirando y estoy desnudo. La camiseta que llevo es holgada, pero me deja el abdomen expuesto, y el pantalón es lo suficientemente estrecho para que se vea que no hay nada ahí abajo. Y quizá parezca una tontería, quizá creas que nadie se fija en los genitales de los demás. Pero es mentira. Llevo desde los dieciocho matándome en el gimnasio y sé lo mucho que la gente se fija. He tenido putas pesadillas con eso. Me encojo y giro un poco el cuerpo para evitar que se dé cuenta, para protegerme.

—Vete, no te necesito —me ladra con la voz rota.

Una parte de mí, la que está llena de miedos, asiente y quiere irse, alejarse de este chico que puede verlo como jamás lo ha visto nadie, este chico que tiene las armas para destrozarlo todo. Este chico del que no puedo apartarme porque una vez lo fue todo, porque sigue ahí, encerrado como esos sueños rotos de alcanzar una normalidad que nunca será mía, una normalidad que no existe aunque te hayan hecho creer que sí.

—No estoy aquí porque me necesites. Ya sé que eres un tío fuerte con los huevos cuadrados y todo eso. —Vale, me estoy poniendo rojo. Y creo que él también, porque de repente se le encienden todas las pecas, las de los pómulos y las del cuello y las de...

—¿Y por qué estás? —inquire, ignorando mi pulla para centrarse en lo importante.

—Porque quiero.

Y entonces sonrío, y lo hace como siempre lo ha hecho todo: con verdad. Y yo comprendo que podría perderme en esa sonrisa. Podría perderme en él.

SIETE



ANTES

RILEY Y DECLAN

—¿Declan?

—Mmm.

—Prométeme que tú nunca vas a irte, prométeme que no me dejarás.

—Nunca. Te voy a querer siempre.

—¿Cuánto es siempre? Tu abuela dice que para los niños siempre son dos horitas. Lo dijo así, te lo juro.

Declan se rio. Riley lloró un poquito más.

—Eh, no llores. Siempre es hasta el infinito y más allá, como en la peli.

—No te gusta esa peli —le recordó Riley con una mueca en la boca.

—Y no entiendo cómo a ti sí. Los juguetes sufren.

Riley sonrió y notó esa cosa en la barriga que no sabía cuándo había empezado, pero que no había manera de que se fuera.

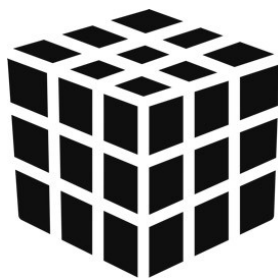
—Solo prométeme que no te irás.

—Te lo prometo.

Riley asintió, y supo que él hablaba en serio, que lo cumpliría. Y lo hizo. Declan nunca se fue. Se quedó ahí, esperando.

Riley fue quien se marchó y ya nunca más volvió.

OCHO



DECLAN

Por qué lo he dejado entrar en mi habitación es algo para lo que no tengo respuesta. A él y a su gata, a quien ni he visto llegar.

—¿Cómo ha entrado? —le pregunto cuando la veo pasearse por mi habitación y frotar su cuerpecito contra cualquier superficie.

Él se ríe, se acomoda sobre mi cama con sus piernas kilométricas enroscadas de una manera que la nube de alcohol que me inunda el cerebro no me permite procesar.

—Está muy apegada a mí —explica mientras abre el botiquín y alinea en el colchón las cosas que va a utilizar para curarme—. La encontré en una carretera cuando aún tenía los ojos pegados y no sabía mantenerse en pie. Supongo que esas cosas unen.

Se me encoge el corazón, de rabia y dolor.

—Qué asco de mundo.

—No todo es tan malo —dice, pero su voz suena mucho más tenue; no me cabe duda de que él piensa lo mismo, aunque intente buscar el lado bueno de las cosas.

—¿Qué harías si pudieras cambiarlo? —pregunto con curiosidad—. ¿Por dónde empezarías?

Él deja lo que está haciendo y me mira a los ojos. Bajo la lámpara y las estrellas que decoran el techo, los suyos se ven mucho más claros, con pequeñas motitas marrones y grises pegadas a sus iris.

—Nadie puede cambiar el mundo. Solo es una quimera, y no me gusta pensar en cosas que no van a pasar nunca.

—Querido Riley, solo intento entablar una conversación.

Él intenta no reírse, pero la risa se le escapa por todo el cuerpo. La gata maúlla y salta a la cama. Avanza hacia mí despacio, ronroneando, y yo acerco la mano para que me huela. No solo lo hace, también me da un lametón áspero que me pone la piel de gallina y se recuesta sobre sus patas sin quitarme la mirada de encima. Es como si dijera: «Quiero confiar en ti, no la cagues».

—Y yo que entiendas que no sirve de nada cambiar algo que tiene vida propia y late. El mundo entero puede reducirse a cenizas, los humanos pueden nacer y crecer, resetearse, y el mundo volvería a ser injusto y cruel por cualquier cosa. No es el mundo el que tiene que cambiar, somos nosotros. Así que si tuviera que cambiar algo, empezaría por mí y por toda esa mierda que intentan inculcarnos desde la infancia.

Me lo quedo mirando. Él empieza a limpiarme la herida con una gasa empapada en antiséptico con un cuidado que me pone el corazón del revés. De cerca es más bonito, más sexi, más... todo. De cerca puedo ver las mariposas, todas distintas. Parecen contar una historia, hablan de nacimiento, de transformación, de ser... libre.

—¿Cuál es tu historia, Riley?

—No creo que estés preparado para conocerla —contesta con una sonrisa que no es triste, pero tampoco alegre.

Haruka maúlla y salta a la mesita de noche para olisquear mi móvil, que lleva parpadeando desde que lo dejé ahí.

—¿No lo coges? Parece importante.

Observo la foto de Shay y me siento como el capullo más desagradecido de la historia de los capullos, si es que tiene algún sentido.

—¿Te importa? Es un amigo.

Riley se encoge de hombros. Mete las gasas llenas de sangre en una bolsita de las reciclables para tirarla a la basura y observa cómo le doy al manos libres y cojo la llamada.

—Pon la cámara —me gruñe mi amigo.

—Estoy bien.

—Que pongas la puta cámara.

Resoplo y lo hago. Y ahí está Shay con todo su cabreo. Lo bonito que es y el miedo que llega a dar. ¿Cuántas veces lo habré visto enfadado? Pocas, y así, ninguna. Ni siquiera cuando le hacían *bullying* se enfadaba tanto, solo se ponía triste.

—Joder, es que lo voy a matar. Peor que eso, se lo voy a contar a mi hermano. Verás cómo se caga en los pantalones, el muy desgraciado.

—No vas a hacer nada. Eh —lo llamo al ver que se dispone a ir a saber dónde—. Mírame y prométeme que no vas a hacer nada.

—¿Por qué cojones no te defendiste? Eres más fuerte que él.

—No creo que la fuerza tenga nada que ver. —Y lo digo de verdad, aunque me duela reconocerlo—. ¿No te ha pasado alguna vez que quieres hacer algo pero estás paralizado? No me esperaba que reaccionara así. Tampoco es que pensara llegar hasta el final con él, pero él creyó que sí y... —Me encojo de hombros—. Mira, no lo sé explicar, solo quiero olvidarlo.

—¿Hasta cuándo? ¿Hasta que se te curen las heridas o hasta que vuelvas a emborracharte y te dé por repetir con otro como él? No sé qué hacer para ayudarte y es una mierda, Declan.

Me ruborizo, y mucho más al sentir la mirada de Riley clavada en mí.

Vale, tiempo muerto.

Carraspeo.

—Las heridas ya me las están curando. —Le pido permiso a Riley con la mirada y este asiente, de modo que giro el móvil para que lo vea—. Te presento a Riley, mi vecino. Riley, este tío cabreado de aquí es Shay. Y grábate bien su cara, porque no volverás a verlo tan enfadado. O eso espero.

Mi amigo abre los ojos de par en par, luego los entrecierra y al final acaba por hacer lo que ya sabía que haría: olvidarse del cabreo y comenzar a apreciar las vistas. Sé lo que ve, en lo que se fija. Lo sé porque lo conozco. Le está mirando los labios brillantes, la marca de la mordida que han dejado los dientes ahí, la forma en que se le curva la sonrisa y ese modo adorable en que se sonroja por cualquier cosa. El movimiento suave de su nuez al tragar saliva, las

clavículas sobresaliendo por la camiseta sin mangas y el cuello estirado que deja entrever el tatuaje con su nombre y las formas de ese otro que tiene más abajo y no he conseguido ver. Y luego el resto de tatuajes que decoran sus músculos; bonitos, elegantes y sexis.

La belleza de Riley es un golpe de realidad que deja a mi amigo sin palabras.

—¿Ves? —Suelto un resoplido exagerado—. Cabreo resuelto.

—Dime por qué cojones te has liado con ese imbécil cuando podrías estar dibujando esas mariposas con saliva. Perdón, ¿eso es una frase de Lorca? —pregunta, señalando el «Quiero llorar porque me da la gana» en el que se posa una mariposa de colores terrosos.

Riley se ríe y se le encienden las mejillas. Aprieto la mano en un puño para no tocarlo ahí, ni en la punta de las orejas, ni en el cuello.

—Porque es hetero. Y si no lo fuera, no tengo por qué ser su tipo.

—Venga ya, eres el tipo de cualquiera —replica mi amigo.

—El tuyo no —le recuerdo con amabilidad.

—Bueno, eres tú quien no se siente atraído por mí y no al revés, te recuerdo. Por Dios, eres la fantasía sexual de la población joven de Spellwood.

—No quiero hablar de sexo —digo con una mueca que me provoca un pinchazo de dolor en la herida del labio.

—Vale, pues hablemos de tus pecas. Nadie luce todas esas pecas como tú. ¿A que no? —le dice a mi vecino.

Riley, que se había mantenido concentrado en la conversación como si de un partido de tenis se tratara, le dedica un cabeceo a mi amigo antes de clavarme los ojos.

—Desde luego que no.

Ahora soy yo quien se pone colorado, de modo que hago lo que hago siempre para desviar la atención hacia un lugar más... seguro.

—Adivina. Riley estudió Diseño de Moda, como tú.

Eso capta la atención de Shay, que parece haber llegado a su casa y habla en susurros y a oscuras hasta que se encierra en su habitación y enciende la luz.

—¿En serio? ¿A qué facultad fuiste?

—No fui a la universidad. Estudié en la FDS de Galway.

—Guaaaau. —Shay se deja caer en el colchón—. Eso es... la hostia. Es como la Juilliard para los diseñadores. Y carísimo —agrega a media voz.

El comentario hace que Riley desvíe la mirada, solo un momento, como si le avergonzara pero a la vez se enorgulleciera.

—Tengo unos padres fantásticos. He tenido suerte, la verdad.

A partir de ahí, empiezan a hablar de patrones y diseños y profesores y diseñadores y técnicas y mil cosas que comprendo porque me he criado con ellas y las tengo asumidas. Llevo toda la vida viviendo en este mundillo por el taller de mi madre.

—Vas a ir al Fashion & Friends Festival, ¿no? —le pregunta Shay con mucho entusiasmo—. Podemos ir juntos. No me lo pierdo por nada del mundo.

—¿Vas a participar?

—No tengo el nivel de tu academia, pero me encanta ir todos los años. ¿Y tú? ¿Ya lo tienes todo listo?

—Sí, no. No lo sé —termina por decir, nervioso—. Tenía una colección preparada, pero... resulta que ya no voy a poder usarla.

Shay no pregunta por qué. No indaga, no mete el dedo en la llaga. Y yo quiero abrazarlo con fuerza hasta dejarle claro de una vez lo increíble que es, el nivel que tiene en muchos sentidos, no solo en el de diseñador. Sobre todo cuando se acerca más a la pantalla y le dice:

—Bueno, pues presentas otra y listo.

Riley curva los labios, se rasca el pelo, busca maneras de esconderse. Pero la verdad no puede esconderse, la verdad es él, con todo ese brillo, con toda esa luz. Dios, cómo brilla, qué bonito lo hace. Me pregunto de dónde ha salido, cómo alguien como él ha acabado en un sitio como este y cuánto tiempo piensa quedarse. Cuánto.

—Estoy en ello, pero no sé si llegaré a tiempo. Los patrones los tengo casi listos, aunque alguno no me termina de gustar; pero hay que confeccionarlos para exponerlos, ya sabes cómo va, y el festival es a finales de agosto.

—Si tienes los patrones lo tienes todo, y los dos lo sabemos.

Riley traga saliva. Empiezo a conocerlo y sé que quiere decir muchas cosas, pero las palabras se le quedan atascadas en la garganta. A veces me lo quedo mirando y pienso en cómo debe ser el peso de su verdad, en qué es lo que esconde con tanto recelo. Porque esconde algo, de eso no tengo dudas. Su silencio, así como sus días en Spellwood, es prueba de ello. Y que no hable de su familia, de la que vivió aquí hace siete años, me hace estar más seguro de que no me equivoco.

—Deja que te ayude, yo y el taller de los Molony. Si he estudiado lo que he estudiado es gracias a la madre de Declan.

Riley me mira, con miedo, con esperanza y con algo más que no logro descifrar, porque está aquí, pero también se halla lejos de mí. Y yo necesito tirar esa distancia, eliminarla, necesito que no haya nada entre nosotros. Quiero conocer a este chico que ha logrado colarse en mi jardín, en mi habitación y en mi puta cabeza.

—Yo... no sé qué decir.

—Di que sí. Tú puedes ayudarme con los patrones para la obra de teatro del pueblo, la que se hace al final del verano para inaugurar las clases —explica mi amigo—, y estaremos en paz.

—No creo que sea un acuerdo justo.

—Eres de la FDS. Por Dios, soy yo quien se muere de ganas por aprender de ti. ¿Nos vemos mañana?

La sonrisa que se dibuja en los labios de Riley incendia el pueblo y toda Irlanda. Es que me putoderrito.

Una vez logrado su objetivo, mi amigo se vuelve hacia mí con toda esa seriedad que no me gusta nada y me suelta:

—Y volviendo a lo tuyo...

Y yo me dejo caer en la cama con todo el peso de mi cuerpo, y me río cuando la gata se me sube a la tripa, y cuando Shay protesta porque no me ve, y la risa de Riley lo llena todo, y mi corazón late y late y yo solo quiero detener el tiempo. Quedarme aquí, en este momento donde no hay heridas ni miedos que me puedan hacer daño.

NUEVE



RILEY

Mis padres me llevaron a varios psicólogos. Lo hicieron cuando dejamos atrás nuestra vida en Spellwood y me hallaba más perdido que nunca. Y seguí yendo después de empezar el tratamiento, cuando cumplí la mayoría de edad. Viajamos mucho. Como era cirujano, mi padre cambiaba de trabajo tantas veces como yo necesitara cambiar de aires, o de instituto. Los primeros dos años los pasamos en distintas ciudades del Reino Unido. Después nos fuimos unos meses a España, y a Suecia, y a Francia... Siempre volvíamos a Irlanda, aunque fuera unas semanas, para ver a mis abuelos o porque mi madre lo necesitaba. Por mucho que dijera que el hogar estaba donde estuviéramos nosotros, su familia, ella no era del todo feliz fuera de aquí.

No fue hasta que conocí a Cassandra cuando algo hizo clic. Y fue aquí, en Irlanda, en una de esas primeras idas y venidas intermitentes para ver a la familia. Cassandra no solo era psicóloga, también era una mujer trans. Nos miramos, nos reconocimos, y, cuando terminó la sesión, me pidió permiso para abrazarme. No fue mi psicóloga durante demasiado tiempo. Había un conflicto emocional entre nosotros. Me derivó a una colega, una psicóloga *safe* (respetuosa para las personas trans), y yo me volví a marchar, pero ella se convirtió en mi amiga. Y en amiga de mis padres. Y mi entorno cambió, empecé a sentirme seguro, empecé a entenderme.

Todavía recuerdo como si fuera ayer las palabras que se me clavaron a fuego en el corazón...

—Imagina los géneros masculino y femenino como esos iconos que usas en redes sociales, el muñeco rosa y el muñeco azul. Cada uno es libre de elegir dónde hacer clic. No es fácil, a veces no puedes, a veces te equivocas. Se requiere entenderse a uno mismo y no hay cosa más complicada que esa. Tú y yo lo hemos tenido fácil. Supe que era mujer desde bien chiquita, y tú has sabido que eres hombre desde pequeño, aunque te haya costado un poco más aceptarlo. Somos privilegiados. —Limpió la lágrima que se me había derramado por la mejilla y sonrió con un cariño que no le pedí, pero que me regaló porque sí, porque ella era de esas personas que daban todo sin esperar nada a cambio—. Y luego hay personas que no eligen, pero que tienen la suerte de poder ser ambas cosas a la vez. Elecciones, pequeño.

Tuvo que pasar un poco más de tiempo para que entendiera lo que me estaba diciendo.

Cassandra fue la persona que me compró mi primer *binder* cuando los pechos me crecieron como los de esas niñas con las que nunca me sentí identificado. Me temblaba todo el cuerpo cuando ella me ayudó a desnudarme y me lo ajustó a la espalda. Elegimos varios, luego me puse la ropa y, cuando me miré al espejo, algo en mí había cambiado. Y lloré. Muchísimo. Pero también nos reímos. Y ella me contó cómo había sido su transición. Y ese día comimos helado, y nos metimos en el cine a ver una peli a la que ninguno de los dos prestó atención, y mis padres nos dieron permiso para que me quedara en su casa. Y le hablé por primera vez de él, de Declan, y me dijo que no tenía que hacer nada si no quería, pero que podía hacerlo todo si sí. Y que el miedo era un ladrón, y que ya me había robado demasiado. Y mientras me decía todo eso, yo no dejaba de repetir su nombre en mi cabeza.

«Declan, Declan, Declan».

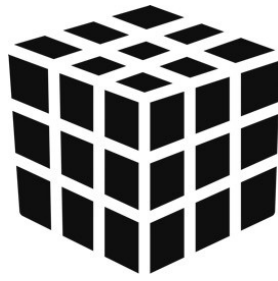
Antes de quedarme dormido, Cassandra me prometió que, pasara lo que pasara, ella siempre estaría conmigo.

Fue uno de los mejores días de mi vida.

Después hubo muchos malos. Y muchos cambios, y muchos sentirme pequeñito, y muchos amigos que resultaron no ser amigos. Y demasiada gente que no me entendía, que ni se esforzaba por verme. Pero entonces ya tenía a Cassandra y no me sentía tan solo. Y mi dieciocho cumpleaños llegó y la espera terminó. Y luego llegó Millie, y Cassandra y mis padres la adoraban.

Y la vida, por fin, cambió de tonalidades.

DIEZ



DECLAN

Desde crío siempre he visto a las personas como piezas de un cubo de Rubik, con sus centros, aristas y esquinas. Te mueves, te arrimas a personas, a veces más y a veces menos. Algunas se desplazan porque no encajan y otras..., otras están bien clavadas y son inamovibles porque conforman tu diminuto mundo, tu verdad. Y da igual lo rápido que intentes ir, buscarte, ordenar tu caos, porque el orden no siempre te da la felicidad, a veces la felicidad es caos, la irregularidad.

Lo pensé cuando los O'Brian se mudaron al pueblo y me sentaron con Rory en el jardín de mi casa, cuando me hice su amigo, cuando la besé por primera y única vez en su quince cumpleaños. Lo pensé cuando se fue de mi vida y sentí lo que era que te arrancaran una de esas piezas inamovibles. Lo pensé cuando conocí a Brody y supe que podría amar más de una vez, y que cada amor sería distinto. Y lo pienso ahora cuando veo cómo Shay se arrima a Riley y se acoplan, encajan. Un cubo de Rubik no funciona ni mantiene su estructura sin una de sus piezas fijas. Y algo dentro de mí, absurdo y visceral, me avisa de que ahí está la pieza que me faltaba para que todo volviera a su sitio.

Clic.

Y no sé qué cojones significa ni por qué pienso lo que pienso, pero algo cambia hoy, ahora, en este momento, pero nadie se da

cuenta porque sucede en mi interior y porque soy el único que los está mirando de verdad.

Nos pasamos la mañana en el *pub*, donde me dedico a trabajar mientras Shay se la pasa de la mesa donde está Riley a la barra con esos ojos brillantes que solo le veo cuando mira a Sky. Por un momento, siento una punzada extraña en el pecho, pero decido no darle importancia. No quiero pensar en la posibilidad de que mi amigo se pille por un chico al que quiero lamer hasta que su sabor se me quede pegado al paladar. No quiero analizar lo que siento ni pensar en lo que supondría para Shay enamorarse de otro heterosexual. Con Sky ya tiene dramita para rato.

En algún momento de la larguísima mañana, Shay saca los diseños que tiene empezados para el vestuario de la obra y Riley los examina como si fueran una joya, lo mismo que hace mi amigo cuando Riley comparte lo que ha preparado para el festival. Y yo me cago un poco en la puta, porque de telas y costura sé mucho gracias a mi madre, pero de diseños y patrones...

Me centro en los clientes, tonto con este y con aquella, me invento historias tontas cuando me preguntan por el cuadro que es mi cara y, cuando por fin terminamos el turno y nos sustituyen, continuamos en mi casa. El salón se convierte en un mini campo de batalla, y todo son dibujos y diseños e ideas a medio hacer. Y risas. Y horas en las que el tiempo parece escurrirse en un embudo sin fin y yo siento que no quiero estar en ningún otro sitio. Me pregunto cuándo fue la última vez que me sentí así.

—¿Por qué no venís al concierto en Carlow? Es dentro de dos semanas, un sábado. La última vez lo petaron, y mi chico actúa de nuevo allí.

—¿Tu chico? —pregunto con la boca abierta, porque no tenía constancia de ningún nuevo novio—. Espera, ¿te refieres al cantante de la cicatriz en la barbilla?

Shay se encoge de hombros y me paso un rato burlándome de él por imitar a su hermano, que acabó con un guitarrista, compositor y dueño de la tienda de discos del pueblo. Se lo cuento a Riley entre risas y Shay me da un puñetazo en el hombro.

Al final, nos convence a los dos para ir y me hace prometerle que haré de chófer, lo que significa que no beberé nada y que me mantendré alejado de los rabos y los coños. El muy capullo lo dice así y a mí se me va toda la sangre a la cara.

—Así nunca me enamoraré —me quejo, inclinándome para que la gata de mi vecino, que también se ha mudado a mi salón, me trepe por la espalda.

—No buscas el amor, y ese es el problema. Ya te he dicho que deberías ir a terapia para intentar entender tu cuerpo. La asexualidad existe, y que me arranquen un dedo si no lo eres. Asexual, digo.

Extiendo la mano y Riley entrecierra los ojos y me mira a través de sus kilométricas pestañas.

—Dame, que me lo como ya.

—Hablo en serio. No eres menos machito por ir a terapia, ¿sabes? Wyatt sigue yendo alguna vez y ya ves lo machito que es.

Wyatt es un fotógrafo que trabaja con el novio de su hermano en la tienda de discos. También es el marido del otro dueño del *pub*. Sí, Spellwood es un pueblo libre con una comunidad *queer* nada desdeñable. Supongo que es verdad eso de que nos juntamos con quienes nos hacen sentir... seguros.

—No me avergüenza ir a terapia —le aseguro, y lo digo en serio. Fui varias veces, de crío, cuando ella desapareció. Nadie te habla de la tristeza en la infancia, ni en la adolescencia, pero es tan jodida como tragarse un hueso y que se quede ahí, ni arriba ni abajo, justo en medio. Jodida como sentir que sigues ahogándote incluso cuando ya te han sacado del agua—. Es que siento que no tengo nada que decir.

—Siempre hay algo que decir. —Shay estira el brazo y aprieta el mío—. Dímelo cuando estés preparado y te llevo.

Y ahí se acaba todo. Riley, que se ha mantenido al margen para darnos un poco de intimidad, sigue a lo suyo. Y Shay no tarda en seguirle el ritmo.

Y así pasan los días, y así nos hacemos amigos.

Shay trae a Sky un par de veces, y también a su nuevo novio para que lo conozcamos antes del concierto, y Riley sigue con el

jardín y no quiere ni hablar de que le pague, lo que me cabrea porque no ha venido a este pueblo para hacer de jardinero. Sé que huye de algo, que se esconde. Y yo solo quiero que deje de hacerlo. Pero si algo he aprendido es que no puedes obligar a nadie a salir de su escondite, solo alcanzarle una linterna y esperar a que salga. Aquí estoy, en la puta entrada, esperándolo.

Por supuesto, mis padres me llaman cada día, y los domingos por la noche hacemos una de esas videollamadas larguísimas donde ellos comen *haggis* en algún lugar de Escocia y yo engullo una pizza mientras me ponen al día sobre el trabajo con los animales de granja y lo raro que es ver cómo sale un huevo por la cloaca (el culo) de la gallina. En fin.

Tardo diez días más en presentarles a Riley, y solo porque él y Shay se pasan el tiempo libre con los diseños de la obra y Shay quiere hablar con mi madre tanto de eso como de Riley. Y creo que mi vecino no se lo espera para nada, porque enrojece como jamás lo he visto enrojecer, y eso que su piel es super sensible y se le nota todo.

Cuando mi madre lo tiene delante, me da la sensación de que hay... algo. Algo que no entiendo pero que está ahí, flotando en el aire. Se miran, se evalúan. Shay le explica dónde estudió y lo que necesita del taller para el festival de Galway, lo mucho que lo está ayudando con la obra y lo increíble que sería que trabajaran los tres juntos en la confección final de las prendas.

—Volveremos en unos días. El taller y yo estaremos a tu disposición para lo que necesites, cielo. —La voz de mi madre me recuerda a las mañanas de los fines de semana, a la miel sobre las tortitas, a los *scones* recién hechos que te queman la lengua pero que no puedes evitar meterte en la boca—. Bienvenido a casa.

Riley sonrío, y creo que le duele, porque es una sonrisa bonita, pero la más triste que le he visto en la boca. Y tiene los ojos brillantes y rojos y no sé por qué. Shay y yo nos miramos; ninguno de los dos entiende nada.

Y entonces mi madre desvía la vista hacia mí y me dice:

—Más te vale no cagarla, pequeño saltamontes.

Y yo me pregunto qué cojones quiere decir con eso, pero a ella no le digo nada porque está demasiado ocupada dando órdenes al otro lado. Por qué mi madre va a adelantar su viaje para ayudar a un desconocido cuando no pensaba hacerlo ni por mi cumpleaños, que es en unos días, es algo que se me escapa.

Y cuando miro a Riley y distingo su sonrojo, su vulnerabilidad, su miedo, no tengo claro si quiero saberlo. Nada de nada.

ONCE



RILEY

Lo primero que negué fue mi nombre. Aún no había asimilado del todo lo que me estaba pasando cuando sucedió. Hacía poco que nos habíamos mudado a Bristol y aún me sentía atado a Spellwood. No tenía amigos, no tenía a nadie más que a mí mismo y mis pensamientos. Echaba de menos nuestra antigua casa, a él. Dios, lo echaba de menos a todas horas. A veces cogía el teléfono y marcaba su número, pero entonces imaginaba su voz al otro lado, llamándome Rory, y es que yo no era Rory. No sabía quién era, pero no la chica a la que él veía cuando me miraba, no era esa chica a la que había besado. Declan quería a una mentira y yo no podía seguir fingiendo que no dolía.

Los días pasaban y veía a mi madre, su cuerpo desnudo en el baño, y se me formaba un nudo en la garganta. Tenía quince años y mi cuerpo estaba cambiando demasiado deprisa. Cada noche me dormía con la misma angustia. Temía levantarme un día y comprobar que me había convertido en esa chica que todos decían que era pero no. Porque yo no era ella, aunque sintiera sus uñas blandas arañar la carne desde dentro del pecho, temiendo salir a un mundo que no era el suyo. Porque yo era un chico.

«Soy un chico», gritaba por dentro, pero la voz no me salía. Solo estábamos yo y mi miedo, yo y todas esas palabras a las que no sabía cómo dar forma. Salía a pasear y me fijaba en los otros niños, su forma de hablar, de comportarse, de caminar erguidos, y solo

quería ser como ellos. Dejar de caminar con los hombros encogidos, dejar de tener miedo. Solo quería ser... yo.

Y entonces...

—Rory O'Brian —llamó el profesor el primer día de clase, después de un verano lleno de lágrimas y mucho dolor.

El profesor volvió a llamar y yo no contesté, no pude. Tenía el corazón en la garganta, me retumbaba en los oídos, por debajo de la piel. La voz se me atascó, el pecho se me llenó de un fuego que quemaba y dolía, y los ojos se me inundaron de lágrimas. Sentía que me llamaban y que me miraban, pero yo no veía nada más que un mundo que se hacía cada vez más grande y a mí, que me hacía cada vez más diminuto, aplastado contra la realidad.

Y luego tiré, empujé y salí a la superficie.

«No soy Rory».

«No soy Rory».

«No soy Rory».

La clase se desdibujó.

Todo se fundió a negro.

Más tarde me enteré de que había gritado justo eso: «No soy Rory». También supe que había sufrido un ataque de ansiedad, el primero de muchos a partir de entonces.

Cuando mis padres me recogieron en la enfermería, mi padre me cogió en brazos por primera vez en años, y me llevó a casa mientras yo veía a mi madre sonreír y llorar; estaba tan nerviosa y perdida que no sabía cómo consolarme sin que las lágrimas se le cayeran solas. Y supe que no debía tener miedo de ellos, que pasara lo que pasara me entenderían.

—No soy Rory —les dije.

—Está bien. Entonces dínos quién eres.

—Soy un chico —les dije.

—Está bien.

—Tengo miedo —les dije.

—Lo sabemos. No pasa nada, pequeño. Vas a estar bien.

Y lloré.

«Pequeño».

Lloré mucho esa noche.

Mis padres me abrazaron, y se acostaron conmigo, y dormimos juntos. Y por la mañana, cuando me levanté, ya no era Rory, sino Riley. Rory me dio la llave, dejó de arañar con esas uñas quebradizas y se quedó ahí, en algún lugar dentro de mí, en mi pasado y también en la gente que dejé atrás. Sobre todo se quedó en él, en esas cartas que a veces vuelvo a leer porque aún lo echo de menos, y en esas otras que jamás me atreví a enviarle.

Rory sigue aquí, en este pueblo, con esta familia.

Hoy he sentido cómo mi pasado se me caía encima como una lluvia torrencial. Lo hizo cuando Emily Molony me miró a los ojos y supo que una vez fui ella.

Rory.

Emily sabe quién soy. El chico por el que su hijo lloró. El chico que nunca quiso saber de él. El chico que lo mató todo a su paso con tal de salvarse. Y aun así... va a venir. Vendrá y no sé qué pasará cuando la tenga delante. No sé si podré soportarlo; sus preguntas, sus acusaciones, la verdad que he estado evitando durante casi dos meses.

No sé si soportaré que él lo sepa.

Y lo sabrá. Lo descubrirá y me odiará y jamás volverá a mirarme como lo está haciendo ahora, como si yo fuera una cosa bonita a la que no quiere dejar de mirar.

Le gusto. Dios, creo que hasta le pongo; sexualmente hablando, digo, algo raro teniendo en cuenta su historial de intentos de ligue.

Lo peor es que a mí también me pone.

Más que poner, es como si me hubiese metido la mano dentro del pecho y hubiese removido cosas que creía marchitas. Pero no, lo que siento por él está vivo, arde, y creo que voy a quemarme y que él se quemará hasta convertirse en cenizas. Lo hará en cuanto sepa la verdad. Lo hará en cuanto me odie. Y no sé si podré sobrevivir a eso, no sé si podré soportar que lo haga. No sé nada.

DOCE



RILEY

Me paso dos días terminando algunos de los diseños que solo tenía esbozados y retocando las prendas de cada una de las vistas para tener los planos listos —con las costuras, pespuntos, cierres y bolsillos— para cuando Emily regrese de Escocia y nos pongamos a trabajar en el taller. Tengo un nudo de nervios en la barriga, pero lo controlo a base de dar forma a una libertad que una vez logró salvarme.

Empecé a diseñar mi propia ropa para escapar de lo que el mundo tenía reservado para mí. Lo hice aquí, en Spellwood, cuando aún me llamaban Rory y Emily me hacía trenzas. Le preguntaba por esto y por aquello mientras la seguía por el taller, y ella me decía «eres una niña muy lista» y «algún día te encargarás del taller» y otras cosas de gente mayor que me hacían sentir completo a pesar de que ya me estaba rompiendo en pedazos.

Le envió a Millie los diseños acabados y otros que tengo esbozados, y ella me llama con los ojos llenos de sueños y una sonrisa que no le cabe en la boca.

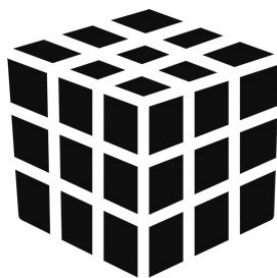
—Eres el puto amo —me dice. Y, por una vez, no se lo discuto. Por una vez, asiento y suelto un hondo suspiro. Porque sí, mi exnovio o lo que sea que fuera me robó varios de mis diseños y un pedazo de mí que jamás recuperaré, porque el dolor te rompe y nunca te recuperas del todo, y eso es así. Pero estoy aquí, sigo vivo, y soy el puto amo.

Sonrío. Y ella sonríe, pero enseguida deja de hacerlo y comprendo que algo va mal.

—¿Qué pasa?

Ella niega y se muerde el labio inferior. Veo su dolor, la duda, y comprendo que lo que está a punto de decirme me va a doler. Y duele. Vaya si duele. Y es que resulta que el capullo que rompió conmigo cuando me abrí en canal y me dejé ver al desnudo, el mismo que luego me robó y se fue de rositas solo porque había un par de ideas suyas en un trabajo hecho al noventa por ciento por mí, tiene otro novio. Guapo y con una polla entre las piernas. Y yo no puedo hacer más que romperme. Otra puta vez.

TRECE



DECLAN

Todo empieza con un chupito. Como prometí, hemos venido a un concierto en Carlow y no he probado ni una gota de alcohol mientras Shay se dedica a celebrar por esto y por aquello en cuanto el grupo termina de tocar y el cantante se une a nosotros. Mi amigo ya está achispado cuando lo rodea por el cuello y le mete un morreo que me hace ruborizarme, a mí y a Riley, que está igual de borracho que Shay o más.

—¿Me das uno de esos? —Riley deja caer una mano en mi muslo, muy cerca de mi ingle.

Me tensó y noto un latigazo inesperado en los huevos. Trago saliva y lo miro. Dios, qué guapo es. Lleva unos pantalones blancos muy ajustados y una camiseta negra sin mangas con el cuello en forma de uve que deja ver el fénix que tiene tatuado en el pecho. Por fin se lo veo. No del todo, claro, para eso tendría que quitarle la camiseta, pero lo poco que advierto es increíble. Del cuello sobresale un collar de plata con un zorro de nueve colas que, según me dijo, tiene también tatuado en la espalda. Los tatuajes de sus brazos parecen moverse bajo las luces de colores que se desplazan sobre nuestras cabezas.

—Estás más borracho de lo que pensaba.

—No estoy borracho —replica y alarga el brazo para coger otro de los cientos de chupitos que hay dispuestos sobre la esquina de la barra que conseguimos adjudicarnos porque Shay (o más bien el

novio del hermano de Shay) conocía al dueño y este nos dejó pasar antes.

—No vas a beber más. —Le sujeto la muñeca y él enarca las cejas en un gesto retador que creo que me la pone dura. Me tocaría para comprobar que no estoy alucinando si no fuese tan... raro.

—No puedes impedírmelo.

—Sí puedo y lo haré.

Acerco el rostro al suyo. Él acerca el suyo al mío. Nos miramos, nos retamos. Entonces me agarra de la camiseta y controla tan poco su cuerpo que a punto estoy de caerme encima de él, directo contra sus labios. Uf.

—Para.

—¿No dijiste que te ponía? Pues bésame.

—Joder, me encantaría hacerlo, pero no ahora. No voy a aprovecharme de ti.

Me mira con... Ni puta idea de qué significa esa expresión, pero Shay elige ese momento para decirme que se va, y que si puedo llevarlos a él y a su chico a la casa de este, que piensa quedarse a dormir con él. Me parece bien, cualquier cosa con tal de llevarme a Riley y acostarme a dormir. Mis padres regresan en dos días y todavía tengo que arreglar la casa para no escuchar a mi madre cuando vuelva, así que cuanto antes me acueste antes me levantaré y...

Riley se marea nada más levantarse y lo cojo por la cintura antes de que bese el suelo. Lo levanto. Pesa más de lo que imaginaba y el aliento le huele a frambuesa cuando gira el rostro y nuestras narices se rozan.

—Hola. —Sonríe.

—Hola. —Sonríó.

Y creo que se inclina para besarme, pero estoy demasiado aturdido para lidiar con eso, así que le planto la mano en la boca y lo saco de ahí como puedo, con Shay detrás de nosotros besuqueándose con el novio del mes. Puaj.

—Chicos, me encanta el porno, pero no en vivo. ¿Podéis, no sé, controlaros un poquito en el coche?

—Eres un soso —se queja mi amigo, pero sonrío.

La dirección del cantante no está demasiado cerca. Le pregunto a Shay ochenta mil veces si de verdad es eso lo que quiere y, cuando me manda otras ochenta mil veces a la mierda, lo dejo ahí y me llevo a Riley a casa. El trayecto es de apenas media hora y él se la pasa mirándome con fijeza desde el asiento del copiloto.

—Sea lo que sea lo que te ocurre, me lo puedes contar —le digo, y es que no queda nada del chico risueño con el que he pasado las últimas semanas. O los dos últimos meses, si contamos nuestros atropellados inicios. Está... apagado. El brillo en sus ojos se ha llenado de nubes, los párpados se le han caído y lleva los hombros demasiado encorvados para ser él.

Odio verlo así. Sea lo que sea lo que le ha robado su vitalidad, necesito que vuelva.

Desvío un instante la vista hacia la izquierda y lo veo sonreír con una tristeza que me mata. Tengo que apretar el volante para no parar en el arcén y sacarle la verdad a mordiscos.

—Venga, Riley, conoces toda la mierda que soy, no creo que sea peor.

—No eres una mierda —replica en un tono demasiado alto—. Odio que hables así de ti mismo.

—Y yo odio esa sonrisa que te pintas cuando no tienes ganas de sonreír. Lloro si quieres llorar, grito si quieres gritar, pero no sonrías si no tienes ganas. Es... horrible, joder. Tu sonrisa es la mejor que he visto en mi vida y no me parece bien.

Pasan ochenta mil segundos. Estoy cabreadísimo, pero sigo concentrado en la carretera. Y entonces Riley se parte el culo. Sus carcajadas son tan escandalosas que de no ser por el cinturón acabaría en el suelo del asiento por el modo en que se convulsiona.

—Para, idiota. —Alargo el brazo y le pellizco el muslo. Él aprovecha para cogerme la mano y girarse hacia mí otra vez. La sonrisa se le borra de la boca, así, de sopetón.

—¿Por qué te lías con gente con la que no quieres estar? —pregunta.

—¿Por qué crees que no quiero estar con ellos? Si me lío con alguien es porque quiero.

—Eres asexual. Bueno, demisexual, que es una rama de la asexualidad. Te lías con ellos sabiendo que no vas a pasarlo bien, que no vas a estar cómodo, pero aun así lo haces. ¿Por qué?

La carretera está desierta y oscura, las ramas de los árboles a nuestro alrededor se agitan por el viento y escupen sombras que se retuercen en el asfalto. Por un momento, mientras aprieto el volante y el silencio me sacude las tripas, me siento como un crío entrando en una cueva oscura, a nada de perderme. Y no quiero eso. No necesito nada de esto.

—Dime por qué estás así y quizá te responda.

—Mi ex me dejó cuando fuimos a acostarnos —suelta como si lo escupiera, como si necesitara sacárselo de dentro de una vez—. Me robó mis diseños y los usó en su proyecto final con una excusa de mierda. No han pasado ni tres meses y ya está con otro. —Alarga el brazo y tira de las costuras de mis vaqueros con suavidad—. Te toca.

Intento procesar todo lo que me acaba de decir, pero es demasiado y mi cerebro va a toda pastilla.

—Hija de puta. Espera, cuando dices que te dejó cuando fuisteis a acostaros, ¿te refieres a...? —El pensamiento que me cruza la mente es demasiado horrible para terminar la frase—. Dime que no intentó nada raro.

—No, tranquilo.

Suelto un hondo suspiro. Espero a que diga algo, pero está claro que no quiere hablar sobre ello, y yo no soy quién para presionarlo. Y como el dolor por todo lo que me acaba de decir todavía flota en el aire y tenemos un trato, me meto en la puñetera cueva, aguanto la angustia, el miedo, esa soledad que sigue ahí, en algún rincón dentro de mí, y empiezo a hablar. No de Rory, porque él ya conoce la historia aunque se haga el loco, sino de Brody, de lo que pensé que podríamos ser y no fuimos, de lo mucho que cuesta conectar con una persona y de cómo todo puede acabarse en un instante cuando lo haces.

—¿Nunca has sentido que vas a quedarte solo? ¿Que no hay nadie que encaje contigo, que estás roto y no hay forma de arreglar lo que eres?

—¿Lo que eres? —repite en un tono demasiado alto.

—Es lo mismo.

—No eres una cosa, idiota. Eres Declan Molony, tienes el pelo negro, estás lleno de pecas y tus ojos me recuerdan a una noche cerrada como la que tenemos delante. También tienes un gusto pésimo por los chicos y por las chicas, y bailas de pena. ¿Qué? —Se le forma una sonrisa preciosa en los labios cuando le dedico una mirada inquisitiva—. Me fijé en cómo te movías cuando tocaba el grupo.

—¿Antes de que te bebieras el agua de las macetas, dices? ¿Te dio tiempo?

—Pues sí, idiota. —Deja caer la mano en mi muslo y yo siento que tengo un enjambre de abejas y que todas quieren picarme a la vez—. Todo eso es lo que eres. Pero también eres un chico amable, cabezota hasta decir basta, tienes el corazón enorme y te preocupas por tantas cosas que a veces te pierdes. Eso es quien eres. Y en cuanto a tu pregunta, sí, muchas veces he sentido que no hay forma de arreglar quien soy. Pero una pareja no va a arreglarte. Nadie puede, Declan. —El cuerpo entero se me estremece cuando me aprieta el muslo con suavidad—. Solo tú puedes hacerlo. Una pareja solo te completa, y tú necesitas encontrar a alguien que te vea a ti y no a tu polla.

Trago saliva y cojo el desvío que lleva a la entrada del pueblo. Y sé que me está mirando, y que se arrepiente de todo lo que me acaba de decir pero no sabe cómo retractarse. Y yo no quiero que lo haga, en absoluto. Porque tiene razón. Él y Shay la tienen; tengo que dejar de hacerme esto. Tengo que dejar marchar algo que lleva demasiado tiempo muerto dentro de mí.

—Estoy bien, tranquilo.

—Lo siento. Yo... lo siento mucho, Declan.

Aparco el coche, me quito el cinturón y me giro hacia él. Tiene la mirada perdida y vidriosa y me siento la peor persona de la tierra.

—Eh, mírame. —Le desabrocho el cinturón y tomo su rostro entre las manos—. Ella no se merece que estés así, nadie lo hace.

—Él.

Elevo las cejas.

—¿Qué?

—Mi ex era un hombre, Declan.

—Ah.

El corazón se me acelera, y de pronto me queman las manos al contacto con su piel. Estamos tan cerca que nuestras narices se rozan. Él se mueve, empuja la mía, y yo siento que me falta el aire, sensación que no hace sino crecer cuando me sujeta de la cintura y tira de mí para acercarme más. La fuerza del empuje me hace apoyar una rodilla entre sus piernas para no caerme, apretarle ahí, sentarme sobre uno de sus durísimos muslos. Dios. Joder. Tengo fuego por dentro y el calor se expande en cada punto en que nuestros cuerpos se rozan, abrasándome, quemándome. Me muevo, se mueve, presiono su entrepierna y él suelta un gemido que lo llena todo y me excito y no necesito tocarme para saber que la tengo dura. Él me pasa una mano por la nuca, hunde los dedos en mi pelo, tira de mí. Se arquea y yo vuelvo a mover la rodilla, arrancándole otro gemido más crudo, más ansioso.

—Hazlo otra vez. —Me empuja hacia su rostro y creo que voy a volverme loco, y necesito besarlo, lamer sus labios, morderlo, ponerme encima, montarlo. Todo a la vez.

Madre mía.

No, no, no.

No puedo hacer esto.

No ahora.

—Para, Riley. —Él vuelve a tirarme de la nuca para acercarme, yo le empujo el pecho para alejarlo; nuestros labios se unen en una suave caricia que dura demasiado poco, lo justo para que su lengua me roce el labio inferior y la cabeza empiece a darme vueltas; estoy en un tiovivo y creo que me voy a caer en él—. Estás borracho.

—Ya no, y lo sabes.

—No sé nada. Joder, que hasta hace unos segundos no sabía que te gustaban los tíos y me sentía el peor perverso de la historia solo por desearte hasta el dolor.

—Me deseas. —Sonríe de oreja a oreja, con las mejillas encendidas y los ojos brillantes. No hay nada de tristeza en ellos. El alivio me invade por dentro y no tengo ni idea de por qué. Yo... solo

quiero quitarle la tristeza y mandarla tan lejos como lanzo el *sliotar* las veces que voy a jugar al *hurling* con la familia de Shay.

Le levanto la barbilla para rozarle la punta de la nariz con los labios, le dejo un beso suave en la mejilla, en la comisura de la boca. Él se queda quieto, temblando, con los dedos enterrados en mis hombros y el aliento entrecortado. Se me infla el pecho y muevo la rodilla otra vez para arrancarle un jadeo que me suena como el sonido que me llevaría a la puta tumba.

—¿Lo dudas? Se me va a caer de tanto cascármela pensando en ti.

Él sonríe, los ojos llenos de un deseo líquido me dejan claro lo que viene a continuación, y no pienso dejar que lo haga.

—No, Riley. —Forcejeo cuando intenta acercarse. No quiero, pero lo hago.

Y ahí está de nuevo la tristeza; esa puñetera tristeza que se le pega a la cara como si ese fuera su sitio, y no.

—No me rechaces, por favor.

—No quiero aprovecharme.

—Pero yo sí quiero que lo hagas. Por favor —me dice con un tono de súplica que me revuelve las tripas.

—No me lo pidas así.

Tira de mí, pero yo no cedo. Los ojos se le llenan de lágrimas, su pecho sube y baja como si estuviese a nada de romper a llorar y no lo soporto. Es que no puedo.

Apoyo la frente en la suya y le acaricio el rostro con una mano. La otra la meto entre su espalda y el asiento para acariciarle la columna, arriba y abajo, despacio, mientras lo siento respirar y relajarse poco a poco.

—No me hagas esto, por favor.

—Vale —musita—. No pasa nada.

—Mírame, Riley. —Le levanto la barbilla con los nudillos y se me rompe el corazón al ver cómo le tiembla—. Vamos a subir a tu habitación, nos vamos a meter en la cama, con tu gata, y nos vamos a dormir. Y mañana, cuando nos despertemos, si todavía quieres que te bese, yo... te arrancaré los labios a lametones. Y no me digas que no se puede —replico cuando reparo en su gesto de confusión—,

porque te demostraré que sí. Que lo de morder me encanta, ¿eh? Pero es que no te quiero hacer daño. Puede que te parezca un tío duro, pero mírame, soy bastante normalito, y la violencia no me gusta nada. —Me encojo de hombros, un poco avergonzado de mi propia verborrea; por Dios, que parezco un crío confesándose al primer chico que le gusta—. Haré todo lo que me pidas cuando no tengas nada de alcohol dentro, cuando puedas decirme que pare sin que nada te nuble el cerebro. ¿Te parece bien?

—¿Vas a dormir conmigo? —Su tono exagerado de absoluta pena me hace sonreír, y debo ser un santo para no ceder cuando las ganas de besarlo se me desbordan. Tengo la polla durísima y creo que necesito ir a terapia, porque Shay tiene razón, porque no entiendo que con este chico que lleva dos meses siendo mi vecino sí lo sienta todo cuando hasta hace tres minutos pensaba que era hetero y que jamás se fijaría en mí. ¿Quién cojones puede entenderme? Porque yo no lo hago.

Y ahora mismo, mientras Riley me abraza y me acaricia el cuello con los labios, decido que no me importa.

No me importa nada.

CATORCE



DECLAN

Riley me pide que lo espere fuera mientras mea y se cambia de ropa, y yo aprovecho para hacerlo en el mismo pasillo, con la mirada penetrante de Haruka maullándome desde la puerta para que entre a la habitación o para que salga de la casa, no lo tengo claro.

En cuanto termina, mi vecino me da un cepillo y nos lavamos los dientes juntos, uno a al lado del otro, los codos chocándose sin querer, los ojos en el espejo, las mejillas sonrojadas. Lo mucho que se me notan las pecas cuando me pongo colorado es algo a lo que jamás me acostumbraré. El momento me parece más íntimo que cualquiera de los encuentros sexuales que he vivido, incluso cuando estaba con Brody. ¿Hice algo así con él alguna vez? ¿Algo tan... doméstico y sencillo? No, qué va. Los amores intensos tienen eso. Son instantes robados al tiempo, algo más primitivo y carnal que sientes mucho pero se queda en nada.

Nos tumbamos en la cama, de lado, el rostro de Riley apenas a unos centímetros del mío, la gata entre los dos, nuestros dedos rozándose cada vez que movemos la mano para acariciarla. La luz de la calle se cuela por la ventana semiabierta creando un despliegue de sombras que se mueven por la piel de Riley como si extendieran las alas de las mariposas; el aire llena la habitación del olor a tierra humedecida, a hierba fresca y a algo que me recuerda a la infancia y en lo que no quiero pensar.

No sé en qué momento me quedo dormido. Estoy en una balsa, el vaivén me calma, me mece, me atrapa; sentir la caricia de sus pies sobre los míos me hace sentir a salvo, en casa. Es... dulce, y embriagador, y creo que me excito de nuevo un poquito, y menos mal que no he bebido nada o todo sería incluso más confuso.

Mañana.

Mañana lidiaré con lo que siento.

Mañana.



Mañana llega sin darme cuenta y seguimos uno junto al otro y él me está mirando la erección pronunciada con las mejillas sonrojadas y cara de querer estar en cualquier parte menos aquí conmigo en su habitación. Mierda.

Levanto el culo para taparme con la manta, pero él me sujeta del brazo para que me quede quieto.

—No tienes que esconderla. No pasa nada.

—Sí pasa. —Claro que pasa. Pasa que tiene esa cara de haberse equivocado de tren y necesitar bajarse cuanto antes. He visto esa cara cientos de veces, cada puta vez que me enrollo con alguien.

Y no tengo ni idea de qué está viendo Riley en mí, pero me acaricia la muñeca y a mí se me forma un nudo en el pecho y duele y quiero irme, desaparecer. Con los demás nunca duele nada, lo que es horrible, si me paro a pensarlo, pero con él sí. Con él duele como una puñalada en el centro del pecho.

—Para. Deja de hacer eso. —Me revuelvo para que no siga acariciándome, pero su mano vuelve a mi piel, sus dedos a esas caricias tiernas que me ponen el corazón del revés.

—¿Te molesta que te toque?

—Sí. No. Qué más da. —Resoplo, y él no deja de acariciarme, y yo no me aparto porque me gusta, aunque duela—. Bueno, vale, sí. Pero no.

Él sonríe con toda la frente arrugada. Está guapísimo con el pelo alborotado de cualquier manera sobre la almohada, los labios demasiado secos tras la noche de alcohol, la piel y la nariz enrojecidas. Tiene la camiseta subida por encima del ombligo y me cuesta un mundo no llevar la mano ahí, sentir el tacto de su piel desnuda, aprenderme sus formas con las puntas de los dedos.

—¿Te dejo un rato para que te aclares?

—No hay nada que aclarar. Yo... Mira, no quiero hacerte sentir incómodo. No quiero que esto sea raro. Lo que te dije anoche lo decía en serio. Estoy super a gusto contigo y no quiero cagarla. — Me incorporo con intención de ir a buscar alivio y volver para poder... hablar de todo—. Será rápido. Enseguida vuelvo y hacemos como si nada.

Me mira la entrepierna otra vez, y se ruboriza, muchísimo.

—¿Ves? Eso es lo que quería evitar. —Resoplo—. Iré a casa, me daré una ducha y volveré en media hora.

—No te vayas.

—No quieres que esté aquí.

—¿Qué te hace pensar eso?

—La cara que estás poniendo. Es la misma que pone toda esa gente con la que me enrolló y me rechaza cuando ve que no soy normal. Pues mira, resulta que estoy un poco hasta los huevos, la verdad.

Riley se sienta para poder mirarme.

—Por Dios, Declan. No estoy poniendo esa cara en absoluto.

—Claro que no —suelto con una risotada amarga.

—Ni se te ocurra hablar por mí. Si te digo que no es que no.

—¿Y entonces? Dime por qué estás tan..., no sé, tan raro, incómodo o lo que sea.

Riley se echa el pelo hacia atrás y deja escapar el aliento con frustración.

—¿Tú que crees? Porque he recordado lo que pasó anoche, por eso. Es perfectamente normal sentirse así. Pero claro, qué sabrás tú, si vas a lo que vas. Hay personas a las que les cuesta una vida lanzarse. ¿Crees que voy por ahí pidiéndoles a tíos que me besen o que me toquen? La cara que pongo es de vergüenza, no de rechazo.

Pero, ahora que lo pienso..., me alegra que me hayas frenado. Si estamos así sin haber hecho nada..., imagínate si llegamos a hacer algo más. No quiero que lo nuestro se ponga incómodo. Yo también estoy a gusto contigo, Declan.

No sé qué cojones responder a todo eso. Demasiadas palabras, demasiado dolor. Soy idiota, joder. Me inclino y estiro el brazo para tomarlo de la mano. El corazón me golpea el pecho con saña cuando creo que me va a apartar, pero, en lugar de eso, me aprieta con cariño. Haruka nos rodea y se frota con la cintura de su dueño, dos veces, una a cada lado de su cuerpo.

—Lo siento mucho. Yo... lo siento de verdad. —Acerco la otra mano y le rozo la mejilla con los nudillos. Como si no le gustara el giro de los acontecimientos y temiera por su dueño, la gata se me sube sobre los muslos y maúlla, alarga una de sus patitas y arrastra las uñas sobre la piel de mi antebrazo con suavidad. Y yo me derrito y sonrío; cada vez que se me acerca así, como si confiara en mí, siento que gano algo muy gordo que no tiene precio—. Menuda fierecilla.

—Alguien tiene que proteger mi virtud —murmura con una sonrisa.

—Lo siento, Riley.

—Tranquilo, ya lo has dicho. —Toma mi mano y se acaricia la mejilla con la palma, me da un beso suave en la muñeca y sé que puede sentir mi pulso, lo sé porque sus ojos se oscurecen, y porque me besa una, dos, cientos de veces, y yo siento que podría quedarme a vivir en esas caricias, y que no necesito nada más. Es... más intenso que el sexo, mucho más.

—Estoy tan acostumbrado al rechazo que me cuesta pensar que puedan sentir algo por mí aunque yo no... —Me rasco la frente, un poco demasiado avergonzado.

—Ya te lo dije, no eres lo que tienes ahí. —Me señala la entrepierna con un gesto de cabeza—. Aunque parece que no está nada mal.

Se me escapa una sonrisa.

—Te gustan los chicos —declaro al tiempo que le tiro del *piercing* con suavidad, solo para dejar constancia a la luz de la mañana.

Haruka me vuelve a clavar sus uñas y me lame con esa lengua rasposa y diminuta.

—Me gustan los chicos.

—Entonces, si te besara, y si tú quisieras que lo hiciera sin todo ese alcohol de anoche..., ¿me devolverías el beso?

Riley traga saliva y se pasa la lengua por el labio inferior.

—Creo que sí.

—¿Crees?

—Intento hacerme el interesante, no me cortes las alas.

Sonríó y me acerco todo lo que la gata me permite. Dios, esto es un sueño. No puede ser real. Pero lo es, lo estoy tocando, y yo... lo deseo tanto que me duele.

—Jamás podrías ser más interesante. Ya eres todo lo interesante que se puede ser.

Él sonríe. Está nervioso. ¿Lo está?

Me acerco más y más hasta que nuestras rodillas se juntan y le rozo la cadera con el muslo.

—Entonces, si te tocara..., en un caso totalmente hipotético, ¿te parecería bien?

La sonrisa que me dedica me la guardo dentro. Es mía, solo mía.

—Claro que sí. —Entonces sube la mano a mi cara y me pellizca la nariz. Haruka se me lanza encima para jugar y yo la entretengo con una mano, me muerde, le agarro la carita, me muerde más, la zarandeo, todo sin dejar de mirarlo a él—. Pero no lo harás, porque no queremos que esto sea raro, y mañana vienen tus padres, y... el sexo lo suele matar todo. Así que haremos como si no hubiese pasado y seguiremos siendo... vecinos.

—Amigos —lo corrijo—. Somos amigos.

—¿Lo somos? —dice con una inseguridad que me pellizca el corazón—. No me conoces lo suficiente.

—Pues deja que te conozca más. Quiero ser tu amigo, quiero poder llamarte o ir a por ti cuando no estés por aquí y me apetezca verte. Yo... no quiero que desaparezcas. —«Como ella». No lo digo, claro, pero sé que lo entiende porque se le llenan los ojos de lágrimas. Y yo me pregunto de verdad, por primera vez en mi vida, si Rory está bien, si está... viva.

QUINCE



RILEY

«Amigos».

Una vez leí en un libro sobre historia del bordado que en un papiro egipcio se describía lo que debía hacerse tras una amputación:

«Después de coser, colocar carne fresca sobre la herida el primer día, sin vendar, para detener la hemorragia. Si los puntos se aflojan, unir con dos tiras de lino y tratarlo con un ungüento hecho de grasa animal y miel hasta su recuperación».

No sé por qué, pensé en Declan, en nuestra amistad amputada, sangrante, rota, perdida. Pensé en una herida que se cierra con el tiempo. Una herida que, por muchos ungüentos que pusiera, nunca dejó de doler.

Durante años, me dediqué a llamarlo casi cada día. Lo hacía hacia dentro, donde el grito suena más pero se oye menos. «Declan, Declan, Declan». Su nombre era un talismán que había desaparecido para siempre pero que aún sentía dentro de mí, el anhelo de lo perdido.

«Amigos».

¿Podríamos volver a serlo? Unir dos partes rotas que ya no sangran, pero cuyo dolor está ahí, como un miembro fantasma. ¿Funcionaría una amistad cuando se basa en una mentira? No tengo ni idea, pero necesito que funcione.

Quiero recuperar a Declan, volver a ser su amigo. Y para eso tengo que decirle la verdad. ¿Cuándo? No lo sé. Pero antes de que todo estalle. Antes de que me odie.

—Tengo que pedirte un favor —le digo esa noche cuando sube a mi ventana y me quita el cuaderno para ver de cerca el diseño en el que he estado trabajando desde que nos separamos esa tarde.

Se coloca con las piernas flexionadas a cada lado de las mías, el cuerpo encorvado hacia delante, el pelo alborotado, sus ojos oscuros un universo donde me pierdo cada vez que lo miro. Está guapísimo con su sudadera negra y los vaqueros a juego. Me recuerda a esas veces en que salíamos de incógnito cuando éramos críos, dispuestos a comernos el pueblo, que era nuestro pequeño mundo.

—Sí a lo que sea —contesta sin mirarme, la atención puesta en la libreta y en la gata, que se le ha colgado del brazo y se dedica a morderle el pulgar y atrapar sus dedos con las patas mientras él se ríe y hace lo posible por que no se caiga de la ventana.

—Espera a que te lo pida, idiota. —Le empujo el gemelo con el pie—. ¿Y si te pido que me bajes la luna?

—Pues te la bajo, vaya problema —dice entre carantoña y carantoña.

—Fantasma.

—Hombre de poca fe. —Me devuelve el empujón—. Dime lo que necesitas y haré lo que pueda para conseguirlo.

Así, sin más, me deja sin palabras. Y pienso en que esto es la amistad: elegir hacerlo todo incluso cuando no puedes hacer nada. Desde luego, Declan jamás podrá bajarme la luna, pero inventará mil maneras de hacerme creer que sí. Eso es la amistad. Eso hemos sido siempre. Y me pregunto si algún día podrá perdonarme, por apartarlo, por ser ese amigo que mira la luna y solo ve un imposible.

—¿Me harías de modelo?

Declan me clava la vista un instante para luego bajarla a la libreta y deslizar el dedo por el dibujo hecho a lápiz.

—¿Para tus diseños?

—¿Para qué si no?

—Pero... —se mira a sí mismo, como si no entendiera bien por qué le pido una cosa así— no tengo cuerpo de modelo.

—Quiero un cuerpo real, no un profesional. Y tienes un cuerpazo.

Cuando Declan se ruboriza, su rostro se convierte en un cielo estrellado, brillante, luminoso, y muy rojo. Es... precioso. Para comérselo. Me llevo los brazos al pecho y los cruzo para frenar las ganas que tengo de tocarlo, de comprobar eso que dicen de que el cerebro no es el único lugar que almacena recuerdos, si mis dedos aún son capaces de reconocer su cuerpo a pesar del tiempo y la distancia.

—Pero no como para subirme a una pasarela. Espera, ¿tengo que subirme a una pasarela?

Me río. Pero qué tonto es.

—Es un festival, no un desfile —replico con una sonrisa—. Habrá una plataforma donde expondremos nuestros diseños, pero será breve y no habrá demasiado público. Queremos llamar la atención, que se nos acerquen diseñadores. El evento dura una semana y participan varias academias. Yo tuve la suerte de ser uno de los admitidos para participar. —Lo miro a los ojos—. No tienes que hacerlo, ¿vale? Es solo si quieres. Es decir, puedo buscarme a alguien. Todavía tengo tiempo y...

—Lo haré yo —me corta—. Iré contigo. Estaré encantado de llevar tu ropa, Riley.

Su sonrisa la quiero lamer y morder con mucha mucha calma, y descubrir si la lengua también tiene memoria, si sus besos son igual de amargos que ese que nos dimos y cuyo sabor aún tengo pegado al paladar.



DIECISÉIS



ANTES

RILEY Y DECLAN

Era verano y hacía calor. Riley trataba de unir una tela con otra siguiendo las instrucciones del libro que Emily le había regalado. La ropa que tenía no le gustaba y odiaba ir de compras, ese momento incómodo en el que su madre lo hacía ir por los pasillos en busca de vestidos y prendas que lo hacían querer encerrarse en un probador y no salir nunca más. Por eso, cuando el sol despuntaba y sabía que en la casa de los Molony ya se estaban preparando para ir a trabajar, Riley salía corriendo y se iba con Emily al taller. Era difícil hacer las cosas por su cuenta cuando no tenía tantos materiales en su casa, pero ella siempre lo ayudaba.

Ese verano, Riley había hecho muchas prendas, había descartado otras tantas. Buscaba su propia voz a través de telas de colores que Emily elegía con cuidado para él, aunque se las diera con la excusa de que sobraban.

—Venga, vamos al lago —repitió su amigo por tercera o cuarta vez.

Declan no entendía que Riley no quisiera salir, que no aprovechara el verano, así que se tiraba en la cama junto a él, con sus libros y sus cubos de Rubik y todas esas palabras que a Riley se le iban metiendo dentro hasta que una sonrisa asomaba a sus labios y Declan comprendía que había ganado.

Unos minutos después, salían por la puerta, con sus toallas y esas prisas por querer alargar un verano que siempre acababa por llegar a su fin.

Riley se fijaba en Declan con disimulo, que ya era más alto que él. Se había puesto tan guapo que le daba vergüenza mirarlo y empezaba a entender por qué. Declan también miraba a Riley y no comprendía qué era lo que había cambiado, por qué llevaba toda esa ropa encima cuando hacía bueno, por qué no se la quitaba ni para bañarse con él, por qué se escondía. Entonces se empujaban sin querer, sus cuerpos se reconocían, conectaban, se daban la mano y ya no pensaban más que en pasárselo bien, y en reír hasta que les doliera la barriga, y quizá bajar hasta el centro del pueblo y comerse un helado.

Pero ese día no.

Ese día, Liam había ocupado esa parte del lago que era de ellos. Solo llevaba un bañador, igual que la chica que se apretaba contra su cuerpo. Tenía una mano en la nuca de ella, la otra en su cadera, justo donde le caía el lazo del bikini. Los dos estaban mojados y el agua se deslizaba por sus cuerpos. Riley se encogió sobre sí mismo cuando vio que sus labios se unían. Declan tuvo ganas de vomitar.

Los dos se pusieron de acuerdo para esconderse entre las ramas del avellano y esperar. A que dejaran de hacer eso, a que se marcharan. Riley apretaba la mano de Declan tan fuerte que este llegó a pensar que los huesos de ambos se fundirían, y la verdad es que la idea no le parecía nada mal. Buscó algo que decir, cualquier cosa, pero Riley se le adelantó.

—¿Por qué lo hacemos si duele tanto?

—Los besos no duelen —replicó Declan, que intentaba mirar a cualquier parte menos a su hermano.

—Me refiero a querer a alguien. Querer duele mucho, Declan. No quiero hacerlo. No quiero que me duela.

Declan se olvidó de todo para centrarse en Riley. Tenía la mandíbula apretada, sus ojos verdes brillaban incluso bajo la sombra del árbol donde se escondían.

—¿Qué dices? Pero si es al revés. Querer no duele, es más como la pomada esa mágica que nos pone tu padre para las heridas.

A Riley le tembló la barbilla, pero no contestó. Declan se sintió muy perdido.

—Espera, ¿te gusta mi hermano? ¿Es eso lo que te duele? — Nada más decirlo, sintió algo muy desagradable en el pecho. No podía querer a su hermano; Declan se moriría si pasara algo así. De pronto comprendió lo que intentaba decirle: el amor sí podía doler. No solo eso, podía destrozarte vivo.

Riley se ruborizó.

—No, bobo. Claro que no. No hablo de él. Yo... Es que no me gusta sentir cosas. Cuanto más siento, más me duele, y se me va toda la fuerza, como cuando le cortaron el pelo a Sansón en la historia que nos contó tu abuela y dejó de ser fuerte, ¿recuerdas?

Sí, Declan se acordaba. Pero seguía sin entender lo que quería decir. Y pensó que ojalá pudiera entrar en su cabeza, ojalá pudiera entender lo que le estaba pasando. Declan sabía que no era solo por ese beso que al parecer ya había terminado, sino algo más profundo, algo que empezaba a separarlos y que él no sabía cómo arreglar. Ojalá las personas funcionaran como los cubos de Rubik. Por primera vez en su vida, el caos le parecía demasiado complejo y Declan no encontraba los movimientos para poder arreglarlo.

Riley tampoco se entendía a sí mismo. Tenía trece o catorce años y tardaría un tiempo en darse cuenta de que sentir no dolía, amar tampoco, lo que dolía era lo que implicaba hacerlo. La vulnerabilidad. La ternura, el miedo, la libertad que perdías al querer a alguien. Todo eso dolía. Veía a esos dos chicos besándose y solo podía pensar en que quizá nadie lo besaría a él así, quizá nadie lo querría así. Tampoco sabía si algún día sería capaz de dejarse ver de esa manera, ese piel contra piel, ese arrimarse tanto, ese desnudarse hasta el alma. No, no podría; el miedo no se lo permitiría.

—¿Cómo es? —preguntó Riley muy bajito.

—¿Él qué?

Riley señaló al lago, a Liam, que volvía a tener la boca pegada a la de esa chica, ahora dentro del agua.

—Besar a alguien.

Declan se encogió de hombros. Sus pecas brillaron como lo hacía el sol arriba en lo alto. Estaba tan rojo... Riley sintió que el corazón se le iba a salir del pecho, las manos le sudaban de lo mucho que se apretaban, pero ninguno de los dos quería soltarse.

—No lo sé. Todavía no he besado a nadie.

Eso sorprendió a Riley. Mucho mucho.

—Ah, pensaba que sí.

—¿Por qué?

—No sé, es que siempre estás rodeado de chicas.

—Pero no me apetece besar a ninguna. Prefiero estar contigo, ya lo sabes. Además, no me gusta besar a gente que no conozco. Me da un poco de rollo. Y no entiendo por qué le dan tanta importancia. Es decir, que yo también quiero besar —se apresuró a decir; hablaba tan rápido que las palabras se le atropellaban—, pero solo lo haría con alguien que me importara. —Y entonces miró a Riley, y Riley lo miró a él, y los dos dejaron de mirarse porque de repente hacía mucho calor y resultó que Liam y la chica se habían ido y el lago se había quedado libre.

Los dos sonrieron para sí y sintieron cómo algo les burbujeaba en el pecho.

—¡Tonto el último! —gritaron a la vez. Luego salieron volando hacia el agua, pensando en besos que no duelen nada y en amores que sí.

DIECISIETE



RILEY

En mis peores años aprendí mil formas de esconderme, de quedarme dentro de una burbuja y dejar al mundo fuera de ella, cerca y lejos, para que no doliera. El miedo a no querer que me vieran pero saber que sí lo hacían me provocaba un miedo atroz.

Me servía a ratos, claro; al final siempre acababa por salir de mi escondite. Cuando te escondes de los demás, también lo haces de ti mismo por efecto rebote. Y eso pasa factura. Yo lo sé bien.

Me escondí cuando dije por primera vez mi nombre en voz alta en una clase llena de gente que no me conocía, gente que no quería que me viera pero lo hacía.

Me escondí cuando empecé a hormonarme y llegaron los primeros cambios.

Me escondí cuando me miré por primera vez a un espejo y por fin me reconocí. No por vergüenza, sino por miedo a otras miradas, al rechazo, a los insultos, a que me vieran como una mentira o a que no me vieran en absoluto.

Por esconderme me escondí hasta de mis padres, las únicas personas que sabía que nunca me darían la espalda. Cuando eres trans, siempre contienes el aliento. Es un acto reflejo.

La mañana en que entro a la casa de los Molony y huelo el perfume de Emily, también contengo el aliento. Me aíso, me escondo. Hank deja caer una mano en mi hombro y me sonríe, no sin antes soltarme un «uf, me voy ahora que puedo, te toca

aguantarlos a ti», al que le sigue un «¡ite estamos escuchando!» que hace que salga por patas por el pasillo fingiendo sentir un escalofrío.

Me río con nerviosismo y Declan me empuja por detrás para que entre en la cocina.

Haruka, que se había mantenido enroscada en mi cuello, sale disparada y se sube encima de una de las sillas. Maúlla a modo de saludo y Emily se seca las manos y le hace carantoñas durante una eternidad. O eso me parece. Estoy demasiado ocupado apretándome el pecho para evitar que se me salga el corazón. Dios. Me muero de nervios. La técnica de esconderme se me escurre y solo soy capaz de ver a esa mujer que siempre me ha sonreído como si fuera algo preciado y hermoso.

Y entonces se gira. Nuestros ojos se encuentran. Y sonrío. Una sonrisa que es calidez, y hogar, y madre.

—Cielo, menos mal que has venido. Espero que sepas cortar verduras, porque si depende de ellos... —Resopla con frustración—. Declan me quema la casa y Liam nos deja sin comer. Sigue durmiendo, por cierto.

—¿Liam está aquí? —pregunta Declan, y yo me acerco para lavarme las manos junto a Emily, que me acaricia la mejilla antes de ponerse de puntillas para besarme ahí.

El corazón me da un triple salto mortal, pero nadie parece darse cuenta. Suelto todo el aire contenido y dejo que la calidez de su contacto se extienda por todo mi cuerpo.

—Lo fuimos a buscar. Unos días en familia no le van a venir nada mal. Sube y haz que se dé una ducha y baje. Creo que tiene resaca.

—O mal de amores —agrega Hank desde algún lugar del pasillo.

—Hank, querido, deja de poner la oreja y enciende la barbacoa. Y tú, ayuda a tu padre, venga.

—¿Saco a Liam de la cama o ayudo a papá? ¿En qué quedamos?

—Lo que quieras, pero sal de aquí para que los adultos trabajen.

—Lo dice dándome un empujón y yo me río y me dispongo a hacer lo que me pide.

Me habla de lo que va a cocinar, de su estancia en Escocia, de todos esos animales fantásticos que tienen en la granja de su hermana y de la lluvia que no echa nada de menos. Luego me

pregunta por mis diseños, por el festival, y se sorprende cuando le explico que su hijo me hará de modelo y que la ropa tendrá que ser de su talla.

—¿Y ha accedido? Porque mira que es raro ese chico. Con lo que nos cuesta que participe cada año en la obra de teatro... ¿Te ha dicho que esta vez toca *Cyrano de Bergerac*?

—¿De quién fue la idea? —pregunto con curiosidad.

—Es por votación. Él quería que representáramos *Lejos del mundanal ruido*, pero las reglas son las reglas.

Me derrito y a punto estoy de tirar el cuchillo.

—¿Estás bien?

—Sí, es que es... Bueno, supongo que es por mí. Cree que me gusta Thomas Hardy.

—¿Y te gusta? —quiere saber.

—Me gusta la belleza de su narrativa, pero no el pesimismo de su obra. Además, no creo que deban considerarse romances.

—¿Porque no acaban bien?

—Porque no hay conexiones. No hay respeto, ni amistad, ni nada. Solo una atracción física que deriva en algo trágico y sinsentido.

Emily sonríe y a mí me arde la cara. Mierda, ¿por qué estoy soltando tantas tonterías?

—Me gusta tu visión del amor.

—No te he dicho cuál es.

—No hace falta, cielo. Y esto ya está. —Mete los dos pasteles en el horno y se gira para mirarme—. ¿Has estado en su cuarto?

Me ruborizo. «Su cuarto», ese que veo desde mi ventana, en el que tantas noches lo he visto besar a otras personas, tocar a otras personas, intentar sentir a otras personas.

—No.

—Ven, te enseñaré la casa.

No le explico que la casa ya la he visto, que su hijo y yo hemos pasado muchos días aquí dentro, los dos solos o con Shay. Y no se lo digo porque me muero de nervios y ella está a mi lado, y creo que en algún momento empezará a hablar y me quedaré desnudo y sin saber qué decir.

Lo recorremos todo habitación por habitación como si yo nunca hubiera caminado por esos pasillos y no me los supiera de memoria. Lo hice incluso a la pata coja cuando era un crío, una de esas veces en las que a Declan y a mí nos dio por leer a escondidas un libro raro y creíamos que un demonio nos había poseído la pierna izquierda.

Al llegar a la habitación de Liam, vemos cómo Declan lo zarandea para que salga de la cama. Él no nos ve pasar por delante, ni dirigirnos a su dormitorio.

Cuando Emily me abre la puerta y me hace entrar, me quedo sin aliento. Porque ahí está nuestra infancia, ahí estoy yo. No hay fotos, ni una sola imagen, pero está todo lo demás. Los mapas de los lugares que creábamos en las paredes, los cubos de Rubik de Declan y esos otros puzles que construimos juntos, los juegos de mesa, las letras de las canciones que nos inventábamos, los libros que leíamos, mis dibujos. Y luego las prendas hechas con tela que sobraba del taller y que Emily dejaba ahí para mí. Mi caja de costura.

Me agacho sobre la pila de ropa que hay en el sillón de la esquina y cojo una camisa. Es de las primeras que cosí. Una manga de un color, un bolsillo de otro, las costuras de otro.

—Te encantaban los colores —musita Emily.

Se me forma un nudo en la garganta.

—Siempre supiste que no era un juego para mí.

—Lo imaginaba, pero es que a esa edad... —Se limpia las manos en el pantalón de estar por casa, como si las tuviera sucias, como si no supiera qué hacer con ellas, y comprendo que no soy el único que está nervioso, que está sintiendo tanto. Quiero abrazarla, necesito que al menos ella me entienda, que me perdone—. Tenéis tanto que descubrir... Los padres solo podemos dejaros las herramientas y esperar. Eso fue lo que hicieron los tuyos, si te paras a pensarlo.

—Todos estos años, yo... —Sacudo la cabeza, me fallan las palabras; Emily se me acerca, me acaricia la mejilla con una dulzura que duele—. Siento que he estado dormido, y que de repente alguien me ha echado un cubo de agua fría encima y me he despertado de golpe. —Lo digo más para mí que para ella; porque,

cuando me fui, Declan y nuestros recuerdos juntos se vinieron conmigo, pero no todo lo demás. Mi infancia se quedó aquí, el resto de recuerdos, los Molony; todo encerrado como me encerraba yo cuando no quería que nadie me viera—. No lo entiendo.

—Nuestro cerebro actúa de manera impredecible cuando trata de mantenernos a salvo, pequeño. A Declan le pasó algo peor. Tú dejaste tu infancia aquí, pero él borró partes de ella. Hay cosas de la época previa a vuestra marcha que no recuerda, incluso la despedida la borró de su mente. ¿Por qué crees que ni se ha planteado que puedas ser la misma persona? Has cambiado mucho, Riley, pero tus ojos siguen siendo los mismos. Hank y yo nos enteramos hace un tiempo por tus padres, pero te habríamos reconocido igualmente. —La emoción que transmiten sus palabras es tal que tengo unas ganas inmensas de abrazarla—. Llevamos a Declan a una psicóloga durante unos meses; después se encerró en sí mismo. El fútbol, las clases, los amigos... Fue muy duro para él —explica con una pena que me hace temblar el corazón—. Eso que decías antes sobre el amor... Para mí es esto. Mi hijo nunca te olvidó, pero sí lo encerró todo aquí para que no doliera. No deja que nadie toque este sitio y viene solo cuando está muy triste. A veces se sienta ahí, entre las telas de colores, y se queda dormido. Todavía te quiere muchísimo, aunque lo disfrace de odio.

Me arden los ojos, el corazón, las manos de apretarlas con fuerza.

—Quiere a alguien que nunca existió.

—¿Eso crees? Apuesto lo que sea a que sigues siendo el mismo chico lleno de colores. —Desliza una mano por los de las mariposas de mis brazos—. Tu brillo sigue siendo intenso, aunque haya cambiado de tonalidades. Desde luego, él lo ha visto. A esta casa no entra nadie que no le importe.

La miro a los ojos.

—¿Se lo vas a decir?

—¿Lo harás tú? No es algo que me toque a mí, cielo. Yo solo participo en la obra, soy un personaje secundario. La amistad es vuestra, el amor es vuestro.

—Odio la idea de que me odie —admito y me río porque suena demasiado estúpido.

—No creo que mi hijo sepa lo que es el odio. Está hecho para querer, pero eso ya lo sabes. Y ahora vámonos antes de que nos pille y nos eche un sermón.

—Si no duerme aquí, ¿dónde lo hace?

—En la habitación de invitados. Tiene todas sus cosas ahí.

No le digo que entra más a esta habitación de lo que ella cree, ni que ha traído a chicos y chicas cuando ellos no miraban. Emily no necesita saber eso y yo necesito procesar la verdad: que mi amigo de la infancia busca algo más que sentir algo físico con otra persona, que quiere matar lo que fuimos, matar a Rory, quizá de la misma manera en que lo hice yo.



Después de eso, bajamos al jardín y Emily se queda boquiabierta al descubrir cómo está quedando. Me abraza y me dice que no me piensa dejar ir jamás, y a mí el corazón me da brincos en el pecho porque hacía demasiado tiempo que no sentía que sí puedo hacerlo, quedarme, echar raíces. Y debería horrorizarme, sentir rechazo. A fin de cuentas, aquí nació Rory, aquí dejó de existir, y aquí sigue, atada a los recuerdos de un chico que todavía la quiere, un chico al que todavía quiero, un chico por el que empiezo a sentir demasiadas cosas. Pero no siento nada de rechazo. Solo alivio, y reconocimiento.

La última vez que estuve aquí no me veían, y ahora..., ahora soy yo. Yo con todo lo que tengo, yo con todo lo que siempre me faltará. Soy una prenda hecha de retazos, mal cosida y con partes perdidas que nunca recuperaré. Y aun así, cuando Declan baja y me presenta a un Liam con los ojos enrojecidos que nada más verme comprende quién soy, cuando este me abraza con fuerza y se aparta enseguida como si el alcohol que aún lleva en el cuerpo le hubiese nublado el juicio..., yo... me siento completo.

Por primera vez en años, no tengo que esconderme. Soy libre.

O lo sería si no estuviera escondiéndole la verdad a la persona que más merece conocerla: Declan Molony, el chico del que me estoy enamorando. Otra vez.

DIECIOCHO



RILEY

La primera vez que entré al taller de Emily Molony era muy pequeño, pero ya sabía que era distinto. No entendía en qué sentido, eso me llevaría un poco más de tiempo. Pero allí, entre salas con mesas de corte, zonas de patronaje y esas otras llenas de máquinas que no entendía, con esos ruidos y esas telas que podrían convertirte en alguien diferente solo por cubrirte con ellas, se abrió un mundo ante mí. De colores y posibilidades. Los hilos se unían para crear caminos a vidas distintas en las que yo quería perderme. Y sin saber que estaba perdido, me encontré. No solo dejé de salir con niñas, también dejé de vestirme como una. El taller era mi refugio, el lugar donde podía respirar.

Y mientras los años pasaban, aprendí muchas cosas. Diseñé mis primeras prendas, hice patrones, corté y cosí telas, empecé a vestirme con la ropa que yo mismo creaba.

Un día Emily me miró y no necesitó que se lo dijera.

Aun así, lo hice:

—Algún día, quiero tener un taller como este. Haré ropa que hará felices a muchas personas. Yo... les quitaré los barrotes, y el peso, y serán libres.

Emily se agachó a mi lado, tomó mi rostro entre sus manos y me dijo:

—Algún día, esto será tuyo. Estás llena de colores, solo necesitas dejarte ver.

Tragué saliva. Había algo en sus palabras que dolía, y no tenía ni idea de qué era.

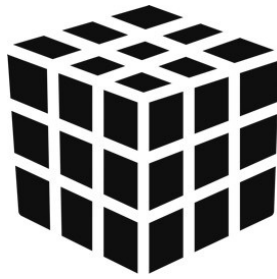
Ahora, a mis veintidós años, mientras atravieso este lugar que sigue igual y a la vez es distinto, mientras Emily me explica en qué ha cambiado y cómo vamos a organizarnos para sacar adelante mis creaciones en las semanas que tenemos, comprendo qué fue lo que me dolió entonces. Era Riley, escarbando en mi pecho, queriendo dejarse ver. Riley. Yo. Mi identidad fracturada intentando unirse pedazo a pedazo.

—¿Riley? —me llama Emily, y a mí se me forma un nudo en la garganta, de los que no duelen, de los que solo son alivio y una sensación de libertad que pensé que nunca volvería a sentir aquí, en el pueblo donde crecí. La miro a los ojos y ella se acerca como aquella otra vez, toma mi cara, me sonrío—. Cielo, te lo dije una vez y te lo vuelvo a decir ahora. Todo esto es tuyo, si lo quieres, si te animas a volver. Esta es tu casa. Solo quiero que lo tengas en cuenta. Y da igual lo que pase con mi hijo, este siempre será un lugar seguro para ti.

Un lugar seguro.

Respiro hondo y Emily me abraza fuerte. Y, por primera vez en años, siento que no tengo que seguir buscando, que este es el lugar al que pertenezco.

DIECINUEVE



DECLAN

La casa de los O'Brian parece un cementerio, algo descascarillado, hueco, vacío. Los muebles son distintos, los cuadros han desaparecido, las paredes están recién pintadas pero desnudas, como si alguien buscara tapar recuerdos pero se hubiese olvidado de que las huellas están ahí debajo, ocultas pero vivas.

Todo sigue vivo en mi cabeza. El ruido de nuestras pisadas al subir las escaleras, el tacto de la madera que se te pegaba a los dedos cuando te impulsabas para subir más y más deprisa, la risa fácil que se nos escapaba cuando nos colocábamos con la espalda apoyada en el marco de la puerta y nos regañaban porque no sabíamos quedarnos quietos. El olor suave a lavanda del perfume de la señora O'Brian, el verde oliva de los ojos de Rory. Y su voz, siempre contenida, como si estuviera a punto de contarte un secreto y este se resistiera a salir de entre sus labios.

La avalancha de recuerdos no me provoca el mismo dolor punzante que otras veces, sino uno que tiene más que ver con la nostalgia. Quizá porque estoy en esta casa por propia voluntad, sin la esperanza de encontrar algo que hace mucho que no está.

—¡Ja! Mido más que tú —recuerdo que me decía Rory con orgullo—. ¿Lo ves?

—¿Y qué? Yo salto más que tú —le contestaba yo—. Si salto soy más alto.

Y lo hacía, saltaba en círculos a su lado hasta que los mofletes se le ponían rojos y se cruzaba de brazos. Ese fue el motivo por el que mi madre empezó a llamarme «pequeño saltamontes». Rory se meaba de risa y yo me hacía el ofendido por fuera, pero por dentro sentía que tenía una manguera a presión. Era tan tonto cuando se trataba de ella... Y la quise tanto...

El aire se me escapa y me cuesta un mundo concentrarme en respirar. Alargo el brazo y coloco la mano en la madera del marco, en esas marcas que fueron creciendo con los años, subiendo y subiendo hasta que un día llegamos a la misma altura y pensé... Y pensé...

«Hala, qué guapa. Ya puedo besarla». Eso fue lo que pensé. ¿Qué edad tendría entonces? No lo recuerdo. Trece, quizá más, quizá menos.

Y pasaron los meses y ella fue cambiando de una manera que yo no podía comprender. «Son cosas de chicas», me decía mi padre cuando me quejaba de esto o de aquello, y mi madre negaba con la cabeza. «Solo dale tiempo». Tiempo. Pero ¿qué es el tiempo cuando tienes esa edad? Un muro, duro y complejo, al que no sabes cómo enfrentarte. Tiempo. Rory se alejó del mundo poco a poco, casi con timidez; se encerró en sí misma, pero nunca se apartó de mí, quizá porque no la dejé.

Y el tiempo siguió pasando. Y llegaron sus quince, y con ellos el beso que por fin me atreví a darle. Y después se fue y ya no pasó nada más.

El tiempo se detuvo ahí para mí.

El tiempo dejó de importar.

Todo dejó de importar.

Y ahí están sus marcas, y ahí estamos nosotros, y aquí estoy yo, y ella a saber.

Y entonces...

Noto una mano en mi cintura, la otra sobre la mía, agarrando la madera, tapando esa marca que es ella, su aliento en mi cuello, su pelo haciéndome cosquillas, mi respiración acompasándose, calmándose, regresando al ahora. Con Riley.

—Eh, ¿estás bien?

«Tienes que soltarla», me dijo mi hermano una vez, hace mucho tiempo, después de uno de esos días malos que todos temíamos en casa. Hubo muchos días así. La echaba demasiado de menos.

«Tienes que soltarla», me dijo Shay cuando empecé a buscarla en otros labios, en otros cuerpos.

«Deja que se vaya», me digo a mí mismo aquí, ahora, sintiendo la mano caliente de este chico, su olor a sueños que aún quiero alcanzar.

Y lo hago. Permito que se marche y noto un crac en el pecho que no duele, porque el dolor nunca se ha ido y yo estoy demasiado acostumbrado a él.

«Adiós, Rory».

Dejo caer la mano y sonrío. Regreso al motivo por el que he vuelto a este lugar. Ahora que mis padres han regresado, la casa de los O'Brian, o la casa donde vive Riley, se va a convertir de manera oficial en nuestro centro de trabajo con Shay. Y necesitaba entrar, enfrentarme al pasado de una puñetera vez.

También quería preguntarle a Riley cómo le había ido en el taller con mi madre, y cómo había reaccionado ella al saber que yo sería su modelo. «Tendremos que usar mucha tela para esconder los músculos de mi hijo», le había dicho ella, y él se había descojonado al contármelo. Qué manera de exagerar. Que sí, que voy al gimnasio cada día, pero solo porque necesito sacarme energía del cuerpo para poder dormir de un tirón.

Me giro y observo la estancia fría y llena de nada, el hueco central que antes ocupaba una foto suya, de Rory, con sus trenzas y su cara manchada de chocolate. Y la imagen me viene nítida, perfecta.

—¿Por qué te gustan las mariposas? —pregunto con cautela; algo en las mariposas siempre me recordará a ella y necesito asegurarme antes de meter la pata—. Son bonitas, pero, no sé, viven tan poco...

Riley sonrío con algo que intuyo que es alivio. Prefiere hablar de mariposas que de un pasado que no le pertenece, supongo.

—Me gustan por eso. No por lo de bonitas, que también. Las mariposas son efímeras, pero viven como si fueran eternas. Cuando

mi padre me explicó su ciclo de vida, pensé en mí y en que quería ser como ellas. Vivir a tope, vivirlo todo, como si no hubiese un mañana. Sin preocupaciones, sin miedos, siendo... libre. Quería dejar de esconderme.

—¿Esconderte de qué?

Riley sonríe, pero no responde; y yo necesito que lo haga, entender de qué cojones tendría que esconderse alguien tan luminoso como él. Pero no soy quién para presionarlo, así que me trago las preguntas y me voy a lo importante:

—¿Te gustaría llenar ese hueco? Creo que tengo el cuadro perfecto. Bueno, vale, no lo tengo, pero conozco a alguien que podría hacerlo. Es amiga de Shay, dibuja unos bichos increíbles.

—No llames así a las mariposas, idiota. —Me da un empujón.

Me río y le sujeto la muñeca, atrayéndolo hacia mí.

—¿Sí o no? Solo si quieres, si... —Si no vas a irte ya, si no vas a convertir la casa en un segundo cementerio. Claro que eso no se lo digo, por nada del mundo quiero estropear este momento.

—Me encantaría. Y ahora... ¿empezamos a trabajar? Tengo que tomarte las medidas.

—Claro. —Le acaricio la muñeca con el pulgar y juro que puedo sentir cómo se le pone la piel de gallina; por mí—. Estoy encantado de que me metas mano.

Riley resopla, se suelta y se marcha a por sus cosas, pero no puede esconder el rubor ni la sonrisa. Sobre todo la sonrisa.



Desnudarme delante de él no es nada comparado con verle la cara cuando lo hago. Es decir, sí, me pone nervioso como nada en el mundo. No es la primera vez que estoy sin ropa delante de alguien, y ni siquiera estoy desnudo del todo. Todavía llevo el bóxer, y siento que me aprieta en cuanto me pone las manos encima y empieza a medirme. El cuello, el pecho, el tórax, la cintura, los brazos... Cada vez que sus dedos me rozan, siento que sus mariposas hechas de

tinta vuelan y aletean por mi piel, provocándome un hormigueo delirante que noto en todo el cuerpo. Cuando desciende hacia mis muslos, mis piernas se convierten en gelatina que no ha terminado de cuajar. Creo que me muero. Tiemblo como el crío que no soy y su risa me hace cosquillas en la zona sensible de detrás de la rodilla cuando se coloca ahí.

—¿De qué te ríes?

Riley no contesta. Termina de medir lo que fuera que estuviera midiendo, que ya ni sé lo que era; siento el cuerpo como una cosa blandita y sin sentido y me digo que necesito lanzarme de cabeza al lago, ahora mismo. Por Dios.

—¿Por qué estás tan nervioso? —pregunta una vez deja la cinta y la libreta sobre la mesa y se coloca delante de mí.

—¿Tú qué crees?

—¿Te sientes incómodo?

—No, Riley. Solo estoy... —Trago saliva. ¿De verdad me va a hacer decírselo?—. Pues como se suele estar cuando el chico que te gusta te toca. —Me encojo de hombros; paso de quedarme callado—. Dijiste que te gustaban los chicos, ¿no? Pues eso.

Riley me mira durante una eternidad, y creo que se me enciende toda la cara, porque estira la mano y me roza la mejilla con la punta de los dedos con la misma suavidad con la que antes medía las partes de mi cuerpo.

—Qué bonito te ves cuando te pones rojo.

—¿Solo cuando me pongo rojo?

Él meneaba la cabeza, pero sonríe.

—Gracias.

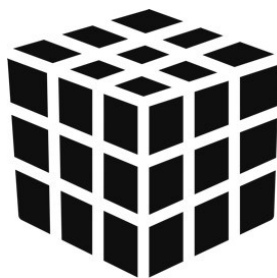
—¿Por gustarme? —pregunto, un poco demasiado avergonzado de mí mismo—. Un placer.

—No, idiota —replica, riéndose—. Gracias por querer hacer esto. Y... por lo de la otra noche. Ya sabes, por no querer aprovecharte. Por todo.

—Somos amigos, ¿no? —Sonrío.

—Sí, lo somos. —Sonríe.

VEINTE



DECLAN

La vuelta de mis padres trae consigo un caos maravilloso. La intimidad muere. Se acabó el traer a alguien a casa, y el llegar borracho, y los baños en pelotas en el lago cuando el sol está despuntando y yo llego del gimnasio. No soy tímido, pero hace tiempo que evito que mi madre me vea en bolas. Y es justo a la hora de mi baño cuando ella se sienta cerca del muelle a coser o a trabajar en algo del taller. Le gusta estar cerca del agua.

Mi vecino sigue con sus patrones, hace ajustes día sí y día también, me hace probar alguna prenda y se pasa horas en el taller con mi madre. También con Shay.

Cogemos un calendario y marcamos lo que queda de julio y agosto hasta el día del festival, donde pensamos ir los tres y mi madre, si al final puede escaparse.

Cuando no está en el taller, Riley sale a correr, arregla el jardín o pasa las horas en casa con mi familia y la gata, que se ha adueñado de la butaca pequeña en la que mi madre suele sentarse a tejer cuando hace buen tiempo. A mi padre le encanta. Hasta le ha comprado un rascador de gatos de casi dos metros al enterarse de que Riley se había dejado el suyo en Galway y lo ha puesto junto a la ventana del salón. También la sigue por el jardín o se la coloca en el regazo mientras se dedica a repasar partidos de fútbol gaélico, su único pasatiempo en verano además de encargarse de la obra de teatro. Durante el curso da clases de Lengua y Literatura en el

instituto del pueblo, y es él quien se encarga de dirigir la obra y elegir a los actores en la función de inauguración de las clases.

Y en cuanto a mí..., soy como un río cuyas olas se balancean según los envites del tiempo. Me dejo llevar, sin más. Cumpló con mis horas de trabajo en el *pub*, voy al gimnasio, hago de modelo y me dedico a conocer a Riley, y a intentar entender lo que me pasa con él. Ese remolino de nervios que se me acumula en la tripa, el calor que me invade cuando lo veo con esos pantalones cortos y esos tatuajes y esos labios que cada vez me cuesta más no morder.

Aprendo cosas sobre él a través de los demás. Mi madre me habla de su talento. Mi padre, de su fuerza y sensibilidad, de cómo entiende la naturaleza. Shay, de cosas que me provocan una punzada de dolor en el pecho, cosas como esa soledad que advierto cuando nadie lo mira, el muro que pone entre él y el resto del mundo, su silencio denso, lo que calla. Y luego está mi hermano, que por no hablar no habla nada.

—¿Te gusta ese tío? —me dice la primera o la segunda semana que pasa en el pueblo, cuando se sienta a mi lado en el muelle y hunde los pies en el agua. Por qué sigue aquí es algo que se nos escapa. Todos estamos preocupados por él. Es como si alguien le hubiese arrancado la sonrisa de la boca, esa que ha tenido pegada desde que era un crío.

—¿A ti no?

Su gesto de indignación me saca una sonrisa que provoca que me lance agua a la cara. Por las ojeras que trae parece estar de resaca, y me consta que la noche anterior no salió.

—Te lo estoy preguntando en serio.

—Yo también —contesto mientras me seco con el antebrazo.

Liam resopla.

—Dios, eres imposible.

—Y tú estás demasiado serio. ¿Me vas a decir ya qué te pasa?

—Mira, puede que tenga a toda la familia engañada, pero no me gusta. Te va a hacer daño. No quiero que te haga daño, Declan.

Me lo quedo mirando. Las arrugas de su frente, esa manera en que se muerde los labios y aprieta los dedos en el borde del muelle. Y comprendo que está preocupado de verdad por mí. Darme cuenta

de eso me hace pensar en lo mal que se lo hice pasar cuando Rory se fue. Y en que tengo suerte de tener un hermano que además es mi amigo. Y una familia que me quiere y respeta mis tiempos. Una familia que siempre ha estado ahí.

—¿Por qué iba a hacerme daño?

—Para empezar, porque es un artista y tiene no uno, sino los dos pies fuera del pueblo. Te está usando, a todos, y luego se va a marchar y tú te quedarás llorando otra vez por un amor perdido.

«Otra vez».

Me levanto como si un insecto estuviera mordiéndome el culo.

—Tenías que mencionarla.

—Alguien tiene que hacerlo. Estáis embobados con Riley por aquí, Riley por allá, y soy el único que se da cuenta de cómo va a terminar la cosa.

—Nada va a terminar porque no hemos empezado nada. No hay nada entre Riley y yo. Y mira, tampoco lo hubo entre Rory y yo, ahora que lo pienso. Un beso, eso tuvimos.

—Un beso no te deja como te dejó —replica con acritud—. No intentes hacerte el duro conmigo, porque no cuela. Soy tu hermano y te conozco.

—Que lo dejes, joder. Ya lo he superado, ¿vale? Ya hasta entro en la casa de los cojones, por si no te has dado cuenta. De verdad, Liam. Estoy bien respecto a ella. He estado jodido, pero te juro que ahora estoy bien.

Liam se levanta y me estudia como si fuese un examen de los chungos. Su expresión es dura, pero algo en la mía consigue que se suavice, al menos un poco.

—Vale, no voy a hablar de ella. Pero sí voy a hablar de él. Y no me vale que me digas que no hay nada. La cuestión es que tú sí quieres que haya. Puede que aquí no haya nada —se da un toquecito con el índice en la sien—, pero aquí... —Baja la mano y se golpea el pecho con la palma; una, dos, tres veces—. ¿Qué sientes ahí?

Se me encoge el estómago, el pulso me late frenético y la mirada de mi hermano duele. Porque tiene razón.

—No pasa nada. En serio, Liam, no tienes que preocuparte por mí.

—Sí pasa. Eres mi hermano. Y no eres nuevo en esto. Sabes lo que duele.

—¿Por eso estás así? —Me acerco, Liam retrocede; y es su manera de esquivar mi mirada, la forma en que se aparta, lo que consigue alarmarme de verdad—. ¿Qué te han hecho?

Mi hermano sacude la cabeza, se encoge de hombros.

—Prométeme que lo vas a proteger. —Lo dice con los ojos fijos allá donde mi corazón late y late sin freno, la voz temblorosa, los puños apretados—. No dejes que te destroce.

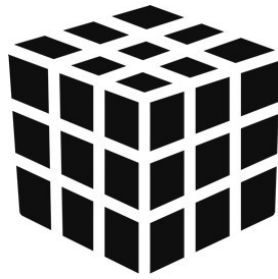
Y ahí está el dolor de un corazón roto. Lo reconozco, he vivido con él durante demasiados años.



Consolar a mi hermano no es fácil. Sale mucho y bebe mucho más. En casa nadie lo presiona. Mi padre intenta que haga cosas con él. Mi madre solo se sienta a su lado y espera; siempre ha sido de las que esperan, a que pase algo o a que no pase nada. «El mundo nos pone a las personas en su sitio, pequeño saltamontes, aunque a veces lo haga en lugares oscuros que no conocemos. Tú no te preocupes, ¿eh? Da igual cuando sea, yo estaré aquí para llevarte de vuelta a casa cuando pase». Qué buena es, cómo la quiero.

Yo intento acercarme a Liam todo lo que puedo, pero la mayoría de las veces me esquivo. Es dos años mayor que yo y no tenemos el mismo círculo de amigos. Le pido a Shay que no lo pierda de vista cuando aparezca por el *pub* y él me asegura que no lo hará. A cambio, me arranca una promesa a la que accedo de buena gana. Porque ya es hora, joder. Ya es hora.

VEINTIUNO



DECLAN

Y así pasan los días, y las semanas, y salen las primeras prendas, y me siento tan raro en ellas que es como llevar otra piel encima, quizá porque no es un disfraz, como la ropa que me pongo para interpretar un personaje en una obra. Es algo hecho por Riley, adaptado a mi cuerpo. Él me toca, ajusta más las telas, las devuelve al taller, y yo me siento un poquito más vulnerable cada vez que una de sus creaciones me roza la piel.

—Es... como si me estuvieras tocando y yo estuviera desnudo delante de ti por primera vez —le digo cuando nos reunimos en su casa una tarde y me pide que me pruebe esto y aquello—. Más desnudo de lo que estoy ahora, me refiero —añado cuando veo que su mirada se desvía a mis calzoncillos, lo único que llevo encima, y me doy un puñetazo mental por ser tan bocazas—. Vale, me callo ya.

Riley enrojece y me mira con ese verde que es como el de esos bosques que tanto describe Hardy en *Los habitantes del bosque*, donde la naturaleza indomable es casi un personaje más, y yo quiero perderme en él. A estas alturas, me da igual lo que piense mi hermano al respecto.

—¿Me crees si te digo que te entiendo? Porque siento algo similar. Es muy raro.

—¿Pero raro mal o raro bien? —pregunto—. Porque a mí me encanta. Nivel podría correrme en los pantalones solo con llevar tu

ropa.

Las carcajadas de Riley me llenan el pecho de sensaciones de las que tampoco quiero escapar. Por nada del mundo.

—Raro increíble. No sé si a nivel de correrme, pero casi —admite con las mejillas sonrojadas. Joder, qué guapo.

Sonríe, sonrío.

Y me sigue tocando, y yo me voy probando prendas que él analiza mientras me siento cada vez más y más desnudo y resulta que me parece bien.

Por las noches subo a su cuarto. A veces nos sentamos en la ventana y hablamos, otras me tumbo con él en la cama porque nos gana el cansancio y no quiero volver a mi casa. Algunas noches charlamos por videollamada con su amiga Millie, con quien comparto afición por los clásicos de la literatura y videojuegos de rol. También la alergia a los crustáceos, para sorpresa de Riley, que nos mira como si fuéramos dos extraterrestres. Casualidades de la vida.

De sus padres no habla mucho. Me cuenta que son increíbles, que se han pasado media vida viajando por trabajo, las veces que se han mudado, los sitios que han visitado. Que han comprado una casa en Galway, donde llevan viviendo desde que él empezó sus estudios de diseño en la FDS.

—¿Dónde te ves dentro de cinco años? ¿Lo has pensado? —le pregunto una de esas noches en que ninguno de los dos quiere dormir.

—Sí, pero no.

Le doy un codazo y Haruka maúlla. Le pellizco la naricilla y ella me muerde en respuesta de esa manera en que muerden los gatos, con muchos dientes y mucha más suavidad.

—Deja de ser tan ambiguo y mójate.

Me pongo de lado para verle la cara. Tiene el pelo un poco húmedo a pesar de que se lo ha secado con el secador. La habitación está a oscuras, pero hay suficiente luz para verle la mueca que se le dibuja en la boca, las arrugas en la frente. Llevo la mano hasta ellas y se las aliso con suavidad. Su aliento me hace cosquillas y me acaricia la muñeca con la punta de la nariz cuando

eleva el rostro. Apenas es un roce, pero se me eriza el vello de los brazos.

Todo mi cuerpo reacciona. El pulso se me dispara y siento un calor agradable en el estómago cuando me sujeta la muñeca y me coloca la mano sobre su pecho, por debajo de la suya, como si no quisiera que me moviera de ahí. Estupendo, porque no quiero estar en ninguna otra parte. Y me encanta cómo le late el corazón, así como el movimiento suave de su respiración.

—Me he pasado la vida siendo un turista —confiesa a media voz—, ¿cómo quieres que planee tan a largo plazo? Sí, te puedo decir que me gustaría tener mi propio taller en un futuro, una página web, ayudantes. Quiero hacer mis diseños, que sean reconocibles, pero seguir en el anonimato.

—Así que no quieres vender tu imagen.

—¿Te sorprende? Supongo que es raro, teniendo en cuenta lo que estudié y que, bueno, no me ha ido nada mal. Pero no es lo que quiero.

—Ahora que te conozco, me parecería más raro otra cosa, la verdad.

Sonreímos. Bajo la palma puedo notar cómo la respiración se le acelera y cómo se remueve para que no lo note. ¿O son cosas mías?

—Solo quiero vender mi ropa, que llegue a gente como yo.

—¿Como tú?

—Personas que sienten que van disfrazados, que llevan ropa que no está a su medida o no encajan con quiénes son. Todo eso.

Lo miro, preocupado.

—¿Te sientes así?

Observo el movimiento de su garganta al tragar saliva y me contengo para no tocarlo ahí. Porque si empiezo..., si lo hago... Dios.

—Por suerte, ya no. —Suspira y lleva la vista al techo, aunque sé que mira a otro lugar, uno que está lejos de aquí, lejos de mí, y no me gusta nada—. Y, bueno, también quiero ser feliz. Como todo el mundo. Y todo eso lo quiero ahora y lo querré en cincuenta años. ¿Te vale como respuesta?

Sonríó y muevo a la gata para trepar un poco por el colchón y ponerme a su altura. Me suelto de su agarre y lo tomo de la barbilla

para unir nuestros rostros, para respirar su aliento. Apenas tiene vello en la cara, y su piel es tan suave que noto cómo se le pone de gallina a mi contacto, sobre todo cuando dejo caer la mano en su hombro y me dedico a acariciarle la curva del cuello con los dedos.

—Puedo hacerte la página web y llevarte las redes sociales, si quieres. Son cosas que puedo hacer incluso en la distancia, y ya sabes que estoy buscando trabajo. —Le guiño un ojo y a él se le escapa una sonrisa de las que me harían montarme encima y besarlo hasta que los dos nos quedáramos sin aire.

—¿Es tu manera de decirme que quieres seguir en mi vida aunque me vaya lejos?

—¿Te parece bien?

Vuelve a sonreír y hace algo que no me espero: se incorpora ayudándose de un codo y se inclina para besarme la comisura de la boca. Y creo que dejo de respirar, y que mi corazón deja de latir, y que ahora sí me voy a morir y lo haré por combustión.

Lo sujeto de la muñeca justo cuando regresa a su posición en la cama.

—¿Puedes volver a hacer eso? Y mover los labios hacia el centro. Te has desviado un poquito.

Riley se ríe y me da un manotazo.

—Te he besado tal y como quería hacerlo.

—No es justo —replico con una mueca exagerada, aunque lo pienso de verdad—, ni siquiera me has avisado.

Haruka se abre paso entre nuestros cuerpos como si se hubiera cansado de estar en un segundo plano, con sus coletazos y sus ronroneos y ese amasar el colchón con las patitas hasta encontrar su lugar perfecto. Los dos nos movemos para hacerle sitio y nos colocamos de lado.

—Es lo que dicen, ¿no? Que las mejores cosas pasan sin avisar. Y ahora duerme.

—Quiero un beso de verdad —me atrevo a decir. Nuestras manos se encuentran sobre el pelaje de la gata mientras ella ronronea, feliz con las atenciones.

—Declan...

—¿Qué es lo peor que podría pasar? —pregunto en el momento en que nuestros dedos se enlazan, y suspiramos casi a la vez.

Los dos sabemos cuál sería la respuesta, así que ninguno dice nada. Lo peor que me podría pasar es que me enamorara. Pero... ¿no es lo que estoy haciendo? De cabeza y sin frenos, me estoy enamorando de este chico que huele a verano, a libertad, a sueños que se cumplen y a verdad. Me estoy enamorando de este chico y no pienso hacer nada por evitarlo.

VEINTIDÓS



RILEY

Hoy es su cumpleaños. Me levanto pensando en eso. Llevo toda la semana pensando en eso, en realidad. O todo el mes. O la puta vida. No hay un solo cumpleaños en que no lo haya hecho. Pensaba en cómo lo estaría celebrando, quién se sentaría a su lado en la mesa, con quién soplaría las velas. Declan y su manía de que los deseos hay que pedirlos junto a alguien para que tengan más fuerza, para que se cumplan. ¿Por qué no me lo ha dicho? ¿Por qué nadie lo menciona siquiera? ¿Por qué?

Me paso el día en el taller, intento sacarle el tema a Emily, preguntarle de manera indirecta tonterías como si la cena es a la misma hora (sí, lo es) y si de verdad no les importa que me acople todos los días (desde luego que no), pero es como si el día no importara, como si hoy no hiciese veintidós años que Declan Molony llegó a este mundo.

Quiero felicitarlo, así, como quien da los buenos días, como hacía cuando éramos críos. Pero es que no me ha dicho que hoy es su cumpleaños y resulta que yo lo llevo tatuado en la piel, justo debajo de la axila, uno de los tantos motivos por los cuales no puedo desnudarme delante de él.

—¿Por qué no lo celebráis? —le suelto a Emily cuando terminamos de cenar y Declan sale a bañarse al lago con su hermano; y es que me voy a morir si no se lo pregunto—. Siempre lo hacíais.

Emily lleva una mano húmeda a mi mejilla y me la acaricia antes de seguir secando la vajilla y pasándome platos que voy colocando sin dejar de mirarla.

—Hace mucho que no, aunque intentamos cenar juntos y estar un rato en familia. ¿Por qué crees que Liam está aquí y no en alguna fiesta? No sé qué le pasa a ese niño últimamente.

—Pero ¿por qué? —insisto.

—Es mejor dejarlo así, cielo.

No me mira y sigue a lo suyo. Parece distraída, pero yo sé que no lo está. Y entonces lo entiendo.

—Es por ella. —El plato se me escurre de entre los dedos y no sé ni cómo consigo cogerlo sujetándolo con los muslos antes de que se estampe contra el suelo.

Emily me lo quita de las manos con cuidado.

—No, cielo. Es por ti. El primer año lo intentamos, pero te echaba muchísimo de menos y en terapia acordamos que no era bueno para él. Shhh, no me contradigas —me silencia con el índice cuando intento rebatirle—. No era a Rory, sino a ti, a su mejor amigo, a quien echaba de menos. Y él te diría lo mismo si supiera quién eres. Sé que es difícil para ti, pero no puedes castigarlo por algo que desconoce.

—No lo castigo. Yo... —Me duele que eche de menos una parte de mí que ya no existe, y sé que no es su culpa, pero es que no sé ni cómo decírselo, mis inseguridades me comen vivo, esas que creía haber mantenido a raya pero no; tampoco me sale explicárselo a ella. Es como si me arrancaran las palabras, las mezclaran y las lanzaran al aire; por mucho que las ordene, no suenan igual que en mi cabeza—. Lo siento mucho, Emily.

—Eh, tranquilo. —Me coloca las manos en los brazos y me aprieta con suavidad—. Mira, sinceramente, dudo que hoy recuerde qué día es. Hacía mucho que no veía a mi hijo tan feliz, y es gracias a ti.

—Qué tontería. Soy yo quien lo ha hecho infeliz —le recuerdo con amargura.

—Pero también quien lo hace feliz. No sé tú, pero eso en mi mundo significa quedar en tablas. Ahora tendrás que currártelo un

poco para ganarle a lo malo —dice con una sonrisa.

Ganarle a lo malo, ¿eh? Siento como si me quitaran de golpe un gran peso de encima, y comprendo que debo hacer algo. Quiero ganar. Quiero ganarle a la vida.

—Pequeñas victorias —me dice Cassandra cuando se lo cuento un rato después, cuando regreso a casa y le enseño el regalo que le he hecho pero no me he atrevido a darle—. Mira, chico, dáselo y punto. Los dramas se afrontan cuando vienen.

—¿Dramas? ¿Por qué tiene que haber drama? —inquiero, pero me tiembla la voz; porque sí, hay drama. Siete años de drama, para ser exactos, y una mentira de mi tamaño.

—No lo sé, tú eres el pesimista. Y eso que el de Thomas Hardy era él, ¿no?

La carcajada que suelto creo que llega al otro lado de la ventana, donde Declan frunce el ceño y decide venir hacia mí. Me despido de Cassandra y espero a que suba sentado en el alféizar. En cuanto se hace un hueco entre mis piernas y advierto sus pintas, lo hago entrar para secarle el pelo pese a sus protestas porque, según él, hace mucho calor.

Cuando estoy terminando, le pregunto:

—¿Cómo está Liam?

—Pasando por una crisis existencial de las chungas. —Suelta un gemido cuando empiezo a acariciarle el pelo ya seco desde la raíz en un gesto que sé que le gusta, pero que no me había atrevido a hacer hasta ahora—. No quiere contármelo, y es una mierda. No quiero ser el hermano plasta que lo presiona, ¿sabes? —Le aprieto el hombro en respuesta y él estira el cuello hacia mí—. ¿Y tú?

—¿Yo qué?

Me coge del brazo y me hace sentarme a su lado en la cama. Me evalúa como si fuese uno de sus rompecabezas difíciles, y la verdad es que en parte lo soy. Los dos lo somos. Nuestra relación lo es. Caos. Puro caos.

—Estás raro, así que voy a suponer que te lo han dicho. Y no pasa nada, ¿vale? Te dejo que me felicites solo si me das un besito. —Me señala la boca.

Pero... ¿qué? Me descojono. Lo hago tan fuerte que me caigo sobre el colchón de la risa. Él se me sube encima, con una rodilla apoyada a cada lado de mi cuerpo, y empieza a hacerme cosquillas para que me calle. Lo que él no sabe (porque no le he dicho quién soy) es que las cosquillas y yo no nos llevamos demasiado bien. No sé cómo, pero acabamos en la alfombra con la ropa de cama enredada entre nuestros cuerpos y una gata cabreada que no deja de gruñir. Tengo la camiseta remangada por encima del ombligo y me encojo cuando Declan lleva la mano ahí y me roza la cola del fénix, las mariposas de los lados, las frases que lee como si se las aprendiera de memoria.

Trago saliva y él aparta los dedos, como si de pronto se diera cuenta de que se ha dejado llevar.

—Perdón. —Y ahí están todas sus pecas brillando bajo la bombilla encendida que es su rostro.

—No pasa nada.

—Tienes una piel preciosa. Todo tú lo eres.

—¿Todo? Solo has visto partes de piel pintada, no el conjunto.

—El conjunto lo vi hace tiempo, cuando empezaste a mostrarte. Esto de aquí —desliza los dedos por la cinturilla de mi pantalón, por una de las primeras frases que me tatué, y yo me estremezco y contengo el aliento— solo es el envoltorio. Y es la hostia, pero eres más que eso.

Nos quedamos callados. Él se acomoda a mi lado y se dedica a dibujar con los dedos los contornos de mis tatuajes.

—Son diferentes.

—¿Las mariposas? —pregunto, y él asiente con un gesto de cabeza—. Mi padre las estudia desde hace unos años. Trabaja mucho, así que observar las mariposas y aprender sobre ellas lo relaja.

—O sea, que tienen un significado.

—Cada especie tiene su historia y significado. Pero todas hablan de la metamorfosis, de la transición, de alcanzar la libertad, y... —Aprieto los labios; no puedo ir por ahí, no ahora.

—¿Cuántas tienes?

—No tantas como pecas tiene tu piel —contesto con una sonrisa.

—¡Eso es trampa! —se queja y me da un pellizco en la tripa.

—¿Qué? —Me retuerzo por la risa—. Es la verdad.

—«Siento la necesidad de poder atar mi flotante corazón» —dice leyendo una de las frases, esa que recorre la línea por encima del elástico del pantalón—. ¿Qué significa?

—Las frases significan lo que tú quieres que signifiquen. Para mí es... —Cojo aire y lo suelto despacio mientras noto cómo un enjambre de abejas se ensaña con mi piel cada vez que Declan me toca—. Hubo un tiempo en el que me sentí muy perdido, sentía que todo se me escapaba de las manos, que yo mismo vagaba sin rumbo. Necesitaba...

—Ordenar el caos —termina por mí, y los dos sonreímos; qué simple es, qué bonito—. Vamos, que eras como un cubo de Rubik desordenado.

—Pero sin muchos colores, más bien iba todo de gris.

—Tú no podrías ir de gris ni aunque quisieras. Estás lleno de colores.

Trago saliva, porque no es la primera vez que escucho esa frase. Lo hice antes, en el pasado, y la escucho en el taller cada día, cuando Emily la pronuncia.

—Es de *Orlando* —explico solo para cambiar de tema—; la frase, digo. Fue... mi primer tatuaje.

Él me mira con curiosidad.

—¿Por qué te gustan tanto los tatuajes?

—Porque hablan, transmiten, incluso cuando la voz no te sale porque la gente a tu alrededor la silencia. Por eso.

—Vaya. —Me mira a los ojos—. Háblame de ellas. De las mariposas, digo.

Y entonces sonrío, porque si de algo puedo hablar durante mucho rato sin pensar en nada más son las mariposas. Le hablo de las que considero más bonitas (la morfo azul de Cramer, la cebrá, la pavo real), de las más grandes (la atlas, la alas de pájaro, la ninfa del Malabar) o de mi favorita (la monarca; no por ser la más hermosa, sino por ser la más libre).

Y cuando me doy cuenta de que han pasado siglos enteros y que la medianoche se acerca, decido dejar de dar vueltas a ninguna

parte. No soy una mariposa monarca que emprende un viaje de miles de kilómetros; soy este manojo de nervios que está dejando que el tiempo se le escurra entre los dedos.

—Feliz cumpleaños, Declan.

La vibración de su risa en mi mandíbula me pone la piel de gallina cuando se gira para mirarme.

—¿Me lo vas a dar ya? —pregunta con un tono ronco y suave que provoca un incendio en mi interior—. El regalo, tonto. Sé que tienes algo.

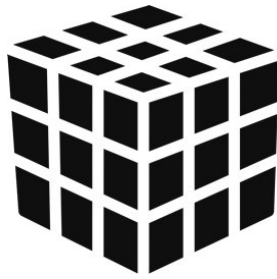
Se me encienden las mejillas.

—Es una tontería.

—Pero es mi tontería, y la quiero. —Me vuelve sonreír y me baja con cuidado la camiseta, como si quisiera evitar la tentación de seguir tocando piel sin mi permiso.

Y mientras me levanto para coger el regalo que he hecho para él, tengo la absoluta certeza de que ahora mismo le daría cualquier cosa que me pidiera. Cualquiera.

VEINTITRÉS



DECLAN

—¿Cuál es tu lugar favorito del mundo? —le pregunto a Riley la noche siguiente, cuando lo llamo por teléfono al llegar a casa y le cuento lo mucho que le ha gustado a Shay la camiseta que diseñó y confeccionó para mí: una con el cubo de Rubik más caótico de la historia de los cubos de Rubik. El mejor regalo de cumpleaños de mi vida.

Me apoyo en la ventana de mi antigua habitación, donde me he encerrado solo para poder verlo desde el otro lado. Pasan las ocho de la tarde y todavía quedan unas horas de luz. Lleva un pantalón corto negro con una de esas tantas camisetas sin mangas ocho mil tallas más grandes que le gusta llevar dentro de casa. Los músculos se le tensan cuando Haruka salta y él se la coloca sobre el pecho, acercando la cara para acariciarle la nariz con la suya.

—Si te lo digo, tendría que matarte.

—Prefiero que me beses. Puedes matarme a besos, si quieres. A mí no me importaría.

Y da igual que intente ocultar su sonrisa detrás de la gata, porque la veo.

—Calla, anda.

Me río y me cambio el teléfono de mano para girarme.

—Vale, te dejo que te guardes el secreto, por ahora. ¿Quieres saber cuál es el mío?

—Sí.

—Pues ven. —Le señalo el lugar justo debajo de mi ventana—. Venga, anda. Por una vez que lo hagas tú no te vas a morir.

—Creo que aquí el peligro eres tú —replica.

—¿No quieres conocer mi lugar favorito del mundo entero? — Nada más preguntar, dejo el móvil sobre la mesa, apago la luz y empiezo a bajar por la ventana hasta detenerme junto a la valla.

Estiro el cuello y sonrío cuando nuestros ojos se encuentran. Nos miramos, nos sonreímos. Un momento después, sé que se ha rendido.

—Ya voy. Bajaré como una persona normal —me dice a gritos y sale disparado de la habitación.

Un minuto después, aparece por la puerta y lo ayudo a cruzar a mi lado del jardín. Me sigue por el camino arbolado que lleva hasta el lago y tomamos el desvío para dejar atrás el rosal de mi madre, así como la piscina vacía y tapada con el cobertor. Riley se tropieza con una piedra y yo lo sujeto de la mano para terminar de hacer el trayecto. Se me eriza la piel y noto que él se estremece, pero me aprieta los dedos como si me diera permiso.

Las nubes apagan el cielo, pero la iluminación es bastante buena. Abro la verja del jardín anexo, donde tantas veces jugamos mi hermano y yo de niños, y lo llevo hasta la cama elástica. Enorme. Mía. Un regalo de cumpleaños que me hicieron poco después de que Rory se fuera y mis días se llenaran de un invierno que no parecía querer irse nunca de mi corazón.

Hay un mapa de emociones en la cara de Riley y yo me pregunto si él también tendrá recuerdos escondidos que duelen, que salen cada vez que tiene un momento de debilidad. Los míos se liberan y me llenan el cuerpo de pequeñas alas, mariposas diminutas de colores como las que él tiene atadas a su piel.

—¿Vamos?

—¿Es un buen momento para que te recuerde la edad que tenemos?

—Calla y ven. Te aseguro que ahora verás cada salto de otra manera. Un salto y adiós a tus problemas, un salto y bienvenidas sean las posibilidades.

Cuando subimos y nos colocamos uno delante del otro, descalzos, señalo sus piernas desnudas, larguísimas, fuertes, con un vello escaso y casi rubio.

—Bonitas piernas —le digo, y él enrojece y baja el rostro a las mías, ocultas por los pantalones—. Tranquilo, cuando quieras te dejo verlas.

—Dios, es que eres tontísimo. —Me empuja y yo lo empujo y no tardamos en empezar a saltar. Alto, muy alto.

Nos reímos, nos empujamos, y me caigo encima de él, y él se cae encima de mí, y somos piernas que se enlazan, corazones acelerados, alientos espesos, cuerpos que vibran, que tiemblan, que arden. Le miro los labios, él me mira los míos. Y nos levantamos para seguir saltando; ninguno de los dos quiere romper la magia.

Un rato después, con las respiraciones agitadas y los cuerpos sudorosos, nos quedamos tumbados. Yo estoy de espaldas, con la vista clavada en el lienzo de nubes que manchan el cielo aquí y allá. Él se coloca de lado, con la cabeza apoyada en un brazo y el otro estirado mientras se dedica a tocarme el pecho con la punta de los dedos.

—Así que este es tu lugar favorito.

—Ajá, unos pocos minutos y me siento, no sé, más ligero. ¿No te sientes así ahora?

—Supongo. —Desliza los dedos hacia mi cara y me pellizca la punta de la nariz—. Para, Declan.

—¿De qué?

—De mirarme los labios.

Sonrío. Vale, sí. Me declaro culpable.

—¿Con quién fue tu primer beso? —pregunto.

—Con un chico que me gustaba mucho. ¿Y el tuyo?

No le contesto, y él comprende por qué no lo hago y no sigue preguntando.

—¿Alguna vez tuviste dudas? Sobre si te gustaban los chicos, quiero decir —aclaro.

—No. Digamos que es lo único que siempre tuve claro. Supe que me gustaban los chicos antes de comprender quién era.

Me giro un poco para poder mirarlo mejor y le rozo el muslo con la rodilla. Él suelta un suspiro. Le aparto el pelo de la frente. Lo tiene suave, fino y cargado. Enrosco los dedos en sus mechones y, mientras se deslizan por mi piel, pienso en cómo sería tirar de él, arrastrarlo a mi boca, besarlo.

«No le mires los labios, no le mires los labios», me digo antes de que me lo vuelva a decir él. Pero qué fácil es decirlo y qué difícil no hacerlo cuando todo tu cuerpo te grita que esto está bien.

Riley se acerca como si respondiera a mi llamada y a mí se me tensa el cuerpo. Me excito en cuestión de segundos, lo que resulta extraño e increíble, y pienso que es una locura y que ojalá no se dé cuenta del bulto que no deja de crecerme en los pantalones. Huele a jabón, a crema hidratante, a sudor.

Lo agarro de la cintura solo para aferrarme a algo. «Va a besarme, va a besarme», me digo y me repito, y estoy tan nervioso que apenas puedo pensar con claridad. Así que acallo mis miedos dejándome caer sobre la colchoneta, enterrando los dedos en su pelo para tirar de él, arrastrando la nariz contra la suya... Él me empuja hacia atrás, me pone una mano en el pecho, se coloca entre mis piernas, me toma del rostro, y yo muevo las caderas, lo que le arranca un gemido a él y a mí un gruñido de frustración cuando se aleja como si el contacto le quemara.

—Perdón —dice, y se aparta.

Se levanta y se peina el pelo hacia atrás con frustración. Tiene los hombros tensos, la mandíbula apretada, la negación en el cuerpo.

—No pasa nada, no hay nada que perdonar. O bueno, sí, que no hayas seguido.

Riley se gira hacia mí.

—No me lo pones fácil. Lo sabes, ¿no?

—Pues no. Solo sé que quiero besarte, pero respeto que tú no. Y no pasa nada.

Él va a decir algo, pero una gota cae sobre nosotros, y otra, y otra. Los dos llevamos la vista al cielo un instante antes de volver a mirarnos. Me levanto yo también y le tiendo la mano. Él no duda cuando me agarra y yo me siento como un globo que se hincha

hasta que estalla y mis restos salen volando a saber dónde. Qué más da. Los dos bajamos raudos de la colchoneta, nos ponemos los zapatos como podemos y atravesamos el camino de vuelta, riéndonos, con los dedos resbaladizos de lo mojados que están. Aun así, no nos soltamos. Y cuando nos detenemos delante de la valla y le señalo hacia la ventana, donde la gata maúlla como si estuviera muy mosqueada, él se acerca.

—Declan...

Le silencio los labios con un dedo.

—No digas nada. —Me agacho para besarle la comisura de la boca, cerca pero lejos de mi objetivo—. Así estamos en paz.

Y antes de que pueda protestar, trepo corriendo hacia mi ventana. Lo último que escucho es uno de sus comentarios sobre que las puertas existen y blablablá. Joder, necesito hacerme una paja.

VEINTICUATRO



RILEY

Emily me convence para que me tome el día libre, porque trabajo mucho, porque necesito despejarme la cabeza, y porque ha hablado con mi madre y las dos están preocupadas. Todo eso y más. Me hace entrar en su despacho del taller y nos pegamos una videollamada de una hora en la que mi padre se dedica a hojear un ensayo sobre algo relacionado con la ansiedad en la cirugía y mi madre resuelve un sudoku y nos hace mil preguntas. Siempre se le ha dado fatal, pero finge que no mientras los demás le resuelven las dudas.

Esa es mi adorable familia. Los quiero con locura.

Cuando se cansan de hablar de ellos y de mi salud, pasan al tema que realmente les interesa: Declan. Los comentarios van del «¿cuándo se lo vas a decir?» al «no puedes esconderte eternamente» y al «no has dejado de demostrarnos lo valiente que eres, puedes con todo lo que te propongas». Y yo quiero responder, de verdad que sí, pero es que no me sale la voz. ¿Cómo decirles que no es falta de valentía sino miedo? Y no miedo a dejarme ver, sino otro más feo: miedo a decepcionarlo. Porque le he mentado, llevo demasiados años ocultándome, silenciándonos. Y ahora que conozco al chico en el que se ha convertido me doy cuenta de que me habría aceptado, lo habría hecho sin dudarlo, y yo... no he confiado en él. Y me siento fatal. Por tener miedo, por ser cobarde, por no ser yo mismo con él cuando él siempre lo ha sido todo conmigo.

Lo más duro llega cuando Emily me dice lo peor que se le puede decir a una persona que se siente culpable: «Cielo, sabes que él te lo perdonaría todo, solo tienes que ser sincero».

Lo sé, joder. Lo sé. Y eso es lo que más me duele.

A la mierda.

Ese día decido hacerlo. Se lo diré. Y él me perdonará por todo este silencio, por esta nada. Lo hará porque me quiere. Me quiso cuando no era yo y me quiere ahora que sí lo soy. No me lo merezco, pero lo hace. Y sé que esto que ha empezado a florecer entre nosotros, esta amistad bonita, solo puede crecer y crecer y no debe hacerlo sostenida en una mentira. No puede. Necesito decírselo. Solo tengo que mirarlo a los ojos y...

Salgo del taller sintiéndome como un cubo de esos que tanto le gustan, de los que tienen modificaciones y dan dolor de cabeza de solo mirarlos, y cojo el coche para dirigirme a casa. Según Emily, Declan está en la suya ayudando a su padre con algo. Es uno de esos días de agosto donde parece verano de verdad, con ese cielo despejado pintado de azules y naranjas parecido a los cuadros de Dalí que hay en mi casa de Galway, y ese calorcito que se te pega a la piel. Me muero por bañarme en el lago. Sé que Declan lo hace casi todos los días, pero por nada del mundo puedo dejar que me vea desnudo antes de contarle la verdad.

A veces me asomo a la ventana y observo cómo se quita toda la ropa y corre con el culo al aire para lanzarse de un tirón. El agua del lago siempre está fría y es la única manera de no arrepentirte a mitad de camino. ¿Cuántas veces lo hacíamos de críos? ¿Cuántas?

Suspiro y me doy cuenta de que lo tengo delante cuando salgo del coche y él se dispone a entrar en el suyo, aparcado justo al lado.

—¿A dónde vas? ¿Te toca trabajar en el *pub*? —pregunto, un poco demasiado ansioso porque no contaba con que se fuera y eso desbarata mis planes de contarle la verdad.

—No. Sí. —Titubea—. El *pub*, eso es.

Enarco las cejas. Él ni siquiera me mira. Está... raro. Y más arreglado que de costumbre, con unos vaqueros claros y una camisa blanca remangada hasta los codos con los botones abiertos a la altura del pecho. Y no es que le esté mirando la piel pálida y llena de

pecas por detrás de la tela, ni la manera en que tensa los brazos cuando se mete las manos en los bolsillos de puro nerviosismo, es que está guapísimo. El pelo le ha crecido desde que llegué, y los mechones oscuros le caen sobre los ojos ahora sí y ahora también.

—¿Estás bien?

—Claro. —Se aparta el flequillo con la mano—. Es que llego tarde. Nos vemos luego, ¿vale?

Y, sin mirarme ni una sola vez, se mete en el coche y yo me quedo ahí sin saber qué decir. Porque no es verdad que vaya al *pub*, no es verdad que llegue tarde a donde sea que vaya. Sé reconocer una mentira. Digamos que soy un experto en ellas.

—Vale —contesto bajito, más para mí que para nadie. Luego desaparece y yo me quedo ahí, aliviado porque la verdad sigue siendo solo mía y confuso porque no tengo ni idea de lo que me esconde.



Solo para cerciorarme de que no estoy paranoico, me presento en el *pub* un rato después. Shay me saluda con un abrazo y me avisa de que hay fútbol gaélico y que en nada esto se llenará de gente. Me va a servir una cerveza, pero le digo que no bebo alcohol y me pone un zumo de frutos rojos. Puede que tenga momentos de debilidad, pero nunca me ha gustado demasiado beber, y menos desde que supe que los excesos no eran buenos con mi tratamiento hormonal. Además, odio lo que el alcohol hace con las personas, la fuerza que les da y lo rápido que se la quita. Y me reafirmo en cuanto veo a Liam en una esquina de la barra.

No debería acercarme a él; me lo digo y me lo repito. Liam Molony me odia. Conoce mi verdad y lo que le estoy haciendo a su hermano. Lo sabe todo y no ha dicho nada. Y eso me sorprende y me aterra al mismo tiempo. Es... como una granada lanzada al aire que en cualquier momento puede estallar por los aires. Aun así, planto el culo en el asiento a su lado y contengo el aliento.

Él se gira. Me mira como si fuese un ser horrible. Se parece a su hermano en la forma de la mandíbula, y en los ojos oscuros, y en el cuerpo, aunque el de Liam es un poco más grande y musculoso, y su piel es menos pálida. Pero él carece de pecas, y sus labios son un poco más finos, y su sonrisa no es igual de bonita que la de Declan. Que sí, que está bueno y probablemente sea un rato más guapo que su hermano, pero es que a mí me gusta el hermano en cuestión.

—¿Qué haces aquí?

—Iba a tomarme esto y pensé que necesitabas compañía. —Elevo el vaso antes de dejarlo a mi lado sobre la barra.

—No la necesito, te puedes ir.

Le dedico una sonrisa pequeña. Me pueden los nervios, pero mantengo mi posición.

—¿Quieres que te lleve a casa?

—¿Te gusta Shay? —suelta Liam sin venir a cuento.

Meneo la cabeza. Desvío la vista hacia Shay, que se ríe con algo que le dice un grupo de clientes mientras les sirve varias jarras de cerveza. Su hermano, el rubio buenorro con pintas de malote, le dice algo al oído cuando pasa por detrás.

—¿Qué mierda de pregunta es esa?

—Solo quiero saber cuánto le va a doler. Ya no solo mentirle sobre quién eres. Es que si encima te lías con Shay... —Resopla y puedo oler todo el alcohol que ha consumido; arrugo la nariz sin disimulo, pero dudo que se dé cuenta de por qué lo hago—. Están muy unidos desde que te fuiste y se hicieron amigos en el instituto. Lo sabrías si hubieses estado aquí. —Levanta el índice de una manera que tengo que echarme hacia atrás para que no me lo meta en la nariz—. Si te lías con él, lo matas. ¿Comprendes lo que quiero decir?

—Vale, lo pillo. Y para tu tranquilidad, no tengo intención de liarme con Shay —le aseguro, cosa que es verdad; en ningún momento he mirado al chico de esa manera, y dudo que él se sienta atraído por mí—. Mira, puedes insultarme, si quieres. He estado esperando a que lo hagas.

—No pillas una mierda. Y no me sale de los huevos insultarte. Lo que quiero es que le digas la verdad. Quiero que dejes de mentirle.

Él no se lo merece. —El golpe sobre la barra me hace dar un respingo, a mí y a los chicos que tenemos a cada lado; incluso el hermano de Shay se detiene delante de nosotros para comprobar si está todo bien y no se va hasta que Liam le dice que sí con un gesto—. No te mereces a Declan.

Abro la boca para explicarle que hoy, justo hoy, he estado a punto de hacerlo, que estaba decidido, pero las palabras se me atascan al comprender que no sé cómo dirigirme a este chico. En el pasado no tuve una relación demasiado estrecha con Liam, aunque me tratara con el mismo cariño con que trataba a su hermano, y abrirme en canal con desconocidos nunca ha sido lo mío. Es como si me borrarán algo tan básico como es el habla.

Liam meneaba la cabeza y se inclinaba hacia mí.

—Mira, sé que lo pasaste mal. Y sé que mi hermano era un niño estúpido y que no veía más allá de sus huevos. Pero... ¿sabes cuánto te lloró? No, no tienes ni idea. —Su aliento a cerveza tostada lo llena todo cuando me acerca la cara, pero esta vez no me mueve; el dolor me paraliza, el suyo, el mío y el de Declan; sobre todo el de Declan—. Se pasaba horas encerrado en su habitación escribiendo cartas que mamá enviaba y que nunca recibían respuesta. Tuvo que ir a terapia, renunció a muchísimas cosas porque estaba triste o no tenía ganas. Lo único que parecía hacerlo feliz era su obsesión por ser más rápido resolviendo cubos de Rubik, y también los libros deprimentes que sacaba de la biblioteca. —Coge la jarra y se bebe un trago; yo ni siquiera pestañeo hasta que continúa—: Sé que te han robado mucho, que tu vida no ha sido fácil, pero tú le has robado su adolescencia. Mi hermano tiene veintidós años y no sabe quién es. No es capaz de entrar en su cuarto y tirar todo eso que tanto daño le hace. Te quiere. Quiere a una chica que ya no existe. Y quiere a este chico que tengo delante y que es un puto cobarde.

Inspiro, exhalo. Tengo una bola en la garganta, los ojos me escuecen, el aire parece irse, el ruido de la sala me retumba en los oídos y él está demasiado cerca. Estoy pero no estoy; así de raro me siento, así de perdido.

—Yo... —Intento hablar, pero las palabras se me atascan otra vez.

—Te he visto con mi madre, y con mi padre. Y veo cómo te comportas con mi hermano. Mira, sé que eres un buen tío, y no te guardo ningún rencor, ¿vale? A mí también me dolió que te fueras. Fue un golpe para todos —admite con un tono que me pellizca el corazón—. Pero necesito que le digas la verdad. Él se merece saberlo. Se merece dejar de echarle de menos. Joder, todo el mundo se merece ser feliz, y mi hermano más que nadie. Es... demasiado bueno. Si alguna vez te importó aunque sea un poquito, tienes que dejarlo libre.

Libre. Libre. Libre.

—Él... ya es libre —digo casi sin voz.

—Los dos sabemos que no. Seguirá viviendo encerrado en una mentira hasta que decidas abrirle la jaula y dejar de ser un cobarde. Pero qué sabré yo, si nunca he conocido un amor así. —Su risa suena gutural, falsa, desgarradora—. Todos sois iguales, ¿sabes?

—¿Todos?

—Los tíos como tú. Guapos por fuera, vacíos por dentro.

Me quedo sin palabras. Veo cómo se lleva la cerveza a la boca y se la acaba de un trago largo. Luego se va y yo me quedo ahí, con todas mis mentiras y toda su verdad.

VEINTICINCO



RILEY

Me marchó un rato después.

Shay intenta convencerme para que me quede un poco más, pero estoy demasiado aturdido después de la conversación. Ya son más de las nueve, pero sigue siendo de día. El cielo es de un azul mezclado con tonos melocotón, dorados, rojizos y violetas. Me encantan los veranos de Irlanda con sus interminables horas de luz.

Nada más llegar a casa, me doy una ducha y le escribo un mensaje a Declan para preguntarle si va a venir y cuándo, pero no me responde. Ni siquiera lo ve. Así que cojo la libreta y me siento en el alféizar con Haruka y el recuerdo de las palabras de Liam taladrándome el cerebro.

No sé cuánto tiempo pasa hasta que lo escucho.

El cielo sigue claro allá arriba, pero ni idea de la hora. Hay risas, y movimientos, cuerpos que colisionan, que se empujan, que se acarician. Dos siluetas en la ventana. No quiero mirar, pero es como intentar apartar la vista de un accidente cuando lo tienes delante.

Dos chicos. Uno es moreno, está de espaldas y oculto entre las sombras de la habitación. El otro es rubio y está de cara a la ventana. Se besan, se arrancan la ropa, se siguen tocando, piel contra piel. Uno es Shay, el otro es el amor de mi vida. El puñetero amor de mi vida. Lo supe cuando era un crío que no entendía nada, y lo sé ahora por lo mucho que me duele.

Aún lo estoy procesando cuando uno de los dos cierra la cortina y ya no veo más.

Me tiemblan las manos, tanto que la libreta se me cae de entre los dedos y creo que el corazón también se me va a caer, porque el ruido de los latidos es intenso y los golpes contra el pecho me doblan en dos. Entonces dejo a Haruka con cuidado en el suelo, me pongo ropa de deporte y salgo a correr. Corro porque si corro todo estará bien, si me concentro en mi propia respiración todo estará bien, si no pienso todo estará bien. Corro porque no puedo pensar en lo que he dejado atrás, lo que estarán haciendo. Su cuerpo, ese que he abrazado y tocado y sentido, desnudo con otro chico, gimiendo por otro chico, corriéndose con otro chico. Ese cuerpo que me he negado, al que se lo he negado todo.

No estiro al empezar ni mido la velocidad, quizá por eso no me sorprende el quedarme sin aire. Me caigo de bruces contra la tierra humedecida, bajo ese cielo despejado que aún me da luz. Cierro los puños y aguanto el dolor de las heridas en las rodillas porque hay otro que tengo dentro y es peor, y creo que estoy sangrando y no quiero volver.

Necesito irme, esconderme, huir de esta verdad que me hace tanto daño.

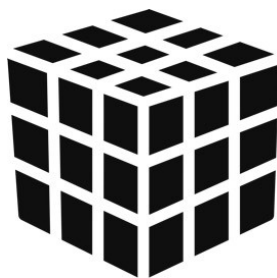
Dicen que los celos son traicioneros, volátiles. Pero no son celos eso que me domina, sino la certeza de que lo he perdido y que podría haberlo tenido. Podría haber sido sincero, podría haberle dicho la verdad: que soy Riley, que llevo toda la vida siendo Riley aunque él no lo supiera, y que lo quiero.

Me he enamorado de mi mejor amigo, del amor de mi infancia.

Otra puta vez.

Y otra puta vez lo he perdido.

VEINTISÉIS



DECLAN

Riley está huyendo de mí. No sé en qué momento ha pasado ni cuándo me doy cuenta. Por las noches ya no me espera en el alféizar antes de acostarse, a veces incluso cierra la ventana para que no entre, lo que me provoca una punzada desagradable en el pecho. Cuando estamos en el taller o en mi casa, guarda las distancias, evita mirarme, se esconde. Y así pasan tres días. Y yo no tengo ni idea de qué hacer al respecto. No lo entiendo y tampoco sé si quiero saberlo. En realidad, me imagino lo que sucede: aún quiere a su ex. No puedes mirar a alguien cuando tu atención todavía está puesta en el pasado, en otro cuerpo, cuando tu corazón no te pertenece. Y, joder, duele. Muchísimo.

Quizá por eso me bebo un par de copas de más cuando acabo el turno en el *pub* y Shay tiene que llevarme a casa. Quizá por eso dejo el orgullo y el dolor aparcados junto a mis miedos y abro con la llave de repuesto. Quizá por eso subo por las escaleras semioscuras y me cuelo en su habitación en el mismo instante en el que él se sitúa delante de la cama y deja caer la toalla en el borde. Me quedo sin aire. Ahí está el zorro de nueve colas; se desliza por su cintura, por sus omóplatos, baja por su columna, se enrosca en torno a sus hombros. Ahí están las mariposas, ahí están todas esas palabras. Y su culo, redondo y musculoso, sus piernas fuertes, sus gemelos. La piel le brilla y tiene el pelo recogido en una coleta. Las gotas le caen por el cuerpo, pequeños remolinos que quiero beberme a sorbos. Se

me pone dura al instante y a punto estoy de caerme cuando la gata se mueve entre mis piernas y maúlla.

Entonces Riley repara en mi presencia y se tensa como un cable roto al contacto con el agua. Se mueve con rapidez para coger la toalla del suelo y se envuelve con ella. Luego se gira hacia mí, con esa cara roja, y esos labios brillantes y mordidos, y esos ojos que son hogar pero también un rayo de furia que me lanza sin control.

—¿Qué cojones haces aquí?

—Venía a verte.

—Bueno, pues ya me has visto. Ahora lárgate. —Se echa el pelo hacia atrás con rabia y se coloca mejor la toalla, como si odiara la idea de que lo viera desnudo.

Me acerco, él retrocede como si fuera... Como si yo fuera... Me quedo paralizado. ¿Qué cojones cree que voy a hacerle?

—¿Tienes miedo de mí o qué?

—Quiero que te largues de mi puta habitación, donde nadie te ha invitado.

Retrocedo. El golpe es duro, y me dejaría caer al suelo si no tuviera tantas ganas de alejarme, de dejarle el espacio que me está pidiendo. No sé cómo cojones sentirme cuando se tapa un poco más y se da la vuelta para no mirarme. Lo único que sé es que me duele el corazón, que la polla me palpita y que necesito correrme. Y no debería, porque estoy sin aliento, y enfadado, y confundido, y no entiendo cómo puedes sentir deseo, enfado y dolor a la vez. Pero resulta que tengo un cuerpo que no entiendo ni soy capaz de controlar.

Me voy por donde he venido y subo corriendo a la habitación de invitados, donde duermo desde que *ella* se marchó. Cierro con llave por si a mi hermano le da por entrar y me meto en la cama con el bote de lubricante.

Me quito la ropa, prenda a prenda, como si fuera un ritual de apareamiento y no mi necesidad de buscar un alivio que se me niega constantemente. Me acaricio los pezones, deslizo los dedos por mi torso, por mi ombligo, y desciendo entre los muslos hasta dar con mis huevos, hinchados y duros.

Cierro los ojos.

El mero roce del antebrazo en mi erección me hace clavar los talones contra el colchón y subir las caderas. Me embadurno los dedos de lubricante porque no puedo más, me envuelvo la polla en un puño, la sacudo, y, entonces sí, suspiro hondo y comienzo a acariciarme.

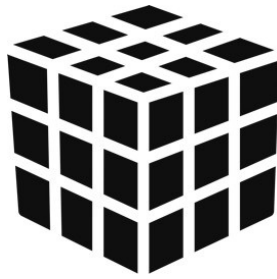
Rápido, muy rápido.

Sigo enfadado y dolido y demasiado excitado. Gimo y muevo las caderas al ritmo de mis giros de muñeca mientras me aprieto los huevos con suavidad con la otra mano.

Pienso en él, en esa manera que tiene de mirarme, en sus labios gruesos y sonrosados, en su voz ronca, en su calor. Pienso en su boca abarcándome, gimiendo, lamiendo, la punta chocando contra su garganta, deslizándose por su paladar.

Me masturbo como si el mundo fuera a acabarse y solo estuviéramos nosotros, un chico que se esconde y otro que solo quiere que lo mire. Y cuando me corro, lo hago con la certeza de que esto es lo que se siente cuando conectas con alguien, esta liberación, esta puta agonía. Todo eso que pensaba que jamás volvería a sentir por nadie. Y lo hago por un chico que no quiere estar conmigo, un chico que ni siquiera me ve.

VEINTISIETE



DECLAN

No vuelvo a encontrármelo hasta el miércoles, cuando cena en mi casa porque no le queda más remedio. Ni siquiera me mira y todo es demasiado incómodo, al menos para mí. Mis padres intuyen algo, pero se hacen los locos. Y luego está Liam, que no deja de resoplar ni de decir tonterías. El resto de los días, Riley sigue encerrado en el taller con mi madre y a mí me sale un trabajo para crear una web y un foro sostenible para los deportes que se imparten en el pabellón deportivo. Me entretengo con eso y con el trabajo en el *pub* mientras hablo y me lamento con Shay.

Y así sigo cuando mi amigo me convence para ir a una cita con una de sus amigas. También es del pueblo, pero pasa tanto tiempo fuera que no lo parece. Y sé que no debería ir, pero voy. Y lo hago porque la esperanza es una cabrona y siempre hace conmigo lo que le da la gana; estoy cansado de que me quite más de lo que me da. De esperar a que pase algo, de que el dolor me consuma hasta hacerme desaparecer. No sé qué pasa con Riley, pero no soy yo quien debe mover ficha. Y si no lo ha hecho ya, quizá debería aceptar de una vez que se acabó.

Por eso acepto salir con la amiga de Shay, aunque apenas la recuerde de las clases que compartimos en el instituto y aunque no me sienta del todo cómodo con ella porque tengo la cabeza en otro sitio y la extraña sensación de estar haciendo algo malo. Paseamos por el centro de Spellwood, no muy lejos del *pub* donde trabajo, y

atravesamos la zona comercial. Ella me hace demasiadas preguntas que yo respondo sin demasiadas ganas.

Después vamos al restaurante italiano que abrieron hace poco y creo que a ella le gusto, ya que me pregunta si quiero ir a su casa después de cenar. Y yo me pregunto qué sabrá de mí, si habrá escuchado los rumores, si Shay le ha dicho algo. Lo más probable es que sí. Y me doy cuenta de que he metido la pata al aceptar todo esto solo para poder... ¿olvidar? Como si fuera posible sacarse a alguien como Riley de la cabeza solo con querer hacerlo. Vaya puta gracia.

Ya hemos terminado de cenar y ella ha ido al baño mientras esperamos a que nos sirvan los postres cuando el móvil se me ilumina y se me saltan mil latidos.

Riley:

¿Estás?

Declan:

Yo sí, eres tú el que no.

Riley:

Lo siento.

Mira, llevo dos días escribiendo y borrando cosas porque no sabía cómo empezar el tema.

Joder, Declan, es que no puedes entrar en una habitación así, sin permiso.

Podrías... pfff

Declan:

¿Haberte visto desnudo?

La verdad es que habría sido una tragedia. Podría haber sufrido un infarto.

O dos.

O quizá tres.

¿A cuántos infartos puede sobrevivir un ser humano antes de palmarla?

Dame un momento, que lo voy a buscar.

Riley:

Eres tontísimo. ¿Te lo he dicho alguna vez?

Declan:

Alguna, sí.

Oh, pues según el buscador parece que no hay un límite exacto. Dice algo así como que el corazón puede tener un infarto fulminante o cientos de ellos.

Vale, lo de «cientos» me lo acabo de inventar. Pero para que me entiendas.

Hablan de que cada infarto deja una cicatriz permanente en el corazón. Así que puedes herirme con la belleza de tu desnudez muchas veces, y yo luciré las heridas de guerra con mucho entusiasmo.

Riley:

¿Es así como ligas siempre? Porque tengo que confesarte que es muy cutre.

Y muy tierno.

Declan:

La verdad es que nunca me he parado a analizar cómo ligo. Pero la chica que tengo delante seguro que diría cosas no demasiado buenas sobre mí.

Riley:

¿Qué chica?

Declan:

Shay me ha organizado una cita.

Sí, cree que ya es hora de tener citas «normales».

Con la ropa puesta, ya sabes.

Riley:

Ya.

Declan:

Y es raro, porque estamos en un restaurante buenísimo y estoy a gusto y es simpática y guapa y...

Me ha pedido que vaya a su casa, a quitarme toda esa ropa que se supone que tengo que mantener encima para que esta sea la cita que Shay quiere que sea.

Y la verdad es que no me apetece nada quitarme la ropa. Me sudan las manos solo de pensarlo.

Yo... lo he hablado con mi psicóloga. Ella cree que busco en el sexo un vínculo afectivo viejo.

Los residuos puros del primer amor y el deseo más... ¿carnal? del segundo. Algo así.

Y que no lo voy a encontrar en ningún cuerpo, que yo no funciono así. Soy un chico que siente y desea con el corazón.

Riley:

Sabía que eras demisexual. Lo que no sabía era que estabas yendo a terapia.

Declan:

Ya, bueno. Empecé a ir el martes pasado. Era la primera vez y... me daba vergüenza decírtelo. Por eso estaba tan raro cuando nos cruzamos. Siento haberme hecho el loco.

Riley:

Espera. ¿Te refieres a cuando nos vimos en la entrada?

Declan:

Sí.

Riley:

Yo pensé...

Mira, da igual. El caso es que no tienes que tener vergüenza por pedir ayuda, Declan. Y menos conmigo.

Declan:

No es por la terapia. Lo que me daba vergüenza era que saliera mal, que después de hablar con ella llegara a la conclusión de que estoy roto de verdad. Es así como me siento.

Y ya sé que es una estupidez, que el amor no da la felicidad ni nada de eso. Pero para mí es importante poder sentir algo por alguien, algo emocional y también físico.

No me da miedo el amor, como les pasa a mi hermano o a Shay, lo que me da miedo es no encontrarlo, y de hacerlo, que no me corresponda.

Sé lo que es que te rompan el corazón, y...

En fin, da igual.

Riley:

¿Te ha ayudado la terapia?

Declan:

Llevo muy poco, pero por ahora sí.

Creo que mucho.

Le he hablado de ti, ¿sabes? Desde el principio.

Fue gracioso.

Apenas nos acabábamos de presentar y ya estaba ahí, soltándose todo.

Riley:

¿Qué es «todo»?

Declan:

Pues lo que siento justo en este momento.

Estoy en un restaurante perfecto, con una chica perfecta que probablemente tenga un cuerpo perfecto y me ha invitado a su casa, a desnudarnos y a llegar a sitios a los que no sé si podré ir porque no funciono como el resto del mundo.

Y me he dado cuenta de que no quiero eso.

Quiero ir a casa, quiero trepar por tu ventana y sentarme contigo. Dibujar con los dedos las formas de los tatuajes de tu piel, que me enseñes el fénix del pecho entero, o el zorro de nueve colas.

O simplemente estar contigo y ver cómo le haces carantoñas a tu gata.

Da igual que no te quites la ropa y que no nos toquemos. Me conformo con sentir que estás cerca. Eso me pone más que la idea de que una desconocida me meta la mano dentro de los pantalones.

¿Sigues ahí?

Mira, no quiero que me malinterpretes. Tú me pones. Creo que ya lo has notado. Y aunque me encantaría tener sexo contigo, me quedaría con todo lo demás. Y darme cuenta de eso es... raro, supongo.

Sobre todo cuando llevas días sin hablarme y parece que te moleste. Puedes decírmelo. No quiero forzar las cosas ni que hagas nada que no quieras hacer. Podemos seguir siendo amigos y ya está.

¿Riley?

El silencio es abrumador. Dejo el teléfono y hablo un rato con ella mientras nos terminamos de comer el postre. Le digo la verdad: que ha sido mala idea, y que me encanta, pero que no me siento muy allá. Que estoy yendo a terapia porque soy demisexual y que aceptar ir a su casa sería incómodo para los dos y todo eso que seguramente ya ha escuchado por ahí. Y por primera vez no me avergüenza decir la verdad.

Un rato después, pagamos la cuenta y cruzamos de nuevo la calle principal para dirigirnos al coche.

Aún no he recibido respuesta de Riley cuando la llevo a su casa y regreso a la mía. Dejo la música puesta y me quedo un rato en el asiento, observando los escupitajos de nubes negras que ocupan el cielo y pensando en que lo he estropeado todo.

Trago saliva y saco el móvil del bolsillo para volver a escribirle.

Declan:

Lo siento. Olvida todo lo que te he dicho, ¿sí?

Por favor.

No quiero que te sientas incómodo y aún tenemos trabajo.

Mi madre me dijo que tenías que tomarme unas medidas para arreglar alguna de las prendas y supongo que me escribiste para eso.

Riley:

No te escribí para eso.

Declan:

Estás.

Riley:

Estoy.

Y no te escribí para eso, Declan.

Sí, te necesito, pero te escribí porque me sentí fatal por echarte así de mi cuarto.

Declan:

No te preocupes por eso.

Es decir, que fue raro y me enfadé un poco. Pero me hice una paja pensando en ti y dejé de estar enfadado. Los orgasmos tienen una cosa loca que te quita la tontería.

Riley:

Por Dios, Declan.

Declan:

¿Qué? Es la verdad. Quizá así te sientas un poco menos culpable.

¿Riley?

Riley:

¿Declan?

Declan:

No es la primera que me hago pensando en ti, ya te lo dije una vez, aunque estabas borracho y no sé si lo recuerdas. Para alguien como yo..., ya te imaginas lo que significa.

Riley:

No me imagino nada.

Declan:

¿Quieres que te lo diga?

No me avergüenza decirte que siento cosas por ti, y que estoy muerto de miedo, y que a veces me tengo que ir por ahí para no colarme en tu habitación y hacer algo estúpido como besarte, o verte desnudo sin querer.

No me avergüenza decirte que estoy preparado para que me rompas el corazón.

Riley:

¿Por qué das por sentado que haré tal cosa?

Declan:

Porque tienes un «adiós» pintado en la cara. Porque te irás y yo me quedaré aquí y, si eso que dicen en internet es verdad, la herida en mi corazón será de las feas, y no sé si estoy preparado para eso.

Me da mucho miedo, la verdad.

Riley:

Para, por favor.

Declan:

Vale.

Dime una cosa. Todavía piensas en tu ex, ¿verdad?

Riley:

Sí, pero no.

Es decir, no pienso en él porque lo quiera, ya te dije que no lo quiero. Pienso en él porque me aterra que lo que pasó con él sea un reflejo de mi vida. Que se repita, y se repita, y se repita. No quiero volver a sentirme tan pequeñito.

Declan:

Riley...

Riley:

No, no quiero hablar de él. Se acabó.

Ahora necesito que tú me digas una cosa.

Declan:

Lo que quieras.

Riley:

¿Sientes algo por Shay?

Declan:

¿Qué pregunta es esa? Siento muchas cosas por Shay. Es como un hermano.

Riley:

No les metes la lengua en la garganta a tus hermanos ni te acuestas con ellos.

Declan:

Ahora sí que me he perdido...

Riley:

Os vi el martes por la noche.

Estaba en la ventana cuando llegasteis y... digamos que vi lo suficiente.

Declan:

¿Me viste a mí, dices? ¿En mi habitación?

Riley:

Lo dices como si fuese algo raro. Siempre te lías con gente ahí dentro.

Declan:

Hace tiempo que no.

Y, por Dios, jamás con Shay.

Y entonces me tomo un rato para hablarle de la relación que tengo con mi amigo, de la única vez que lo besé y el motivo por el que lo hice. También le explico que lleva toda la vida enamorado de su mejor amigo, y que eso lo ha llevado a tener demasiadas relaciones de mierda en las que busca y busca a alguien como él y solo encuentra vacío y decepción.

Declan:

Además, no suelo dormir ahí. Ahora mismo solo entro para ver si estás en tu habitación y para bajar a verte, porque la de invitados donde me quedo da al otro lado del pasillo y es imposible saber si estás o no.

Estar ahí dentro despierta cosas del pasado que prefiero mantener dormidas, ¿comprendes?

Riley:

¿Y entonces?

Declan:

Entonces, mi hermano de verdad está pasando por una crisis de las jodidas. Y espero que no le haga daño a Shay, porque te juro que le corto los huevos duros que tiene.

Riley:

¿Tu hermano?

¿Liam y Shay?

¿En serio?

Declan:

Llevo semanas sin enrollarme con nadie, desde que me di cuenta de que mirar tus tatuajes me excitaba más que tener la polla de un desconocido en la boca.

Riley:

Vaya.

Declan:

Ya ves.

¿Algo más que quieras decirme? Estoy agotado y creo que me voy a dormir.

Riley:

¿De verdad no te has enrollado con Shay?

Declan:

Ni con Shay ni con nadie.

Riley:

¿Desde cuándo, dices?

Declan:

Ya lo sabes. Deja de jugar conmigo, anda. Empieza a ser frustrante.

Riley:

Lo siento.

Declan:

Te perdono solo si admites que estabas celoso. Y que te pongo.

Riley:

Ja, ja, ja.

Declan:

¿Eso es que no?

Riley:

Eso es que sí a las dos cosas.

Y antes de que te pongas tonto...

¿Te apetece dormir conmigo esta noche?

Solo dormir.

Con ropa, claro. No estoy preparado para ir más allá. Espero que puedas entenderlo...

Declan:

Riley, yo jamás haría nada que pudiera incomodarte.

¿De verdad quieres que duerma contigo?

Riley:

Sí.

Y también quiero besarte. Eso me apetece mucho.

Y a lo mejor podrías venir ya. Me estoy congelando y quiero cerrar la ventana.

Declan:

¿No vas a decirme que suba por la puerta?

Riley:

Hoy no. Me apetece que subas en plan peli romántica cutre. Tus brazos se ven de muerte cuando te agarras a las ramas y a las enredaderas.

Declan:

Pues creo que te derretirías ahora mismo si me vieras la sonrisa. De verdad. Mi sonrisa siempre es mejor que mis músculos.

Riley:

Eres un creído.

Declan:

Solo para tu información, y porque creo que no debería haber secretos ni sorpresas entre nosotros...

Riley:

¿Declan?

¿Esto es una pausa dramática o algo así?

Declan:

Perdón, estaba aparcando bien el coche para que mi madre no se queje mañana.

Mira, quiero que sepas que la tengo dura.

Durísima.

Riley:

Eso suena muy amenazante.

Declan:

Ja, ja, ja.

Se me pasará, o puedo hacer algo antes de ir. Lo que prefieras. No quiero que eso sea un problema, pero es que estoy aquí abajo y voy a subir ya a menos que me pidas que no lo haga, y lo haré con una tremenda erección.

Riley:

¿Puedo decir que no eres lo que tienes entre las piernas? ¿Y que me da lo mismo siempre que vengas?

Declan:

Si supieras lo que estoy pensando ahora mismo...

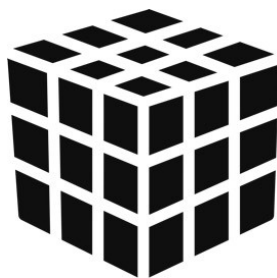
Riley:

Date prisa, anda.

Declan:

Llego enseguida.

VEINTIOCHO



DECLAN

Desde luego, enseguida llego. Como un rayo. Como Flash, que de tan rápido que va por la vida nunca he conseguido tragarme al personaje, y no será porque Shay no lo haya intentado. He leído sus cómics hasta el cansancio, pero, mientras el pobre Flash viajaba a una velocidad mayor que la de la luz (nunca supe qué velocidad era, si es que había alguna en concreto), yo me quedaba dormido, así, literal.

El caso es que llego lanzado, pero me quedo ahí, en el borde de la ventana. Ni siquiera soy capaz de disfrutar de las vistas: Riley con los brazos al aire, los labios del color de las cerezas maduras, los ojos llenos de... ¿deseo? Joder, sí. Me desea. Este chico que es un sueño me desea. A mí. Y yo solo puedo mirar hacia la ventana de enfrente y evitar caerme de la impresión. Porque ahí está mi hermano, sacándole a Shay la polla de los pantalones. Y no sé quién se pone más rojo, si Riley o yo, pero no puedo apartar la mirada. Estoy contemplando un accidente de los que se te quedan clavados en las retinas. Por Dios, qué asco. Adiós a la erección dolorosa con la que intentaba lidiar. Es que se me ha encogido de golpe.

—Te diré una cosa, solo para que quede constancia... —empiezo a decirle a un Riley cada vez más avergonzado; un breve vistazo y ahora veo el culo de mi hermano ahí, al cien por cien. El muy capullo apenas pisa el gimnasio y tiene mejor cuerpo que yo. No hay derecho. Me planteo la posibilidad de taparle los ojos a Riley, que las

comparaciones son odiosas y seguro que se espera que la genética haya sido igual de generosa conmigo. Espóiler: para nada—. Si habías cambiado de opinión sobre lo de conocernos en profundidad esta noche, por debajo de la ropa, digo, te advierto que ahora mismo la tengo chiquitita. Vamos, como la pasta en forma de caracola que hace mi padre, pero sin cocer, que es peor.

Detenido a unos centímetros de la ventana (y de mí), Riley se dedica a mirarme como si me hubieran crecido tres cabezas. A lo mejor es verdad, ver a mi hermano en ese plan causa traumitas.

—Dime, por favor, que no has tenido que ver esto todas las noches que me he liado con tíos.

—Y con tías. —Carraspea cuando la voz le sale demasiado ronca—. Él al menos cierra la cortina. —Señala cómo uno de los dos, mi hermano, creo, nos tapa las terribles vistas—. A ti te iba el morbo.

—En realidad me ibas tú —admito, y Riley eleva las cejas—. ¿Me crees si te digo que me ponía más saber que tú me estabas mirando que lo que estaba pasando con quien quiera que estuviera pasando?

La sonrisa que se le forma en la comisura de la boca es diminuta, pero la veo y la siento en todo el cuerpo. Vale, quizá todavía haya esperanza para mi micropene en suspensión.

Me impulso sujetándome del marco y consigo entrar en la habitación. Me quito los zapatos y los calcetines mientras Riley me observa. Lleva uno de esos pantalones ochenta tallas más grandes que suele ponerse cuando está en casa, camiseta sin mangas, el pelo recogido en una coleta de la cual se salen cientos de mechones que se le deslizan por la cara y el cuello. Un cuello precioso que quiero recorrer con lengua y dientes.

—Hola —digo, y avanzo hacia él muy pero que muy despacio.

—Hola —dice. Mete las manos en los bolsillos y levanta el mentón como si me desafiara. Y resulta que a mí me encanta la idea de desafiarme todo para llegar a él.

Me fijo en la tensión de sus brazos, en el movimiento de la cadena que lleva al cuello y que le roza las clavículas marcadas que también necesito lamer. Dios. Quiero lamer cada parte de este chico, quiero llegar donde quiera que me deje llegar y quedarme ahí,

perdido en lo que siento. Estoy putoperdido por él y resulta que me gusta.

El rubor en su rostro no tarda en aparecer a medida que me acerco más y más. Es tan evidente..., le llena las mejillas, el cuello, las orejas y parte del pecho. Nuestros pies se rozan, los suyos llevan calcetines abrigados con estampado de gatos que se parecen mucho a la que ahora se me enrosca por la tela de los pantalones. Sonrío y me agacho. Me la coloco sobre el hombro para darle un beso y acariciarle la cabeza. Ella ronronea y maúlla y se remueve hasta que la dejo de nuevo en el suelo. La dulzura que irradia Riley al ver lo bien que me llevo con la gata me llena el pecho de cosas que no quiero evitar por nada del mundo.

—Me encantas muchísimo.

—No me digas... —La trémula luz de la lámpara se derrama sobre su rostro, pequeñas motitas doradas aquí y allá, creando un efecto como el de esas manchitas que tienen las mariposas que cataloga su padre. Y pienso en que, si tuviera que elegir una entre tantas, él sería mi favorita. Todavía tiene las manos en los bolsillos, pero ahora las cierra en dos puños.

Me inclino más sin perder detalle de sus expresiones y estiro los brazos. El espacio entre nosotros se acorta. Le saco las manos de los bolsillos, despacio, le abro los puños, enlazo sus dedos con los míos. Los suyos están fríos, y creo que tiembla, quizá de frío, quizá de nervios. No lo sé, pero pienso averiguarlo. Veo cómo traga saliva, cómo abre los labios, cómo acepta mi cercanía. Le gusta. Lo sé porque brilla más que esas luces de discoteca que tanto fascinan a Shay y con las que ha cubierto una parte del *pub* aun sabiendo que su hermano se pondría como una moto porque no quiere que el local sea más que un hogar tranquilo para la gente del pueblo.

—¿Te molesta que haga esto? —pregunto mientras deslizo los pulgares por sus muñecas, sintiendo su pulso acelerado, su respiración cada vez más... ansiosa. Un terremoto se desata dentro de mí cuando le rozo la mejilla con la nariz y continúo hacia su cuello, donde deposito un beso que le arranca un suspiro.

—No —contesta con un hilo de voz e inclina la cabeza para darme mejor acceso, para que deje un camino de besos hacia su

hombro. Huele a sueños que quiero que cumplamos juntos, a cosas que me hacen sentir... en casa.

Le suelto una mano y deslizo el tirante de la camiseta hacia un lado para dejarle la clavícula al descubierto y acceder a su piel, a una mariposa azul encogida que despierto con la punta de la lengua. Ulises, quizá, o morfo azul de Cramer. Arrastro la nariz por su cuello, le beso la zona sensible por detrás de la oreja y noto su escalofrío cuando le tiro del *piercing* primero con los labios y luego con los dientes. Él suspira, me agarra de la cintura con la mano libre y me atrae hacia él; también me aprieta la otra mano.

Me acerco aún más hasta que nuestros cuerpos se unen y alzo el rostro para mirarlo a los ojos. El verde se le ha oscurecido y siento que todo está bien, que estamos bien, que esto está pasando y que él quiere que pase a pesar de lo nervioso que está. Porque quiere, ¿verdad? Por si acaso, se lo pregunto. Sé lo que es que te arranquen cosas que no quieres dar (mi segundo beso, y el tercero, y la primera vez que alguien me tocó, en una fiesta, cuando no sabía ni lo que estaba pasando) y yo no quiero quitarle nada que no quiera darme.

—Voy a besarte. ¿Te parece bien?

Su respuesta es soltarme la mano, agarrarme de la nuca y besarme él. Su calidez me explota en el paladar. Gimo al contacto de nuestras lenguas, que se empujan y se enlazan mientras buscamos estar más y más cerca. Lo beso con un hambre que no sabía que tenía, pero que lleva dentro de mí toda la vida. Y es un beso torpe, por las prisas, por cómo nos late el pulso, por nuestros cuerpos que no dejan de temblar.

Él me agarra de las caderas. Yo deslizo una mano por debajo de la tela de su camiseta para sentir la calidez de su piel. Le quito el elástico con la otra, enredo los dedos en su pelo y se estremece cuando tiro con suavidad. Riley arquea la espalda y cuela las manos bajo mi camiseta como he hecho yo con la suya, buscando piel. No dejo de tocarlo mientras lo beso más profundo, me trago sus gemidos y le entrego los míos, más sonoros y desesperados.

Nos apretamos más, nuestros cuerpos encajan, le rozo la cadera con mi erección, la entrepierna con mi muslo, presionando,

haciéndolo estremecerse. Y todo está bien. Tantos años intentando encontrarme y lo hago aquí, en este chico que apareció de la nada y se coló en mi vida, en mi corazón y en mi hogar.

Nos besamos durante una eternidad, hasta que nos duelen los labios y tenemos que separarnos para respirar. Luego nos miramos y sonreímos con una timidez que no encaja con la necesidad con la que nos hemos devorado. Tengo la piel de gallina, la polla durísima y el corazón a nada de escapárseme del pecho.

—Te deseo —susurro contra sus labios, deslizando el pulgar por su mandíbula—. ¿Te das cuenta de lo que significa?

Él traga saliva, la nariz se le enrojece, los ojos le brillan.

—No me lo merezco.

Meneo la cabeza. Qué gilipollez más grande.

—Claro que sí. Tú te lo mereces todo. —Le levanto la barbilla y lo beso con suavidad en los labios—. Todo, Riley.

Él niega, pero suspira y vuelve a besarme con más ansias, con más prisa. Y comprendo que le pasa algo, que solo quiere olvidar en mi boca. Y, joder, yo no quiero que olvide. Quiero que esté, simplemente.

—Eh —me separo con cuidado y lo miro a los ojos—, no sé a dónde te has ido, pero vuelve conmigo, ¿sí?

La sonrisa que me dedica me hace querer ponerme de rodillas y prometerle el puto mundo entero.

—Estoy contigo.

—Bien, pues vamos a la cama.

Asiente. Le pido permiso para ir al baño y me tiro media vida para poder mear, porque la erección no se me baja y no puedo dejar de pensar en sus besos ni en sus gemidos. No es hasta que el recuerdo de mi hermano me cruza la mente cuando se me va todo. Mierda. Me digo que mañana hablaré con él, pero no ahora. Ahora solo somos Riley y yo. Por fin.

Me doy prisa en salir del baño y vuelvo a la habitación. Él ya está en la cama, tumbado de espaldas con Haruka sobre el torso. La gata mordisquea y atrapa sus dedos con las patitas, además de moverse a un lado y a otro como una croqueta. En cuanto me ve, se incorpora y maúlla. Luego se lanza al suelo como si supiera que es

momento de darnos espacio. Sonríó y Riley también lo hace. Ha cerrado la cortina, así que la habitación se queda en penumbra en cuanto me meto en la cama y él apaga la luz. Me pongo de lado y busco su rostro. Riley me coge la mano y me deja un beso en la muñeca, me acaricia con los labios y deja otro en la palma antes de mordirme con suavidad. La sensación es increíble, como un aleteo suave que me hormiguea la piel y me hace contener el aliento.

—¿Todo bien? —pregunto. Necesito saber que estamos en el mismo punto. Que quiere lo mismo que yo, que siente conmigo.

—Sí. Yo... ¿No te importa que vayamos despacio?

La ternura que me provoca su voz ronca y temblorosa me explota en el pecho, seguida de una necesidad visceral de protegerlo.

—Claro que no, tonto. —Me estremezco cuando noto el roce de su palma contra la mía, más grande y ancha que la de él, aunque también más suave. Eso me gusta.

Cuando aún vivía, mi abuela me decía que las manos decían mucho de la fortaleza de una persona, de su viaje por la vida. Y las de Riley son fuertes, sólidas y un poco ásperas por el trabajo; me hacen sentir... seguro. Él no dice nada, solo suspira y se dedica a acariciarme, a enlazar nuestros dedos, a apretar como si quisiera dar forma a algo que no se puede ver. Y a mí me invade un mal presentimiento.

—Dime que el capullo de tu ex no te obligó a nada.

—¿Qué? No. Claro que no. Es decir, yo... —Otro suspiro, me suelta la mano, se tapa más con las sábanas, como si quisiera protegerse, y yo solo quiero decirle que no tiene que protegerse de mí, que jamás le haría daño, no de manera intencionada, al menos—. Bueno..., no llegó a pasar nada entre nosotros, la verdad. Me refiero a nada más allá de los besos y el sobeteo.

Asiento y me dedico a acariciarle el brazo. Apenas veo su silueta, pero me lo imagino con una nube negra danzando sobre su cabeza, como esas que se usan en las viñetas de los cómics a veces, llenas con cosas que quiere decirme pero no sabe cómo. Desde que lo conozco me ha parecido que hay un mundo dentro de él que solo comparte con las personas a las que quiere, a las que elige. Y yo

solo deseo ser esa persona a la que elige. Quiero que me elija, por favor.

—¿Declan?

—Mmm. —Deslizo el dedo por donde creo que están sus tatuajes, les doy forma y siento cómo se le eriza la piel, cómo se despierta; casi puedo ver pétalos que se mueven, alas que se abren, que alzan el vuelo, que son... libres.

—Nunca he llegado hasta el final con nadie. No sé lo que es estar desnudo con otro chico y te mentiría si te dijera que no me da miedo. Necesito saber que voy a estar bien. Y quizá no me entiendas, pero... no siento como otras personas.

—No eres como otras personas. No eres como nadie. Solo eres tú. Además, ¿tú me has visto? Yo tampoco siento como los demás. En mis veintidós años, solo he sentido algo físico por tres personas, y dos de ellas me dejaron tirado. —No le digo que vi a mi ex hace unos días en el *pub*, que hablamos, que fue incómodo; tampoco le digo que sé que él también lo vio, y que sabe quién es porque Shay se lo contó. Y no se lo digo porque no quiero hablar de él, ni de... *ella*. No me interesa nadie más que nosotros—. El tercero está aquí, y resulta que me encantas, Riley.

—Eso ya lo has dicho.

—Y pienso repetirlo hasta el cansancio, cada puto día si hace falta. Tu piel por fuera me encanta, pero lo que más me gusta es lo que veo a través de ella. ¿Comprendes?

—¿A través de ella? —Se ríe—. ¿Quién eres, Superman?

—Ojalá. Si lo fuera estaríamos en el aire. Te lo haría allá arriba, en el cielo, mientras me besas como hiciste antes. Uf, fue increíble —digo, y él se echa a reír—. Ni cuando gané el campeonato nacional de *speedcubing* hace tres años sentí tanto, y te juro que casi me muero.

Una risa suave, un apretón en la mano.

—Espera, ¿qué? ¿Ganaste el campeonato de cubo de Rubik? ¿En serio?

—No es para tanto. Llevo practicando desde los cuatro años. Algún día tenía que pasar. —Le pellizco la nariz—. Mañana te lo enseño, lo tenemos grabado.

—Vale. Qué fuerte —dice con una emoción que me infla el pecho. Luego vuelve a enlazar nuestros dedos y tarda una eternidad en pronunciar las siguientes palabras—: Entonces..., ¿no crees que soy un bicho raro? Sería lógico que lo pensaras. Richard también lo pensaba hasta que... —No termina la frase y a mí me dan ganas de darle un puñetazo al puto Richard, y a la puta vida, por hacerle creer algo así.

—Te lo repito, por si se te vuelve a olvidar: soy el tío que buscaba tener sexo con desconocidos para intentar sentir algo, el tío raro al que ni se le levanta. Soy la comidilla del pueblo, y todo porque no quería asumir que sentía distinto. Si hasta me negaba a ir a terapia. Si hay un bicho raro aquí, soy yo.

—A mí me gusta quien eres.

Sonrío. Es que me putoderrito.

Busco a tientas su rostro con la mano y lo sujeto de la nuca para besarlo. Lo beso hasta que solo se escuchan nuestros jadeos, y los ronroneos de Haruka, que duerme sobre la silla al otro lado de la habitación, y el rugir del viento seguido del arañazo de las ramas en la ventana. Cuando Riley me muerde el labio inferior y empuja la lengua por mi paladar, vuelvo a excitarme, y a buscar la fricción con su cadera, y a gemir en su boca. Entonces lo noto tensarse y respirar profundo.

—Tranquilo, no voy a hacer nada. Iremos todo lo despacio que necesites. No tengo nada de prisa.

—Pero... ¿quieres que yo...? —Baja la mano a mi bragueta y yo lo detengo sujetándolo de la muñeca—. No me importa, Declan.

—Pero a mí sí. El día en que me toques, quiero poder devolvarte el favor.

—No es ningún favor, idiota. Quiero tocarte.

—Y yo me muero por que lo hagas, pero no hoy. —Me muerdo el labio inferior y se me ocurre una idea tonta que ya no hay manera de que se me vaya de la cabeza. Así que se lo suelto, sin más—: Podríamos... hacerlo. Me refiero a tú en ese lado de la cama y yo en este. Con la luz apagada, si te da vergüenza.

—¿Quieres que nos hagamos una paja, como esas que se hacen los chavales en las pelis?

—No solo pasa en las pelis —replico recordando las acampadas y esas pajas que solían hacerse los chicos cuando estaban juntos y de las que yo me escapaba porque no me ponía nada y me moría de la vergüenza—. En la vida real también se hacen, ¿eh? Aunque yo siempre fui un bicho raro y más que ponerme palote me causaba pavor.

Su risa me calienta el pecho y otra parte del cuerpo que necesito aliviar.

—¿Y conmigo sí quieres?

—Tú me pones —admito—. Ya has sentido cuánto me pones.

Las ganas de encender la luz para ver cómo se ruboriza son enormes, pero me contengo. Quiero respetar sus tiempos, así que no pienso insistir si no me contesta. Ya se me bajará, o quizá pueda irme al baño y terminar solo. Sí, sería lo mejor.

—Oye, olvídalo, ¿vale? Voy un momento al baño y vuelvo enseguida. Es que así no podré dormir.

—Vale —dice, y, al ver que voy a levantarme, me sujeta de la manga de la camiseta y me empuja de nuevo contra el colchón—. Vale a que me parece bien que nos corramos juntos. Pero tienes que prometerme que no me vas a mirar.

—¿De verdad necesitas que te lo prometa?

Casi puedo ver su sonrisa atravesar las capas de oscuridad.

—No. —Y no es un «no» de esos que se dicen por decir. Es un «no» que asegura que confía en mí. Eso me hace sentir enorme y diminuto, y ponerme un poquito más cachondo. Y sí, esto no trata solo de sexo, pero también hay de eso, y es la primera vez que siento tanto por una persona a todos los niveles.

Me aparto de él para dejarle espacio y giro el cuello para hacerle la pregunta del millón:

—¿Puedo quitarme los pantalones o prefieres que me los deje puestos? Lo digo porque probablemente suene mucho y... —Vale, me estoy poniendo rojo, y él se está riendo de mí. Una risa ronca que se me pega—. No te rías, es una pregunta seria.

—¿Te das cuenta de que el ruido del que hablas solo me pondrá más cachondo?

El deseo se tensa más en mi interior, me baja por las piernas, me explota en las pelotas. Eso que dije antes sobre que es mejor que ganar una competición... iba en serio. Con Riley siento una euforia distinta, algo que no sé describir.

—Vale, pues me lo tomo como un sí.

Y sin más, me deshago de los pantalones y los calzoncillos y llevo una mano a mi durísima polla. Pero entonces lo siento moverse y suspirar y creo que ya ha empezado y me pongo nervioso porque no quiero que termine, lo cual es absurdo cuando se supone que nuestro fin se reduce a eso: terminar.

—¿Riley? —Más ruido, más nervios que se me acumulan en la tripa—. ¿Ya te la estás cascando?

Otra risa ronca.

—Esto se te da de pena, Declan. Te voy a dar un premio al mayor cortarrollos de la historia.

No le hago caso.

—¿Podemos ir a otro ritmo? No quiero que te corras tan pronto.

—Suelo tardar, no te preocupes por eso. Espera, ¿tú ya estás a punto?

—¿Puedes, por favor, apartarte la mano de los huevos? —le digo en un tono un poco demasiado alto.

Riley se echa a reír.

—Vaaale. —Y lo hace, lo sé por el ruido del elástico de los pantalones. Al parecer, soy el único que se ha quedado en pelotas de cintura para abajo; estupendo.

—Lo haremos juntos, ¿sí? Como si tus manos fueran las mías y las mías las tuyas, ¿vale?

—Vale.

Me relajo y respiro hondo.

—Súbete la camiseta hasta el cuello y acaríciate el pecho. Quiero que recorras los tatuajes, uno a uno. Es... lo que haría yo si te tocara —confieso con cierta timidez—. Los dibujaría uno a uno con los dedos y después con la lengua. Quiero aprenderme cada rincón de tu cuerpo.

Le digo cómo hacerlo, la cadencia, dónde tocar, cómo apretar. Y cuando advierto que está perdido en las sensaciones, lo hago yo en

mi propio cuerpo. Deslizo la mano por mi torso desnudo, bajo los dedos por mi abdomen, juego con mi ombligo. Nuestras respiraciones se aceleran, nuestros cuerpos buscan un contacto que no llega.

—Llévate la mano a la boca y métete dos dedos —continúo cuando siento que el cuerpo empieza a arderme, y que hace demasiado calor. Él no contesta, pero escucho el sonido de sus labios al chupar; eso me lanza una descarga directa a los huevos. Doblo los dedos de los pies con fuerza y me estremezco—. Llénalos de saliva y tócate un pezón con ellos. Y después el otro. Quiero que pienses en mi lengua, en mi boca succionándolos uno a uno, en mis dientes tirando de ellos. —Me paso la uña por uno de los míos un instante antes de darme un pellizco que me hace estremecer.

—Declan... —Gime y los dedos desnudos de sus pies rozan los míos. No me aparto y él tampoco lo hace; me acaricia la pierna con el talón y lanza otro gemido grave—. No puedo más, necesito tocarme.

—Hazlo. Yo... no voy a durar mucho —lo aviso.

Él no responde, está demasiado concentrado en su propia excitación, en rozarme la pantorrilla y en hacer que me retuerza por un placer que no me da, pero que siento como si lo hiciera. ¿Cómo es posible que esto me ponga más que todo lo que he intentado hacer este verano con gente a la que no voy ni a recordar? Gente a la que no le importo.

Bajo la mano a mi entrepierna, me envuelvo la erección en un puño y comienzo a acariciarme.

—Hazlo rápido, Riley, hazlo fuerte. Quiero sentirte.

Su respiración pesada me funde el cerebro y lo llena de luces brillantes, o tal vez tenga que ver con el hecho de que estuviera apretando los ojos con fuerza para aguantar un poquito más. Quiero alargarlo, que me escuche deshacerme por él. Es... como si de verdad me estuviera tocando. Su calor me envuelve a través del único punto en que nuestras pieles se rozan. Estamos juntos, en su cama, e imagino que lo tengo entre mis piernas, que se mueve contra mí, que me aprieta los huevos a medida que mueve la mano arriba y abajo a lo largo de mi longitud. Me la sacudo con suavidad

para evitar correrme y vuelvo a nosotros. En mi cabeza es él quien está encima, quien me mete los dedos, quien une nuestros sexos y me hace suplicar. La piel me hormiguea y clavo los talones en el colchón cuando intensifico las caricias y los gemidos de Riley se mezclan con los míos, provocándome deliciosos escalofríos por todo el cuerpo.

—Más rápido, Riley —baluceo al límite de todo.

No sé cuánto más dura. Debería darme vergüenza lo rápido que va a terminar, pero es Riley, y con él estoy bien, no tengo miedo, puedo ser yo.

Y es que no puedo más.

Acelero las sacudidas, los jadeos se me escapan sin control y él no deja de tocarme la pantorrilla y los pies, solo para que sepa que está ahí, a mi lado, y que voy a llegar con él. El pecho se me infla, incapaz de abarcar tantas cosas pero sin querer dejar ir todo lo que siento en este momento, todo lo que siento por él. Echo la cabeza hacia atrás y me agarro los huevos con la mano libre mientras aumento el ritmo y me dejo llevar por el placer, por el modo en que se mueve y gime, por las sacudidas, por el aire cada vez más pesado a nuestro alrededor.

El orgasmo llega como Riley lo hizo a mi vida, de golpe y sin avisar. Me corro con una intensidad que jamás he vivido, ni solo ni acompañado. Coloco la pierna encima de la suya y se la aplasto en un intento estúpido de que sienta algo de lo que estoy sintiendo, de que me vea. Y es una tontería, porque Riley ya me ve. Que esté aquí conmigo, que me permita este momento de intimidad cuando está claro que le cuesta, ya me demuestra lo mucho que me ve, y lo mucho que quiere que yo también lo haga, cosa que no he dejado de hacer desde que apareció en mi vida, por cierto.

La piel se me eriza, la tensión estalla y se diluye en cuestión de segundos, y yo continúo acariciándome hasta que mi cuerpo se relaja y deja de convulsionarse. El suyo, en cambio, todavía sigue temblando cuando advierto que se queda quieto y se baja la camiseta.

—¿Has llegado? —pregunto con cautela; estoy casi seguro de que no.

—¿Alguna vez habías hecho algo así? —me pregunta casi al mismo tiempo, y los dos nos reímos.

—No, pero te aseguro que no lo cambiaría por ningún polvo. Ha sido... la mejor experiencia sexual de mi vida.

Él resopla.

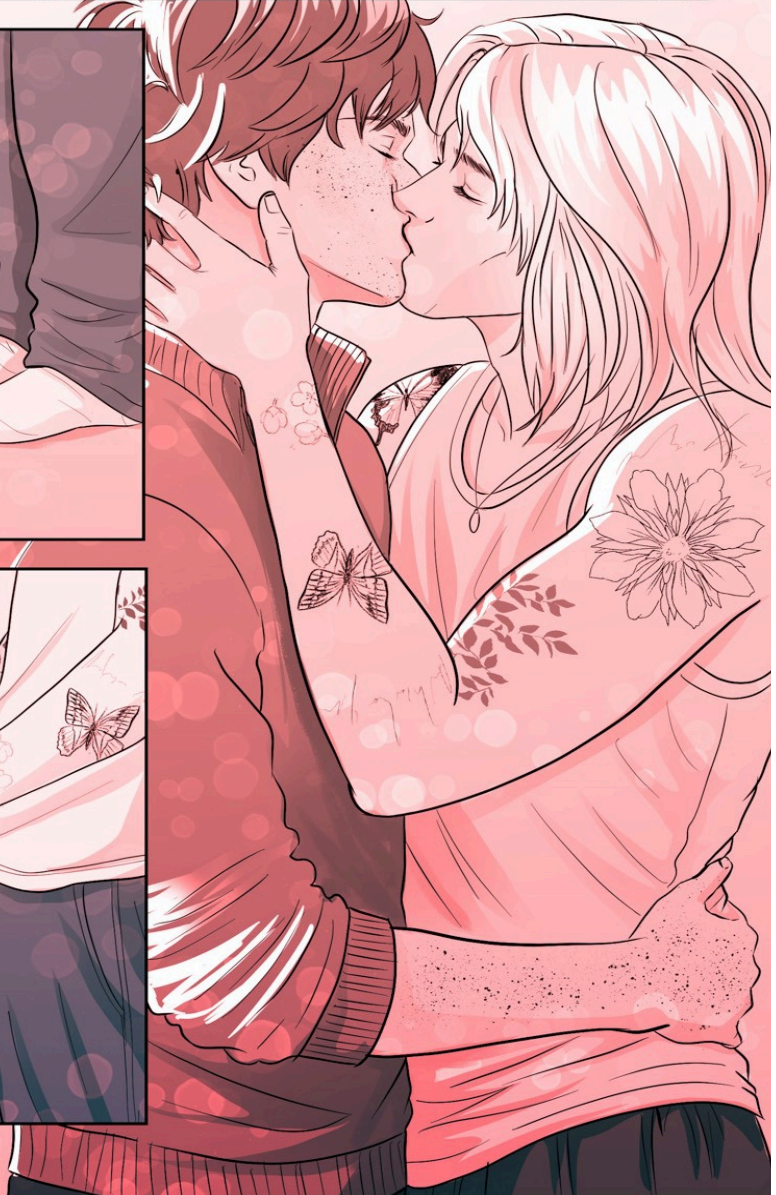
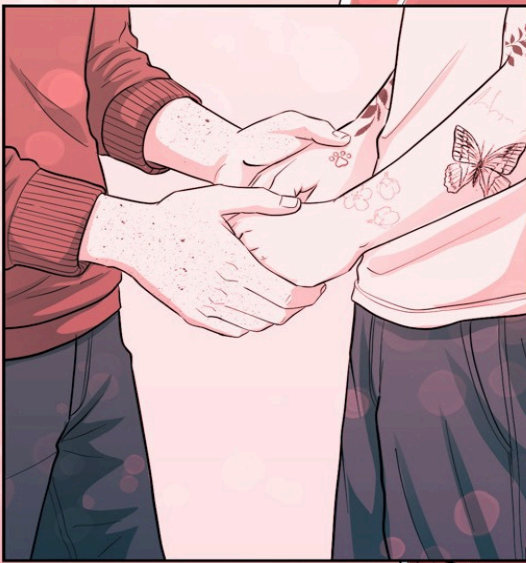
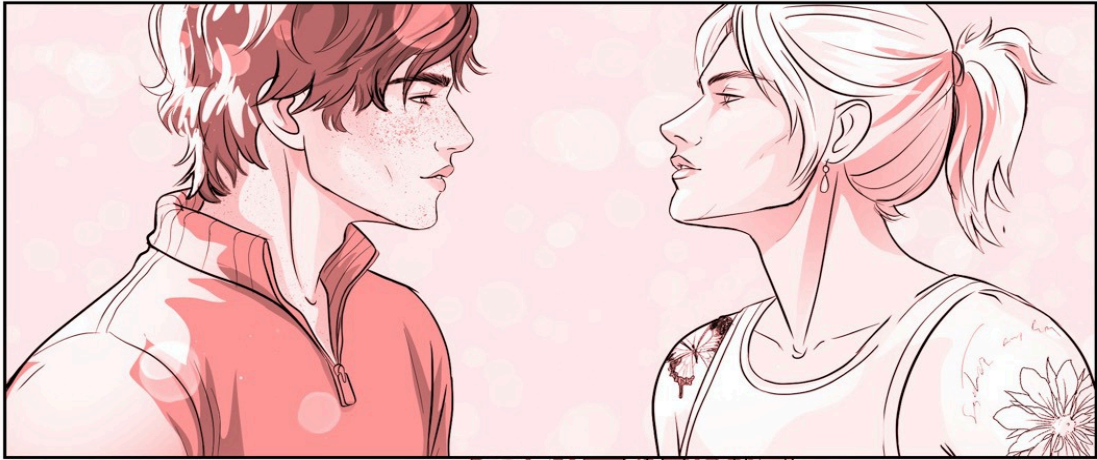
—Exagerado. Seguro que con ese novio que tuviste echaste unos polvos mucho mejores.

—Solo fue uno, y resulta que no eras tú. Aunque sentía cosas por él, nada se parecía a esto. Yo... nunca me había sentido así.

Rueda por la cama para girarse y nuestros pies vuelven a encontrarse. Bajo la oscuridad a la que empiezo a acostumbrarme, distingo que me está mirando, y eso me pone tan nervioso que aparto la vista para que no lea todo lo que estoy sintiendo, este sentimiento que no hace más que crecer y que me burbujea en el pecho. Es... como si me fuera a estallar el corazón.

—Nada se parece a lo que siento cuando estoy contigo, Riley. Solo quería que lo supieras, pero no tienes que decir nada ni sentir lo mismo.

Nos quedamos callados. Estoy hecho un desastre y necesito limpiarme, así que le pido que no se mueva, que vengo enseguida, y salgo de la habitación huyendo de una verdad que tiene dientes y de la que ninguno de los dos puede escapar.



VEINTINUEVE



RILEY

«Nada se parece a lo que siento cuando estoy contigo, Riley».

Estoy acojonado, pero me levanto de la cama. El cuerpo me tiembla, de miedo, de necesidad. No, no me he corrido, y después de escucharlo... necesito hacerlo. Necesito confiar en él, necesito que lo sepa. No que soy una mentira, eso todavía no. Necesito que comprenda un poco mi cuerpo. No quiero esperar a que se duerma para quitarme el calentón porque me da vergüenza decirle que no he llegado. Quiero poder pedirle que me toque cuando lo necesito. Y Dios, estoy ardiendo. Verlo ahí, deshacerse por mí aunque no le haya tocado ni un pelo, que me acariciase con palabras, que me preguntara con esa voz que intenta parecer dura pero está llena de calidez... Soy un puto cobarde. Tendría que haberle respondido a todo lo que me dijo. En su lugar me quedé callado, haciéndole pensar que sus sentimientos solo van en una dirección. Y no es así. Tengo que dejar de mentirle o terminaré por estropear lo más bonito que me ha pasado nunca, si es que no lo he hecho ya.

Con el corazón a mil, enciendo la luz de la mesita y atravieso la habitación con torpeza y demasiada prisa. Estoy tan concentrado en no tropezar con su ropa, que en algún momento ha debido caerse al suelo, que no me doy cuenta de que lo tengo delante hasta que me estampo contra su pecho y él me sujeta de la cintura y yo a él de los antebrazos.

—Eh —me dice, y yo me ruborizo al darme cuenta de que está desnudo de cintura para abajo, con esas piernas fuertes y esos gemelos que me demuestran lo mucho que le dio al fútbol gaélico cuando me fui del pueblo. Aún la tiene un poco hinchada y hay gotitas de agua descendiendo por su abdomen, como si se hubiera lavado—. No pensé que te la iba a presentar tan pronto. Ahora mismo está en estado comatoso y no muerde nada, así que quita esa cara, por Dios.

No quiero ni saber qué cara estoy poniendo.

—Me gusta en su estado comatoso —le digo, y él se sonroja, y qué guapo está con todas esas pecas que se encienden como si le hubiera dado a un interruptor.

Baja la vista para mirarme y yo la subo. Es diez centímetros más alto que yo y está más cachas aunque no se esfuerce tanto como yo para mantenerse en forma, pero jamás me ha hecho sentir pequeño. Le miro los labios y él mira los míos. Y no tengo ni idea de cómo pasa, pero en nada estoy sobre él comiéndole la boca y buscando un alivio que no he alcanzado cuando estábamos en la cama porque me podían los nervios y las inseguridades y esa necesidad visceral de esconderme con la que llevo luchando toda la vida.

Necesito sentirlo contra mí. Él parece entenderlo por cómo se aferra a mi espalda con más fuerza, por cómo me empuja contra la pared, por cómo lleva las manos a mi nuca, por cómo enreda los dedos en mi pelo para adentrarse más en mi boca. Jadeo y le rodeo el cuello con un brazo. Él hunde los labios en el mío; me acaricia con la nariz, lame, chupa, me besa la zona sensible por detrás de la oreja y se recrea en el *piercing*, y yo siento que me mareo y que no puedo más.

—Declan... —gimo cuando deslizo la otra mano por su culo desnudo y lo miro a los ojos, con ganas, con miedo, con tantas cosas que no soy capaz de explicar... Dios.

Él parece volver a entenderme, porque se agacha para unir nuestras frentes y arrastra el pulgar por mi cuello con una suavidad que me hace estremecerme.

—No has llegado, ¿no?

Dejo escapar el aire que me oprime el pecho. No necesito responder.

—¿Quieres que...? —Desliza una de las manos por la cinturilla de mis pantalones y yo me encojo porque no puedo dejar que se entere así; él parece leerme y vuelve a subir la mano a mi rostro—. Dime lo que necesitas. —Me besa la comisura de la boca. Luego atrapa mi labio inferior con los dientes, haciendo que me tiemble todo—. Háblame, Riley.

Trago saliva. ¿Cómo no voy a enamorarme de él? No es justo que sea tan bueno cuando no dejo de mentirle.

—Bésame y... —Qué difícil es expresar con palabras lo que necesito.

—¿Te subo a mi cintura? ¿Te gustaría sentirme?

Sonríó. Ahí está él, leyéndome la mente. Otra vez.

—¿Me pongo los pantalones? —pregunta con un titubeo y la vista clavada en su polla dormida—. No quiero que te sientas incómodo ni nada...

—Quiero sentirte —murmuro con la voz ronca.

Los ojos se le oscurecen y ahí está esa sonrisa que me hace temblar. Y entonces sí que sí, me agarra de los muslos y cuando me quiero dar cuenta estoy encima de él, con las piernas alrededor de sus caderas y la espalda contra la pared. Me besa suave pero profundo, penetrando cada rincón de mi boca, embistiendo con la lengua al ritmo de esas otras embestidas de sus caderas contra mi sexo. El placer es doloroso por la intensidad de tenerlo tan pegado a mí. Jamás había estado así con alguien, tan cerca, tan profundo. Es como si...

—¿Te gusta?

—Voy a correrme. —Y es la verdad. Ya estaba a punto antes y la sensación ahora es... increíble. Tengo el corazón a mil, las piernas me tiemblan y he empezado a sudar. Estoy hinchado y sensible, y la deliciosa fricción de su entrepierna al impactar contra mi prótesis de manera reiterada es demoledora. No pienso en si nota que no la tengo dura, no como él, no pienso en nada más allá del placer que me recorre desde la punta de los pies hasta la raíz del pelo. Él no deja de embestir, ni de besarme por todas partes. La presión de su

mano en mi pelo para mantenerme el cuello estirado y lamerme la garganta consigue que termine de romperme. Le clavo los dedos de una mano en el hombro y la otra en el culo, y me dejo llevar por los temblores y las sacudidas y el corazón que no deja de brincarme en el pecho.

Declan se aparta de mi boca para mirarme. Me mira como si fuera lo más increíble que hubiese visto nunca. Como si le importara. Como si me quisiera. Y cuando dejo de temblar y noto su dureza en mi ingle, sonrío de oreja a oreja.

—¿Podemos empezar de cero?

Y yo le digo que sí, que podemos. Por supuesto que podemos.

TREINTA



ANTES

RILEY Y DECLAN

—¿Cuándo crees que se rompe la magia? —preguntó Riley aquella tarde cuando por fin pudo escaparse de la fiesta y hundió los pies en las aguas del lago. Cumplía quince años y estaban en familia; no habían invitado a nadie más. Él no había querido. Y aun así... se sentía exhausto. Demasiadas miradas sobre él, demasiada atención.

Su amigo no tardó en sentarse a su lado. Sus piernas se rozaron bajo el agua y ambos sintieron cómo la piel se les ponía de gallina, cómo el calor les burbujeaba desde dentro a pesar del frío. Declan llevaba uno de sus cubos de Rubik en la mano, el clásico, y sus dedos volaban sobre él. Cada vez era más rápido. Cincuenta segundos era su récord.

—¿Qué magia?

—En un romance. Ya sabes, las parejas —explicó Riley con timidez. No podía dejar de mirarse las piernas ni de compararlas; las suyas parecían pequeñas ramas raquílicas al lado de las de Declan, más poquita cosa y más blancas a pesar de que su tono de piel era más dorado.

—¡Hala, cuarenta y seis segundos! —dijo Declan, y le entregó el cubo a él como trofeo—. Ahí tienes otro regalo de cumple.

Entonces por fin miró a Riley, y vio que tenía las mejillas sonrojadas y unos ojos cada vez más tristes. Los hombros se le encorvaban bajo esa ropa que le quedaba demasiado grande.

Declan sabía que le sucedía algo, se había pasado el cumpleaños ausente y apenas les había hecho caso a los regalos, y eso que había recibido muchos, casi todo telas para que confeccionara su propia ropa, lo único que parecía llenar de felicidad sus días.

—¿Crees que no soy capaz de armarlo?

—Sé que puedes, pero te aburre.

—¿Y a ti por qué te gusta tanto?

—Porque es como ordenar el caos con los dedos. —Declan se ruborizó y sus pecas se enfatizaron. Tenía tantas...

A Riley le encantaba tocarlas con la punta de los dedos, coger los rotuladores de colores, esos que brillaban en la oscuridad, y pintar encima de ellas. Luego apagaba la luz y lo hacía posar delante del espejo.

«Mira cómo brillas, Declan. Así te veo siempre. Las mariposas pueden ver la luz ultravioleta, por eso yo puedo verte así incluso cuando no tienes rotulador».

«¿Eres una mariposa?», le preguntaba él, pero Riley no respondía. No sabía cómo explicarle que no, que en realidad era una oruga que aún no había terminado de crecer, que intentaba encontrarse, buscar un lugar seguro donde cubrirse en su crisálida antes de que llegara el cambio. Pero lo sería. Algún día sería mariposa, y él seguiría brillando, y Riley lo seguiría viendo.

Declan observó cómo Riley cogía el cubo de Rubik y lo empezaba a mover. Blanco, amarillo, rojo, naranja, verde, azul. Tres pares de opuestos. Qué bonito era el caos, y qué fácil era para Declan ordenarlo. En ese momento pensó que ojalá pudiera ordenar con la misma facilidad lo que fuera que llenaba la mente de Riley. Declan sentía que el mundo se le caía encima cada vez que veía cómo se perdía en sus pensamientos.

Por eso alargó la mano y lo salpicó con el agua.

—¡No hagas eso!

—Pues espabila. ¿Qué era eso que decías de la magia?

—Hablabas del amor, tonto. —Riley lo miró a los ojos y notó esa cosa rara en la barriga que solo sentía con él. Y el corazón, que se le volvía loco. Riley quería apartar la mirada para que su amigo no descubriera lo nervioso que se ponía, ni cómo se le enrojecía la cara,

ni cómo temblaba. Aun así..., no se movió, porque era Declan y no quería huir de él, aunque estuviera a punto de hacerlo. ¿Cuántos días quedaban? Pocos, muy pocos. En nada, él y su familia se mudarían y no volverían a verse hasta... Riley no lo sabía, quizá pasarían meses, quizá toda una vida—. ¿Cuándo crees que se acaba?

—¿Por qué iba a acabarse?

—Porque todo se acaba.

—Bueno, mis padres siguen juntos, y se quieren, y los tuyos también.

—Pero son... anomalías, creo, y son nuestros padres. Seguro que han tenido que pasar por cosas que jamás nos dirán, y quizá el amor que sienten ahora no tenga nada que ver.

—Bueno, todos tenemos que pasar por cosas. Buenas, malas... ¿Qué más da? ¿Tú no estás deseando que pasen?

—¿Aunque duelan?

—Hay personas que merecen la pena. Y, no sé, creo que esas personas harán lo posible para que no duelan tanto. Creo que eso es querer a alguien: dejar que la otra persona sea sin dejar de ser tú mismo. Buscar un equilibrio, supongo.

Riley lo miró. Parecía tan mayor... No sabía cuándo había pasado. Ya lo había superado en altura, tenía los hombros más anchos, los gemelos más grandes, los brazos más fuertes. El pelo le había crecido más de la cuenta y los mechones le tapaban los ojos cada vez que se movía. «Qué guapo es», pensó Riley cuando Declan se volvió y le sonrió con timidez, y qué lejos empezaba a sentirse de él a pesar de tenerlo tan cerca.

Declan no podía ni imaginar todo lo que a Riley se le pasaba por la cabeza; estaba muy concentrado analizando sus propias palabras por si había dicho algo vergonzoso. Él era así. El chico más listo de la clase, el que leía los clásicos a escondidas y luego iba a los partidos de fútbol gaélico y se comportaba como el resto de los chicos de su edad; temía que el mundo supiera que era especial.

—¿Cuándo has crecido tanto? Pareces...

—Como me digas que parezco un crío me voy a enfadar —le advirtió Declan—. Tengo quince años.

—Yo tengo quince, tú todavía tienes catorce.

Y entonces se miraron. Riley vio cómo se le encendían las pecas, una a una, pequeñas lucecitas preciosas salpicadas de rojo.

—Me gustas. —Declan meneó la cabeza y se rio con nerviosismo—. Yo... te quiero, Ro...

A Riley se le saltaron mil latidos. Le puso la mano en los labios y no lo dejó terminar.

—No lo digas.

Declan le sujetó la muñeca para apartarle la mano y volvió a sacudir la cabeza. ¿Cuándo se había vuelto todo tan complicado entre ellos? ¿Y por qué?

—¿Que te quiero? Pero si ya lo sabes.

«Ese nombre», pensó Riley. No quería que lo pronunciara, no ahora. No sabía por qué, pero todo se rompería si lo hacía. Se sentía pequeño, diminuto, y tan frágil...

—Yo también te quiero. Ojalá todo fuera distinto. Ojalá...

—¿Qué quieres que sea distinto? —Declan tomó el rostro de Riley entre las manos y le acarició la mejilla con el pulgar; qué suave era, sentía que le ardían los dedos allá donde las yemas estaban en contacto con su piel—. Esto es perfecto.

—¿Esto?

—Tú y yo. Somos perfectos, Rory.

Y ahí estaban el dolor de barriga, el escozor de las lágrimas, esa sensación de mareo, de querer arrancarse la piel, de esconderse, de protegerse. Como una oruga buscando un lugar en el que resguardarse, así se sentía Riley. Una oruga insignificante. Se le escapó una lágrima y Declan se la quitó con los labios. Y se acercó más y más, y le dijo que lo quería, y sus labios se rozaron, y el miedo se fue, y su cara estaba muy cerca y brillaba.

Cuánto brillo. Qué bonito. «Ojalá no se apague nunca», pensó Riley.

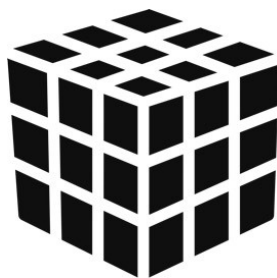
Declan quiso guardar el recuerdo en su memoria y encerrarlo con candado para que nadie se lo quitara nunca. Quería recordar ese momento toda la vida.

Entonces Declan cerró los ojos y besó a Riley.

Y mientras la oscuridad los engullía y el amor les burbujeaba dentro del pecho, comprendieron que nunca volverían a sentirse así con nadie. Riley pensó que el amor era sentir que no necesitabas caparazón, que fuese lo que fuese lo que pasara, estarías a salvo. El amor era encontrar tu lugar en el mundo. Declan, en cambio, solo podía pensar en parar el tiempo, y en que el beso durara para siempre. Por favor.

Luego abrieron los ojos y Declan volvió a pronunciar un nombre que no era el de Riley. Y Riley sintió que perdía el lugar al que pertenecía.

TREINTA Y UNO



DECLAN

—¿Hay algo que nunca perdonarías? —me pregunta Riley una de esas noches que pasamos juntos, en su cama, sin hacer nada más que dormir el uno junto al otro tras un día largo de trabajo en el teatro ahora que ya estamos de lleno con los preparativos.

Y puede que parezcamos dos abuelitos aburridos de la vida, como me señala Shay con tonito, y mi hermano con un gruñido de incredulidad, cuando lo comento en el *pub*, pero esas noches me dan la vida. Cada momento con Riley me da la vida, en realidad. Me gusta el sexo que tenemos. Es... contenido y a la vez excitante. Vamos despacio, muchísimo, pero las veces en que nos dejamos llevar son tan intensas que me paso los días pensando en qué vendrá después y en si siempre sentiré este remolino de nervios, estas ganas de querer guardar los momentos en cajitas de cristal al vacío para que no se acaben.

Hablamos de muchas cosas durante esas noches. De nuestra adolescencia, mi paso por la universidad, el suyo por la academia. De la vida, en general, siempre evitando mencionar ese futuro que a los dos nos da miedo, porque implica distancia, porque el tiempo es un ladrón y empieza a echársenos encima. Porque estamos llegando al final del verano. Al festival. Y me pregunto qué pasará después, qué pasará cuando tenga que irse.

Deslizo el brazo por su cintura y lo pego a mí todo lo que nuestros cuerpos me permiten. Yo estoy desnudo salvo por el bóxer,

él lleva la ropa de siempre. Todavía le da vergüenza que lo vea desnudo, y no tengo claro si es por timidez o por otra cosa.

Giro el rostro y le dejo un beso en el cuello, ahí donde el pulso le late demasiado acelerado, como si temiera mi respuesta. ¿Por qué? Eso tampoco lo tengo claro.

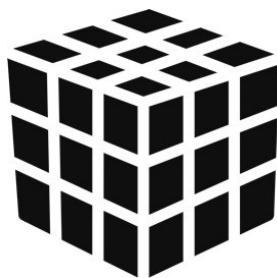
—El abandono, supongo.

—¿Lo dices por...? —Riley no acaba la frase y yo no añado nada más.

En realidad no hablo de Rory, no hablo de una persona abandonando a otra. Hablo de que se te meta la soledad dentro, junto al miedo y la angustia, y que todo se mezcle en un caos de los que tardas una vida en resolver, si es que tienes la suerte de hacerlo. Hablo de incertidumbre, de un dolor que no se va ni con el tiempo. Hablo de un abandono que te rompe en dos.

¿Podría perdonar algo así? Ni de puta coña.

TREINTA Y DOS



DECLAN

Agosto sigue su marcha y el teatro parece un mercadillo al que han entrado a saquear. Hay partes del escenario a medio hacer, telas y cortinas aquí y allá, micrófonos, cámaras, focos y reflectores, así como bloques y paneles de madera que dicen poco del escenario que queremos representar. Es... puro caos. Y me encanta.

Riley está nervioso, también guapísimo con esos pantalones negros ajustados, las botas Dr. Martens y esa camiseta azul palo de bordes deshilachados y el estampado de un helado de colores derretido en la parte frontal, con salpicaduras en la manga derecha. Mi madre le enseña el vestuario completo salido del taller y él suspira cuando le explica que hay que retocar alguno.

—Cielo, ya me ocupo yo. Ahora ve y diviértete —le dice después de darle uno de sus abrazos reparadores—. Solo quería que vieras por qué no voy a acompañaros a Galway. Me encantaría ir, pero no llegamos.

—No pasa nada, mamá. Millie y yo nos encargamos de inmortalizarlo todo.

Mi madre me abraza, le dice algo a Riley con un movimiento de labios que no comprendo y se marcha para encargarse de dirigir a los despistados.

Nos quedamos un rato por ahí y le enseño por encima las distintas salas, centrándome en la parte del escenario y tramoya, así como en los bastidores y cuartos donde estaremos los actores,

arreglándonos o esperando para entrar y salir. Nos detenemos un poco más en la sala de ensayos, controlando la hora. En nada tenemos que salir de camino a Galway si queremos llegar a una hora decente, aunque Millie ya se ha encargado de preparar el puesto donde Riley expondrá sus creaciones al día siguiente. Según nos ha explicado la chica, el festival no solo cuenta con puestos de ropa, accesorios y calzado; también incluye un pequeño desfile para diseñadores invitados y ponencias varias de gente del mundillo. Llamar la atención, que se fijen en ti y que resuene el nombre de tu academia..., de eso va todo. La ropa de Riley es la hostia, por cierto, pero él ya lo sabe. Que esté nervioso es lo normal, pero sé que hay algo más.

Necesito que deje de pensar, así que hago lo que mejor se me da: hacer el tonto y tocarle las pelotas. Y no de manera literal, todavía no hemos llegado a ese punto. No sé en qué punto estamos, pero no me quejo, la verdad.

Aprovecho que está concentrado en mirarlo todo, lo rodeo por la cintura desde atrás y hundo la nariz en su cuello. Huele a verano, a sueños que se hacen realidad, a él. Un olor incomparable. Un olor que me la pone dura al instante.

Suspiro hondo y empiezo a hablar:

—«Tu nombre va en mi pecho como en un cascabel y, como el alma mía jamás está serena, el cascabel se agita, y tu nombre resuena».

—¿Qué haces? —Riley se ríe e intenta apartarse, pero lo agarro con más firmeza.

—«De ti me lo sé todo, y aun más de lo que callo: sé que el año pasado, un catorce de mayo, saliendo de mañana, te soltaste el cabello, y era tal su hermosura, tal era su destello, que, como cuando miras hacia el sol de reojo y todo en torno tuyo adquiere un halo rojo, cuando aparté la vista de tu melena ardiente, todo lo que miraba se incendió de repente».

—Espera, ¿estás recitando *Cyrano*?

Le tiro del *piercing* con los dientes con suavidad y él jadea al notar mi erección en su espalda.

—Y ahora es cuando Roxane dice: «Eso es amor».

Riley sonríe, desliza una mano por mi cuello, la lleva a mi nuca, me besa. Un beso dulce y lento que me enciende como nunca.

—¿Por qué cojones te lo sabes?

—¿Tú qué crees? —pregunto a la vez que deslizo la lengua por su labio inferior.

Él eleva las cejas, la boca se le abre de la impresión y yo me río a carcajadas. Ha valido la pena haber guardado el secreto hasta ahora, aunque dudo que se pueda considerar «secreto» algo que sabe todo el mundo.

Él me empuja para apartarme, pero me vuelvo a pegar a él, y a hundir la nariz en su cuello, y a respirar su olor.

—Para y dime por qué no me lo dijiste. Sabía que ayudabas en la obra, pero no que tenías un papel, y menos de protagonista.

—No quiero parar y no te lo dije porque... Ni idea. Quizá quería que te dieras cuenta. Si es que lo sabe todo el pueblo. Llevo haciendo papeles principales desde los dieciséis años. No se me da mal interpretar y me puedo aprender casi cualquier cosa gracias a mi increíble memoria fotográfica —admito con sinceridad y no poca vergüenza. Fardar no se me da demasiado bien.

—Entonces la ropa... Ni siquiera me fijé en que eran tus medidas.

—Bueno, no te esperes una tremenda actuación. Y David, el profesor de Educación Física del instituto, hace de Roxane. Ya sabes, aquí se estila lo del teatro antiguo. Solo participan hombres. Normas de mi padre, ya ves. Intentamos abolirla el año pasado, pero ninguna mujer se quiso presentar al papel de protagonista femenina, ni a ningún otro, ahora que lo pienso, porque decían que les gustaba mucho cómo nos quedaban las faldas a los hombres.

Riley me mira como si le estuviera tomando el pelo, y se ríe en cuanto se da cuenta de que no. Para nada. Lo llevo de la mano al centro de la sala, allá donde los guiones de la obra de teatro llenan las mesas.

—¿Lo has leído? —le pregunto.

—Sí. Y he visto alguna adaptación. Es... triste. Odio el final.

—Bueno, las mentiras son tristes. No puedes sostener un amor con ellas.

—Él solo quería que Roxane fuera feliz.

—¿Y crees que lo fue? —Me acerco, despacio, y estiro los brazos para sujetarlo de los bolsillos del pantalón y atraerlo hacia mí—. Nunca tuvo la posibilidad de querer a la persona de la que estaba enamorada, solo quiso una mentira. Sí, él acaba muerto, pero ella acaba destrozada y confundida. «¡Tan solo he amado a un hombre y lo pierdo dos veces!». Esas son las palabras de Roxane. Es... horrible, si te paras a pensarlo.

Riley me mira durante tanto rato que me pongo nervioso y no sé por qué. Sus ojos verdes me recuerdan a un bosque espeso, más oscuros e insondables que de costumbre. Parece triste y odio la idea de que lo esté.

Me inclino, enrosco sus mechones entre los dedos y le sonrío con todo lo que soy. Él me clava los suyos en la cintura y cierra los ojos un instante antes de volver a mirarme. Y ahí está la tristeza, y aquí estoy yo, que no sé qué hacer con ella.

—Eh, solo es una historia tonta.

—Siempre hay verdad en las historias —replica Riley—, por muy tontas que te parezcan.

—¿Me vas a contar qué te pasa? Sé que estás nervioso por lo de mañana, pero hay algo más, ¿me equivoco?

Él se encoge de hombros y me rodea con los brazos, apoya el rostro en mi pecho y se deja abrazar. Y quizá sea ese acto vulnerable lo que más me inquieta. Porque Riley siempre está en primera línea, siempre lleva las armas. Y ahora es como si se rindiera, signifique lo que signifique eso.

—Mañana vas a conocer a mis padres.

—Lo sé. —Le beso la frente—. ¿Eso es lo que te preocupa? No tienes que presentármelos si no quieres. Es decir, no es que seamos novios ni nada. Ni siquiera hemos hablado del final del verano.

—Ya lo sé, pero... ellos te conocen.

Me conocen. A mí. Mi mente se llena de imágenes. Rory sobre el árbol llamándome gallina, Rory llorando porque no quiere ponerse el vestido de flores que le regaló su madre, Rory arrastrándome debajo de la cama para que ningún monstruo pudiera asustarnos desde abajo. Rory. Claro que me conocen. Por ella. Y por los padres de ella. Se me forma un nudo en la garganta que me cuesta tragar.

—No tienes que preocuparte por eso —le digo en un susurro áspero.

—Declan, ellos son... muy especiales. —Me toma del rostro para que lo mire—. Soy quien ves aquí y ahora gracias a ellos. Son unos padres maravillosos y he tenido muchísima suerte de tenerlos y contar con su apoyo incondicional. Y sé que cuando los conozcas todo va a cambiar, pero quiero que sepas que sigo siendo este chico muerto de miedo que ves aquí. Y yo...

—No me gusta nada —lo corto.

El dolor que veo en su expresión me atraviesa de lado a lado.

—¿Qué?

—Que el miedo no te queda bien —contesto y deslizo el pulgar por su mandíbula, sintiendo su respiración acelerada, sus nervios.

—Y aun así lo llevo auestas, como todo el mundo.

—Pues te lo quitaré y lo llevaré yo. Soy mucho más fuerte que tú.

Él se ríe y me pellizca la cintura en ese punto que hace que dé un respingo.

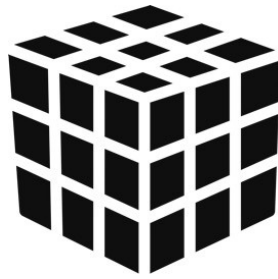
—No quiero que me quites nada, idiota. Solo quiero que me veas, ¿vale? Quiero que seas capaz de mirarme a los ojos y me veas a mí. Solo a mí. Prométeme que lo harás —dice con un deje de desesperación que no entiendo y que me pone la piel de gallina.

Lo estrecho entre mis brazos y le aparto el pelo de la cara. Tiene las mejillas sonrojadas y la preocupación pintada en todo él. El corazón se me acelera y creo que me tiemblan las rodillas de pura impotencia. ¿Todo eso de llevar su peso por él? Lo decía en serio. Haría cualquier cosa para que Riley estuviera bien. Ojalá confiara más en mí, ojalá se atreviera a explicarme lo que le preocupa de verdad, ojalá.

Pero como no lo hace y yo no tengo forma de convencerlo antes de poner rumbo a Galway, lo único que puedo decirle es:

—Riley, a lo mejor te lo tengo que tatuar para que te lo creas, pero cuando te tengo delante no existe nadie más. Nadie.

TREINTA Y TRES



DECLAN

Apenas me doy cuenta del camino a Galway. Shay y yo nos turnamos para llevar su vieja furgoneta, esa que heredó de su hermano. Tenemos los asientos traseros repletos de perchas con prendas que cuelgan para mantener la ropa planchada, aunque habrá que retocarla en cuanto lleguemos. De la música se encarga Riley. Está demasiado nervioso para hacer nada más. Shay intenta animarlo con sus chorradas, incluso habla de mi hermano, o más bien de su pene. Tengo claro que solo quiere mortificarme porque sabe que me cabrea, pero Riley solo pone cara de estar a punto de echar la pota, quizá por el trayecto de más de tres horas, quizá por la mención del rabo de mi hermano. A saber.

Llegamos a última hora de la tarde y nos da tiempo de ver el lugar donde se celebrará el evento, un hotel de cinco estrellas con salas habilitadas para las exposiciones y un pequeño escenario al fondo, donde el modelo de Millie y yo nos turnaremos para presentar las prendas de ambos diseñadores. Los techos son altísimos, y la decoración, llamativa, casi como un reflejo de la ropa de Riley.

Millie nos ayuda a planchar lo que se ha arrugado y entre todos colocamos la pequeña exposición y sellamos el lugar con las cortinas habilitadas para ello. Mientras tanto, nos cuenta que el modelo invitado es Oscar Broken, un activista trans con un millón de seguidores en redes sociales que viene para recaudar fondos para la ONG en la que trabaja. La mención del modelo hace que Shay

empiece a babear y que Riley se ponga más nervioso si cabe, y no tengo ni idea de por qué. O a lo mejor es por guapo, ya que una búsqueda rápida en internet me deja sin aliento. Qué mal repartido está el mundo, joder, ya quisiera yo tener esa piel y no todas estas pecas que se encienden al mínimo rubor; y ahora mismo debo parecer una bombilla dado el modo en que me miran Riley y su amiga, así como la sonrisita socarrona que me dedica Shay.

En fin. Oscar Broken. Lo odiaría si no fuera tan guapo ni tan buena gente como parece. Ojalá se quede calvo, al menos el tiempo que dure el festival, solo para que Riley no lo mire. Las comparaciones son odiosas y yo no pienso moverme mucho de su lado.

De ahí nos vamos a cenar y a ponernos al día. Millie no deja de mirarme y yo me siento extraño y esperanzado por su escrutinio. Significa que Riley le ha hablado de mí más allá de las videollamadas en las que la chica ha exigido que participe. De ella descubro que, además de tener un carácter fuerte, quiere a Riley con locura. Que se conocieron aquí, en Irlanda, cuando sus padres se instalaron tras años de viajar de acá para allá. Que fue en la academia y que ella tuvo un flechazo del que aún no se ha recuperado. Eso último lo cuenta con una risa nerviosa que provoca un gesto de desamparo en Riley y deja claro que su amiga no lo dice por decir, que detrás de la broma siempre se esconde la verdad. Por suerte, Shay está ahí para hablar de peces en el mar y de cosas relacionadas con el diseño.

Es en esa conversación, entre risas y copas que van y vienen y que Riley no prueba, cuando vuelve a repetir eso de que no quiere dedicarse a nada que tenga que ver con modas y desfiles.

—Lo que dijiste antes sobre dedicarte a la moda... —le pregunto en cuanto nos metemos en la cama horas después—. ¿De verdad va en serio? Ya sé que me habías comentado algo aquella noche en tu casa, sobre que querías vender la ropa y no tu imagen y todo eso, pero, no sé, creí que era lo típico que se dice por decir.

—Pues no, tonto. Es un mundo complejo y demasiado sacrificado. La mejor amiga de mi madre se dedica a eso. —Saca el móvil y me muestra algunos de sus diseños, reconocibles aunque no

tengas ni idea sobre moda, y yo tengo mucha gracias a mi madre—. No quiero que mi sueño se desgaste.

—¿Por qué estudiar en una academia como la tuya, con lo difícil que es entrar, si no tienes pensado ir a por todas?

—¿Y qué es ir a por todas? Para mí es aprender, empaparme de todo y marcharme con una mochila enorme que iré descargando cuando me dé la gana. Una mochila de sueños y no de cansancio y apatía. Quiero una vida tranquila, ya te lo dije.

—¿Y entonces? ¿Qué vas a hacer a partir de ahora?

—Algo sencillo, como lo del teatro de tu pueblo. Una obra inmensa en un pueblo diminuto no tiene por qué brillar menos, ¿no te parece? Quiero algo a pequeña escala. No sé, montar mi propia tienda online, hacer diseños personalizados, trabajar en un taller como el de tu madre. Eso me encantaría.

La esperanza se abre paso por mi pecho y sé que de ahí ya no se irá. Porque antes no tenía nada y ahora..., ahora tengo una posibilidad. Tenemos. Él y yo. Nosotros.

—Vaya —digo porque no sé qué más decir aparte del «por favor, quédate para siempre conmigo» y el «hagámoslo todo a la escala que quieras, pero juntos» que tengo en la punta de la lengua.

—Sí, vaya...

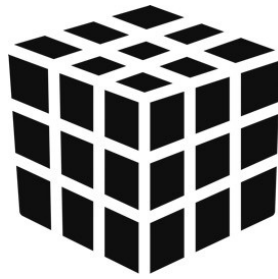
Se arrima a mí y me envuelve entre sus brazos, pega su boca a la mía, me besa, primero lento y luego se me sube encima y comenzamos un baile de jadeos y empujes de cadera que no dura demasiado porque estamos cansados y sobreexcitados.

Esa noche sueño con Rory, pero no tengo ni idea de qué. Solo sé que la tengo en la cabeza cuando me levanto y se queda ahí, instalada en mi puto cerebro, cuando bajamos a desayunar y Riley se pasa todo el rato atento al teléfono esperando a que llamen sus padres.

Lo hacen cuando salimos hacia el evento para avisar de que llegan tarde. Eso pone más nervioso a Riley, cuya idea era presentármelos antes de entrar. Le digo que no pasa nada, que disfrute del momento, que estoy con él. Y él me regala un beso que me deja sin aire antes de acceder al hotel.

Y todo parece que va a ir bien hasta que deja de hacerlo.

TREINTA Y CUATRO



DECLAN

Lo que sucede durante el evento lo tengo entre brumas. Rory sigue en mi cabeza, y no sé por qué. Ahí están sus trenzas, y su sonrisa de medio lado, ahí están sus ojos del verde oliva de las aceitunas.

—Cuéntamelo todo —me pedía cada vez que llegaba de entrenar cuando me apunté al equipo de fútbol gaélico. Y daba igual que yo intentara explicarle que no había nada que contar, que había sido un día aburrido sin más.

—Fue un día normal, como siempre.

—¿Qué es un día normal?

—Pues como ayer, como el sábado pasado. Nada que no sepas.

—Pero es que ayer fue ayer y hoy es hoy y el sábado fue el sábado. Son tres normalidades distintas. Y si son normalidades distintas, ¿no contradicen la normalidad en su definición? Vale, ya sé que suena raro y que probablemente solo me entienda yo, pero... ¿qué es la normalidad? ¿Tú lo sabes? ¿Lo sabe alguien?

Rory hacía ese tipo de preguntas que me dejaban con la cabeza llena de un ruido confuso.

—Declan, dime, ¿qué es para ti la normalidad?

—No sé. —Y era verdad, no tenía ni idea, no sabía a dónde quería llegar y me dolía el costado por el golpe que me habían dado y que me había dejado tirado en el suelo del campo durante varios minutos.

Rory sonrió, se apartó el pelo de la cara y siguió uniendo las telas que tenía entre las piernas. Mi madre le había enseñado a coser hacía unos años y ya se hacía su propia ropa. Camisetas holgadas, pantalones, petos... Todo demasiado grande. Cuando le preguntabas, sonreía y te decía que era la talla que necesitaba. Eso tampoco lo entendía.

—¿Qué es para ti? —pregunté para quitarme la sensación incómoda de la barriga, para huir del silencio, para intentar entenderla. Me costaba mucho hacerlo en los últimos tiempos.

Rory me clavó la vista. No recuerdo que me mirara así ninguna otra vez. En realidad, no recuerdo que volviera a mirarme de ninguna manera. Ese es justo el último recuerdo que tengo de ella, además del beso. Ni siquiera recuerdo el día en que se fue, solo que se marchó con su familia para no volver. Cuando se lo conté a mi nueva psicóloga hace unas semanas, me explicó cómo funcionaban los mecanismos de defensa contra el dolor de la pérdida, y que estaría bien que lo hablara con mis padres, que podría ayudarme a recordar. Y me asusté, porque de veras que no quería recordar a Rory. Después de tantos años de odiar su recuerdo, lo último que necesitaba era enterarme de que le había pasado algo. Odiar a alguien por abandonarte era una cosa, odiar a un fantasma, otra bien distinta. Y yo... en realidad nunca odié a Rory, solo la quería demasiado y necesitaba protegerme de alguna manera. Sí, hablar con mi psicóloga ayudaba. Y dolía como nada.

La Rory de mi recuerdo se acercó, me acarició la cara y me dijo con esa voz profunda y solemne que usaba a veces:

—Ser invisible. Eso es la normalidad. Ser... lo que soy ahora.

Le sujeté la muñeca, pero ella me apartó como si mi contacto le doliera mucho. Eso me puso nervioso, y me llenó de un miedo extraño por dentro.

—No lo entiendo.

—No quiero seguir siendo invisible, no quiero ser normal. Si soy normal, nunca me verás, y yo quiero que me veas, ¿comprendes?

No, no comprendía nada. Tragué saliva. Luego mis padres o sus padres, o quizá ambos, nos llamaron a cenar. Y no volvimos a hablar de normalidades ni de ser invisible.

Rory y yo no volvimos a hablar de nada y yo no volví a pensar en eso. Hasta hoy. Porque ahí están los padres de Rory, junto a un grupo de asistentes que se reúnen cerca de las exposiciones cuando terminamos de mostrar sobre el miniescenario las prendas de Riley y me quedo con el último modelo, un pantalón estilo *vintage* que me recuerda a uno de mis cubos de Rubik y una camisa de cuello en forma de uve abierta hasta el pecho. Holgada, fresca, de mangas anchas que me llegan a los codos, con un corte llamativo y de un intenso azul que destaca la palidez de mi piel y mis pecas. Todo el conjunto me evoca este verano que hemos pasado juntos y que está a punto de acabarse. Aquí, ahora.

Miro a los O'Brian como si fueran una aparición, como ese recuerdo que ha regresado a mí quizá espoleado por la terapia. Quiero acercarme, hablar con Riley, pero está demasiado ocupado atendiendo a los diseñadores que se acercan a felicitarlo, además de a sus profesores de la academia, compañeros y conocidos. Así que me quedo ahí, vivo pero inmóvil, como una grieta en el tiempo que ha empezado a resquebrajarse, escarbando, escarbando, escarbando...

TREINTA Y CINCO



RILEY

Ha visto a mis padres, lo sé. Y ellos lo han visto a él, quizá por eso aún no se han acercado a nosotros. Quieren darme tiempo. Entienden que no se lo he dicho, solo hay que verle la cara. Está más pálido que de costumbre y la sonrisa no le sale. Es... como si estuviera a punto de echarse a llorar. No he visto llorar a Declan desde el día en que se rompió el codo al caerse del árbol cuando trepó a mi ventana con once o doce años. Mis padres me dijeron que lloró cuando se enteró de que me había marchado, y que se negó a comer hasta que no pudo más, que las lágrimas se le caían mientras se metía la comida en la boca. Y entonces dejó de llorar, y de dormir en su habitación, y de quererme.

Estiro el brazo hacia él para apretarle la mano. Declan me mira con intensidad, pero no se aparta, y yo me pregunto a qué le teme ahora, después de tanto tiempo, si es a mí o a la verdad.

Estoy a nada de preguntarle, de decirle que esos de ahí son mis padres, cuando una voz que conozco bien me sacude por dentro. Hay un puto terremoto a mis pies y va a arrasarlo todo.

Suelto a Declan y me giro para encontrarme con unos ojos almendrados que ya no me parecen un puerto seguro, con una sonrisa de medio lado que me provoca un escalofrío desagradable. Y luego su voz... El mismo tono contenido con el que me dijo que lo nuestro no podía ser, que tenía que habérselo contado y blablablá. Dios.

De soslayo veo que Declan se gira para contestar algún comentario de Shay, pero no deja de prestarnos atención, ni de mirar a Richard como si fuera el hombre del saco.

—Vaya, me alegra ver que estás bien acompañado —me dice mi ex en un susurro, inclinándose hacia mí; está tan cerca que el olor de su colonia me hace apretar los dientes. Me aparto un poco para poder respirar y, al verme la cara, se apresura a agregar—: Eh, hablo en serio. Aunque no lo creas, estaba muy preocupado por ti después de cómo terminamos.

—De cómo terminaste conmigo —lo corrijo en un susurro.

Él me ignora.

—No contestabas a mis mensajes y tu amiga no me quiso decir dónde estabas. —La sonrisa que me dedica no me la creo en absoluto—. Vamos, que me alegro de corazón. Encima está cañón. —Mira a Declan de arriba abajo y a mí me entran las ganas de darle un puñetazo y terminar de cargarme su puñetera nariz torcida. Y debo poner mala cara, porque Declan le aprieta el hombro a Shay y se acerca a nosotros para presentarse. Intercambian nombres, pero no se dan la mano. Declan se mete las suyas en el bolsillo de ese pantalón que yo mismo he creado para él y que le queda como un guante, dejando claro que prefiere mantener las distancias; y yo quiero agarrarlo de la camisa y besarlo, volver a esos días donde solo éramos él y yo.

Richard carraspea, incómodo.

—Bueno, voy a saludar a unos colegas. Nos vemos después. —Pone rumbo hacia el otro lado de la sala, donde los profesores se han reunido en un pequeño grupo, cuando se lo piensa y vuelve a girarse para venir hacia mí—. Por cierto, se me olvidaba. Te he traído esto. Son tus colores. No sé si ya has visto al modelo, pero su ONG tiene un puesto en la otra sala. Deberías pasarte.

Me tiende el pin con los colores de la bandera transgénero. Y ahí no solo quiero darle un puñetazo; quiero arrancarle el puto corazón solo para que comprenda lo que se siente cuando te obligan a salir del armario así, de golpe y sin avisar. Declan se lo queda mirando, primero con confusión, luego como quien lleva demasiado tiempo viviendo con unas lentes empañadas y por fin puede ver con

claridad. Y Dios, la realidad es esta, la realidad soy yo. Sé el momento exacto en el que se da cuenta porque el rostro se le contrae, los párpados se le abren, los ojos se le enrojecen y el dolor le llena la piel de capas y capas que no podré quitarle con nada porque ya lo he perdido.

Lo he perdido, lo he perdido, lo he perdido.

Mira en dirección a mis padres, solo un momento en el que hay reconocimiento, y dolor, y mil cosas más con las que no puedo lidiar porque estoy demasiado ocupado intentando hacerlo conmigo mismo.

Cierro los ojos, los vuelvo a abrir. Me preparo para lo que viene a continuación, pero no sucede nada.

Declan se acerca a Richard, le quita el pin de la mano y le dice que él se ocupa con una sonrisa, que ahora vamos a ver al modelo. Y comprendo que jamás dejaría que ganara, que jamás me haría algo así. Declan es ese tipo de chico que se arrancaría el corazón y lo lanzaría lejos antes que hacer daño a alguien que le importa. Le da la espalda a Richard y se me acerca. Nuestros ojos se encuentran; los míos desesperados, los suyos a galaxias de distancia. Cerca pero lejos. Noto sus dedos torpes, su respiración acelerada, la vibración de su cuerpo. Y me pregunto si puede sentir el mío allá donde sus nudillos me rozan. Estoy temblando tanto... Dios. Necesito que me mire, explicarme, pedirle perdón. Necesito...

Declan me toma el rostro con suavidad, me gira la barbilla, me levanta los mechones y busca la cicatriz en la línea de pelo, de aquella vez que me clavé una rama al intentar ayudarlo cuando se cayó. Sería más fácil si me arrancara la camisa, si buscara esas otras cicatrices que son heridas de la guerra que gané, mi bandera trans en la piel. Pero no lo hace. Porque es Declan y jamás me haría algo así, no sin mi permiso.

Un escalofrío me recorre el cuerpo cuando noto el roce de su pulgar en la zona sensible de la marca. Su respiración profunda me hace cosquillas cuando deja de tocarme y se aparta para poner distancia, para alejarse de esta verdad que soy.

Veó la lágrima que se le desliza por la mejilla antes de volver su atención al festival, y a Millie y Shay, que no parecen haberse

enterado de nada. De Richard, ni rastro.

No hablamos y él no vuelve a mirarme mientras recibo halagos y un par de propuestas de diseñadores importantes. Lo que más me interesa es el «quiero que te ocupes de vestirme» que me suelta Oscar Broken cuando me paso por el puesto de la ONG y me hace apuntar su contacto. Por lo visto, quiere crear su propia línea de ropa, y destinar una parte del dinero recaudado con ella a otra ONG con programas de ayuda social, psicológica y de acompañamiento en los procesos de transición para jóvenes sin apoyo familiar. Y está interesado en hacerlo conmigo. Conmigo.

Mis diseños llaman más la atención que los de Richard, y eso que tiene la poca vergüenza de exponer algunos de los que me robó. Debería sentirme feliz, pero sigo queriendo darle un puñetazo, por joderme la vida, por romper todo lo que tengo con Declan, por haberme arrebatado la posibilidad de decirle la verdad.

En algún momento desaparece y yo lo busco por todas partes hasta que mis padres me explican que lo vieron salir del hotel hace un buen rato. Con el corazón a punto de salirseme por la boca, los abrazo con fuerza y salgo a la calle con el móvil en la mano.

No tengo que buscar mucho. Lo encuentro dos calles más allá, frente al parque donde hemos aparcado. Está apoyado en la furgoneta del hermano de Shay con la vista clavada en el suelo, la piel pálida, los ojos rojísimos de haber llorado.

El cielo se ha oscurecido y el viento empuja las ramas del roble que ocupa parte de la acera, creando sombras que se mueven por su rostro y lo hacen parecer más triste, más desvalido, más... roto. Dios. Me duele el corazón. Porque yo le he hecho esto. Yo.

—Dime una cosa —pregunta cuando se percata de mi presencia—, ¿pensabas irte otra vez sin más?

Su dolor se me clava dentro, una herida que sé que no se curará con nada. Porque él me duele de una manera en que nadie más lo hace.

—No, claro que no.

—Perdona que no te crea —dice con una risotada amarga—. Te odié, ¿sabes? Luego me odié a mí mismo por hacerlo. Yo... Llegué a pensar que estaba muerta. Incluso esta mañana lo pensé. Anoche

soñé con ella y, no sé, sentí una cosa rara, como un presentimiento o algo así. —Menea la cabeza y respira profundo—. Joder, qué absurdo todo.

—Es que es peor que eso. Rory nunca existió, Declan. Tienes que entenderlo.

—¿Que nunca existió? —Se incorpora y me empuja hacia atrás, con rabia, con tristeza y con tantas cosas que me tambaleo a pesar de que no emplea ni una mísera parte de su fuerza—. ¿Y qué pasa con mis sentimientos? Porque a mí me parece una prueba más que cojonuda de que sí existió.

—Y por eso nunca te contesté. Querías a una chica que odiaba todo lo que representaba, que quería arrancarse la piel a tiras. Querías a una mentira.

—Te equivocas. Te quería a ti. —Me clava un dedo en el pecho, en ese fénix que renació de sus cenizas y me convirtió en lo que soy—. Rory, Riley. Quería lo que tienes dentro, tu puto cerebro, tu corazón, el calor que desprendías, el cariño que me dabas. Y puede que no viera más que a Rory, pero yo era un niño que no sabía nada. Solo tenías que explicarme cómo te sentías y habrías dejado de ser la chica a la que quería para ser el chico al que quería.

¿Así de fácil? ¿Lo habría sido? Porque nada de lo que pasé fue fácil. Fue lo más jodido que he hecho en mi vida.

—Yo...

—Calla y déjame hablar —me corta—. Estoy harto de estar en silencio. ¿Qué hiciste con las cartas? ¿Las leíste al menos? Una palabra tuya y todo habría estado en su sitio. Jamás te habría hecho sentir pequeño, jamás te habría rechazado. Me da igual el cuerpo que tengas, solo es piel. El sexo no nos define. Tú mismo lo dijiste, no eres lo que tienes entre las piernas. Tampoco un nombre. Eres todo lo demás. Eres la persona que ha venido aquí y se ha enfrentado a sus miedos. Eres el chico que se metió en un quirófano y pasó por un infierno para poder sentirse algo más que un polizón en un mundo hostil. Porque lo hiciste, ¿no? —dice sin esperar respuesta—. Eres precioso, por dentro y por fuera. Y me has echado de tu vida como si yo no fuera nada.

Me tiembla la barbilla. No sé cuándo he empezado a llorar, pero las lágrimas se me caen sin control.

—No es verdad. Tú lo eras todo. —«Lo sigues siendo», quiero decirle, pero no me salen las palabras; el miedo no me deja.

—Ya, si se notó lo mucho que era para ti.

Declan sonrío con una tristeza que me deja sin aire y sin saber cómo defenderme. Así que digo lo único que se me ocurre: la verdad.

—Estaba aterrado.

—Y yo me moría de la pena.

—Ni siquiera entendía lo que me estaba pasando. Era un crío, Declan. Mi cuerpo estaba cambiando y yo solo quería que no lo vieran. Ya era bastante chungo lidiar con mi vida, ¿entiendes? Yo... Es que no podía. —No le digo que no podía lidiar con él, ni con nosotros, ni con ese amor que nos superaba a una edad en la que ninguno de los dos teníamos la fuerza necesaria para enfrentarnos a algo que se nos quedaba demasiado grande. Y no se lo digo porque sé que él lo sabe, aunque ahora mismo no vea más que dolor.

—Has tenido siete años, Riley. Y han pasado casi tres meses desde que regresaste al pueblo y a mi vida. ¿Y qué has hecho? Volver a tratarme como si no fuera nada. Nunca has creído en nosotros.

Le tiembla la barbilla y se le escapa un sollozo que llena la calle. Alguien pasa por nuestro lado, pero yo solo lo veo a él, solo lo siento a él. Me acerco y estiro el brazo para impedir que se vaya, pero él retrocede y niega con la cabeza, dejándome claro que no quiere que lo toque.

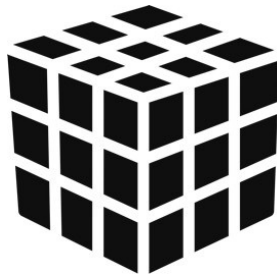
—No —dice, nada más.

—Declan...

—Por favor. —Y vuelve a negar.

Luego se marcha y yo me quedo ahí, pensando en lo difícil que es tenerlo todo y lo fácil que es perderlo. Y comprendo que he perdido al amor de mi vida, la única persona que lo ha visto todo de mí y me ha aceptado incluso cuando le he tapado los ojos, la misma a la que nunca he dejado entrar.

TREINTA Y SEIS



DECLAN

—¿Se puede saber por qué estamos en un partido de *hurling*? —pregunto después de una larga noche de *pub* en *pub* en la que he hablado mucho y he bebido mucho más mientras Shay intentaba que comiera algo. No lo hice, y mi hermano tuvo que sujetarme la cabeza cuando acabé echando la pota en unos baños que olían a mierda.

Por qué estaba mi hermano ahí y cómo apareció de la nada no lo tengo claro, pero se quedó con nosotros mientras se me pasaba la borrachera y llegaba el dolor, así, de golpe, como si alguien me hubiese echado un cubo de agua helada encima. El frío se me había metido en la piel y de ahí no se iba.

No sé cómo acabamos durmiendo en la parte de atrás de la furgoneta, ni cómo me pude terminar el desayuno, ni cómo terminamos en un estadio viendo un partido de *hurling* a las diez de la mañana.

—¿Has visto qué equipo es? —contesta Shay tan cerca de mi oído que creo que me va a estallar el cerebro—. El abuelo me mataría si no le envío al menos veinte vídeos.

—Sabes que puede verlo por televisión, ¿no? —replico.

—Es un partido amistoso. Bah, si es que no te enteras de nada.

—Perdona por estar centrado en algo más importante. Estoy sangrando, ¿no lo ves?

—Yo solo veo a un niño llorando —contesta mi hermano como si alguien le hubiese dado vela en mi puto entierro—. Y yo que pensaba que el cobarde era el otro... Que yo lo reconocí en cuanto lo vi, ¿eh? Pero el chico necesitaba tiempo.

Me giro hacia mi hermano con tanta brusquedad que el estadio, con todos esos jugadores que van y vienen y la gente vociferando desde las gradas, se convierte en una olla que da vueltas y vueltas y creo que voy a potar el desayuno.

—¿Qué? ¿Me estás diciendo que lo sabías? —Vale, estoy alzando la voz. Pido disculpas con la mirada a la familia sentada unos metros a la derecha.

—No grites, imbécil. Y piensa un poco con esa cabezota que tienes. —Liam lleva un puño a mi cabeza y hace amago de llamar con los nudillos, gesto con el que le encanta fastidiarme desde que era un crío porque sabe lo mucho que me toca los huevos; yo lo empujo para apartarlo con una mueca de dolor—. ¿Piensas en serio que mamá y papá no lo sabían? Por Dios. Eres el único que no se entera de nada, como siempre. Mira, ¿crees que ese chico se habría quedado si no le hubieses importado? Imagina lo que es vivir cada día con miedo a que descubras la verdad. ¿No se te ha ocurrido pensar que quizá no te lo decía para que no te pusieras como lo estás haciendo en este momento?

Lo miro con incredulidad.

—¿Me estás echando un sermón? ¿Tú? ¿Te recuerdo todo lo que me dijiste sobre él cuando llegaste?

—Solo intentaba que no te rompiera el corazón.

—Y ahora te pones de su parte.

—Ahora sé que solo intentaba que no se lo rompieras tú a él.

Que mi hermano me esté soltando toda esta mierda es algo que me toca las pelotas. Muchísimo. Como si yo fuera a hacer tal cosa, como si no conociera mis sentimientos.

—¿Y por qué cojones estás tú aquí, si se puede saber? ¿Estáis saliendo o algo? —Los señalo a él y a Shay de manera alternativa.

Los dos se ríen, pero a lo bestia. Y yo me hundo más en mi asiento porque ni llorar tranquilo puedo con ellos dando por culo.

—Tengo sueño. Podríamos seguir el drama en el hotel, ¿no? —dice mi hermano—. ¿Crees que nos dejarán quedarnos a los tres en la habitación? Sé que es temprano, pero no me apetece nada conducir hasta casa hoy después de la nochecita que hemos pasado. Podemos quedarnos el resto del día vegetando y volver mañana, ¿no?

Aprieto la mandíbula. ¿Es que no se toma nada en serio o qué? Busco la mirada de Shay para que me ayude un poco, pero está demasiado concentrado en sacar el decimoséptimo vídeo para su abuelo o por ahí.

—Venga ya, no te pongas así —se queja Liam al verme la cara—. Te estoy dando tiempo.

—¿Para qué exactamente?

—Para que se te quite la estupidez de encima y vayas a arreglarlo. —Eso lo dice Shay cuando por fin guarda el móvil y le aprieta la pierna a mi hermano en un gesto en el que no quiero pensar. Sea lo que sea lo que hay entre los dos, ahora mismo no puedo lidiar con ello.

—No hay nada que arreglar —replico.

—Ya —contestan los dos a la vez como si fueran siameses.

Los fulmino con la mirada, a los dos.

—Me echó de su vida. Probablemente vuelva a hacerlo. Lo hará en cuanto acabe el verano. Y ya no queda nada de tiempo. Se irá y yo me quedaré aquí echándolo de menos. Otra puta vez. No puedo soportarlo —digo con la voz rota y las lágrimas apuñalándome los ojos para salir—. Es que no puedo.

—¿Por qué crees que no te lo dijo? —pregunta mi amigo—. Todos estos años y cuando erais críos, ¿te has preguntado por qué? ¿Has intentado meterte en su piel?

—No se fiaba de mí.

—No se fiaba de nadie —replica él.

Ahora es mi hermano quien le aprieta la pierna a Shay en un gesto... ¿cariñoso? Joder.

—Mira, ¿recuerdas lo que pasó Shay cuando lo sacaron del armario a la fuerza? Fue horrible para ti, ¿no es así?

—Y tanto —asiente mi amigo.

—Tú no te acuerdas porque a veces parece que tienes el cerebro del tamaño de un colibrí, y eso que en proporción al tamaño del cuerpo son la hostia de gigantes —explica, porque Liam siempre explica cosas que nadie necesita saber—, pero ese chico lo estaba pasando mal. Las niñas le hacían el vacío, los niños lo insultaban por la ropa que se ponía. Marimacho era lo más bonito que le decían. Tú estabas en tu puto mundo y no te enterabas de nada. Habías empezado a salir con los otros chicos, te metiste en el equipo de fútbol gaélico y pasabas más tiempo fuera de casa. Querías mantener esa burbuja de felicidad que había entre vosotros todo el tiempo, pero no se sostenía.

Se me forma una bola en la garganta que me cuesta tragar ante el aluvión de recuerdos de esa época que me cruzan la mente: el hacer nuevos amigos, el pasar más tiempo fuera, el trepar a la ventana de Rory para descubrir que ya estaba dormida o que no tenía ganas de hacer nada conmigo. ¿Cómo puedo haberlo olvidado? Se fue y solo me quedó el adiós que no le dije, un corazón hecho añicos y mil cartas sin respuesta.

—Yo nunca habría dejado de quererlo. Nunca —digo tras minutos, horas, años enteros; el tiempo es esa cosa que pasa mientras me empapo de recuerdos e intento aguantar el desgarr—. No se fiaba de mí. Sigue sin hacerlo. He tenido que enterarme de la verdad por ese asqueroso que tanto daño le hizo.

—No creo que se trate de eso —replica Shay—. Solo tiene miedo. El miedo es incomprensible. Actúa por encima de tus deseos. A veces es más fuerte que tú y no hay nada que puedas hacer. ¿Vas a odiarlo por tener miedo?

—No voy a odiarlo por nada, idiota. —Lo empujó con la rodilla para apartarlo; no quiero que nadie me toque. Yo... necesito respirar y no puedo, y eso que estoy en un estadio al aire libre—. Lo intenté durante muchos años. Convertí su recuerdo en un templo al que no dejaba entrar a nadie, y, cuando me di cuenta de lo que estaba haciendo, de lo mucho que me seguía importando, intenté ensuciarlo. Por eso me enrollaba con gente en esa habitación. Quería destrozarlo todo. —La voz me tiembla y tengo que detenerme a tomar aire—. Pero no funcionó. Yo no sé odiar, y a él

siempre lo voy a querer. Creo que nací para quererlo. Y me da igual que no se fíe de mí o no me quiera de la misma manera; yo lo haré por los dos. Lo quise en silencio durante muchos años y lo querré a gritos a partir de ahora.

Mi hermano se levanta, suelta un suspiro hondo y me revuelve el pelo.

—Y aquí, señoras y señores, se acaba el dramita. —Las dos familias a los lados nos miran, ahora con caras de cabreo; también los adolescentes y el señor de la gorra que ocupan posiciones por encima y por debajo de nuestra grada—. Levanta, anda, que tengo sueño y me estoy cagando.

Shay se descojona. Yo miro a Liam con todo mi mosqueo, solo para ver si lo puedo fulminar o algo.

—¿Por qué eres tan desagradable?

—Lo dices como si tú no cagaras. Hasta el amor de tu vida lo hace, y mira que es guapo el cabrón.

Shay y yo nos levantamos y seguimos a mi hermano, que ya está atravesando las gradas y subiendo las escaleras.

—Pero, entonces, ¿te van los tíos de verdad? —quiero saber.

Más risas de Shay, un resoplido de Liam.

—De verdad que no te enteras de nada, tío.

Intento sonsacarle, pero pasa de mí, y Shay se pone a hablar con su abuelo casi a gritos, porque el señor está mayor y no escucha bien.

No es hasta que aparcamos en el hotel cuando de verdad me doy cuenta de lo que está a punto de pasar. ¿Estará Riley en la habitación? ¿Querrá verme? Dios, ¿por qué estoy tan nervioso? Me siento como si fuera a encontrarme con una parte importante de mí mismo que hubiese perdido hace mucho (pero mucho) tiempo, y en realidad es algo así. Este chico tiene un pedazo de mi pasado y todo mi presente; también tiene mi futuro, así que, técnicamente, lo tiene casi todo.

Cuando se lo explico a Shay y a Liam, el primero me da un beso en la mejilla, el segundo hace un gesto que imita una arcada y me recuerda que antes necesita cagar. Cómo quiero a mi hermano, joder.

Shay nos propone pedir algo de comer en el restaurante del hotel y subirlo a la habitación, porque la carta tiene buena pinta y él tiene mucha hambre, mientras yo le pregunto al recepcionista si podemos quedarnos la habitación un día más, y si tienen alguna cama supletoria, y...

—¿Declan?

No reconozco la voz de la mujer, quizá por eso que dicen de que la voz es lo primero que olvidas de una persona. Pero, cuando me doy la vuelta, sí reconozco su rostro, ahora con huellas de una vida que parece haber sido generosa con ella, y su sonrisa, y esos ojos que son hogar. Lucy O'Brian, la madre de Riley.

Y entonces me echo a llorar como un puto bebé, ahí, delante de un recepcionista que no sabe dónde meterse. Mi hermano no deja de repetir «qué vergüenza, tío, qué vergüenza», y «de verdad que me estoy cagando», y «madre mía, esto es incómodo de narices». Y Shay me aprieta el hombro, y ella me envuelve entre sus brazos hasta que dejo de llorar.

—Se ha ido —me explican Lucy y Finn, su marido, cuando consigo dejar de berrear. Nos hemos sentado en una de las salas comunes del hotel con un par de té y cafés.

—¿Cómo que se ha ido? —pregunto casi a gritos.

—No viniste a dormir anoche y estaba muy nervioso —me dice Lucy—. Se puso a enumerar todo lo que tenía que hacer en el teatro con tu familia y...

—Es su forma de evadirse —explica Finn—. Se refugia en sus creaciones y en el trabajo cuando no consigue lidiar con la vida. Quizá no te acuerdes, pero siempre ha sido así.

—Por fuera actúa como si no pasara nada, pero por dentro tiene toda una tormenta —agrega ella.

Trago saliva y me aferro a las manos de esta mujer que ha mantenido a mi chico de colores a salvo.

—No quería hacerle daño. Solo... necesitaba procesarlo.

—Lo sé, cielo, y no es culpa tuya. Es normal que estés confuso y enfadado. Y que necesites tiempo. Y él lo entiende, no te preocupes por eso.

—Estoy enamorado de él —suelto como si hablar de mis sentimientos fuese algo tan vital como mancharle la camisa de lágrimas; que se acabe el día ya, por Dios—. Yo... —bajo la mirada a nuestras manos, la cara me arde y estoy seguro de que mis pecas cegarán a cualquiera que se detenga frente a los cristales de fuera— espero que no os importe.

A ella se le escapa un sollozo. Su marido le acaricia la espalda con ternura y me dedica una sonrisa que me recuerda mucho a la de su hijo. Bonita, dulce, reparadora.

—¿Cómo nos va a importar? Que tenga a alguien que lo vea y lo respete... Lo único que hemos querido siempre es que nuestro hijo sea feliz. Y tú lo haces feliz. Todas las llamadas que recibíamos durante este verano... No recordamos haberlo visto así de feliz nunca. Es... como si le hubieses devuelto la infancia que la vida le arrebató llenándolo de miedo y confusión. Eres un regalo, cielo.

La garganta me arde, los ojos se me vuelven a llenar de lágrimas, pero no dejo que se derramen. Ya no. Adiós a la puta tristeza. Necesito ir a por él. Ya. Ahora mismo.

—Entonces, ¿puedo ser su novio?

No sé qué suena más alto, si las carcajadas de Shay o los resoplidos de mi hermano.

—Puedes. Pero antes tienes que leer esto. —Lucy saca una cajita rosa de forma rectangular del bolso y me la entrega; está rota y sucia de haber sido abierta y cerrada muchas veces; contengo el aliento al reparar en que está llena de cartas, tuyas, todas tuyas—. Luego puedes ir a buscarlo y podéis empezar vuestro camino juntos.

No le digo que nuestro camino empezó hace mucho, y que siempre hemos estado juntos, aunque nos hayamos perdido intentando encontrar otras salidas más... seguras, supongo. Y no se lo digo para no seguir aguantando a mi hermano y porque es algo entre Riley y yo.

Me despido de ellos, y Shay y mi hermano me dejan solo en la habitación para darme espacio y que pueda leer con tranquilidad. Solo llevo la mitad cuando salgo corriendo a buscarlos y los arrastro hacia la furgoneta. El resto lo leo durante el camino, con el sonido

de la lluvia cayendo con rabia contra el cristal y el de mi corazón intentando llegar al único lugar en el que quiere estar: con él.

TREINTA Y SIETE

CARTA DE RILEY

Hola, Declan:

Me gusta repetir tu nombre, ¿sabes?

Declan. Declan. Declan.

Lo hago a veces, cuando estoy solo en mi habitación y mis padres no escuchan. No quiero que se preocupen. Cuando se lo comento a mi psicóloga, me dice que no tengo que avergonzarme, y que siempre puedo intentar llamarte, o enviar de verdad una de estas cartas. Echo de menos pronunciarte. También echo de menos tu voz. Me imagino cómo sonaría mi nombre en tus labios. El nombre que yo he elegido. Riley. Luego me doy cuenta de que ya no recuerdo tu voz y se me pone un nudo en la garganta.

Ha pasado mucho tiempo desde la última carta, lo sé. He intentado escribir más, pero este año ha sido... complicado. Demasiados cambios, mudanzas, personas. A veces siento que camino por la vida como cuando vas por ese paso de peatones que hay en pleno Tokio, el cruce de Shibuya. Fui a Japón con mis padres en abril del año pasado, porque mi madre quería ver los cerezos en flor. ¿Lo has visto en las pelis? Estás ahí y a la vez eres invisible, insignificante, nada. Sientes tanto y nadie se da cuenta. ¿Cómo es posible?

Tengo veinte años, lo que significa que hace casi dos que empecé el tratamiento hormonal. Los cambios fueron rápidos. El calor, la

irritabilidad, el vello corporal, los granos que me llenaban la cara, el aumento de peso, el empezar a hacer ejercicio para mejorar mi físico... Fueron tantas cosas... Es abrumador, Declan.

Quizá te preguntes qué fue lo más duro, y quiero compartirlo contigo. Lo más duro fue lo que más necesitaba cambiar: mi aspecto. Un día me miré al espejo y no me vi. Tenía a un desconocido de mandíbula más cuadrada y una voz grave que me había arrancado la agudeza de la mía. Me costaba mirarme casi tanto como odiaba hacerlo antes de empezar el tratamiento. Ya no tenía que tapar los espejos para no verme, y, aun así, sentía que alguien ajeno a mí me estaba devolviendo la mirada. Me costó asimilar que esa persona era yo, esa que había estado ahí siempre, oculta, encerrada. Yo saliendo por fin a la luz.

Usaba binder por esa época, estaba obsesionado con ocultarme. Lo estaba incluso cuando dormía al otro lado de tu ventana. Nunca te diste cuenta de cómo me ocultaba. Los pechos me crecieron mucho a los quince... Los odiaba, tanto que a veces me hacía daño intentando hacerlos desaparecer. La disforia creció a medida que ellos lo hacían, y cuando me vino la regla me quise morir. No te diste cuenta de cómo me encogía y me encorbaba al caminar. Algunos pensaban que iba de «machito» por la vida, pero solo era mi miedo aplastándome los hombros. Me acostumbré tanto a protegerme que aún sigo haciéndolo sin darme cuenta. El cuerpo tiene memoria y hay cosas que nunca se van por mucho que quieras. El cuerpo no olvida.

La vergüenza me creció dentro cuando empecé a ganar peso y tuve que ir al gimnasio y enfrentarme a todos esos cuerpos tan distintos al

mío. Por nada del mundo quería que lo supieran. Mi amiga Cassandra (una mujer trans que estuvo a mi lado durante mi transición) me ayudó a elegir mis primeros packers, igual que lo hizo con el binder años atrás. Y me sentí un poco más tranquilo, más... yo.

Poco a poco, mi mundo empezó a estabilizarse. Me hice la mastectomía un año después de empezar el tratamiento y, después de mucho pensar y hablarlo con mi psicóloga, no quise operarme de nada más. Ya tenía que lidiar con las hormonas durante toda mi vida. No te voy a mentir en esto tampoco: no fue fácil. Pero ya estaba acostumbrado a que nada lo fuera, supongo.

Quería intentar estar en paz con mi cuerpo, y creo que lo estoy consiguiendo, Declan. Sé que no todas las personas trans sienten como yo, que cada caso es distinto, y que muchos no necesitan cambiar su físico. Al final, nos imponemos a una sociedad que te dice que tienes que parecer un hombre para hacer algo tan simple como entrar en el baño de los hombres, para que no te miren, para que no te juzguen. Y yo... necesitaba que me vieran como yo me veía. Quizá no lo entiendas. A mí me ha costado mucho tiempo de terapia aceptar que no soy un cobarde por ello.

Pero lo peor no fue eso. Lo peor fue mirar el fajo de cartas que llevo años escribiéndote y darme cuenta de que había perdido la posibilidad de mandártelas. Porque ya no era Rory, no era la chica a la que querías. Nunca fui una chica, Declan, pero así era como tú me veías. Lo más probable es que, si me pusiera delante de ti ahora, ni siquiera me reconocieras. Había muerto para ti, y algo dentro de mí,

esa fuerza que me había mantenido entero y que tenía que ver contigo, se rompió al comprenderlo.

Esta es mi última carta. No creo que pueda hablarte sabiendo que no volverás a escuchar mi voz ni verás el mismo rostro que yo veo al mirarme en un espejo.

A veces me da la sensación de que los hombres trans no existimos, ¿sabes? Se lo escuché decir una vez a un chico en uno de esos videos que me ayudaron a comprender quién era. Fue en la época en la que contaba los días para empezar el tratamiento y convertirme en la persona que ya era por dentro. El chico decía que solo existimos antes de la transición, y que cuando la hacemos somos tan eficientes que desaparecemos. Nadie nos reconoce. Somos un rostro nuevo en el baile de máscaras que es el mundo en el que vivimos. Nadie habla de nosotros, nadie nos menciona y nuestra voz suena igual que la de cualquier chico cisgénero. Uno más entre un millón. Pero estamos. Existimos, aunque nadie nos tenga en cuenta. Existimos, incluso cuando no nos ven.

Declan. Declan. Declan.

Qué bonito sueñas. La vida no fue amable conmigo, pero ¿sabes qué? He tenido unos padres increíbles que nunca me han hecho sentir pequeño ni han intentado convertirme en alguien que no soy. He tenido una vida difícil, pero en ella te conocí, y aunque nunca más me veas, quiero que sepas que siempre serás el lugar al que pertenezco.

Siempre tuyo,

Riley

TREINTA Y OCHO



RILEY

«Me has echado de tu vida como si yo no fuera nada».

«Nunca has creído en nosotros».

Las palabras se repiten en mi cabeza como una de esas canciones malas, con la diferencia de que esto es la vida, mi vida, y duele. Duele porque suenan a verdad. Lo eché, lo ignoré, y no creí en nosotros. No lo he hecho nunca. Y no entiendo cómo puedes querer a alguien y no creer. Es... como no creer en ti mismo. Y yo creo en mí. Si hay algo en lo que he creído siempre, es en mí mismo. Mi vida no ha sido fácil y el camino ha estado lleno de baches, pero he tenido unos agarres increíbles: mis padres, Millie, Cassandra y el recuerdo de un amor que siempre estuvo ahí, inmutable en el tiempo, pero en el que dejé de creer como quien deja de creer en los cuentos de hadas y en Santa Claus. Quizá porque me acostumbré a las miradas inquisitivas, al rechazo. Me aterraba que aquel chico al que tanto había querido me mirara diferente, estropear lo más bonito que he tenido nunca, lo que ni el tiempo me ha podido arrebatarme.

«Me has echado de tu vida como si yo no fuera nada».

«Nunca has creído en nosotros».

Necesito verlo. Necesito pedirle que me dé una oportunidad, decirle que se equivoca. Que creo tanto en nosotros que no he dejado que nadie más entre en mi vida como lo hizo él, que me he pasado años asegurándome de que nadie se acerque a lo que

fuimos juntos para no estropearlo, para no perderme. Porque sin él..., sin los recuerdos de lo que fuimos, no tenía nada más que un camino con bifurcaciones que podrían llevarme a alguna parte o a ninguna. Y yo sentía que no había lugares a donde pudiera ir que no fueran él.

Ese día no salgo del teatro. Emily está preocupada por mí. Ha hablado con mis padres, lo sé, pero no me ha comentado nada. Intenta distraerme, se asegura de que coma, me sirve una taza de chocolate tras otra, me pide que me cambie otra vez. Y mientras espero a que haga algunos retoques, me dedico a observar el decorado, ya casi terminado, que imita al París del siglo XVII. Incluso con las limitaciones de un pueblo como Spellwood, el resultado es increíble y resultón y todos se esfuerzan para que sea perfecto. El carro antiguo, la pastelería, la pequeña zona de guerra para el acto más dramático de la obra, el famoso balcón de Roxane...

Estoy tan concentrado en los detalles que no me doy cuenta del revuelo que hay en medio de la estancia, donde el grupo se reúne con los recién llegados, hasta que escucho su voz. Nuestros ojos se encuentran en la distancia y a mí se me saltan ocho mil latidos.

Ha venido, está aquí y me está mirando. Emily le dice algo, Shay se ríe por algo que le cuenta el grupo de actores, Liam tiene cara de querer estrangularlo, ni idea de por qué. Casi todos quieren hablar con él, pero él no aparta la mirada de mí. Está hecho un desastre. Tiene los ojos inyectados en sangre, la camiseta de manga larga arrugada y el cansancio en la piel, más pálida que de costumbre, menos llena de vida.

—¿Por qué cojones va de Roxane? —La pregunta va dirigida a Emily, pero me señala a mí mientras se acerca sorteando a los presentes con toda su gracia.

Emily lo sigue, libreta de tareas en mano.

—Declan, hijo, menos mal que has venido. Tienes que probarte el traje. Hemos ajustado un poco la cintura y...

—¿Dónde está David? —inquire al ver que nadie responde a su pregunta.

—Le ha surgido un viaje y no podrá estar aquí.

Declan se detiene delante de mí. Su mirada pasa de mi cara al vestido que llevo y vuelta a empezar. Es... como si no supiera dónde poner los ojos.

—¿Y le has pedido a él que haga de Roxane? ¿En serio?

Su tono de voz duele, mucho. Está enfadado. No me quiere aquí. Y vale, lo entiendo. Lo he decepcionado como nadie, pero... ¿de verdad me lo tiene que decir así, delante de todo el mundo?

—¿Tienes algún problema con que participe en la obra? Porque ya lo estoy haciendo desde el principio —le recuerdo señalando el vestido que llevo puesto, de falda dividida, escote cuadrado y mangas abullonadas, todo muy incómodo pero precioso y fácil de quitar, ya que el corpiño solo es una imitación que he creado para que los chicos se muevan con más libertad por la obra.

—No seas ridículo. Yo haré de Roxane.

Lo miro, me mira. No tengo claro cuándo se ha acercado tanto, pero me tiemblan las manos y el cuerpo, quizá por el enfado, quizá por los nervios de tenerlo ahí, tan cerca, cuando ya creía que no volveríamos a estar así.

—¿Por qué? —pregunta Emily—. Ya tenemos el vestido listo, solo faltan unos cuantos retoques.

—Pues lo retocas más. Yo haré de Roxane y tú de Cyrano —me dice como si él fuera el director de la obra—. Me sé los diálogos, puedo cambiar de papel sin problema.

—Pero yo no —replico—. Ya casi me sé todo el guion, y la función es en cinco días.

—Pero es que no puedes hacer de Roxane. —Hay tanta impotencia en su mirada... Tanta angustia...

Y entonces lo entiendo. Se me forma un nudo en la garganta. Algo dentro de mí se convierte en un charco de lava y creo que voy a llorar. De felicidad, de amor, de todo.

—Declan, puedo vestir de mujer sin ningún tipo de problema. Da igual la ropa que me ponga, sé quién soy.

—Además, está buenísimo —añade Shay, que sale de alguna parte y se cuelga del cuello de su amigo—. Nadie quiere ver tus piernas peludas bajo la falda.

—No se ve nada bajo la falda. Tenemos putas medias. —Declan lo empuja hacia atrás, pero Shay vuelve a colgarse de él arrancando risitas que se oyen por toda la sala.

—En serio, estás increíble —me dice Shay, y yo le sonrío con timidez, porque Declan me sigue mirando. En realidad, todo el teatro me está mirando y solo espero no sentir el mismo vértigo cuando tenga que actuar de verdad, porque madre mía...

—¿Algo más que quieras decirme? —pregunto.

—Muchas cosas —contesta con una sinceridad apabullante—. Yo... he leído tus cartas.

Me quedo sin aire, y no sé qué decir, así que no digo nada.

—¿Te parece bien?

—Las escribí para eso —contesto en un murmullo que no entiendo ni yo; así de nervioso estoy.

—Vale, chicos. De verdad que no quiero estropearos el momento, pero... necesito arreglar ese vestido —Emily me tira de la manga con suavidad—, y tú necesitas probarte el tuyo —le recuerda a su hijo—. Está en el cuarto del fondo, el que uso para coser. Hazlo y avísame para que lo revise. Y luego termináis de ayudar con la decoración, ensayáis un par de horas y podéis iros a hablar todo lo que queráis.

Declan va a replicar, pero su madre levanta el índice para acallarlo.

—Riley, cielo, pásame el traje para darle un par de puntadas y te la devuelvo. —Se me queda mirando y yo bajo la vista al vestido. No es la primera vez que me lo quito delante de ellos. De hecho, en lo que va de día lo he hecho cuatro veces, pero... él no estaba aquí, no me estaba mirando. Busco una salida, el baño o lo que sea, pero el «nunca has creído en nosotros» vuelve a caer sobre mí, y decido que no voy a esconderme. Nunca más me esconderé de él.

Cojo aire y lo suelto despacio mientras me quito el vestido y lo dejo caer al suelo. No aparto los ojos de él y él no despegamos los suyos de mi cuerpo. Es... como si me viera por primera vez. Distingo dolor, y orgullo, y un amor que no me merezco pero que es mío. Las lágrimas le nublan la mirada, la nariz se le enrojece, las pecas se le enfatizan allá donde el rubor se le extiende por la cara. Me agacho y le paso el vestido a Emily, quedándome en pantalones cortos y

medias, y ella me aprieta la mano con cariño antes de desaparecer en el cuarto habilitado como taller.

No me avergüenza mi cuerpo, todo lo contrario. Pero él está ahí y me está mirando. Y es... raro, y bonito, y excitante. Declan no me mira con rechazo, lo hace como si no existiera nada más hermoso en el mundo.

El silencio es apabullante y busco algo que decir, quizá sobre las cartas o sobre mis padres, cuando Liam se coloca detrás de su hermano y le pasa la mano con brusquedad por la barbilla.

—Deja de babear, tío, que das mucha grima.

—Quita, idiota. —Declan se revuelve y aparta a su hermano de un empujón cuando este le apoya el mentón en el hombro. Shay se parte de risa, lo que provoca las carcajadas de los presentes y también la mía. No sé quién de los dos está más rojo, si Declan o yo.

—¡Chicos, a trabajar! —Eso lo dice Emily, que saca la cabeza por la puerta para avisar de que nos vigila.

—¿Vienes a mi casa después? —le pregunto un poco demasiado nervioso. Todavía me está mirando el cuerpo, los tatuajes, mi piel al desnudo. Sigue rojísimo y me contengo para no cogerlo de la mano y arrastrarlo hacia mí, sentir el calor de su piel en los labios, comérmelo a besos.

La mirada se le ilumina al contestarme que sí con un gesto de cabeza. Liam le suelta un «puaj, tío, deja de mirarle los pezones, que das asquito» y le limpia otra vez la barbilla. A continuación, se empiezan a pegar y acaban en el suelo, rodando entre las telas del decorado. Emily los regaña. Yo solo puedo pensar en la forma en que se le han iluminado los ojos, y en que me ha dicho que sí, que quiere hablar conmigo, y en que aún hay esperanza.

Lo miro una última vez y me dispongo a buscar el guion para darle un último repaso antes del ensayo cuando lo siento acercarse. Me rodea la cintura con un brazo para girarme y acabo aplastado contra él. Su aliento me hace cosquillas en la mejilla cuando me sujeta la cara con la mano libre para alzarme el rostro y acariciarme el labio inferior. Tres segundos es el tiempo que me da para que me aparte. Luego atrapa mis labios, ahí, en el teatro, delante de todo el mundo. Me besa por todos los años en que no lo hizo, un beso

profundo que me deja sin aliento y con un nudo de nervios en mi interior.

Los aplausos llenan la estancia, Emily nos vuelve a regañar, Liam hace que vomita en el suelo y Shay le come la boca solo para que se calle.

Nosotros nos separamos para respirar. Y puede que nuestros labios ya no se toquen, pero los dos seguimos dentro del beso.

Declan hunde los dedos en mi pelo y me eleva al rostro para que lo mire.

—Te quiero, Riley. Tú eres el lugar al que pertenezco —me dice antes de soltarme y salir disparado hacia la habitación donde su madre lo espera para que se pruebe la ropa. Y yo me quedo ahí, con mi «te quiero» y la certeza de que sea donde sea donde nos lleve la vida, iremos juntos.

TREINTA Y NUEVE



ANTES

RILEY Y DECLAN

La primavera en Spellwood siempre olía a algo dulce, a hierba fresca, a sol. Olía al verano que se acercaba, a esa libertad que creías que podías tocar con la punta de los dedos, pero no. Olía a risas, a nervios, a la crema de cacahuets que Declan se untaba en los dedos y se llevaba a la boca en los desayunos en el jardín, esos que disfrutaban en familia los domingos por la mañana cuando hacía bueno. Pero también olía al Festival de San Patricio, con sus desfiles, su feria y esa música que no dejaba de sonar en las calles.

—¿Por qué te escondes? —le preguntó Declan a Riley cuando descubrió que se ocultaba en los vestuarios del pabellón deportivo, donde se celebraban los talleres de baile, las manualidades y los partidos de fútbol gaélico y *hurling*, tanto para adultos como para niños. Se había sentado entre las taquillas, en un pasillo diminuto donde nadie lo vería a esa hora, y Declan se colocó como pudo a su lado, arrastrando el culo y ocupando el poco espacio que había.

Riley quiso quejarse, pero solo le salió una risa ronca que Declan le devolvió con cariño.

—No me gustan las niñas, por eso —confesó sin mirarlo. Le daba mucha vergüenza que su amigo descubriera la verdad. Y es que Riley no se entendía con las niñas, no encajaba ni lograba conectar con ellas. Se sentía... raro. Invisible, pequeñito, un juguete roto. Y lo odiaba. No a ellas, claro que no, Riley era demasiado pequeño para

sentir una cosa como esa; lo que odiaba era lo que sentía cuando estaba con ellas. Ese malestar, ese estar pero no estar.

—Pues vente con los niños. ¿Ellos te gustan?

—Soy yo quien no les gusta a ellos.

—Bobadas. —Lo empujó con suavidad—. ¿Por qué no ibas a gustarles?

—Declan, yo no pinto nada ahí.

—Estamos jugando al fútbol, y tú corres más rápido que yo. —Declan lo volvió a empujar—. Y resulta que yo soy el más rápido de todos ellos, así que imagínate. Van a alucinar cuando te vean.

—No lo harán. Mírame. —Le dedicó una mueca y se señaló el cuerpo, el vestido horrible que su madre le había hecho ponerse—. No me parezco a esos niños. Ellos no quieren a nadie que no se les parezca.

—Si lo dices por la ropa, tengo alguna en la taquilla que te puedo prestar. A mí no me importa, aunque a lo mejor a ti sí. Es que huele un poco a sudor porque se me olvida llevarla a casa. —Declan se puso rojo, pero enseguida añadió, solo para quitarle hierro al asunto—: Además, ¿qué más da? No tienes que parecerte a nadie. Tú eres tú y ya está.

—Se le llama encajar, bobo.

—Encajarás, yo me encargo.

—No puedes encargarte siempre, no funciona así —se quejó Riley, y se abrazó más a sus piernas.

—Claro que sí. Eres mi persona favorita. Siempre habrá un hueco de tu tamaño a mi lado. Eso no va a cambiar. Y da igual si llevas vestido o chándal.

—Odio los vestidos. —Lo dijo intentando taparse las rodillas con la tela del suyo. Quería coserse la ropa al cuerpo para que nadie viera nada, para ocultar toda esa piel y lo que había debajo de ella.

—¿Te presto algo?

A Riley se le escapó una lágrima. Declan se inclinó hacia él, se la limpió con el nudillo y se la llevó a la boca.

—Qué asco —dijo Riley con una mueca.

Declan le sacó la lengua. Los rayos de sol entraban por las diminutas ventanas superiores y se derramaban sobre sus pecas.

enfatzadas por el rubor de sus mejillas. A Riley le pareció uno de esos duendes que decoraban los pasillos del pabellón y del colegio con motivo de las festividades de San Patricio.

—No da nada de asco. Tu dolor sabe salado, y me lo pienso comer cada vez que aparezca. Lo masticaré hasta que deje de existir.

—Es líquido, bobo —replicó Riley con una sonrisa—. No se mastica.

—¿El dolor? Porque tú lo digas...

Se sonrieron. A continuación, Declan se levantó, le dio la mano y fueron hasta su taquilla para coger las prendas más limpias que había. Sí que olían un poco a sudor, pero también a él, y a Riley no le importaba nada. Declan se puso a dar vueltas mientras Riley se cambiaba y, cuando por fin se detuvo a su lado, Riley sonrió con timidez.

La cara de Declan parecía un árbol de Navidad de lo mucho que brillaba.

—¿Vamos a machacarlos? —dijo.

Riley le cogió la mano y se acercó. Tenía las mejillas coloradas. Lo quería tanto... Le daba miedo la distancia que se abría ante ellos. Riley sabía que esa ropa que llevaba no lo salvaría por mucho tiempo; solo era un pequeño puente, un paréntesis que le serviría ese verano, pero el siguiente ya no. En nada el tiempo se lo comería y Declan no estaría ahí para correr a su lado. Porque no eran iguales, aunque Riley sintiera que sí.

—¿Qué pasa? —le preguntó Declan—. Estás poniendo una cara muy rara.

Riley abrió la boca, pero no supo decirle cómo se sentía. No pudo.

—Las cabinas de teléfono.

—¿Qué?

—¿Sabes ese momento en el que Clark Kent entra en la cabina y se cambia de ropa para convertirse en Superman? Solo son unos segundos, aunque puedan parecer eternos. Un paréntesis. Superman entra siendo una persona y sale siendo otra. —Riley bajó la vista un instante, tan diminuto como el tiempo que tardaba el

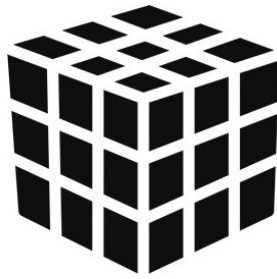
superhéroe en entrar y salir de la cabina con su capa roja ondeando el aire; sentía tanta vergüenza..., tanta... Y era raro, porque él era Declan, su Declan, y con él no debería sentir vergüenza, ni miedo, ni nada malo, ¿verdad? Y aun así... no podía evitar que el pulso se le acelerara y le sudaran las manos y se sintiera más extraño aún en su propia piel—. Tú eres mi cabina. Yo... tengo miedo todo el tiempo, pero tú haces que me sienta valiente. —Cogió aire y lo soltó de golpe, los dedos de ambos muy apretados—. Es más que eso, Declan; haces que me lo crea.

Declan sonrió. Riley también lo hizo.

Después, salieron al campo y volaron. Y Riley ocupó su sitio, siempre al lado de Declan. Y Declan no dejó de mirarlo en ningún momento. Y el tiempo pasó, y el aroma a primavera dio paso al verano, y pasaron más estaciones, y más años, y la distancia se fue abriendo más y más entre ellos, y el adiós terminó por llegar, y con él el invierno en sus corazones. Y el frío.

Sobre todo el frío.

CUARENTA



DECLAN

Pasan las once de la noche cuando consigo escaquearme de mi hermano y me cago un poco en la puta. Sé que no está bien, ha llegado a un acuerdo en el trabajo y ahora dice que se va a recorrer Europa porque necesita ver mundo, reordenarse la cabeza. ¿Cómo se reordena la cabeza de uno? No sé, pero no me gusta. Nada de nada. Lo he convencido para que espere un poco, para que se lo piense, pero su decisión parece ser inamovible. Incluso lo ha hablado con mis padres.

En mitad del drama, que por mucho que mi hermano lo niegue ha resultado ser peor que el mío, le escribí un mensaje a Riley solo para que supiera que no me había arrepentido de lo que le dije y para pedirle que me esperara.

Declan:

Mi hermano no está bien. Voy en cuanto termine.

Ni se te ocurra largarte.

Riley:

¿Y si no qué?

Declan:

Prueba y verás. No hay puto sitio en este mundo donde puedas esconderte de mí. Ya no.

Riley:

Uy, eso suena a acosador en potencia.

Declan:

Suena a chico enamorado hasta las trancas.

Riley:

Declan, ven ya.

Y voy, pero cuando el sol se ha ido, y eso que aún estamos en agosto y en verano tarda mucho en marcharse. Por suerte para mí, Riley me espera en el alféizar con la gata en el regazo, una manta peluda y una copia desgastada de *Frankenstein* en una mano.

—¿Y Hardy? Me tienes engañado —le digo cuando apoyo un brazo en la ventana, con una mueca que quiere parecer ofendida pero que no lo es, porque verlo me llena de fuegos artificiales el pecho y creo que voy a estallar si no lo beso ya.

—Te dije que no me gustaba tanto, idiota. Y entra, que te vas a congelar.

La gata suelta un maullido de disgusto y sale disparada hacia el interior de la habitación. Riley me ayuda a entrar y en nada estoy frente a él, nuestros cuerpos pegados, sus labios temblorosos, su mirada cristalina.

—Has venido.

Estiro el brazo y meto la mano en el bolsillo de su pantalón para atraerlo hacia mí. Lleva una de sus camisetas sin mangas, los brazos al descubierto con sus mariposas alzando el vuelo, su piel el único mapa que quiero recorrer por siempre jamás.

—¿Lo dudabas?

Él traga saliva, se encoge de hombros.

—Yo...

—Ni se te ocurra decir nada. —Tomo su rostro con una mano mientras lo pego a mi cuerpo con la otra, lo suficiente como para que sienta mi excitación—. ¿Cuántas veces has tenido que reclamar tus derechos, cuántas has tenido que explicar quién eras, cuántas? Me hiciste daño. Joder, me destrozaste. Pero eras un crío y tenías

miedo. Yo me habría hundido de estar en tu lugar. Y aun así... te dejaste ver. No dejaste que la vida te aplastara. Luchaste por algo que al resto nos regalan, luchaste por cosas por las que ninguna persona debería luchar.

—Declan... —Su voz suena rota, ronca, las lágrimas le inundan los ojos y está temblando, pero yo estoy aquí con él, lo agarro con fuerza, lo quiero, y no pienso dejarlo solo; jamás.

Deslizo los labios por su mejilla para beberme su dolor, le beso la punta de la nariz, la comisura de la boca, y le doy pequeños mordiscos en la mandíbula hasta que le arranco una sonrisa que me hace sentir un puto superhéroe, y también el tío con más suerte del mundo.

—¿Recuerdas aquello que me dijiste sobre lo de ser normal? — Llevo los dedos a su barbilla y se la subo con los nudillos; necesito que me mire a los ojos, que vea todo lo que siento por él—. Me vino a la mente el otro día. Yo... hay cosas que he olvidado. Para escapar del dolor, supongo. Ni siquiera fui capaz de reconocerte y, joder, soy gilipollas. —Él va a decir algo, pero no lo dejo—. El caso es que ese recuerdo vino a mí y no dejo de pensar en él. Me preguntaste qué era la normalidad y, cuando no te supe responder, me dijiste que para ti era ser invisible, y que no querías serlo porque entonces no te vería. Y no te vi, Riley. No vi nada. No vi lo que sufrías, no vi lo solo que estabas ni cómo te trataban, no vi que me estabas llamando a gritos. Estaba sordo y ciego. No entendí que solo necesitabas que te viera. Y, cuando te fuiste, no vi nada de lo que me contaste en tus cartas porque estabas muy lejos de mí. No vi lo mal que lo pasaste.

Riley lleva las manos a mis hombros; la angustia le vibra en la piel.

—No fue culpa tuya, eras un crío y yo tampoco te dejé... Me alejé porque era lo más fácil y luego no supe cómo volver a ti. Los años pasaron y yo cambié, primero de aquí —se señala la frente— y luego de todo lo demás. —Hace un recorrido por su rostro, por su cuerpo—. Había cambiado tanto... ¿Cómo podía presentarme delante de ti? Tú solo querías a Rory.

—No, yo te quería a ti —replico; los dedos me tiemblan en su piel—. Quería lo que tienes dentro, Riley; quiero lo que tienes dentro.

—Lo sé. Ahora lo sé. Pero tenía mucho miedo. Y si leíste las cartas..., entontes ya sabes cómo me sentía, y lo mucho que te echaba de menos. Eras mi amuleto. Me agarré a tu recuerdo y lo llevé atado a mi pecho. Cuando me fallaban las fuerzas, cuando me sentía solo y confundido, siempre regresaba a ti. —Suspira hondo—. Antes..., en el teatro, dijiste que yo era el lugar al que pertenecías. Tú siempre fuiste el mío. Siempre. Intenté que no lo fueras cuando conocí a Richard, quise olvidarte; pero ya ves cómo salió. Y luego volví y tú estabas ahí y eras mi hogar.

Lo estrecho entre mis brazos, fuerte, como si quisiera metérmelo dentro, y él suspira y hunde la cara en mi pecho, y llora, y yo dejo que lo haga porque a veces llorar te libera y él tiene derecho a ser libre. El viento agita las ramas, la gata ronronea, mi corazón retumba y el de Riley le devuelve los latidos. El tiempo pasa y resulta que a nosotros no nos puede importar menos.

Minutos o siglos después, cuando se recupera, le levanto la barbilla y me bebo de nuevo sus lágrimas, le quito su dolor y me lo quedo. Y sonrío. Y él me devuelve la sonrisa.

—Te veo, Riley. Y te quiero por quién eres y también por todo lo demás. Te quiero ahora y te voy a querer siempre. Y me da igual si el mundo nos ve como una anomalía. Míranos. —Lo cojo de las manos y me alejo un poco para examinarlo de la cabeza a los pies, y para que él me examine de la misma manera—. Somos una anomalía perfecta.

—Lo somos —repite él, y su sonrisa me parte en dos, pero de felicidad.

CUARENTA Y UNO



RILEY

—¿Cómo fue? —me pregunta un rato después, cuando nos metemos en la cama, mi rostro en su pecho, nuestras piernas enlazadas, sus dedos enterrados en mi pelo—. Quiero saberlo todo.

Trago saliva y hablo. Hablo durante horas y no me dejo nada, ni siquiera las partes más desagradables. La cirugía, los días en que sentía que quería morirme, los chicos que conocí en el centro de apoyo a personas trans, esos con los que sigo en contacto y aquellos que no aguantaron la presión y el dolor, la poca transfobia que he sufrido porque nunca he sido de arrimarme a nadie, ni de dejarme ver, pero la que sufren otras muchas personas cada puñetero día. Se lo cuento todo y Declan se queda conmigo, con sus manos acariciándome la piel de los brazos, con sus labios en el cuello y en mi mejilla, con su respiración cada vez más pesada, sintiéndolo todo, sintiéndome a mí.

—¿Tus padres lo llevaron bien?

—A veces sentía que ellos también hacían la transición conmigo —admito con una pena inmensa—. Y no solo eso, me aceptaron con todo. Soy un chico que nació en un cuerpo de chica y al que le gustan los chicos. Es como meterte en una de esas ollas que tanto nos gustaban de críos en las ferias, ¿recuerdas?, esas que iban a toda velocidad y te dejaban atontado. O mejor, como uno de tus cubos de Rubik, los que son rarísimos y ni tú sabes resolver. —Me estremezco al notar la sonrisa diminuta que se le forma en mi

barbilla, igual que el beso que me deja justo ahí—. Toda tu vida desbaratada por completo. Y ellos me aceptaron. No solo eso, también me quisieron, incluso cuando me enfadaba y me convertía en un chico desagradable que solo quería hacer daño para que nadie se diera cuenta de lo roto que estaba. He tenido mucha suerte, Declan. Ellos son... como los que conociste aquí, pero distintos. Son todo lo bonito del mundo.

—Me gustaría mucho conocerlos, y agradecerles que estés hoy aquí conmigo, a salvo.

Lo estrecho entre mis brazos, fuerte fuerte, y respiro. Dios. ¿Cuándo fue la última vez que pude respirar así? Sin miedo, sin ocultarme, sin nada más que esto que soy.

—Ya los conoces, tonto. Y te quieren. No te haces una idea de cuánto te quieren.

Y seguimos hablando. Y yo le sigo contando todo lo que se me ocurre y respondiendo a las preguntas que me hace. Y la vida puede ser muy perra, pero nosotros hemos encontrado nuestro sitio, el lugar al que pertenecemos.

CUARENTA Y DOS



RILEY

—Dime algo que quieras hacer con muchas ganas —le pido a Declan dos días antes de la función, cuando llega tras un día agotador de trabajo en el *pub* y se cuelga en mi habitación. Se tumba en la cama a mi lado, con Haruka sobre su cuello como si fuera una bufanda. No puedo evitarlo: cojo el móvil y le saco una foto que le mando a Cassandra. Hemos quedado en que se lo presentaría en cuanto regresara de sus vacaciones en Ibiza.

—¿Aparte de follar contigo? —Se gira con cuidado para no molestar a la gata y deja caer una mano en mi muslo, muy cerca de mi ingle, lo que hace que mil hormigas comiencen a danzarme por la piel—. A todas horas, quiero decir, y de todas las formas posibles.

Me río. También noto cómo las llamas se encienden dentro de mí, cosa que me pasa desde que lo tuve entre mis brazos por primera vez. Qué digo, me pasa desde que regresé a Spellwood y lo volví a ver en la ventana de su habitación; ahí me di cuenta de que estaba bien jodido.

—No seas tonto.

—Hablo en serio. Bueno, venga. Mmm. Quiero que vivamos juntos. No tiene que ser ahora —se apresura a decir al verme la cara—, aunque no me importaría, vaya. Me refiero a algún día. Tener nuestra propia casa, adoptar más gatos. Ya sabes.

—¿No quieres tener bebés? —pregunto con cautela.

—No he pensado en ello. Supongo que lo haría si tú quisieras, pero no es algo en lo que piense a corto plazo. Podemos hablarlo dentro de..., no sé, ¿quince años?

Siento una punzada de ternura y me cuesta un mundo no lanzarme sobre él.

—Me encantaría. Que siguieras queriendo estar conmigo dentro de quince años, quiero decir —explico con sinceridad y cierta timidez—. Hablar lo de si tener o no bebés también.

—Voy a estar contigo hasta que me muera, idiota. Eso nunca lo dudes. —Me pellizca la nariz como hago yo a veces, y yo no puedo hacer otra cosa más que sonreír, porque me encanta que lo haga—. Y ahora dime tú algo que quieras mucho mucho.

Me muerdo el labio inferior y entrecierro los ojos con desconfianza.

—Vale, pero prométeme que no te vas a reír.

—Eso es que me voy a reír seguro.

Sonreímos como los tontos que somos y entonces lo suelto. Porque con Declan no tengo que esconderme. Con Declan puedo ser, simplemente.

—Quiero bañarme en el lago como cuando éramos niños. Desnudo. Correr y tirarme al agua como haces tú. Es de las cosas que más echo de menos: poder hacer algo tan simple como lanzarme al agua desnudo sin miedo a que me miren raro.

—¿Como hago yo?

—¿Qué? Te he visto —admito con las mejillas encendidas.

Las risas de Declan espantan a Haruka, que se marcha muy digna hacia su rincón favorito, debajo de la silla del escritorio, donde le gusta dormir y observar lo que sucede a su alrededor.

—Así que me espiabas. —Sin previo aviso, me aparta un poco la camiseta sin mangas para estampar los labios cerca de mi axila y hacerme pedorretas. Me descojono y a punto estamos de caernos al suelo de lo mucho que me revuelvo.

—¡Para, idiota! —suelto, riéndome—. Y no te espiaba. Solo estaba en la ventana y tú pasabas por ahí.

—Admítelo, te gusta mi culo blanco.

Vuelvo a reírme.

—Pues sí. —La sonrisa no me cabe en la boca—. Y te recuerdo que prometiste que no ibas a reírte —musito, aunque los dos sabemos que no hizo tal promesa.

—Es que cumplirlo es muy fácil, Riley. Solo tenemos que salir, quitarnos la ropa y lanzarnos al agua. Fácil —repite con tonito.

—Irnos a vivir juntos también es fácil —replico imitando su tono.

Declan abre los ojos de par en par, lleva una mano a mi cara, acerca la suya, une nuestras frentes, suspira.

—Dios. Te comería. ¿Podemos hacerlo en el agua?

Suelto una carcajada.

—Ni de coña.

—Venga ya, mis padres no están y mi hermano se ha ido a su piso a llenar la maleta para el viaje. Vuelve pasado mañana para ver la obra. ¿Te dije que Shay se va con él? Al menos dos semanas. Luego ya verán. ¿Me estás escuchando?

—Te estoy mirando. ¿Te he dicho alguna vez que eres el hombre más guapo de la tierra? —pregunto, y lo pienso de verdad.

—No conoces a muchos, me temo. —Intenta mostrar indiferencia, pero yo descubro la emoción en sus ojos, la esperanza de que sea verdad. Dios, pienso dedicar la vida a demostrarle cómo de perfecto es para mí.

—No lo necesito.

Ahora sí que sí, sonrío con los ojos y la cara. Y yo lo beso hasta que le arranco un gemido y su dureza se me clava en el abdomen. Lo deseo. Dios. Lo deseo como jamás he deseado a nadie. Es algo visceral, de otro mundo, y aumenta con su olor, con el tacto de sus manos en mi piel, con el modo en que me mira, como si lanzara llamaradas allá donde sus ojos se posan en mí, con el roce de sus labios en los míos. Y su sabor. Oh, Dios, su sabor. Y con su lengua, que ahora empuja mi paladar. Y con el peso de su cuerpo sobre el mío, aplastándome, haciéndome arder.

—Vale, acepto solo frotamientos y besos —dice con la voz llena de un deseo que es reflejo del mío—. Después podemos seguir en la ducha, y en la cama. ¿Tenemos plan?

Me río a carcajadas.

Tres minutos después, corremos hacia el lago mientras nos vamos quitando prendas. La camiseta por aquí, los pantalones por allá. Tengo el *packer* ajustado dentro de la doble tela del bóxer, así que no tengo que preocuparme de que la prótesis salga volando y se pierda por ahí cuando me quito los calzoncillos.

Me lanzo al agua con el culo al aire, justo como lo he visto hacer a él durante el verano. Volamos juntos durante unos segundos en los que Declan toma mi mano al saltar y nos hundimos casi a la vez. Luego busca mi cuerpo, que se acopla al suyo, y nos besamos bajo el agua y sobre ella. Tiritamos, pero juntos somos calor y un verano interminable a pesar del frío que nos corta la piel. Y nos tocamos mucho, y nos frotamos mucho más, y gemimos, y acabo corriéndome en el agua porque estoy demasiado sensible, y Declan grita un «¡hurra, he ganado!» como si llegar al orgasmo fuera una estúpida competición.

Y me hace reír como jamás pensé que lo haría cuando en mi vida el sexo siempre ha estado ligado a la vergüenza, al rechazo, a cosas feas en las que odiaba pensar. Declan no me permite volver a caer en eso. Con él solo puedo brillar.

EPÍLOGO



DECLAN

—Repítelo —me pide Riley en algún momento de la noche, cuando la función termina y dejamos atrás el teatro para ocupar varias mesas del *pub*.

El lugar no está demasiado lleno y una chica de sonrisa bonita toca al piano canciones tradicionales que la mayoría de nuestro grupo baila en el pequeño espacio destinado a ello. A Shay no le toca trabajar ese día, así que se limita a chincar a su hermano y a sacarnos mil fotos que me manda por privado para que se las pase al resto del grupo.

Estoy achispado, pero Riley no. Solo está... cachondo. Muchísimo. Es por la testosterona. Me explicó que los primeros días tras la inyección la libido se le dispara. No deja de apretarse contra mí, ni de besarme el cuello, ni de mordirme, y yo agradezco que mis padres hayan decidido regresar a casa y dejar al grupo de jóvenes a su bola. No me apetece que tengamos que contenernos o fingir que no queremos arrancarnos la ropa, y con aguantar las burlas de mi hermano (y de Shay) ya tengo bastante.

—¿Dónde está Liam? —pregunto al reparar en que hace rato que no lo veo.

—¿Qué más da?

—No quiero que haga ninguna tontería.

—¿Shay entra en la categoría de «tontería» o está descartado? Porque creo que se han metido en el almacén —declara mi chico

cuando deslizo la mano por sus mechones para despejarle la cara. La tiene rojísima y está guapísimo.

—Si no supiera que es imposible, diría que estás borracho.

Riley se ríe.

—Estoy borracho, ¿no lo ves? —Se gira en el asiento y casi se me sube encima. Me besa, se aprieta contra mi muslo, gime, y a mí me van a estallar las pelotas al tenerlo así, excitado y ansioso por que lo toque. Que sí, que no es la primera vez, que hemos hecho cosas (muchas) en estos cinco días en que hemos estado pegados como dos siameses. Pero hemos decidido ir despacio, y con «despacio» me refiero a una escala caracol en lentitud. Y, joder, cómo me gusta ir lento. Cómo me gusta conocerlo más de lo que se puede conocer cualquier otra pareja con años de relación a sus espaldas.

—Riley... —Jadeo y me tenso cuando él desliza la mano entre mis muslos y me aprieta la erección con fuerza, con ganas.

—Que lo repitas, anda. —Ahora su voz suena a orden, a «o lo repites o te vas a enterar», y yo me quiero enterar, por supuesto, quiero cualquier castigo que tenga que ver con él. Quiero dárselo todo.

—«Me pides demasiado, porque, cuando en el cuento, al príncipe encantado ella le dijo: “Te amo”, su fealdad se esfumó, pero ya ves, Roxane: yo sigo siendo yo».

La sonrisa que se le forma en el borde de la boca la quiero lamer, así que lo hago. Lo agarro del pelo y le paso la lengua por ahí, le doy un tirón con los dientes y lo beso con una rudeza que lo hace gemir.

—«Te he hecho tan desgraciado» —continúa él con el diálogo en cuanto nos separamos para respirar, como si aún estuviéramos sobre el escenario. Solo que nuestro escenario es este: nuestros cuerpos unidos buscando un alivio que no alcanzamos del todo, porque necesitamos conocernos un poquito más, atravesar barreras, vergüenza, todo.

—«Me has hecho muy feliz» —replico yo, o Cyrano. Lo cierto es que yo sí he bebido, y la sensación de atontamiento no hace sino incrementar el deseo de cogerlo de la cintura y restregarlo contra mi

polla, hacer que nos corramos aquí, en el *pub* que me ha visto crecer—. Vamos a casa.

Riley se aparta. Los ojos se le han oscurecido y la manera en que los desvía a mi boca me provoca un cosquilleo demoledor en los huevos.

—¿Y Liam?

—Si está con Shay, la estupidez se comparte, así que podemos irnos.

Sonreímos. Pagamos la cuenta y le envió un mensaje a mi hermano para avisar de que nos vamos antes de salir hacia el coche. Aprovecho que Riley conduce para meterle mano. Cuelo los dedos por debajo de su camiseta, recorro su piel caliente y erizada, lo toco entre las piernas. Ahí jadea y aprieta el volante y me pide que pare, que está al límite, y yo le hago caso porque lo último que quiero es que tengamos un accidente.

Cuando por fin subimos a su habitación y le quito toda la ropa, me tomo unos segundos para mirarlo. Joder, qué belleza, cómo lo quiero.

La primera vez que lo tuve desnudo de verdad fue... increíble y a la vez aterrador. Que no se escondiera, que me permitiera verlo... Fue un subidón. El pecho se me hinchó de felicidad y de un terror hasta entonces desconocido para mí. No tenía ni idea de dónde tocar, de cómo moverme ni de qué le gustaba. Fue como si me hubieran arrancado la vista en mi adolescencia y me la hubieran devuelto de golpe. Aprendí a verlo al completo, a saber qué lugares podía tocar y cómo hacerlo para que cayera en mí del mismo modo en que yo caigo en él cada puñetero segundo.

Antes de quitarle los pantalones, Riley me habló de los *packers*, de los que tenía, modelos y tamaños, de cómo funcionaban. Me explicó que algunos eran para uso diario, una prótesis que se ponía en la ropa interior y servía para hacer bulto e imitar la forma del sexo masculino; otros podían usarse para algo tan básico como orinar de pie; y después los había más completos, para tener sexo o darse placer a uno mismo cuando se introducía una vértebra adecuada en él.

—Entonces... ¿puedes hacérmelo tú? Es decir, que no tiene que ser ahora ni dentro de dos meses. No tengo prisa, pero... ¿te gustaría? —Se lo pregunté con el pulso a mil y la cara encendida, y él se encendió conmigo y sonrió. Acababa de descubrirme un mundo y yo necesitaba zambullirme en él. Con Riley lo quería... todo. Despacio, porque él necesitaba sus tiempos y yo los míos, pero todo.

—¿Y a ti? —preguntó con la voz un poco demasiado ronca.

—Me encantaría mucho.

Luego nos besamos y lo desnudé. Todo Riley era un templo y me tomé mi tiempo para adorarlo. Sabía que no era fácil para él cuando esconderse siempre había sido como un acto reflejo. Por eso lo pregunté todo y él me aclaró lo que necesitaba saber. Sobre todo, me habló de su cuerpo y de cómo se sentía respecto a él. Me explicó que hacía mucho que se había reconciliado con él, en parte gracias al tratamiento y la terapia, y que tenía permiso para tocarlo aunque al principio pudiera parecer que no.

«Solo es la falta de costumbre», dijo.

«Nunca me he acercado a alguien lo suficiente como para dejar que me vea así», dijo.

«Solo podría hacerlo con alguien en quien confiara, y a ti te confiaría mi vida», dijo.

Por supuesto, le respondí que jamás le pediría tanto mientras buscaba con dedos y lengua esos rincones que lo hacían retorcerse y pedirme que lo repitiera y que no parara. Y todo fue «sí, sí, ahí», y «vuelve a hacer eso», y «más fuerte», y «creo que voy a desmayarme; me desmayo, Declan». Y yo me reía mientras hacía lo posible por que lo hiciera. Quería que se desmayara de gusto por mí.

Recorrí sus tatuajes, me los aprendí de memoria. La forma en que el fénix parecía moverse cuando deslizaba la punta de la lengua por él, o cómo las mariposas desplegaban sus alas cuando él se retorcía. Jamás había visto nada tan hermoso. Cuando se dio la vuelta y descubrí su espalda, toqué las colas del zorro, inventé una vida para cada una de ellas y luego las puse en movimiento con el roce de mi cuerpo sobre él.

Fue... mágico, y excitante, y lo que sentí no tenía nada que ver con ese sexo rápido y sucio que buscaba cuando intentaba

encontrarme y que terminaba por hacerme sentir vacío y solo. Tenía la polla durísima y me gustaba que la sintiera, del mismo modo que a Riley le gustaba que me restregara contra él. Los dos éramos inexpertos y nos ruborizábamos por nada, pero estábamos ansiosos por aprender. Y seguimos haciéndolo a nuestro ritmo, sin prisas, con un cariño y una entrega que nacían de la más absoluta confianza.

Él me está enseñando a entender mi cuerpo y me gusta pensar que yo también le enseño algo, por poco que sea. De los dos, siempre he sido el más lento. Qué le vamos a hacer.

Aprendemos a hablar un idioma nuevo que ahora recreo en su cuerpo cuando me pongo de rodillas y hundo la cara entre sus muslos. Lamo y succiono como sé que le gusta mientras él vibra y repite mi nombre. Riley entierra los dedos en mi pelo y dirige sus embestidas contra mi boca; una, dos, infinitas veces. La sensación de tenerlo así, tan excitado y caliente, me abruma y todo se vuelve demasiado intenso. Los sentidos se me disparan; los sonidos, el olor embriagador de su sexo mezclado con el sudor de nuestras pieles, su sabor en mi paladar, los colores, el tacto de su piel... La habitación se llena de gruñidos y jadeos y yo aprovecho para bajarme los pantalones y masturbarme al ritmo de sus empujes y gemidos. Él se corre antes que yo, entre espasmos y temblores que me ponen a mil.

Todavía no me acostumbro.

Yo he hecho esto.

Yo.

Me levanto y lo beso. Luego me lo subo a los hombros como un saco de patatas y lo llevo a la cama. Entre risas y protestas y más gemidos, me termino de quitar la ropa, cojo el lubricante y me pongo de lado detrás de él. Lo beso y me embadurno la polla. No voy a durar mucho y se lo advierto, así que opto por acomodarme entre sus piernas. Me deleito en la fricción cuando deslizo la erección en el hueco entre sus muslos, despacio, intentando alargarlo todo lo que puedo mientras los músculos se me contraen y el orgasmo me atraviesa en dos. Riley se gira para agarrarme del cuello y unir nuestras bocas, y todo se funde a mi alrededor.

El mundo allá afuera empieza a rugir, la lluvia se convierte en el eco de nuestros jadeos, y dentro estamos él y yo, dos mariposas a punto de alzar el vuelo.

DESPUÉS



RILEY Y DECLAN

La luz se derrama suave por el suelo enmoquetado del salón, uno de esos placeres a los que Riley no ha querido renunciar. Lo cambiará algún día, pero ahora no. Ahora quiere quedarse en calcetines y sentir la alfombra mullida bajo sus pies mientras escucha el golpeteo de las ramas al arañar el cristal, los maullidos de Haruka persiguiendo a un Declan que entra y sale de las habitaciones como si el alcohol se le hubiera subido a la cabeza, y eso que apenas ha bebido nada porque sus padres estaban ahí y él necesita que piensen que es un chico responsable. Riley sonríe. Ha sido la mejor fiesta de cumpleaños que ha tenido nunca y, a pesar de que sus padres no han podido venir, le han hecho el mejor regalo del mundo: la casa. Esta casa que ahora es suya y que aún huele al pastel de verduras de Emily y a la tarta de fresa que Shay trajo de su casa con veintitrés velas que Riley sopló con ayuda de Declan.

Declan. Sí, sobre todo huele a él.

Riley se asoma al pasillo para ver qué cojones está haciendo y se le escapa una sonrisa al verlo abrir habitaciones y mirar dentro y entre los muebles. Está guapísimo con esos pantalones negros apretados y la camisa con el cubo de Rubik que le regaló por su cumpleaños.

—Que se han ido, Declan. Por Dios, ¿puedes parar de buscar? Te pareces a Haru cuando pierde el peluche del caballito de mar y va por toda la casa buscándolo como si estuviera poseída.

—Es que quiero asegurarme. No sería la primera vez que mi hermano me gasta una bromita para asustarme cuando me quedo solo. Y no sé tú, pero yo no lo he visto salir.

—Ni a él ni a Shay. Se están liando, seguro. Te dije que habían vuelto y no me creíste. —Declan resopla y va a replicar, pero Riley no lo deja. No quiere hablar de nadie más que no sean ellos dos; de esa noche, su noche—. No están aquí, idiota. Además, dudo que tu hermano quiera ver todo lo que voy a hacerte. Y pienso hacerte muchas cosas, así que espero que no se le haya ocurrido montárselo en la habitación de enfrente, porque me voy a enfadar. —Lo suelta así, sin más, y a Declan le estallan burbujas en el pecho.

No son conscientes de quién se acerca a quién, solo del roce de labios, de dientes que marcan, de manos que aprietan, buscan, encuentran. Declan se sube a Riley a las caderas y lo empuja contra la pared como lo hizo meses atrás, cuando aún estaban empezando a conocerse. Lo besa suave y profundo, tal y como ha sido siempre su relación. Riley le pasa los brazos por el cuello y arquea el cuerpo para sentir su excitación. Dios. Lleva toda la tarde pensando en este momento mientras imaginaba cómo será la vida juntos a partir de ahora.

El corazón les retumba, el pasillo se llena de jadeos mientras sus cuerpos se balancean, se aprietan, se acarician. Cuando por fin suben a la habitación, Riley se quita la camisa, un diseño propio que le queda como una segunda piel y que ha tenido a Declan con una semierección desde que empezó la fiesta, y la deja caer al suelo. Y Declan deja de buscar en la casa para buscar en su cuerpo, su lugar favorito del mundo.

Riley vuelve a pensar en la cabina de Superman, en ese momento en el que no eres nada y a la vez lo eres todo.

—Bienvenido a casa —susurra entre beso y beso.

Declan se derrite y se aprieta más contra él. Su mente se llena de un «casa, casa, casa» que se mezcla con los gemidos, el ruido del viento al aporrear la ventana y el sonido de la cremallera de los pantalones de Riley, que también van a parar al suelo.

—Todavía no me creo que podamos vivir aquí. Tus padres son los mejores.

—Y los tuyos no van a dejarnos en paz —replica Riley entre fastidiado y encantado de que no los dejen en paz; tener dos padres está bien, tener cuatro es la hostia, la verdad—. Ya sabes lo que piensan de que somos demasiado jóvenes y blablablá.

—Lo dicen por decir. Créeme, conozco a mis padres y ellos me conocen a mí. Tengo casi veintitrés y me he pasado más años de los que puedo soportar echándote de menos. Si no es aquí, será en la luna, pero pienso ir donde tú estés. Mi vida, o la vida, en general, es así —señala el cubo de Rubik, un escupitajo de colores hermoso que es... tan Declan...—, y el amor también. Todo es caos. Pero ¿y lo bonito de buscar soluciones? He estado muy perdido, Riley, pero lo único que siempre he tenido claro en mi vida eres tú.

A Riley se le llena el pecho de mil sensaciones distintas. Los ojos le escuecen por el empuje de las lágrimas que ya no duelen, porque con Declan el dolor tiene otra forma. Es un dolor que no hace daño, que viene de sentir mucho y con mucha intensidad. Si tiene ganas de llorar es de puro agradecimiento, pero Declan lo besa y hace que se le olvide todo, le da forma al dolor, lo ordena, lo cambia.

—Voy a echar de menos que subas por mi ventana —musita Riley.

—Ah, no. Eso lo voy a seguir haciendo. Ver tu cara asomarse por la ventana es uno de mis grandes placeres. Y a Haru le encanta.

Riley se ríe. Y se besan. Rápido y profundo, con esas ganas que llevan acumulando toda la noche. Se terminan de desnudar con prisa, dejando fuera a una gata que protesta porque quiere jugar.

—Me gusta cómo has llenado la casa de cuadros y fotos —musita Riley.

Declan siente un arrebató de timidez. La verdad es que no ha hecho mucho más allá de encargár unos cuadros y pedirles a su hermano y a Shay que lo ayudaran a colocarlos en la casa donde Riley ya se había instalado de manera definitiva. No solo va a trabajar en el taller de Emily y montar su propia línea de ropa junto a Oscar Broken, también trabajarán juntos, y vivirán juntos, aunque Declan finja que no alguna noche solo por el placer de subir trepando a su ventana.

—Sé que es un poco caótico todo, pero la casa estaba fea, parecía desnuda y vacía de recuerdos. Y tenemos un montón, Riley. Este año juntos ha sido increíble. Desde que has vuelto, yo... —No puede terminar la frase, demasiadas emociones.

Riley lo sujeta de la nuca y lo besa en la punta de la nariz.

—Ey, para mí también lo ha sido. Y ya no pienso irme más. Solo la muerte me separará de ti, y ni eso. Siempre volveremos a encontrarnos. En otro cuerpo o en otra vida. Te lo prometo.

—No hables de muerte, idiota. Hoy es tu cumpleaños —declara por sexta o séptima vez en lo que va de día—. ¿Te he felicitado ya? Feliz cumpleaños —murmura y le muerde el cuello con suavidad.

Riley se ríe. Declan enreda los dedos en su pelo y lo besa como si se fuera a acabar el mundo y la misma vida tal y como la conocen.

—Cambiaremos los cuadros cada año y actualizaremos las fotos —propone Declan cuando se separan para respirar—. Seremos en presente mientras dibujamos el camino al futuro. ¿Qué te parece?

—Me parece que te quiero, y que jamás voy a poder merecerte. Pero me da lo mismo, porque me quieres y te tengo. —La voz de Riley suena temblorosa y en un tono demasiado contenido para ser suyo.

—Uy, ese «te tengo» ha sonado a que dudas.

—No dudo, bobo —replica Riley, y es verdad que no lo hace, aunque el miedo le pueda a veces, ese mirar a los lados por si alguien intenta arrebatárles la felicidad que se han ganado.

—Más te vale, porque me tienes. Absolutamente. Y ahora vas a tenerme en otros sentidos más amplios.

Riley sonríe y Declan lo empuja sobre la cama. Se le sube encima y lo besa. Sus cuerpos bailan, sus jadeos se oyen bien altos. Riley lo prepara como ya ha hecho otras veces cuando ha jugado con su próstata, con mucho cuidado y dejándose llevar cuando Declan se retuerce y gime de esa manera que parece que se va a romper en dos si no lo acaricia. Y Riley lo hace. Se mete la erección en la boca y lleva la punta a su garganta, tragando como sabe que le gusta, succionando y lamiendo sin dejar de mover los dedos en su interior hasta que lo lleva al orgasmo.

Declan siente que se muere, y que todo es demasiado intenso. El corazón le late tan fuerte que se lleva una mano al pecho solo para comprobar que no se le ha salido.

Riley vuelve a sonreír, toma su rostro entre las manos y lo besa; el sabor es intenso y Declan siente que eso es el caos, y que no quiere dejar de sentirlo nunca. Y siguen besándose un rato más. Y Declan enrosca los dedos en los mechones de Riley y hunde la boca en su cuello, lo muerde, lo lame, chupa, tira de su *piercing*. Riley siente que tiene mil corazones y que todos laten por él, por Declan. Y sus cuerpos se buscan, y los jadeos vuelven a llenar la habitación, y el tiempo parece ralentizarse, pero todo sucede demasiado deprisa porque tienen muchas ganas.

Minutos, años o siglos después, cuando ninguno de los dos puede esperar más, Riley se coloca el arnés y ajusta el *packer* con la vértebra. Deja que Declan se encargue de ponerle el condón y juegue con la prótesis mientras él lo besa y lo prepara un poco más. Declan respira hondo ante la avalancha de escalofríos que le recorren el cuerpo. Huele tan bien..., a fresas, a verano interminable, a sueños. No aparta los ojos de Riley mientras lo embadurna de lubricante y aprieta contra él de manera reiterada; el roce y la succión de su sexo contra la cavidad de la vértebra lo hace vibrar de necesidad. Riley siente que se marea. Es increíble que conozca tan bien dónde y cómo presionar para tenerlo jadeando y al borde del orgasmo. Declan se mueve sobre él como si usara un lenguaje que nadie más puede entender, porque les pertenece a ellos.

Riley lo detiene, temblando. Se siente hipersensible y sobreexcitado y no va a aguantar mucho si sigue así.

—¿Estás seguro de que elegimos el bueno? —pregunta Declan cuando Riley arrastra la punta por sus huevos y la vuelve a subir hacia su erección, que hace rato que volvió a la vida—. A lo mejor es muy grande.

—Es como la tuya, ¿no? Más o menos. —A Riley se le encienden las mejillas cuando desliza el *packer* por la polla hinchada de Declan, que se aferra a sus hombros como si fuera a caerse y suelta un jadeo. Riley sonríe; cómo le pone ese sonido. Y, como le gusta, repite el movimiento una y otra vez hasta que tiene a Declan con las

uñas en sus omóplatos y la boca en su hombro, clavándole los dientes mientras le pide «por favor, por favor, por favor» que no pare—. No tenemos que llegar al final, ¿sabes? Es decir, a mí con esto me vale.

El gruñido que se escapa de la boca de Declan lo hace sonreír.

—Pero a mí no, llevo mucho queriendo que lo hagamos así.

—Estás acojonado.

—No lo estoy. Bueno, vale, sí. Pero es que... ¿recuerdas lo que hacía cuando mi madre me llevaba a ponerme las vacunas?

Riley le dedica una mirada cargada de incredulidad. Porque sí, se acuerda, como también recuerda las trampas que el pequeño Declan ponía para evitar dichas vacunas y lo mucho que lloraba cuando lo pillaban.

—Es un poco distinto a una aguja, idiota. Además, se supone que ya lo has hecho, ¿no? No es tu primera vez.

—Pero fue hace mucho, así que es como si lo fuera. Además, no fue contigo.

Riley siente muchas cosas en ese «no fue contigo»; sobre todo, lo siente a él.

—No voy a hacerte daño.

Declan lo besa, fuerte, con lengua y dientes. A Riley le sobreviene un espasmo abrumador cuando su chico le pasa la lengua por la marca de la mordida en los labios. Los dos jadean y se mueven contra el otro, buscando un alivio que necesitan saciar; ya, ahora, en este momento.

—La mía es más grande —anuncia Declan cuando se separan y observa cómo Riley desliza la punta de nuevo por su erección; arriba y abajo, arriba y abajo. La fricción es deliciosa y podría correrse en cualquier momento. Por su gesto y la manera en que le tiemblan las manos, sabe que Riley está sintiendo un placer similar al suyo, y eso lo hace sentirse grande y diminuto a la vez—. Bueno, vale, a lo mejor sí es como la mía. Tengo una polla normalita. Al menos si la comparas con la de mi hermano, claro. Uf, es que la suya es tremenda. Aunque no la vamos a comparar. No vas a mirar a mi hermano ahí —le advierte casi con indignación.

Riley se echa a reír. Se le derrite el corazón al ver lo nervioso que está.

—No lo tenía pensado, no. —Arrastra la nariz por su mandíbula y recorre sus pecas con la punta de la lengua. No deja de mecerse contra él mientras lo hace, ni de acariciarle la entrada, ni de hundir los dedos en su interior. Está preparadísimo y no va a aguantar mucho más si sigue así, pero quiere estar seguro. Declan ha sido paciente con él, ha respetado sus tiempos, y por nada del mundo quiere presionarlo para hacer algo que sabe que le cuesta más que a cualquier otra persona.

Para Riley, el sexo siempre había sido algo feo y vergonzoso hasta que Declan le demostró que no lo era. Ahora necesita que él sienta lo mismo. Que no tenga miedo.

El tiempo se escurre entre ellos, los jadeos llenan la habitación. Riley comienza un baile sobre Declan. Une el *packer* a su erección y lo masturba con él, presiona sus huevos, lo arrastra por su ingle, empuja la punta hacia su entrada resbaladiza y se dedica a jugar con ella, pequeños toques y envites que hacen que Declan le clave los dedos en el culo y le pida más.

—Riley...

—Mmm.

—Métemela. —Se le escapa un gemido, y otro más cuando Riley empieza a deslizarse en su interior.

—Dime si quieres que pare en cualquier momento, ¿vale?

—No quiero, ya te lo digo.

Riley se ríe. El corazón se le hincha en el pecho y no puede pensar más que en lo mucho que quiere a este chico, en cómo lo perdió y en el tiempo que tuvo que pasar para recuperarlo. En lo tonto que fue y la suerte que tuvo de que Declan sea Declan, un trozo de pan incapaz de odiar a quien ha querido tanto.

Riley une sus frentes y empuja un poco más. Declan se estremece y se agarra a su espalda como si estuvieran al borde del mundo y se fuera a caer; como si Riley fuera a dejar que lo hiciera. En nada vuelven a moverse en ese baile eterno en el que se hallan desde que Riley regresó a Spellwood. El fuego trepa de un cuerpo a otro, se extiende por cada centímetro de sus pieles y los dos sienten

que van a arder, o a romperse, o quizá las dos cosas a la vez, y que la sensación no puede ser más increíble y devastadora.

El sonido de sus respiraciones llena la estancia, las ramas golpean el cristal y la gata maúlla fuera de la habitación, indignada por quedarse fuera. Riley besa a Declan con fuerza, con ganas, se traga su gemido ronco y aprovecha el momento para empujar hasta el fondo. Lo hace rápido pero con suavidad.

Declan se tensa, separa sus labios y suelta el aire.

—Estás... —No acaba la frase porque Riley se mueve dentro, rozándole la próstata de una manera que siente que va a desmayarse, o a correrse como un adolescente—. Haz eso otra vez... No, no, joder. Espera, no lo hagas.

—¿Sí o no? —pregunta Riley, un poco contrariado y mucho más ansioso. Está al límite y por nada del mundo quiere parar, pero lo hará si él se lo pide. Riley pararía el mundo si Declan se lo pidiera.

—Lo siento. Es que me voy a correr si sigues así.

El alivio se derrama sobre Riley. Toma las manos de Declan y se las sube por encima de la cabeza, apretándolas, enlazando sus dedos sin dejar de mirarlo.

—Hazlo, de eso se trata.

—Quiero que disfrutes. —Declan apenas puede respirar por lo mucho que siente.

—Mírame, Declan. —Riley baja una de sus manos para acariciarle el rostro—. No hay un lugar en el mundo donde quiera estar ahora mismo que no sea este. ¿Puedo follarte ya?

Declan enrojece.

—Por favor.

Riley se ríe. Luego hunde la boca en su cuello y se abandona a un deseo que es líquido y tierno.

Declan cierra los ojos con fuerza, pero enseguida los vuelve a abrir porque no quiere perderse nada. Necesita ver el momento exacto en que Riley se corre, ahí, sobre él, mientras se lo folla como tantas veces ha imaginado en su cabeza. Sube más las piernas para facilitarle la entrada y echa la cabeza hacia atrás, apretando los dedos de los pies e intentando controlar lo incontrolable.

El orgasmo llega rápido y arrastra a Declan hacia lugares que conoce. Vuelve a ser un niño en aquella playa de Curracloe, donde iban cada verano porque estaba cerca del pueblo, intentando cubrir cada rincón de sus cuerpos con arena solo porque Riley no quería que lo vieran. El mismo que sentía que el corazón se le escapaba cuando miraba por la ventana y veía el sol ahí, al otro lado, apartando las cortinas para darle los buenos días. Es aquel crío subido a una bici con Riley a su espalda mientras ideaban juntos mil maneras de escapar del dolor. El chico muerto de miedo que daba su primer beso, torpe y húmedo, y sentía que todo podía ocurrir en un instante.

Y luego la rotura. El adiós. La nada. El sol que se fue, dejando tras él un vacío frío y desolador. Y los años que pasaron, el echar de menos todo lo que eran cuando estaban juntos, la nostalgia que se le metía en los huesos y no lo dejaba respirar, y después... Después ese intentar unir lo que una vez se rompió.

Declan siente todo eso. Y también siente a Riley, su cariño y su entrega. Están tan juntos... Jamás lo había sentido tan cerca. Sus pechos unidos, los latidos que van y vienen del uno al otro, los temblores de Riley cuando se queda quieto y se aprieta dentro de él, perdido en la vibración del orgasmo, en las sacudidas de sus muslos, en la respiración acelerada, en el «te quiero tanto» que se le escapa en su cuello en un susurro ronco que a Declan le pone la piel de gallina.

Y comprende que el amor, como la vida, es romperse en pedazos diminutos y aprender a recomponerse, día tras día tras día. Te rompes, te recompones, una y otra vez. Comprende que nunca estarán completos, porque la vida, y el amor, también es perder. Perder para encontrarte, encontrarte en la pérdida. Un puzzle caótico y perfecto que no tiene solución aunque nos empeñemos en creer que sí.

Así lo siente Riley cuando mira a Declan como si fuera la primera vez. Y así lo siente Declan cuando Riley toma su rostro entre las manos y el sol regresa, ojalá para siempre. Ninguno de los dos estará entero nunca más, nadie lo está, pero juntos, en ese lugar que son, sienten que sí.

Ese lugar al que pertenecen.

FIN



FÁTIMA EMBARK



Fátima Embark (Gran Canaria, 1985).

Ingeniera por equivocación, librera por vocación cuando no está matando monstruos o encerrada en un libro. Cree en el poder de las palabras y son su único medio para volar bien alto. Antes era conocida por ser una de las integrantes del pseudónimo Wendy Davies.

Ha publicado *Creer también es volar*, finalista del premio de Literatura Diversa 2026, con la editorial Siete Islas.

En Amazon, ha autopublicado en solitario el primer libro de la serie *Hermanos Simmons* (*Azul y verde con un poco de amarillo*), *Somos como esa isla que aparece y desaparece*, la bilogía *Aunque me vaya* (*Aunque me vaya, Aunque te vayas*) y los dos primeros libros de la serie *Barnard* (*Antes de que te quiera* y *Todo lo que no sabes de mí*); todas novelas románticas con protagonistas LGTB.

Con Virginia Cavanillas ha coescrito y autopublicado, también en Amazon, los tres primeros libros de la serie *Winter Falls* (*Carretera al invierno*, *Todo lo que soy contigo* y *No necesito una razón para salvarte*) y otros tres de la serie *Soul Finder* (*Solo hasta Navidad*, *Donde tú estés* y *Seis gatos, dos perros y tú, Si te arrepientes mañana*); todos romances contemporáneos LGTB chico-chico.

Además, en editoriales tradicionales y bajo el pseudónimo Wendy Davies, ha coescrito *Hope, Siempre será diciembre* (Premio Gran Angular 2017), *Instant Karma*, *Una estrella en mi jardín* y *Recuerda que me quieres*.

Si algo tiene claro, es que va a seguir contando historias, siempre escribiendo lo que quiere leer.

SUSCRÍBETE A LA NEWSLETTER:

Recibirás emails donde te hablará de sus próximos proyectos, relatos exclusivos, entrarás en sorteos y podrás cotillear sobre el mundo del escritor fuera y dentro de editoriales, así como otras cosas relacionadas con lo que más te gusta: leer.



OTRAS OBRAS DE LA AUTORA

EDITORIAL SIETE ISLAS

FINALISTA PREMIO LITERATURA DIVERSA 2026



Esta es la historia de dos chicos destinados a encontrarse que crecen en un mundo injusto donde ser uno mismo duele.

Entre silencios, heridas familiares y la necesidad de encontrar su lugar, Abián y Rayco descubrirán que la verdadera familia no es la que te toca, sino la que eliges.

Acompañados de Henar, una niña que no tiene edad para entender por qué sus padres no la quieren e Itahisa, que nació hombre sabiendo que era mujer y cuyas vivencias la han convertido en la persona que es hoy, aprenderán a vivir, a amar y a volar.

Atrévete a leer esta novela sobre dos jóvenes que creyeron que podían llegar juntos a cualquier lugar, hasta que dejaron de hacerlo.

Atrévete a descubrir la nueva novela de Fátima Embark que ha logrado ser finalista del Premio de Literatura Diversa 2026.

OTRAS OBRAS DE LA AUTORA

SERIE 'GRAN CANARIA'

Historias románticas LGTB independientes ambientadas en Gran Canaria.

Se pueden leer en orden o por separado.

Contienen expresiones y vocabulario de las islas.



Libro 1: *Somos como esa isla que aparece y desaparece*

Airam y Nauzet se prometen algo de niños: tener un día para ellos, celebrarlo juntos, no faltar nunca a la cita.

Hasta que crecen y uno de ellos falta a su palabra.

Y las promesas incumplidas duelen. Sobre todo, cuando Nauzet descubre que está enamorado de Airam, pero que su mejor amigo tiene ojos para todos los chicos del mundo menos para él.

Y un futuro lejos del pueblo.

Y una vida que no se parece nada a la suya.

Y Nauzet solo quiere ser esa isla de la leyenda que una vez escuchó junto a Airam,
esa que aparece y desaparece, que es visible e invisible a la vez.

Tropes: Primer amor, *friends to lovers*, *small town*, *young adult*, *coming of age*,
amor no correspondido, pueblo costero, Canarias.

OTRAS OBRAS DE LA AUTORA

BILOGÍA 'AUNQUE ME VAYA'

Libro 1: *Aunque me vaya*



Dos hermanos, Lara y Adam.

Un viaje a Irlanda.

Una familia rota.

Dos historias de amor.

Tras dejar a su novio en el altar en un acto altruista, pero de devastadoras consecuencias para su corazón, Lara coge la mano que su hermano Adam le tiende y ambos se lanzan a la búsqueda de sí mismos.

Una se encontrará en los silencios de Kalevi, el propietario de un cine de reposición que con pocas —muy pocas— palabras le enseñará lo que es el amor verdadero cuando este es correspondido.

El otro se encontrará —o perderá— en el hermano de Kalevi, un hombre que ha tocado un fondo tan profundo que ni siquiera ve la luz.

Adam —en busca de su sexualidad, pero, sobre todo, de la felicidad de su hermana— haría lo que fuera por ella, incluso aunque eso implique atarse, de forma literal, a un hombre destrozado que parece que ya no tiene nada que perder.

Adam y Lara encuentran su faro en Irlanda y en los Butler: Kivi y Kalevi, dos hermanos destrozados, una familia rota, una niña que es luz entre tanta oscuridad y silencios. Muchos silencios.

Libro 2: Aunque te vayas



Dos familias.

Dos historias de amor.

Un viaje a Irlanda que llega a su fin. ¿O no?

El desenlace de 'Aunque me vaya'.

OTRAS OBRAS DE LA AUTORA

SERIE 'BARNARD'

Historias románticas independientes ambientadas en Orsino, un pueblo pequeño ficticio de Inglaterra.

Se pueden leer en orden o por separado.



Libro 1: Antes de que te quiera

«Las personas somos mapas, solo hay que descubrir de qué tipo».

El mundo de Viola está roto. O quizá sea ella quien lo está.

Una noria, a eso se reduce todo. Una noria que gira y gira mientras el mundo que una vez conoció se derrumba a sus pies. Las luces parpadean, los ojos le escuecen ante la realidad que se le presenta. Dentro de la noria está lo que queda de su vida: sus amigos, los recuerdos de su familia, su verdad. Fuera de la noria está su corazón, aquello que más quiere en el mundo, su hermano Sebastian. Él está perdido y Viola no sabe qué hacer para encontrarlo. El mundo se cae y ella no puede dejarlo atrás.

Entonces aparecen Henry y Jude Baker. Dos náufragos de su propia historia dispuestos a demostrarle que subirse a la noria no debe dar miedo; que su

hermano la seguirá, aunque ahora no lo crea.

Henry no tiene nada que ver con Viola y a la vez lo tiene todo. Sus mundos chocan, sus verdades colapsan, la noria sigue girando, imponente, y ella no cree tener el valor para subirse.

Por eso hacen una promesa: «me iré antes de que te quiera».

Esta es la historia de Viola y Henry, pero también el inicio de otra; la de sus hermanos.



Libro 2: Todo lo que no sabes de mí

—Deja de mirarme así.

—¿Así cómo?

—Así, como si lo supieras todo. Como si lo vieras todo.

—Es que te veo, Seb. Pero tú no me ves a mí.

—No tienes ni idea.

—Ah, ¿no? Entonces pregúntame. Pídemelo que te cuente todo lo que no sabes de mí. Todos tenemos una guerra dentro, ¿sabes? Y la tuya ha durado demasiado.

Sebastian Evans lleva más de trece años librando su propia guerra. Una guerra que lo ha mantenido separado del chico al que quiere, a quien no se merecerá nunca. Su mejor amigo, su esperanza, su verdad: Jude Baker.

Y ahora Jude se va a casar.

Cinco días y se acabaron los quizás, cinco días y Jude dejará de mirarlo, cinco días y todo habrá terminado. Pero ¿se puede terminar algo que nunca ha empezado? Para que eso no pase hace falta la verdad, y hay verdades que no están listas para ser pronunciadas.

Tras años de silencio, Sebastian tendrá que enfrentarse a la verdad con el corazón en carne viva, dejar el pasado y la culpa atrás, y aprender a vivir.

Todo lo que no sabes de mí es la segunda entrega de la serie Barnard, un friends to lovers chico chico emotivo, divertido y sexi entre dos amigos que llevan años queriéndose en silencio y ha llegado el momento de que lo hagan a gritos, con toda la verdad.

OTRAS OBRAS DE LA AUTORA

SERIE 'WINTER FALLS' (COESCRITA CON VIRGINIA CAVANILLAS)

Historias románticas LGTB independientes, ambientadas en Winter Falls, una pequeña ciudad ficticia de Inglaterra.



Libro 1: ***Carretera al invierno***

«Quería encontrar una pareja con la que pasar Halloween y encontré a una persona con la que pasaría cualquier día, aunque no fuese Halloween».

Gabriel es... especial; de único, de particular. Si pudiera, se convertiría en un personaje de una película de Tim Burton. Le gusta Halloween, no solo porque es su cumpleaños, sino como forma de vida. Su mayor deseo es compartirlo con alguien que adore esa fecha tanto como él. ¿Acaso es mucho pedir? Hombre, mujer... Le da igual siempre que decorar calabazas, ver películas de miedo y oler a otoño esté en los planes. Gabriel quiere enamorarse, y hacerlo bien por una vez.

Hendrix le ha dado un descanso al amor. Cansado de ser un anfitrión cuyos visitantes llegan a su vida con fecha de caducidad, ha decidido que no quiere nada de romances ni de aventuras. Y mucho menos si el chico en cuestión es un

bisexual sin experiencia obsesionado con las calabazas, las velas y sin filtro a la hora de hablar. No, se niega.

¿Existe el destino? ¿Hay parejas que han nacido para estar juntas? ¿O el amor es una carretera de doble sentido por la que hay que aprender a conducir? A veces, solo se trata de subirse al coche de la persona correcta.



Libro 2: *Todo lo que soy contigo*

Dos chicos rotos que necesitan recomponerse por separado antes de unir sus piezas y formar un todo perfecto.

Dani se ha perdido entre Daniel y Danielle. Es uno de día y otra de noche. Es los dos y a la vez ninguno. Necesita encontrar un equilibrio, y por ello ha decidido cambiar de vida; reconstruirse, aunque le cueste; no ocultarse tras una mentira. Su familia, su mejor amigo de la infancia, su exmujer..., todo forma parte de un pasado que lo ha marcado y lo ha hecho esconderse tras una fachada que no es él.

Taylor está cansado. Se esconde tras sus libros distópicos, sus pantallas de ordenador y sus relaciones de una noche de las que escapa antes de que salga el sol. Está perdido, un poco roto y sorprendido de encontrarse a alguien de su pasado que no esperaba volver a ver. Alguien que encarna al amor platónico de su infancia y, a la vez, es la personificación de sus miedos y su soledad. Lo odia; o eso quiere creer. La única manera de descubrirlo será acercarse a él.

¿Será capaz Dani de recomponer sus fragmentos y convertirse en el todo que quiere ser, en todo lo que puede ser para Taylor? ¿Logrará Taylor ver a Dani tal y como es y se encontrará a sí mismo a su lado?

Libro 3: No necesito una razón para salvarte



Tras vivir una vida lejos de casa, Rayner Sullivan ha vuelto a Winter Falls para hacer las paces con su pasado y con lo que queda de su familia. Para reencontrarse con viejos amigos y lugares. A quien no espera ver nada más llegar es a aquel chico que durante unas semanas fue el amor de su vida; la persona

que una mañana desapareció sin dejar rastro. Pero nada queda del macarra lleno de vida que le dio la mejor noche que puede recordar.

Han pasado cinco años desde que Laurent Marlowe abandonó su antigua vida y decidió instalarse en Winter Falls para empezar de cero. Sus días transcurren entre su club gay —el Happy Ending— y el centro juvenil que dirige. Tiene una ninfa, un adolescente del que se siente responsable y una ligera obsesión con la limpieza. Lo que no tiene es fuerza para encontrarse de nuevo con Rayner, esa persona de su pasado a la que nunca ha dejado de tener presente.

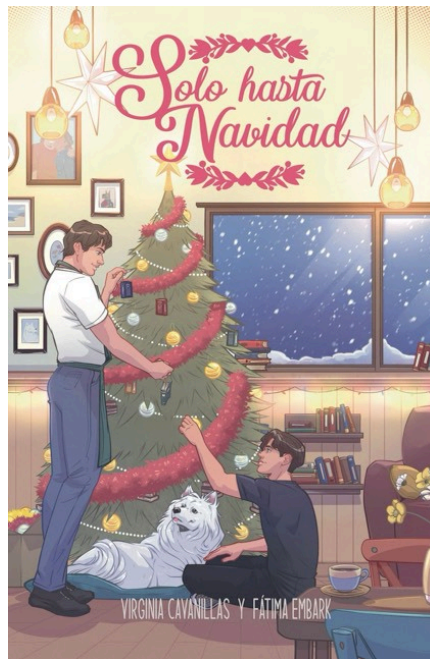
Pero sofocar un recuerdo es mucho más fácil que trabajar con él cada día.

¿Podrán pasado y presente lograr el mejor futuro posible?

OTRAS OBRAS DE LA AUTORA

SERIE 'SOUL FINDER' (COESCRITA CON VIRGINIA CAVANILLAS)

Historias LGTB románticas contemporáneas e independientes, ambientadas en Eeriewood, una pequeña ciudad ficticia de Inglaterra. Todos los libros tendrán como nexos comunes una *app* de citas llamada Soul Finder, cuya finalidad es emparejar a las personas —independientemente de su sexo u orientación— según intereses comunes y afinidades.



Libro 1: *Solo hasta Navidad*

Owen Langston, bisexual y ligón empedernido de cara a la galería, solo quiere que sus padres —muy gais, muy felices y muy casamenteros— lo dejen en paz. Y para eso necesita un novio ficticio. Si les hace creer que tiene una pareja —chico— estable con la que pasar la Navidad todo irá bien.

Pero solo hasta Navidad.

Levi Wright ha creado la primera *app* de citas basada exclusivamente en intereses personales y afinidades comunes. Cero fotos. Ninguna interacción en la vida real

hasta cumplir ciertos requisitos. Pero cuando su alma gemela en la aplicación le pide que finja ser su novio, Levi no puede rechazarlo.

Solo hasta Navidad es el primer libro de la nueva serie de Fátima Embark y Virginia Cavanillas: romances M/M contemporáneos con poca carga dramática y muy sexis.

Bienvenidos a Soul Finder, la aplicación perfecta para encontrar a tu alma gemela.



Libro 2: Donde tú estés

Ryder Jones ha encontrado a su alma gemela en Soul Finder, la aplicación de citas del momento, esa que te pone en contacto con personas afines a ti y hace que encuentres al amor de tu vida o una amistad del alma. Pero hay un problema; uno pequeñito, nimio; un detalle de nada: su otra mitad está enamorado de otro.

Pero bueno, tampoco es que Ryder quiera un compromiso de por vida. Solo quiere pasarlo bien, lo de las almas gemelas le parece pura ficción.

James Wilson lleva enamorado de su mejor amigo desde que, a los quince años, descubrió que era bisexual. Ahora, su amor platónico de toda la vida tiene novio y él un follamigo con el que no sabe cómo lidiar; porque Ryder Jones no es solo un tío con el que tiene una compatibilidad abrumadora en la vida real, sino su alma gemela en Soul Finder. Y eso son palabras mayores. Bueno, si él creyera en esas chorradas. Cosa que no hace, claro.

Pero es que Ryder se ha colado en su gimnasio, en su vida y en su cama, y no sabe cómo sacarlo. Ni si quiere hacerlo.

Donde tú estés es la segunda entrega de Soul Finder, un frenemies-to-lovers (amienemigos que se lían y luego se enamoran) divertido y sexi entre dos personas destinadas a ser, aunque ellos mismos no lo vean.



Libro 3: Seis gatos, dos perros y tú

Mason está preocupadísimo porque ha perdido a su gata. Pero cuando descubre que la hija de su guapísimo —y muy heterosexual— vecino se la ha llevado, decide tomar cartas en el asunto. Aunque para ello tenga que llamar a la puerta del vecino buenorro que ni siquiera se digna a saludarlo cuando se cruza con él. Aunque para ello tenga que enfrentarse a un miedo aún mayor: tener que hablar otra vez con esa niña.

No le gustan los niños, son raros y complicados, y él quiere una vida tranquila y sencilla: quedar con el chico que le gusta de Soul Finder, la aplicación de citas que promete darle un futuro amoroso brillante, y volver a casa con sus seis gatos —ahora cinco— y sus dos perros.

Grant no espera encontrarse a su vecino, el loco de los gatos, frente a su puerta justo en la noche en la que su cita de Soul Finder —la aplicación en la que se dio de alta porque su exmujer casi casi lo obligó a punta de pistola— lo ha dejado tirado por tercera vez. Siempre que ve a su vecino, lo rehúye; es guapo a rabiar, extraño y él no necesita complicaciones en su vida. Quiere paz junto a su niña de nueve años, seguir grabando sus programas de cocina y organizar caterings para los mejores restaurantes de la zona. Pero cuando encima descubre que el loco de los gatos —también conocido como el paseador de perros— tiene aversión a los

niños, el «no» en luces de neón no puede ser más claro. Mason y él no están destinados a ser. ¿O sí?

Seis gatos, dos perros y una pareja quizá son muchas complicaciones. O quizá la receta infalible para triunfar en el amor.

Adéntrate en Soul Finder 3: romance LGTB joven, vecinos, padre soltero, diferencia de edad, dominante/tímido, destinados a ser.



Libro 4: *Si te arrepientes mañana*

Evan y Blair son mejores amigos desde que nacieron. Literalmente. Sus madres dieron a luz el mismo día; crecieron siendo inseparables y ahora, con veintitrés años, se han ido a vivir juntos.

Pero la amistad que siempre han logrado mantener platónica, se ve amenazada cuando comparten una noche de pasión que juran no volver a repetir. Nunca, jamás. Por encima del cadáver de Evan, que pone reglas. Muchas. Y trata de «desenamorarse» de su mejor amigo como sea.

También intenta conocer a alguien en una aplicación que promete encontrar a tu alma gemela. Aunque su alma gemela ya exista y viniera al mundo el mismo día que él. Y aunque ambos guarden secretos y sean especialistas en enmascarar sentimientos.

Un paso en falso y perderán lo que más les importa en el mundo: su amistad.